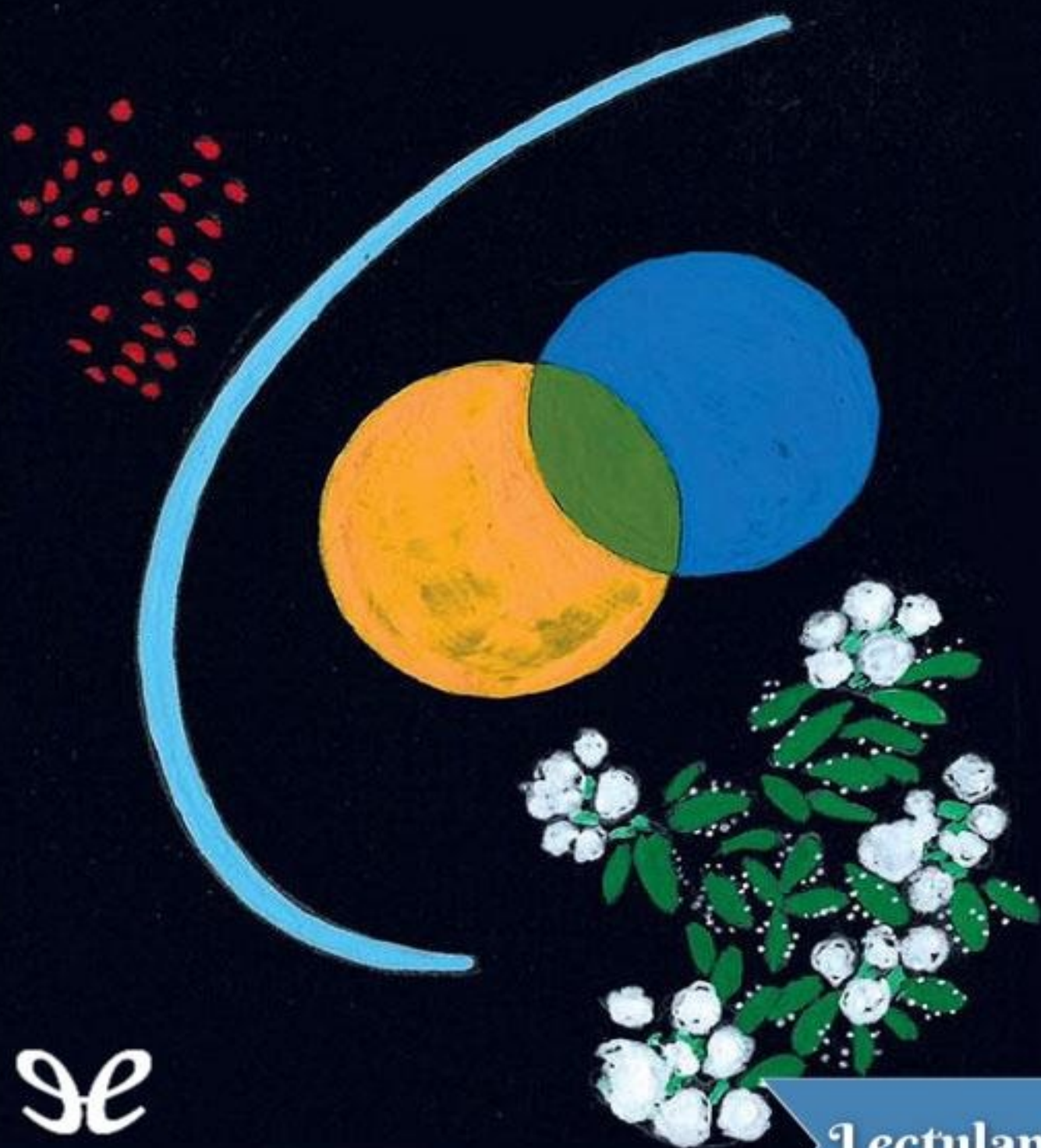


Javier Peña

Infelices



Lectulandia

Dicen que la gente feliz se parece, pero que la infeliz lo es cada una a su manera.

Un asesor político ve en su progresiva decadencia física la prueba tangible de su fracaso moral. Una madre incapaz de comprender a su hija acumula fracasos sentimentales por miedo a enamorarse de verdad. Un escritor obsesivo ha dedicado tanto tiempo a contar la vida de los demás que ha olvidado vivir la suya. Una optimista insobornable insiste en buscarle el lado bueno a la quimioterapia, de concierto en concierto. Un periodista de éxito quema sus últimos cartuchos de galán mientras se pregunta si perdió al amor de su vida. Se conocieron en la universidad, cuando aún hacían grandes planes. La vida los separó y desde entonces todo ha ido de mal en peor. Puede que solo reunirse después de tantos años salve a estos infelices de serlo para siempre.

Javier Peña

Infelices

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2021

Título original: *Infelices*

Javier Peña, 2019

Ilustración de la cubierta: Begoña García-Alén

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

A Paula

Primera parte

Eros

1

El Círculo del Viena

Se llamaban a sí mismos el Círculo del Viena, aunque la razón era tan prosaica como que el café en el que se reunían cuando se saltaban una clase se llamaba Viena, un local con mesas macizas donde los jubilados se juntaban a jugar al dominó y te servían un churro seco con cada consumición. No solo habían bautizado su pequeño grupo, también se habían dado un apodo para cada uno. Eran Rudolph, Hans y Moritz, quien como fundador ostentaba el honor de llevar el nombre de Moritz Schlick, el promotor del verdadero Círculo de Viena. A ella, más adelante, la llamarían Karl, por Popper, que colaboró con el Círculo sin llegar a ser nunca un miembro de pleno derecho. En un primer momento protestó porque la llamasen Karl siendo una mujer; parecía como si les molestase tanta feminidad en su club particular. Desoyeron sus quejas y poco a poco fue asumiendo el sobrenombre que hoy sigue presente en sus recuerdos.

Conoció a los miembros del Círculo en Santiago en el primer año de facultad, no pasaban desapercibidos ni se esforzaban por caer simpáticos. Asunción, que compartía cuarto con ella en la residencia universitaria, solía llamarlos simplemente gilipollas número uno, gilipollas número dos y gilipollas número tres. Santiago era entonces, a finales de los noventa, un enjambre de estudiantes que zumbaba al ritmo de los días lectivos. Hace ocho años que no recorre sus calles, desde que en 2007 se mudó a Madrid. Le han contado que ya no hay estudiantes, que solo hay turistas. Le han contado que el Viena ya no es un café, sino la recepción de un hotel. ¿Es posible que una ciudad de piedra esté tan cambiada? Si ocho años han hecho eso con Santiago, qué no habrá hecho el tiempo con ellos, con esos tres infelices de carne y hueso y traumas.

El nombre de Círculo del Viena era la típica broma de Moritz; le encantaban los juegos de palabras. Aquel cuatrimestre habían estudiado a Schlick, Carnap, Hahn y Popper en una materia absurda llamada Métodos de

Investigación, que, como tantas otras de la licenciatura, nunca les serviría de nada en la práctica del periodismo. No cree que ni siquiera entonces, cuando la realidad aún no había apagado sus ambiciones, se considerasen filósofos, científicos ni genios, pero, a decir verdad, no ha vuelto a encontrarse con un grupo de seres humanos tan extraños y pagados de sí mismos como aquellos Moritz, Hans y Rudolph, aquellos tres gilipollas que disertaban de casi todo porque de casi todo sabían, mientras sostenían las tazas de café americano, menta poleo (Hans, que siempre ha sufrido del estómago) o cacao soluble.

Era Moritz quien dirigía el rumbo de las conversaciones, ya entonces un torrente de creatividad con jerséis de ochos desgreñados como sus rizos; no resultaba difícil intuir que acabaría convirtiéndose en escritor, lo que no imaginaban era que un día utilizaría ese talento para desnudar sus miserias, las de todos ellos. El pequeño Hans apenas hablaba en el Viena, aunque tampoco es que abriese demasiado la boca fuera de allí; visto en retrospectiva, se hace natural encajar a aquel hombrecillo paticorto de pantalones escurridos, los bajos deshilachados de tanto pisárselos, en el oscuro gabinete en el que terminaría trabajando, arrinconado como asesor mientras sus entradas se convertían en calvicie, pelo por pelo. Pero quien de verdad concentraba el interés de Karl en aquellos primeros meses de universidad era Rudolph, el más alto de los tres, en la actualidad cronista de criminales, el gilipollas número uno en la nomenclatura de la compañera de residencia de Karl, con la tez morena y una magnífica cicatriz que le recorría media cara de arriba abajo. No era una de esas cicatrices rojizas y dubitativas que avanzan a trompicones, sino un hachazo perfecto integrado en el rostro por un artista de la costura; camisas impecables a las que levantaba el cuello, la voz grave y el aplomo de quien detecta que quieres acostarte con él; y lo cierto es que ella, a punto de cumplir los dieciocho, se moría de ganas por perder la virginidad.

En las novelas americanas que leía Karl, las quinceañeras se lo hacían con el capitán del equipo de lucha en una fiesta clandestina con mucho alcohol y algo de marihuana, pero ella entonces no bebía, no le había dado una calada a un porro, y nunca se había cruzado con un miembro del equipo de lucha. No es que fuera una estrecha, un calificativo que rehuía como a la peste, más bien al contrario: le costaba decirle que no a los chicos, pero nunca *pasaba a mayores*, que era lo que decían sus amigas para indicar si habían practicado sexo. Ese era el problema: no encontraba el momento de *pasar a mayores*.

A los pocos días de llegar a Santiago, Karl había aceptado la invitación para dormir con un compañero de residencia al que todos llamaban Mofeta (no hace falta explicar el motivo del apodo ni por qué nadie quería compartir

cuarto con él). Sabía que *ir a dormir*, como *pasar a mayores*, era un eufemismo, y que en absoluto significaba dormir. Se habían besado un buen rato y él le había palpado (apretujado más bien) las tetas por encima del jersey, pero eso era todo lo que ella estaba dispuesta a permitir de un tipo al que llamaban Mofeta. Nadie podía culpar a Mofeta de querer algo más (y ella desde luego no lo hacía), ni de que cogiera la pequeña mano de Karl y se la llevase a la entrepierna, donde permaneció posada durante algo más de un segundo, lo suficiente para notar la dureza y darse cuenta de que medio segundo más significaría una aceptación tácita del *pasar a mayores*. Por eso la retiró con brusquedad y tal mueca de disgusto que el pobre Mofeta se quedó sin ganas de una segunda intentona, apagó la lamparita de estudio oxidada que colgaba sobre la cama y se durmió dándole la espalda y roncando rítmicamente.

No quería perder la virginidad con Mofeta. No es que pensara que en el futuro fuera a recordarlo con lágrimas en los ojos: «Le regalé mi flor a un maloliente». Lo que recorrió entonces su cabeza fue una experiencia de ese verano, que no había sido en sí *pasar a mayores*, pero tampoco se había limitado al besuqueo de costumbre. Sucedió en unas fiestas de pueblo en las que se celebraba una victoria insignificante contra Napoleón, la noche anterior al día grande en que carrozas, fusileros, húsares, dragones, caballos engalanados y guerrilleros con trabucos tomaban las calles. Era agosto, pero llovía a cántaros y las carrozas estaban guardadas bajo una lona para evitar que el cartón se deshiciera como un terrón de azúcar en una taza de café. Bajo la lona la condujo de la mano un francés un año más joven que la había besado en el bar. Ella le pidió con los ojos a su hermana gemela que la esperase en un portal para acompañarla después al hostel donde se alojaban. Estaban empapados y se reían tontamente como si estar calados fuese algo gracioso. El francés tenía un incipiente bigote pelirrojo que le restregó por la cara y le provocó un sarpullido que tardó días en desaparecer. Besaba fatal, metía la lengua tan adentro que Karl apenas podía respirar y de vez en cuando tenía que quitárselo de encima de un pequeño empujón. Cuando empezó a toquetearla por debajo de la camiseta, ella se dejó hacer pensando si por fin había llegado el momento de dar un paso más. Pero su pensamiento no duró demasiado. Antes de que se diera cuenta, él ya había deslizado la mano bajo su falda y se las había apañado para introducirle un dedo en la vagina; el corazón rápidamente acompañó al índice. Por supuesto, ya había tenido dedos alojados allí dentro, pero era la primera vez que esos dedos pertenecían a una persona distinta a ella misma. La sensación no fue agradable, ni en absoluto

placentera, si hubiera tenido que definirla entonces, hubiera dicho que era como un bastoncillo para las orejas que se cuela más adentro de la cuenta.

«¡Quita!», gritó dándole un empujón al francés que lo hizo trastabillarse e hincar una rodilla en tierra. Los dedos intrusos se retiraron bruscamente dejando tras de sí un aguijonazo de dolor. El chaval estaba perplejo, debía de esperar gemidos, jadeos, un *sí sí*, un *sigue sigue*, un *dios dios*, o como poco cierta indiferencia, lo que de ninguna manera esperaba era acabar estampado contra una carroza. Se hizo un silencio que rompió Karl diciéndole: «Prefiero hacértelo yo» (que fue la mejor traducción que encontró del *no soy una estrecha*). Con torpeza, a oscuras bajo la carpa que repelía la lluvia estruendosa, manipuló por primera vez un pene. Al tacto el miembro le resultó decepcionante; también le resultó extraño que, antes de correrse, el francés sacase del bolsillo de los *dockers* marrones una pequeña linterna para que ella pudiera contemplar su sexo en apogeo; supuso que estaba orgulloso de él, a pesar de que no era gran cosa (pero eso Karl entonces aún no lo sabía).

Al día siguiente, cuando por fin dejó de llover y pudieron salir las carrozas, Karl vio al pelirrojo en el otro extremo de la avenida que el desfile dividía por la mitad. Se saludaron con un movimiento de cabeza antes de que los fuegos artificiales iniciasen sus silbidos y explosiones. Eso fue todo. Es posible que debajo del bigote, en la sonrisa del francés, hubiera expresión de victoria, de venganza napoleónica, de *allons enfants*, pero ella estaba demasiado ocupada intentando descubrir en qué parte de qué carroza desfilaba la salva de semen que había caído propulsada por tres certeros cañonazos. Han transcurrido diecisiete años desde aquel día pero, incluso hoy, con treinta y cinco, pocas cosas ha contemplado Karl que le hayan sorprendido tanto como aquella estampida biológica que ella misma había provocado. (Cuando más adelante le confesó el episodio a Moritz, él se encogió de hombros, le robó un cigarrillo del bolsillo trasero de los vaqueros, y comentó que, en su opinión, la prohibición del lanzamiento de enanos con casco en el estado de Florida atentaba contra la eyaculación masturbatoria).

La velocidad inhumana del líquido blanquecino cruzó su cabeza durante el segundo y medio en que su mano permaneció posada en la erección de Mofeta, y si algo tuvo claro era que no deseaba otro allanamiento de vagina. Al Rudolph de entonces, en cambio, con sus dedos largos y callosos de tocar la guitarra, estaba dispuesta a mostrarle el cartel de entren sin llamar.

Cuando invitó al Círculo del Viena a unirse a la fiesta de cumpleaños de Asun en la residencia universitaria, provocó el enfado de su compañera de

habitación, que pasó dos semanas sin hablarle. Solo le levantó el castigo para saber si había *pasado a mayores* con el gilipollas número uno.

¿Quién le iba a decir entonces que acabaría teniendo una hija con uno de aquellos tres gilipollas?

2

Primera parte del testimonio de un asesor

A lo largo de mi vida he sido parco en palabras, pero hoy pienso usarlas todas. Hoy escribiré palabras alojadas en mi cabeza que nunca han atravesado mi boca. Hoy hablaré con mi voz tras quince años hablando con la de otros. Dejaré a un lado la máscara y traeré al hombre: he aquí. Traeré ante vosotros al hombre al que llaman Óscar, aunque durante años, por un motivo u otro, me conocieron como Hans, quizá porque asociar mi persona al nombre de un premio les parecía poco pertinente. Una pequeña indisposición me obliga a escribir lo que debía decir de viva voz; nadie en el juzgado lamentará la pérdida, nunca he sido agradable a la vista. Es probable que en el proceso se escuche de mí que soy raro o que carezco de cualquier atisbo de inteligencia emocional: no me preocupa. Durante un tiempo creyeron que era superdotado y no me fue mejor. Siempre he pensado que no es más listo el que más habla: suele ocurrir lo contrario. ¡Y qué aburridos son todos! Me asusta pensar que llegue el día en que pueda aburrir a alguien tanto como ellos me aburren a mí. Espero que hoy no sea ese día. Odio a los verborreicos que se acercan a mí y me saludan y me preguntan a qué me dedico. En el fondo, les importa una mierda lo que hago o dejo de hacer. Lo único que quieren es una excusa para contarte su vida. No es que lo intuya, es que lo he comprobado empíricamente. Lo anoto en la libreta que llevo siempre en el bolsillo de mi trenca gris. En el último año me han interrogado acerca de mi puesto de trabajo un ingeniero de minas, un abogado laboralista, el rector de una universidad privada, un farmacéutico con el negocio en el centro y un funcionario del Grupo A —de entre todas las taxonomías humanas, la más inmodesta—. Yo, la verdad, prefiero pasar por antipático, aunque admito que tal vez «pasar por» no sea la expresión más adecuada, tal vez sencillamente sea antipático. La verbosidad es enemiga del intelecto, y sin embargo en mi

entorno los que más hablan coinciden con los de carrera más exitosa, los más valorados por los jefes. Pienso ahora en un bocazas que tenía por compañero, un gracioso que cuando salíamos de cañas intentaba ligar con trucos de magia. Hacía una mierda con un cigarrillo encendido y un pañuelo que las dejaba boquiabiertas. Admito que ignoro dónde estaba la trampa, pero aunque fuera capaz de levitar o teletransportarse seguiría pareciéndome lamentable preparar trucos en casa para impresionar a chicas fáciles de impresionar. A esas cañas, lo confieso, me apuntaba por ella —y no muy a menudo—, por la chica del cáncer, la artífice de este testimonio, aunque entonces estaba convencido de que mis opciones de introducirme en su cuerpo deteriorado eran escasas. Sé que a algunos os ofenderá que la llame así: la chica del cáncer; sé que hay palabras, como *cáncer*, que os asustan. Si os acobardan las palabras, mejor que abandonéis la lectura de este testimonio, porque hoy pienso usarlas todas. Las palabras acotan, esculpen como el cincel, pocas lo hacen mejor que *la chica del cáncer*, y yo admito mi extraño culto por las palabras, tan maltratadas, utilizadas en exceso y excesivamente mal. El Prestidigitador —si no os importa, lo llamaré así, el asunto ya es suficientemente desagradable como para dar nombres que no me han requerido— contaba un chiste que he podido oír cientos de veces. Comienza pidiendo perdón, diciendo que es muy malo, aunque en realidad está deseando soltarlo, está convencido de que tiene gracia y, lo que es peor, a él se la hace y se ríe dando palmas cuando lo cuenta. Lo mismo me ocurría en la universidad cuando un amigo me venía con sus relatos —léelos, por favor, sé que no son buenos, pero necesito tu opinión—. ¡Venga ya! Si pensara que eran tan malos para qué iba a torturarme. Me pone enfermo. Mi amigo de la facultad decía que era un recurso retórico, yo lo llamo darse importancia y el Prestidigitador vive de eso. Pero bueno, el chiste en cuestión dice algo así: «Mamá, tengo que confesarte algo: soy un asesino». Y la madre: «Hijo, qué susto, pensaba que ibas a decir asesor». Lamentándolo mucho, no estáis ante un asesino. Si así fuera, este testimonio ganaría en interés, dónde va a parar. Pero no, soy asesor del Gobierno autonómico. Quiero decir: era asesor en el Gobierno autonómico. Aunque admito que cada vez que el otro contaba el chiste sentía un punto de envidia de los asesinos. De un buen asesino, no de un yonqui con el mono y una navaja de mariposa. De un Ted Bundy, un Ed Gein, un Charles Manson. Estaréis conmigo en que hay asesinos que son verdaderos artistas en lo suyo, tipos con un atractivo por encima de lo normal. El otro día leí que hay una tarada de veintipocos que quiere casarse con Manson, lleva años enviándole cartas, y mientras sus compañeras de instituto perseguían a

cantantes adolescentes ella gastaba su paga semanal en un autobús a la prisión de Corcoran. No puedo imaginarme a nadie peleándose con sus padres, perdiendo a sus amigos o huyendo de casa para casarse con un asesor. Por otra parte, ¿cómo iban a hacerlo si nadie sabe qué es en realidad un asesor? El concepto en sí es muy vago, agrupa a expertos en protocolo con periodistas y licenciados en Ciencias Políticas; abundan también, es cierto, los familiares del Partido. Que nadie tenga ni idea de qué es un asesor no excluye que se les culpe de la corrupción, el paro o la crisis económica. Seguro que lo habéis oído alguna vez. ¡Por supuesto! El culpable de la crisis es este asesor que hoy escribe un alegato con su voz como antes escribía discursos con la voz de otros. O eso dicen, porque yo me niego a considerar discurso al martilleo compulsivo de ideas banales que me obligaban a repetir una decena de veces por semana y que, como trabajaba en el departamento de Bienestar, variaban en su temática entre el alzhéimer, el síndrome de Down, la parálisis cerebral, la pobreza infantil, la adicción a las drogas o el descenso de la natalidad. El Prestidigitador siempre decía lo mismo: «Con el discurso del alzhéimer no te mates, total no se van a acordar». Lo peor es que tenía razón. La Consejera cuando visitaba a los enfermos llevaba consigo los folios que yo había escrito ¡y se los leía! A los críos con síndrome de Down, a los de la parálisis que apenas se tienen en pie, a los drogadictos que solo piensan en la próxima dosis de metadona. Les leía las plazas que se habían creado para ellos, el porcentaje de crecimiento, el dinero que se había invertido. Era admirable porque lo decía de tal forma que hasta ella misma se convencía de que había salido de su bolsillo; repasaba con ellos equipamientos y reformas, refuerzo del personal y avances tecnológicos, tantos por ciento, número enteros, números con decimales, números primos, números simpáticos, cifras y más cifras, cifras infinitas, la sucesión de Fibonacci. Lo decía arrastrando la erre, porque encima la tía no sabe decir la erre. Tal vez, con suerte, brevemente, antes de la despedida, le dedicase unas palabras a lo bonito que era trabajar para ellos mientras la cuidadora le limpiaba la baba teatralmente a uno de los niños con parálisis. Un día en mitad de un discurso un viejo se cagó del modo más ruidoso y oloroso que se pueda imaginar. Por primera vez en mi vida me atraganté reprimiendo una carcajada, hasta el punto de que un enfermero intentó hacerme la maniobra de Heimlich.

3

Junio: William Burroughs

Te escribo desde Nueva York:

A través de las cortinas del Hyatt veo resplandecer el acero del edificio Chrysler, da la impresión de que si alargo el brazo podría tocar una de las águilas encaramadas al piso sesenta y uno, que sobresalen como el puño amenazante de un boxeador. El televisor centellea sobre las sábanas deshechas, un rótulo recorre la parte inferior de la pantalla, el mismo rótulo que ayer pude leer en los neones de Times Square. «Rudolph Giuliani pone en duda que el presidente Obama ame a América». Contemplar la caída de ese otro Rudolph me causa cierto desasosiego, como si se tratase de un presagio. Lo decías a menudo: «*Nomen omen*». El nombre es el destino. Tú, Moritz, me diste el nombre de Rudolph. ¿Significa eso que también has marcado mi destino?

En Times Square cruzo la calle cuarenta y dos en dirección oeste con la cámara Nikon colgada al cuello. Al dejar Broadway a mi espalda, Manhattan pierde su encanto y me envuelve cierta melancolía de *drugstores* y *pharmacies*, de amplios gimnasios y sudorosos ventanales. Llego al Hudson, el perfil de Nueva Jersey se dibuja al otro lado del río; ajusto el objetivo de la cámara y disparo una y otra vez.

De regreso al hotel me detengo en un Kentucky Fried Chicken. La cola de neoyorquinos aguardando su turno llega hasta la puerta. Ver a tanta gente esperando me ha abierto el apetito, como si hubiese racionamiento y los alimentos se fuesen a agotar si no me uno a la fila. No hay mesas libres y tengo que sentarme junto a dos chicas de veinte años, una negra con un traje beis de dos piezas y una pelirroja con vaqueros y camiseta veneciana. Dan cuenta de un cubo rebosante de pollo frito y sorben Coca-Cola por una pajita haciendo estallar las burbujas y riendo tontamente. Hablan por los codos mientras devoran el pollo; cuento los pedazos que recorren el camino entre el

cubo y su boca y me pregunto cuántos pollos habrá habido que colgar y desangrar para alimentar a dos jóvenes tan menudas.

Acabo con ellas en un local con música en directo en Washington Square practicando un deporte que consiste en introducir una pelota de *ping-pong* en un vaso lleno de alcohol sobre el tapete de un billar. Quien encesta obliga al otro a beber el contenido. La más tímida, la negra, también la más guapa, atina siempre con el vaso ante las protestas de su amiga. «*Fuck you, nigga!*». A mí me falta práctica, pero mis lanzamientos pronto experimentan cierta mejoría. Curiosamente, la ebriedad mejora mi precisión. En la universidad solías decirme que me sucedía igual con las mujeres. Decías: «Rudolph, las peores decisiones las tomas cuando estás sobrio». No reparabas en que cuando estaba bebido eran ellas quienes decidían por mí. Anoto un punto y la pelirroja me ofrece con acento cerrado una compensación para no tener que beber: levanta su camiseta y me enseña los pechos. No lleva sujetador, tampoco lo necesita, sus tetas son tan diminutas que cuesta distinguir los pezones de las pecas. Propongo una última apuesta dejando caer sobre el tapete verde un billete de cien dólares tan nuevo que parece falso. La pelirroja se coloca el vaso sobre la cabeza, yo me sitúo al otro lado de la mesa de billar y lanzo la pelota de *ping-pong* con todas mis fuerzas. Le doy de lleno en la nariz. El cristal estalla en el suelo y el *whisky* se derrama por los tableros de madera como la meada de un gato.

NO SOPORTO LA SANGRE

En 1951 William Burroughs y su esposa Joan viven en México. Se han marchado de Estados Unidos por un asunto turbio de drogas y posesión de armas. El 6 de septiembre están en casa de un americano llamado John Healey, junto a dos compatriotas, Lewis y Eddie, y un montón de botellas de alcohol que han sobrado de la fiesta del día anterior. Bill está allí para vender su pistola y obtener dinero para heroína. Aunque procede de una familia adinerada, cualquier asignación es poca para poder seguir inyectándose y no sabe hacer otra cosa que no sea cultivar hierba y drogarse. La Star nacarada del calibre 38 descansa sobre la mesa. Él bebe, Joan también; redondas gotas de sudor se escurren por la frente de Bill y se acumulan en el hueco que forma la axila de su mujer. Llevan juntos seis años, desde que los presentaron Jack Kerouac y Allen Ginsberg. La homosexualidad manifiesta de Bill no le ha impedido tener un hijo llamado Billy con Joan. El niño se ha quedado con unos amigos junto a su hermana Julia, hija de un matrimonio anterior de Joan. Quizás en ese momento de 1951 la relación entre Bill y Joan sea insalvable. Es difícil mantener cualquier tipo de relación con Bill, siempre está colgado, buscando cómo meterse o acostándose con chicos cada vez más jóvenes. Joan tiene 27 años, diez menos que él, pero parece mayor; apenas sonríe, su labio superior permanece inmóvil, Lewis y Eddie llegan a pensar que le faltan los dientes. Mientras beben, esperando a que John Healey aparezca con un comprador para el arma, Bill divaga. Dice que le gustaría vivir en Sudamérica cazando jabalís salvajes para alimentarse. Joan comenta con desdén que si tuvieran que vivir de lo que él cazara se morirían de

hambre. Bill acepta el desafío: va a demostrar que es un buen tirador. Le pide a Joan que se coloque el vaso en la cabeza. Ella bromea. «Voy a cerrar los ojos, ya sabes que no soporto ver la sangre». William Burroughs dispara la pistola que ha ido a vender a casa de John Healey y le vuela los sesos a su mujer.

Vengo de estar arrodillado frente al váter en la postura más humillante en la que se puede hallar un ser humano, devolviendo un revoltijo de alcohol y bilis entre una letanía de *ojalás*. Ojalá no me hubiese parado en el Kentucky Fried Chicken. Ojalá no hubiese acompañado a las chicas a Washington Square. Ojalá tuviese mejor puntería. Ojalá durmiese plácidamente enrollado en las sábanas como hace la pelirroja de los pezones-pecas. Ojalá mi cuerpo tolerase el alcohol como cuando bebíamos agua de Valencia en las Galerías de Santiago. Una noche se me fue la mano y os perdí a ti y a Hans. En mi cabeza os buscaba sin cesar, pero es probable que no me moviese de la misma baldosa. A quien encontré fue a Asunción, que me preguntó si buscaba algo. Por mi forma de mirar al suelo, creyó que había perdido algo diminuto, una lentilla o una moneda de dos céntimos. Le dije que no buscaba nada, sabía que si le decía que os había perdido a vosotros no pararía de hacer bromas sobre vuestro tamaño.

Una cosa llevó a la otra y acabamos en mi casa. Debí de sufrir un espasmo o retorcer la boca cuando me tumbé desnudo sobre ella, porque desde ese momento no hizo más que repetir: «No me vomites encima, por favor, no me vomites encima». Así que no, Moritz, borracho tampoco tomo buenas decisiones. Anoche mientras lo hacía con la pelirroja aguantaba las arcadas concentrándome en evitar que ella me pidiera que no le vomitase encima.

Ahora me concentraré en no despertarla con el ruido de la ducha y poder abordar así el verdadero motivo de mi viaje. Quiero entrevistar a Julia, la hija de Joan Vollmer, la hijastra de William Burroughs. A su hermano Bill Jr. no podré entrevistarle: le trasplantaron el hígado a los 28 años y murió de cirrosis con 33. Billy debía de tener una puntería terrible con la pelota de *ping-pong*. Julia es la protagonista de esta historia, la niña de la madre muerta, la niña de la perdedora. Siempre he sentido una atracción irresistible por los perdedores.

Julia será el corazón del primer reportaje de una serie que me ha encargado La Revista. Once asesinatos. Yo propongo los asesinos, ellos no se meten en eso, me han ofrecido un año de contrato, una cantidad fija, sin dietas, sin facturas, apenas llega para costearme los viajes. Me siento Bill Burroughs dependiendo de la fortuna familiar para las drogas. A cambio me piden cinco mil palabras por reportaje, fotografías con buena resolución y

puntualidad en la entrega. No han mencionado la calidad, pero hablamos de periodismo, la calidad es la última de las preocupaciones. ¿Y cuál es la alternativa? ¿Redactar sermones como Hans? ¿Ser *escritor* como tú y pagar para que publiquen mis relatos? He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la mediocridad.

Lo que veo en la ventana es la cicatriz que surca mi cara, esta cicatriz que ya es más parte de mí que los ojos porque nadie dice de mí *es el tipo de los ojos negros*, sino *es el tipo de la cicatriz*. Veo también el reflejo de la pelirroja subiéndose las bragas con un pequeño meneo del trasero. Siempre me han excitado más las bragas que suben que las que bajan, seguro que eso quiere decir algo sobre mí, pero ignoro el qué. Confieso que ahora me gustaría que la pelirroja susurrara lo que me susurró Asun la noche en que no le vomité encima. «Resulta que no eras tan gilipollas».

Rudolph.

4

Adverbios

MORITZ SCHLICK

Número de Registro: AC-68-15

Quiere que sea la novela perfecta.

Por eso ha tardado tanto en escribirla. Toda una vida ha tardado en escribirla. Hoy ha puesto la última coma y le ha dado a imprimir. Se ha bebido una Coca-Cola mientras iban saliendo los folios unos encima de otros. Ha aplastado el bote del refresco hasta rajar la hojalata y la impresora seguía escupiendo papel. Ha tenido que cambiar el cartucho de tinta y el mazo de folios para que las páginas continuaran amontonándose. Finalmente, allí estaba su novela, tan voluminosa que cuando la ha levantado en el aire a punto ha estado de salir volando y desperdigarse como en aquella película de Woody Allen en la que al escritor se le cae al agua la única copia, página por página.

Quiere que sea perfecta, pero no quiere leer ni una sola palabra más de su novela. La reescritura del borrador ha sido dolorosa y sabe que si ahora la lee volverá a cambiarla. Probablemente deshaga algunos de los últimos cambios que luego rehará en otra relectura y así sucesivamente. Eso supondrá volver a darle a imprimir y beber una Coca-Cola y rajar la lata y cambiar el cartucho y el mazo de folios.

Escribir es lo único que sabe hacer, aunque le duela. Escribir le ha dejado sin amigos porque se ven reflejados en sus relatos y no se gustan. Las mujeres que se acostaron con él no quieren que se vean sus rarezas, y todas las tienen. No les gusta identificarse en las partes más oscuras del relato, aunque lo hacen y siempre aciertan. Hasta ahora ninguna se ha equivocado. Y eso que no da nombres a sus personajes. Los hombres que le contaron con quién se acostaron también se enfadan porque no quieren que sus mujeres los descubran, aunque lo hacen y siempre aciertan. Lo insultan y amenazan como

en aquella película de Woody Allen en la que su cuñada blande un revólver contra el escritor por haber contado que se la comió delante de su abuela ciega.

Al menos le queda un amigo, el único ahora, al que le da igual si cuenta algo sobre él; el único que le anima a que siga escribiendo aun con el dolor que le provoca. Es un hombre de mundo, que se acuerda de él y le escribe y le cuenta sus historias de asesinos y nunca lo hace desde la misma ciudad.

Escribir le duele porque las ideas vuelan de su cabeza como los folios de la película si no las plasma pronto sobre el papel. Si le surge una idea, puede dejarte con la palabra en la boca y marcharse corriendo a sentarse junto al ordenador, la Coca-Cola de lata y el cartucho de repuesto. A menudo cuando le hablas está ausente y contesta con adverbios que no encajan en la conversación. Le dices: «Cuántas horas tardas en coche hasta allí». Y él te responde: «Sí». Le dices: «Te vas a acabar el cruasán». Y él te contesta: «Más». Le dices: «Estás escribiendo algo ahora». Y él te replica: «Bien». Luego echa a correr junto a su ordenador y Coca-Cola y cartuchos.

Escribir le duele aunque es lo único que sabe hacer. Está obsesionado con que le plagien como en aquella película de Woody Allen en la que el escritor le plagia una novela al amigo que cree muerto y resulta que solo está en coma. Por eso cada vez que termina un relato, y es capaz de hacerlo a diario, se apresura en ir al registro de la propiedad intelectual y espera allí en la puerta a que abran a primera hora de la mañana. Y el funcionario lo ve y suspira y le dice que por qué no junta varios relatos y los lleva agrupados y así no tiene que ir todos los días. Y él le contesta que, claro, así le dará tiempo a alguien a robarle las ideas. Y eso es lo que le responde cuando no está concentrado en un nuevo relato y simplemente le dice «mucho» o «todavía» o cualquier otro adverbio y se marcha corriendo a escribir a su casa. Y el funcionario piensa que está loco.

Pero ahora no son relatos, ahora está escribiendo una novela, la primera, y quiere que sea perfecta, por eso ha tardado una vida en escribirla. Y le ha enviado el primer borrador a su amigo, el único del que se fía, el que viaja por el mundo y le cuenta historias y no le importa que se sepan. Porque los otros, si no quieren que se sepan, ¿para qué se las cuentan? Y si ellas no quieren que se sepa que se han acostado con él, ¿para qué lo hacen? ¿Qué sentido tiene hacer nada que no se pueda contar después? Y si las amigas de ellas son capaces de identificar lo que han hecho en la cama, tal vez sea porque ellas mismas se lo han contado. Así que ellas sí pueden decírselo a una amiga, pero él no puede escribirlo. Además, ¿de qué quieren que escriba? ¿Hay alguien

que escriba que no lo haga sobre su vida? ¿Hay alguien que sea capaz de hacer tabla rasa y escribir como si no viviera en este mundo? Admite que quizá sea posible en escritores de ciencia ficción, pero él no escribe ciencia ficción. ¿Cómo puede escribir alguien sobre sexo sin practicar sexo? ¿Cómo puede alguien escribir bien sobre el sexo que no ha practicado? O, en el peor de los casos, sobre el sexo que no le han contado. Y su amigo que tiene mundo porque viaja, le entiende. Tiene mundo y se nota, y buen gusto, porque le ha dicho que su novela le ha emocionado hasta la lágrima. Y eso que solo ha leído el primer borrador porque las reescrituras son mejores, aunque ahora no sabe si deshacer los cambios y volver a imprimir.

En cualquier caso, mañana a primera hora estará en la puerta del registro, a pesar de que al funcionario no le gusta que espere sentado en el portal, y luego irá a celebrarlo con su amigo que, aunque viaja mucho, está aquí desde ayer para hacer una gestión que no le ha explicado. O puede que sí se la haya explicado y no haya prestado atención y le haya contestado «quizás» o «desde luego» o «estupendamente».

Lleva consigo dos copias de la novela que él mismo ha encuadernado en espiral, aunque lo ha hecho con los ojos entornados para no leer ni una palabra más y no tener que hacer más cambios porque ya ni siquiera le quedan cartuchos de tinta para poder imprimir. Sí le quedan cocacolas y ahora tiene una en la mano mientras espera por el funcionario que cuando lo ve suspira, saca las llaves del registro y le pregunta qué va a ser hoy. Luego se acomoda en la silla de oficina y él le entrega dos copias de la que quiere que sea la novela perfecta. El funcionario enciende el ordenador y teclea el nombre del escritor, que sabe de memoria, entra en su archivo y desciende con el ratón, relato tras relato, hasta imprimir la yema en el botón izquierdo. Al llegar al final del archivo le pregunta el título de la obra que quiere registrar esta vez. Cuando se lo dice, lo mira fijamente. Lo mira con sorpresa. Lo mira con perplejidad. Algo va mal. Está tardando demasiado en volver a teclear. Le ha dado tiempo a terminarse la Coca-Cola. El funcionario le dice que eso no puede ser. Le dice que ayer estuvo allí ese famoso hombre de mundo, ya sabe, ese que viaja tanto. Le dice que registró una novela con el mismo título. *El mismo*. Le dice que la tiene ahí encima de la mesa. Le dice que, aunque no suele hacerlo, la ha estado leyendo por ser de ese hombre con tanto mundo. Le dice que le ha emocionado hasta la lágrima.

Y realmente la novela se parece mucho a la suya. Se parece tanto como la última reescritura al primer borrador. Mientras aplasta la lata de Coca-Cola hasta rajar la hojalata, se acuerda de lo que le dijo ayer su amigo. Le dijo que,

como viaja mucho, van a tener que pasar un tiempo sin verse. Le dijo que su avión sale hoy a mediodía.

Qué va a hacer entonces, le pregunta el funcionario. Él le responde «a menudo» mientras le secciona la yugular con la lata de Coca-Cola. Mira el reloj. Aún está a tiempo de ir a casa de su amigo. Parece que finalmente la novela va a tener un último cambio, pero no le importa, él lo que quiere es que sea perfecta.

5

Still Ill

THE SMITHS

Marga da un sorbo al *gin-tonic*.

Sus amigas la han dejado plantada. Ella hace un esfuerzo por salir, acarrea consigo sus células defectuosas, unidades reproduciéndose por mitosis de manera incontrolada, fichas de dominó que caen hacia el lado equivocado sin motivo aparente. Pero eso a sus amigas les importa una mierda. Al parecer, no pueden dejar a sus hijos con sus novios porque temen que los pongan a la venta en eBay, o algo semejante. Luego le dicen: «Mejor quedamos en el parque a las cinco y nos vemos, allí los niños están ocupados y podemos hablar». ¿Hablar? ¿Hablar de qué? Hablar de niños. No se dan cuenta de que ella los detesta. Marga tiene veintisiete años y un carcinoma de mama, su plan ideal dista bastante de sentarse en un banco del parque a ver a unos monstruos cuelllicortos saltar sobre un tatami acolchado.

Otro sorbo de *gin-tonic*, pequeño, de los que mojan la lengua.

En la sala del bar va a comenzar el concierto. Los tres músicos apenas pueden moverse sin tropezar. El calor ocupa los intersticios, huele a sudor, a orina, a algo agrio; los olores se mezclan y se vuelven indistinguibles.

Es su primera copa en cuatro meses. Cuatro meses sin experimentar la euforia del alcohol, esa euforia inicial que se solidifica a cada trago y acaba convertida en lastre. Cuatro meses desde que un cansancio agotador se hizo uno a uno con sus miembros, primero las piernas, luego los brazos, después el cuello, como una presencia insólita que toma una casa estancia por estancia hasta que te expulsa, cierras la puerta y tiras la llave a la alcantarilla.

Un dolor en el pecho la arrastró al médico por primera vez. Doctor Inútil Número Uno le habló de neumonía o herpes zóster. Marga dijo: «Excelente, veo que lo tienes claro». La sometieron a nuevas pruebas. Doctora Inútil Número Dos culpó a un virus y le indicó que un día entero bajo el edredón

sería suficiente. Se arropó con un nórdico de Ikea que amarillea porque no tiene funda. El dolor en el pecho fue suavizándose, pero la casa permanecía tomada. Los dos bultos de la axila brotaron en esa etapa. Marga dijo: «Conociéndome, es probable que haya contraído la peste bubónica». De vuelta al hospital, Doctora Inútil Número Dos aseguró que los bultos eran consecuencia de la depilación y le aconsejó que dejara de hacérsela unas semanas. Un mes más tarde, los bultos seguían en el mismo sitio y lo único que habían avanzado era que Nico, su hermano, la llamaba la *hippie* tuerta desde que la vio salir de la ducha de casa de sus padres con un sobaco depilado y el otro rebosante de pelos tiesos como espigas de un trigal.

La fase final del proceso comprende a un Doctor Inútil Número Tres, dos biopsias, el sorteo de Lotería Navidad y un papel con la letra apretada y trece palabras en mayúscula. CARCINOMA DUCTAL INVASIVO EN ESTADIO DOS EN MAMA IZQUIERDA CON GANGLIOS LINFÁTICOS AFECTADOS.

Ese fue el diagnóstico que Marga recibió el mediodía del 22 de diciembre. En la pantalla del televisor de la sala de espera una pareja descorchaba cava riendo y llorando al mismo tiempo.

En Nochebuena condujo hasta casa de sus padres; su madre no había dejado de abrazarla cuando Marga le dijo que tenía cáncer. Su hermano se pasó la noche cantando vuelve a casa por Navidad.

Hoy, transcurridas cuatro de las ocho sesiones de quimioterapia programadas antes de la operación, Marga se ha atrevido a emborracharse. Ha vaciado el *gin-tonic* sin darle tiempo al hielo a deshacerse. El cubito baila ahora ruidosamente en la copa tratando de llamar la atención, como si se percatase de su inutilidad, alborotador como todo lo inútil.

Marga no sabe explicar el motivo de su buen ánimo; no es que le haya encontrado el sentido a la vida ni ninguna mierda por el estilo. Probablemente sea porque el tratamiento le está resultando más llevadero de lo esperado.

Ha elaborado una lista:

1. Cansancio
2. Mareos
3. Ardor de estómago
4. Calambres
5. Vagina seca
6. Menopausia

7. Uñas débiles

Los corticoides que le inyectan le provocan calambres en el vientre como si un hámster con el rabo ardiendo correteara por sus intestinos. La goserelina que le inyectan para inducir la menopausia desajusta su cuerpo como un virus informático desajusta un ordenador. La regla se ha ido, se ha desvanecido, no regresará en diez años. Al revolver en el bolso para pagar el *gin-tonic*, encontró un tampón perdido, un anacronismo, un vigía en la selva de Guam cuando la guerra ha terminado. La menopausia le genera sofocos que nacen en la garganta y la hacen sudar a chorros por el labio superior. Le han salido unas manchas pardas en las uñas, que se han debilitado como si fueran a caerse.

Hasta ahí el recuento de daños. Es tan llevadero que la anima. El cáncer la anima. El día de la primera sesión unas viejas la vieron llegar sonriente. «Mira qué feliz viene esta», dijo la más arrugada. «Pues ya se le quitará la sonrisa», dijo la otra. «Y mira qué pelo tan bonito», dijo la arrugada. «Pues ya se quedará sin él», dijo la otra. Marga, sin cambiar de gesto, les dijo: «Señoras, que las oigo, que tengo cáncer, no estoy sorda». ¿Dónde estarán ahora? Puede que muertas. Le gustaría que la vieran, cuatro sesiones después, y aún con la sonrisa en los labios.

También puede ser porque tiene pareja desde hace unas semanas. Pero no cree que eso tenga que ver, porque no le gusta, o sí le gusta, pero no como se supone que debería gustarle y, por descontado, mucho menos de lo que ella le gusta a él. Desde el primer día que compartieron despacho él se había mostrado tan solícito y preocupado por ella que no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que ella le gustaba de esa manera. No era difícil sorprenderlo mirándola fijamente cuando estaba despistada. «Qué miras, Óscar», preguntaba ella. Y él: «Nada, estaba pensando». Y ella: «En qué». Y él: «No me acuerdo». Y ella: «Ya, ya».

Resultaba halagador que alguien tan brillante como él le prestase tanta atención, pero a la vez la incomodaba, porque no podía obligarla a sentir nada por él, ni obligarse ella misma. Nadie puede hacerlo. Lo sientes o no lo sientes. Y Marga no lo siente, pero al final, inesperadamente, ha acabado saliendo con él.

Inesperadamente se siente a gusto con alguien que le ofrece poco más que compañía. Halitosis por las mañanas. Expresiones que le agradan. «Monstruos cuelllicortos». Esa la ha aprendido de él.

Luego está el sexo, extraño, ajeno, doloroso a veces. Asume las penetraciones como una inyección del tratamiento.

1. Corticoides
2. Goserelina
3. Polla

Asume el sexo a cambio de la compañía, como en una transacción comercial, un intercambio de favores, el fundamento de las relaciones humanas, eso que algunas parejas llaman amor, y otras, simplemente, pareja.

Evidentemente, el sexo que ella quiere, el que a ella le gusta, es algo diferente, y no está dispuesta a renunciar a él para siempre. Pero sí por ahora. Si algo le ha enseñado el cáncer es a vivir cada día, o mejor dicho cada tres semanas, de sesión en sesión de quimioterapia. En esta sesión tiene pareja, la siguiente, Dios dirá.

En esta sesión, el bajo toca los Smiths, el cantante canta *Still Ill*, y Marga está feliz, borracha por primera vez desde el 22 de diciembre. En esta sesión lo tiene claro: la vida para ella es solo tomar y no dar.

6

Amara

Quién le iba a decir a Karl que acabaría teniendo una hija con uno de aquellos tres gilipollas. Y quién que Amara acabaría pareciéndose más al pequeño Hans que a su padre biológico. A veces se pregunta si no habrán encontrado los espermatozoides alguna manera de ocultarse sigilosos en su vagina, aferrados a una pared del útero, esperando a acoplarse como si tal cosa a un chorro ajeno de semen. Si esto fuera posible, naturalmente posible, tampoco le habría extrañado; no como acto de venganza, no como ejercicio de rencor seminal, sino más bien como el reflejo de aquel hombre silencioso, de esa forma de ser tan suya, siempre agazapado y ausente cuando estaba con ella y, en cambio, tan presente en la distancia, incluso después de tantos años, incluso a través de Amara, el canal más insospechado para volver a su vida.

Ahora Amara está allí sentada en el borde del sofá, los hombros erguidos como es habitual en ella, mientras el televisor habla sobre Micenas con la voz apagada de los documentales que emiten en la televisión pública. Su mirada fija, casi perdida, la conoce bien; aquella mirada que asustaba a Karl cuando era más pequeña, tanto que consultó a varios pediatras la posibilidad de un retraso (ella prefiere la palabra disfunción).

A estas alturas, a punto de cumplir los ocho años, sabe que el cerebro de Amara procesa a más velocidad que el del resto de los niños de su edad; en realidad está procesando más rápido que su propio cerebro, aunque no podría culpar a nadie por pensar lo contrario. Como el verano pasado cuando fueron juntas a Roma, en uno de esos viajes estivales a los que la lleva para lavar su conciencia. Ella conoce al dedillo los Museos Vaticanos y eso le permitió, sentada en un banco, disfrutar por completo de la reacción de Amara, de esa mirada fija en la pared del Juicio Final, inmóvil minuto tras minuto, mientras los demás visitantes discurrían a cámara rápida y hacían fotos furtivas, desafiando la prohibición, con móviles, con cámaras compactas, con réflex camufladas. Solo si alguno usaba el *flash* se ganaba la reprimenda de un

vigilante. «No photo! No photo!». Miraban hacia el techo, daban un par de vueltas a la Capilla Sixtina y se marchaban con sensación de misión cumplida. Amara no, Amara seguía allí mirando hacia arriba, los brazos y el torso relajados, el cerebro procesando sabe Dios qué, y Karl, en ese preciso instante, no podía dejar de querer a esa pequeña rareza que había salido de sus entrañas. ¿Era eso el instinto maternal? ¿Tenía ese instinto algo que ver con que la inclinación de Amara hacia el arte sea lo único que parece haber heredado de ella?

El arrebató de amor fue interrumpido por un turista español que quería fotografiar a su novia frente al Juicio Final y no deseaba que Amara apareciese en el encuadre. El chico hizo un gesto con la mano abierta a su compañera indicándole que esperase: «A ver si se quita la niña autista de ahí». La novia le dio un codazo y musitó entre dientes que la madre de la autista estaba detrás. Luego, en voz más alta, añadió: «gilipollas». Tal vez Karl debería haberse enfadado, igual debería haberles afeado el comentario, pudo haber presumido del cociente intelectual de su hija, pudo haber fingido el autismo de Amara, echarse a llorar y humillarlos, pero se sorprendió a sí misma disfrutando de la situación. ¿Cómo podría echarles nada en cara a dos extraños si ella misma había pensado que Amara tenía una disfunción? Cuando los chicos, visiblemente incómodos, se marcharon sin foto, ahogó una carcajada tapándose la boca con la mano. Al oírla, Amara salió del trance, se volvió y fue junto a ella. Karl abrazó con fuerza a su hija; toda la relajación del cuerpo de la niña viendo a las blandas almas hundirse en el infierno se convirtió en rigidez en el momento del abrazo (malditos espermatozoides escapistas).

Que Amara es diferente salta a la vista. No es que Karl sea la típica madre que cree que su hija es la más lista, de hecho, no soporta a esas madres, a esos grupos de madrazas, cuyos hijos juegan juntos en el parque o el colegio, que se ponen verdes cada vez que tienen la ocasión, cuando no se acuestan con el marido de otra. Esas madres a las que les regalan tarjetas de *eres la mejor madre del mundo*. Esas madres que celebran que un niño de cinco años haya dejado de mearse en la cama con una fiesta de cruasanes y emparedados como si el niño hubiese descubierto la vacuna de la poliomielitis. Esas madres que te cuentan que su hijo ha preguntado por qué papá tiene pito y ella no y que añaden un «qué listo es, a ver si vamos a tener un Einstein en la familia». No se refiere a esa sublimación absurda del proceso normal de maduración, del descubrimiento del cuerpo y del mundo, del desarrollo del lenguaje que tanta gracia les hace a los familiares y que, de ninguna manera, convierte a los

niños en especiales. ¡Si no lo hicieran tendrían un retraso! (Y ahí sí utiliza la palabra retraso). Amara es realmente inteligente y ella no lo celebra; al contrario, le asusta, porque ya lo ha vivido de cerca y sabe que es el camino más corto hacia el dolor, que en pocas ocasiones va a servir de ayuda real; sabe que será un foco de decepciones y, a medida que vayan pasando los años, después de la sorpresa, los elogios y las buenas calificaciones en el colegio, la utilidad práctica de esa inteligencia superior a la media se va a ir diluyendo y poco a poco va a dar paso a una intensa sensación de fraude. No solo no lo celebra, sino que se siente culpable. No deja de pensar que ese mundo interior que Amara apenas muestra es su creación involuntaria por haber hecho de ella una niña solitaria, sin padre, sin abuelos, sin hermanos, con un primo al que nunca ve, con una madre siempre de viaje, con cuidadoras por las que no demuestra ningún tipo de afecto, sino más bien indiferencia.

Amara, a ojos del resto del mundo, es un remanso de paz. Gladys, la mujer que la cuida, le dice a Karl que tiene la impresión de estar robándole el dinero, que es imposible ser más tranquila. Karl no le recuerda ni una sola pataleta, lo cual no quiere decir que no intente salirse con la suya, pero utiliza otras armas, como en el centro comercial con el abrigo de pelo rosa. No quería comprárselo porque le parecía demasiado caro, pero la niña le habló del frío que pasaba camino del colegio. Ella le enseñó un plumífero negro, pero la niña le dijo que necesitaba algo rosa, porque en clase la llamaban marimacho, un gordinflón incluso había empezado a llamarla Amaro. Ella, aunque no la creyó, porque Amara de aspecto es muy femenina, quiso comprarle un plumífero rosa, pero la niña la miró con esa cara de condescendencia, de qué normal eres, de qué razonamientos más pueriles, de aparta del camino de un genio, esa cara que tan bien conocía de Hans (maldito semen escondido).

Y ahí está ahora, con su abrigo de pelo rosa, en el borde del sofá, un gorro de lana con dos cordones a los lados como los que llevan en Alaska en las películas, un mechón negrísimo cayéndole sobre la frente, la nariz roja por el calor de esperar siempre en casa con la ropa puesta como si fuera a declararse un incendio y no quisiera tener que huir en pijama, abrigada en el mes de mayo como si previese que se avecina una catástrofe, con la mirada profunda y a la vez distante del auriga de Delfos del que acaban de hablar en el documental, esa mirada azul que, como el auriga, parece seguir observando algo que ocurrió hace 2500 años.

Apaga el televisor y le dice a Amara que van a llegar tarde al colegio. La niña sigue con los ojos clavados en un punto de fuga de la pantalla ya completamente negra. «Mamá», dice, «¿podemos ir a Grecia este verano?». «Claro que sí, cielo», le contesta Karl acariciándole suavemente la mejilla, con cariño, pero también con pena.

Y ahí sigue Amara sentada en el borde del sofá, preparada para sufrir todo el dolor del mundo. Preparada para ser un nuevo fraude.

Segunda parte del testimonio de un asesor

Quiero que os hagáis una idea del ambiente en el que he pasado mis últimos años como asesor. Quiero que dibujéis a un hombre de treinta años en mitad del pasillo gritando estas palabras: cambio en la agenda. La americana, dos o tres tallas más grande de lo debido, le confiere un aire cómico. Puede que la razón sea la obvia, que ha adelgazado y no ha renovado el armario, pero en cuatro años compartiendo gabinete con él siempre se ha mantenido en el mismo peso, kilo arriba kilo abajo. El peso no es lo único que mantiene, también los trajes y las camisas raídas en los puños; el peinado, siempre hacia un lado, rígido, pastoso; las corbatas, anchas, con brillos, rayas naranjas, cuadros rojos, diminutos lunares amarillos —amarillo, el color de moda—. Solo que la impresión almidonada que desprende a simple vista se borra de un plumazo cada vez que se pone a vocear en medio del pasillo. Es entonces cuando uno se pregunta si el tamaño de la chaqueta no tendrá que ver con haber dejado pasar de vuelta en algún momento anterior las mangas de una camisa de fuerza. «¡CAMBIO EN LA AGENDA!». Vocifera aún con más vehemencia y la chica del cáncer se ríe con los ojos, con sus ojos grandes y extraños, como clavados en las órbitas, como si al esculpirlos les hubiesen dado un martillazo de más. Sus ojos se ríen constantemente, más a menudo que su boca. Son ojos que dicen qué coño hacemos aquí y me recuerdan que al menos nosotros estamos cuerdos, que en cualquier momento podemos romper el gran ventanal que nos separa del mundo real, detrás de las carpetas, de los dossieres desbordados, del material de oficina desgastado, de impresoras inservibles, de botellines de agua a medio beber, de la orquídea blanca y reluciente que ella trajo el día que nos mudamos a ese habitáculo hace dos años y medio. Romper el ventanal y escapar corriendo. A veces sus ojos lloran de risa, esos son los momentos que realmente merecen la pena.

«CAMBIO EN LA AGENDAAAAAA». El tercero debería ser ya el último aviso, el estiramiento de la a final es la señal de que da a todos por enterados. Poco a poco nos vamos acostumbrando a esta ceremonia, aunque no tiene más que un par de semanas de antigüedad. Todo comenzó tras una injusta reprimenda de la jefa de gabinete. El culpable no era el hombre de las americanas desproporcionadas, sino el encargado de protocolo, un afeminado con anchas caderas que balancea al andar, tolerancia a la cerveza que suele poner a prueba de buena mañana, y un don para escurrir el bulto. Llevar al día la agenda es una de sus escasas atribuciones, pero como no sabe manejar el programa informático en el que se registran los actos, necesita la ayuda de Americanas —llamémoslo así a partir de ahora—, de tal forma que también puede endosarle los errores. Le es muy útil, por ejemplo, para culparle de las veces que la agenda queda en suspenso porque tiene que hacer un recado y vuelve dos horas después dando traspiés con los ojos más enrojecidos que de costumbre. Desde el día de la bronca, Americanas se dedica a gritar los cambios a voz en cuello en mitad del pasillo, lo cual, además de condensar el aire de manicomio, tampoco supone una ventaja real, porque la mayor parte de las veces no es tan importante saber qué cambia como el motivo por el que lo hace. Sin embargo, el día en concreto del que hablo, el motivo es más que evidente para todos. Estamos a vueltas de nuevo con los uniformes. Seis meses atrás la Consejera había dado orden de renovar los uniformes de los centros de mayores y discapacitados dependientes del departamento. Hasta ahí, todo normal. Lo que sucede es que ha resultado ser una esclava de la moda y le encargó a una marca local muy conocida unos uniformes de diseño. Dijo que estaba harta de batas blancas o verdes, abotonadas, con el nombre bordado en el bolsillo. Dijo que si a ella esas batas le quitaban las ganas de vivir, no se imaginaba qué provocarían en los viejos. La Consejera, como el encargado de Protocolo —llamémosle Lúpulo a partir de ahora—, patina con el alcohol, y por las tardes no es raro verla llegar especialmente locuaz: entonces los mayores se convierten en viejos y los discapacitados, en tontos o tullidos. El caso es que diseñaron unos nuevos uniformes más modernos y mucho más caros, que no se abotonan, sino que se sacan por la cabeza como un jersey. No contaban con la poca gracia que les hizo a los enfermeros y cuidadores tener que restregarse el uniforme por la cara para cambiarse, a veces lleno de vómito, de saliva, de heces, de sangre, de alguno de los líquidos malolientes que los viejos sueltan como una cañería estropeada. Poco después llegó un brote de legionela, que seguramente fue una casualidad, pero coincidió con el contagio de ébola de una enfermera en Madrid, y dejó en

evidencia, más si cabe, la técnica de extracción de los nuevos uniformes. No tardaron las primeras protestas organizadas de los trabajadores, que incluso acudieron al Parlamento a abuchear a la Consejera. Ella respondió que si de lo que la acusaban era de que le gustase la moda, entonces se declaraba culpable, ante la estupefacción y vergüenza ajena de diputados y periodistas. El cese planeó sobre nuestras cabezas durante unas semanas —el de la Consejera y el de todo su gabinete que, para bien o para mal, está ligado a su suerte—, hasta que la polémica se interrumpió de repente. Las culpables fueron las almejas; más en concreto, una toxina en los bivalvos que desvió la atención mediática hacia la Consejería de Pesca. Pero lo que se llevaron las almejas lo devolvieron las avispas siguiendo alguna mierda de ciclo lógico de la naturaleza. Una colonia de avispas asiáticas atacó a una enfermera en uno de los centros que tiene la Consejería en el rural. Las picaduras la dejaron en coma y se llegó a temer por su vida. «Tiene tanto veneno en el cuerpo que comerle el coño es como comer setas alucinógenas», había dicho el Prestidigitador después de hablar por teléfono con el departamento de Sanidad. La Consejera se enfada entonces con los periodistas: ella no puede controlar a las avispas, ha sido un desgraciado accidente, es el colmo que le echen esto también en cara, es increíble que hagan amarillismo —amarillo, el color de moda— con la tragedia y una vida humana. Con la ira, su tez brillante de bótox refulge como el uranio líquido y sus piernas se cimbrean sobre los tacones. En la radio, que tienen a tope de volumen los redactores de prensa, un experto se muestra asombrado por un ataque masivo de avispas asesinas tan lejos del nido. «Es un suceso extraordinario», dice, «algo las ha tenido que atraer, estamos investigando el motivo para evitar nuevos casos». Rebusco en mi memoria y luego en el montón de periódicos atrasados que guardamos en un desvencijado armario que desprende un desagradable olor a madera vieja. Olor a mendigo. No me cuesta mucho encontrar en el mueble maloliente el diario del día de la presentación de los uniformes. «Adiós, batas blancas. Amarillo es el color de moda». Los ojos de la chica del cáncer dejan de sonreír. «Mierda», me dice. «Mierda, mierda, mierda, Óscar. No me puedo ir al paro ahora, no por esta gilipollez, no así». Y se pasa una mano por su melena negra y lisa. Por su melena postiza.

8

No More Auction Block For Me CANCIÓN TRADICIONAL DE LOS ESCLAVOS AMERICANOS

La quimioterapia le ha robado el misterio de su melena.

La melena de Marga: un sauce de copa negra que la hacía inconfundible desde donde la vieses, un surtidor disparando tirabuzones, pernos, pasta oscura en espiral. Quien no sabía su nombre la conocía como la chica del pelo rizado o la chica del pelo de negra o, simplemente, la Pelos.

Óscar le dice que el ciclo vital de cada cabello de la nuca de una mujer dura alrededor de ocho años en los que crece a razón de 0,3 milímetros a la semana de media antes de caer, por lo que en las 416 semanas que hay en ocho años, si no se corta, puede llegar a crecer casi un metro treinta. Marga no le cree demasiado porque no supera el metro sesenta y cinco, y antes de la quimio no veía razón para pisar una peluquería.

Óscar le dice que el motivo de que el homínido perdiera el pelo en el cuerpo y no en la cabeza fue para protegerse de las insolaciones en la sabana africana de la que todos procedemos y que por eso los negroides mantienen aún hoy un cabello más rizado o ulótrico, en forma de elipse, para resguardarse del sol. Ella dice que de acuerdo y apunta mentalmente: no viajar a África durante el tratamiento.

Óscar arrastra la calvicie desde los veintialgo, así que Marga decide dejar sus enseñanzas capilares en cuarentena.

Óscar tampoco conoce al resto de las mujeres de la familia de Marga. Resulta que todas tienen el pelo de negra. Llama la atención que los hombres, en cambio, mantengan el cabello lacio. Es difícil darle una explicación lógica al fenómeno, una solución al misterio de su melena.

Las ramas masculinas de su árbol genealógico conforman una saga de patrones, marineros y pescadores que se remontan más allá de lo que nadie en su familia puede recordar. Hombres que han recorrido los confines del mundo y han tenido contacto con negros. E, indudablemente, también con negras. No le extrañaría encontrarse un día con que tiene un medio-abuelo, un medio-tío, un medio-primo o un medio-hermano negro. Pero eso no explicaría la llegada de la negritud a los genes de las mujeres de su familia.

A Marga tampoco le convence la hipótesis que tiene que ver con uno de sus bisabuelos; el único hombre de su familia que no fue marino sino farero de una isla que se divisa desde el muelle. Ahora la isla la habitan solo gaviotas, lagartos y ratas que se alojan en las casas desvencijadas. Su abuelo se lo ha contado un millón de veces. Su hermano Nico dice: «Otra vez, abuelo, qué coñazo eres». Ella pone cara de asombro como si fuese el primer día que lo oye:

«A principios del siglo pasado un vapor que partió de Bilbao rumbo a América encalló en un peñasco cercano a la isla y naufragó en mitad de la tormenta. Aquí, cuando hay temporal, las ventanas retumban como si el cristal se fuera a partir. El viento es capaz de arrancar de raíz los manzanos y los limoneros».

Nico chista y rebusca algo en una caja de lata que contuvo las piezas de un puzle de Renoir.

«Mi padre corrió a pie los cuatro kilómetros pedregosos que separaban el faro de su casa para dar la alarma», dice su abuelo con voz encendida. «Las olas rompían con violencia contra las rocas y los isleños se lanzaron en sus humildes barcas de madera calafateada a salvar a los náufragos. Solo sobrevivió una quinta parte del pasaje del vapor. A los habitantes de la isla no los hicieron héroes...».

Los acusaron de raqueros, dice Nico jugando con un mechero Zippo, encendiéndolo y apagándolo.

«No fue hasta varios meses después», prosigue irritado su abuelo, «cuando mi madre dio a luz una niña con una copiosa mata ondulada, que empezó a circular el rumor de que en el barco iba un negro llamado Richard Parker que continuaba oculto en algún lugar de la isla».

Esa parte es la que a ella más le gusta. Le hace gracia que en la isla se rumorease que su bisabuela se acostaba con un negro. Le hace gracia que su abuelo se lo cuente.

«Todo fueron maledicciones porque nunca lo encontraron, ni figuraba su nombre en el listado de pasajeros, ni los supervivientes recordaban haber

visto ningún negro a bordo», termina el abuelo.

Y Nico enciende un Ducados que inunda toda la casa con su olor.

El pelo de Richard Parker es su identidad, la marca de familia, mucho más que un apellido para ella. Pero se le ha caído a puñados de un modo tan brutal que es imposible explicarlo si no lo has vivido. Casi cómico si no fuera porque no tiene puta gracia pasarse la mano por la cabeza y quedarse con mechones enteros entre los dedos, arrojar los genes por el desagüe, tirar de la cadena y atascar el váter.

Así que no se lo pensó dos veces. Bajó al supermercado, compró una maquinilla y puso la cuchilla al cero. Ahora lleva una peluca lisa de pelo natural que le ha costado el sueldo íntegro de un mes. Un flequillo abierto a los lados tapa el nacimiento inexistente de la melena.

Los que antes la reconocían desde donde la viesan, los que la llamaban la chica del pelo rizado o la chica del pelo de negra o, simplemente, la Pelos, ya no la conocen.

Otros, como uno de los funcionarios que trabajan con ella en la Consejería, le preguntan dónde se ha hecho el alisado. El problema con este funcionario es que se lo pregunta tres veces por semana. Qué bien te queda. Estás guapísima. No se te encrespa con la lluvia. Se lo quiero recomendar a mi mujer.

Así durante tres meses.

En una de estas va a quitarse la peluca y decirle: «¿Y así? ¿Te gustaría tu mujer así?».

El pelo que ya no tiene era la parte más visible de su atractivo con los hombres. No es que sea lo que más le preocupa ahora, pero sería absurdo no admitirlo. No se cree guapa, más bien al contrario, le parece que su cara es poco común. Y si eso le ocurre a ella que está harta de verla, qué no les pasará a los demás. Pero siempre ha tenido algo con los chicos. Quizá sean sus curvas. Sus pechos. Las mujeres de su familia materna son curvilíneas.

Esa es la paradoja. El cáncer ataca donde más duele. La melena ya no la tiene y una de las tetas se la van a trepanar.

Óscar le dice que trepanar no es una expresión correcta para referirse a una mama, porque trepanar significa horadar un hueso y una mama es una glándula.

Lo dice cauteloso, intentando no herirla con sus correcciones, le da mucho valor a las palabras. A Marga le da igual lo que le diga. Le gusta trepanar. En unas semanas la van a trepanar.

La banda interpreta ahora una versión de un viejo tema góspel contra la esclavitud. Canta el cantante: «*No more auction block for me. Many thousands gone*», y toca la armónica sujeta a su cuerpo con un hierro. Le recuerda a los que usaban en las piernas los niños con pobo que vio en una exposición de fotografía.

En el bombo se lee un nombre: The Stranglers; nunca los había oído. Mira al cantante besar la armónica y se enrosca un mechón postizo en el dedo, un acto reflejo que mantiene pese a todo. Es una buena peluca, entiende que el funcionario quiera a su mujer con un pelo así. ¿La querría también con una teta trepanada?

«*No more auction block for me. No more, no more*».

9

Enero: Christer Pettersson

Te escribo desde Estocolmo:

Los mástiles del museo Vasa se entrevén desde mi habitación; también se distingue la isla de Skeppsholmen, el islote de casas-barco por el que decido pasear a mediodía. Compro un par de libros en la tienda del Moderna Museet, donde Niki de Saint Phalle exhibió una enorme instalación con forma de voluptuoso cuerpo de mujer al que se entraba por la vagina. Luego me detengo a probar langosta negra del mar del Norte en un restaurante que ocupa el espacio de una antigua caballeriza de la Guardia Real. Las langostas, sus pinzas, antenas y anténulas, me recuerdan inevitablemente a algo. Tú sabes a qué, Moritz, ¿verdad? Me recuerdan a ti, siempre a ti, al Círculo, al día que ganaste el premio de relatos de la Universidad e invertiste el montante íntegro en invitarnos a comer. Hans dijo que el marisco no era lo suyo y le pediste al camarero que le preparasen una hamburguesa. Cuando nos sirvieron dos crustáceos abiertos en canal, Hans apartó su silla para evitar que Karl le salpicase al quebrar las tenazas y dijo con su estilo enciclopédico que las langostas eran hace un siglo el alimento de los pobres, que los campesinos se las daban de comer a los gatos, que encontrar conchas de langosta en una casa indicaba estrechez, que la disminución de su población provocó el aumento de precio, que las langostas son como la felicidad, las valoramos porque escasean. Yo dije entonces que hay dos tipos de personas: las que fingen ser felices y las que no se molestan en fingir. Tú dijiste riendo: «¡Varo, devuélveme mis legiones!». Clavaste el tenedor en el corazón de la carne blanca y te llevaste un buen pedazo a la boca. Nos reímos nosotros también; todos menos Hans, que calló y no volvió a emitir sonido. A ti sus silencios nunca te incomodaron como al resto, ya hablabas tú por los demás. Aquel día nos describiste cómo sería tu carrera literaria, dijiste que Moritz Schlick comería a diario ostras y langosta, exigiste que celebrásemos tus ocurrencias,

dijiste: «Es mi día, tenéis que reírme las gracias». Como si no lo hiciésemos el resto de las ocasiones.

En la antigua caballeriza se ha agotado la langosta, así que almuerzo con desgana unas albóndigas con nata y al salir me encuentro con que ha empezado a nevar. El invierno es desagradable en Estocolmo, el frío es un pequeño zorro ártico asustado que te mordisquea disimuladamente hasta perforar un agujero del tamaño de un puño. La isla de los barcos parece desierta y no cuesta imaginar la mancha de sangre que dos disparos por la espalda dibujarían sobre la nieve. Después de varios resbalones decido pedir un taxi y acuerdo con el conductor que me recoja media hora antes de la ceremonia. El auditorio dista un kilómetro del hotel, pero no quiero correr el riesgo de caerme y recibir el premio con aspecto de vagabundo que ha dormido a la intemperie con un traje robado a punta de bayoneta en un centro comercial.

De camino, el taxi rodea la Konzerthaus, el lugar donde se entregan los Premios con mayúsculas. Es irónico que yo vaya a recoger uno al otro lado de la calle, en un feo edificio de los años sesenta, un bloque de cemento que se yergue sobre la calle Tunnelgatan, delante de la placa colocada en el suelo en recuerdo de Olof Palme. Sus ventanas de aluminio oxidado se abren hacia fuera y a ellas llega el intenso azul cerúleo de la Konzerthaus. Parece como si algún bromista me hubiera escuchado el día que nos invitaste a langosta y más tarde a una piedra de hachís y jugamos a ver quién aguantaba más el humo. El que aguantase más tiempo tenía derecho a un deseo y yo dije: «Ganar ese premio que entregan en Estocolmo».

QUÉ PAÍS TAN MARAVILLOSO ES SUECIA

OLOF PALME. La noche del 28 de febrero de 1986 el primer ministro sueco Olof Palme acude al cine acompañado de su esposa Lisbet. Al finalizar la película, cerca de la medianoche, se cruza con un colega sindicalista que le dice: «Qué país tan maravilloso es Suecia que el Primer Ministro puede caminar de madrugada sin escolta». Palme responde con una sonrisa. Nieva, los termómetros señalan temperaturas bajo cero. Cerca de la boca del metro de Hötorget, un hombre de complexión fuerte y una parka azul de esquíador agarra del hombro a Palme y le encaja dos balas a quemarropa por la espalda. Después sale corriendo por Tunnelgatan, un estrecho callejón rematado en unas escaleras. El asesino asciende los peldaños y se pierde en la oscuridad.

CHRISTER PETTERSON. Dieciséis años antes de la muerte de Palme, un hombre con aspecto de vagabundo llamado Christer Petterson está comprando regalos de Navidad en un centro comercial próximo a Tunnelgatan cuando nota un empujón en la fila que espera para pagar. Termina las compras y localiza en un callejón a los dos hombres que le han empujado. Desoyendo sus súplicas, le clava a uno de ellos la

bayoneta que lleva en el bolsillo y la retuerce hasta que su víctima se desploma. Christer pasa seis meses recluido en un centro psiquiátrico. En los años siguientes intenta aplastarle la cabeza a alguien con una barra de hierro, apuñala a tres hampones, ataca con un hacha a un camarero, y casi mata a un traficante de un navajazo.

LISBET PALME. Lisbet es la principal testigo del asesinato de su marido. Cuando se entera de que han arrestado a Christer Petterson y conoce sus antecedentes se convence a sí misma de que han encontrado al hombre de la parka azul. En la rueda de reconocimiento señala sin dudar al número cuatro. «El que tiene aspecto de alcohólico y drogadicto». Una declaración cargada de prejuicios que es suficiente para que el juez de apelación invalide el testimonio de la viuda. Christer es absuelto. Treinta años después, el asesinato de Palme sigue sin resolverse. Qué país tan maravilloso es Suecia.

La azafata me ha recibido sonriente y me ha felicitado por el premio agitando sus pestañas largas como anténulas. Me ha estrechado blandamente la mano y me ha dado dos besos con olor a maquillaje. Le he devuelto una sonrisa que significaba «me gustaría introducirme entero en tu vagina como si fueras una instalación de Niki de Saint Phalle», pero se ha alejado de mí con la misma languidez con la que había llegado. Algún sensor en sus pestañas, como los bigotes de uno de esos gatos devoradores de langosta, ha debido captar mi vacilación, mi sentimiento de embaucador al recoger el premio de la Asociación Olof Palme por un reportaje que no dice nada nuevo, que está inspirado en mil y una noticias antiguas, que no aporta nada a nadie.

He deseado hacer algo original por una vez. He lamentado haber llegado en taxi. Me sentiría mejor si me hubiese caído sobre la nieve, si hubiese aparecido con el traje manchado y arrugado. O si me hubiese presentado borracho y drogado como habría hecho Christer Petterson. Si hubiese extraído de mi bolsillo una bayoneta y la hubiese puesto sobre el atril, si hubiese sacado una hucha y hubiese recolectado dinero para el Estado Islámico, si hubiese blandido la pistola que mató a Palme y hubiese comenzado a disparar gritando «*sic semper tyrannis*», si después hubiese echado a correr...

Pero no he hecho nada de eso. Les he mentado como hago siempre, como hacemos todos siempre. Les he dicho que estaba orgulloso y que La Revista estaba más orgullosa aún, he elogiado a Palme y a La Revista que me paga por mis mentiras. Mientras leía en voz alta un discurso anodino sobre la función del periodismo de investigación mi vista se perdía en el otro edificio, el azul cerúleo, el edificio de verdad, el del Premio de verdad.

Recuerdo que el día que nos invitaste a langosta asistimos a clase de Periodismo Especializado. Aunque habitualmente por las tardes nos saltábamos las clases, cuando estábamos drogados hacíamos una excepción,

nos excitaba que los demás se dieran cuenta. Jugábamos a escribir discursos de aceptación del Nobel, los cuatro en la última fila, el hachís en las pupilas, la risita ruidosa de quien intenta no hacer ruido. Ese día el profesor estuvo a punto de descubriarnos, Karl se guardó tu discurso en el escote entre las dos copas del sujetador, yo introduje la mano para recuperarlo, ella se ruborizó, Hans se ruborizó aún más, y tú me dijiste que yo no tenía derecho a hacerlo, que era una operación que te correspondía, que era tu día, que nos habías invitado a langosta. Recuerdo cómo comenzaba el discurso que extraje de entre las tetas de Karl y leí en voz alta al desenmarañar el papel: «Gracias a la Academia Sueca por concederme el Nobel por algo que no he hecho».

Rudolph.

10

Haz lo que quieras

La prueba era la siguiente: Karl debía irse a una habitación con los tres, uno por uno, y ellos tenían que regresar al salón con una erección que luego el resto de los jugadores aprobaría o no. No había transcurrido un mes desde su noche con Mofeta y de nuevo las erecciones se inmiscuían en el camino de Karl.

Estaban en el apartamento que el padre de Rudolph había alquilado para él en el ensanche de Santiago, un piso de estudiante que parecía cualquier cosa menos un piso de estudiante, más bien una galería de arte o la vivienda piloto de una urbanización de lujo. Rudolph asumía con naturalidad su posición acomodada y no hacía gala de ella, salvo en el emblema de sus camisas y cuando se trataba de invitarles a algo; entonces decía que invitar era lo mismo que condescender, que lo mejor era que cada uno se pagase lo suyo.

La noche de las erecciones se sentaron sobre la alfombra alrededor de una mesa baja en el salón discretamente amueblado. Fotografías en blanco y negro recubrían dos paredes, de otra colgaban las guitarras, la Fender blanca y negra y la Rickenbacker color madera, Rudolph se ofendía si las confundías. En un cojín se movía nerviosa la prima del anfitrión, que estudiaba Medicina y compartía residencia con Asun y Karl. Aunque se llamaban primos el uno al otro, en realidad no los unía ningún parentesco, sus madres eran solo viejas amigas. Saltaba a la vista que estaba enamorada de Rudolph desde niña, desde siempre, igual que era obvio que él la ignoraba, que para él era la prima molesta a la que tienes que sacar de paseo para contentar a tus padres.

Era una chica alta, de piernas largas, pelo pajizo recogido en una cola y ojos verdes muy brillantes. La afeaba un visible defecto, dolorosamente visible: las encías engullían sus dientes, minúsculas piezas amarillas, más que dientes uñas de cerdo (Uñas de cerdo era como la llamaba a sus espaldas Asunción, que tenía una agudeza especial cuando se trataba de burlarse de los defectos físicos de los demás). Intentaba no abrir mucho la boca y eso le

restaba naturalidad; tampoco era lo suficientemente brillante para los estándares de Rudolph, de hecho, había suspendido todas las asignaturas del primer cuatrimestre. Años más tarde comprendió que lo suyo no era la Medicina, sino el arte. Nunca habría pasado de pintora mediocre si «Unos cuantos piquetitos» no se hubiese cruzado en su camino. No fue el contenido del cuadro de Frida Kahlo (un marido que asesina a su mujer con un punzón) lo que cambió su vida, fue el uso que la pintora hace del marco, lleno de manchurrónes de sangre roja y agujeros de punzón pequeños y profundos. Esos agujeros fueron la puerta que Uñas de Cerdo aprovechó para huir de la Medicina: empezó a ampliar sus pinturas utilizando no solo el marco, también las paredes, tres metros de mural rodeando un pequeño cuadro de 75×50, un punto de partida sobre el que construir su obra, más vistosa que brillante, diferente en cada exposición temporal, obligando a galerías y museos a repintar las paredes al finalizar.

Asun era la otra invitada a la fiesta; acudió a regañadientes, aunque Asun lo hacía todo a regañadientes.

Visto con la perspectiva que dan los años, la escena es ridícula, casi bochornosa, pruebas adolescentes en las que pagar prendas, Asun en bragas tapándose con un cojín, Karl convertida en la Virgen de las Erecciones. Ahora no le cuesta darse cuenta de que detrás de los esfuerzos del Círculo por parecer diferentes había solo unos adolescentes como ellas dos que jugaban a beso-verdad-condición, adolescentes suscritos a revistas de literatura americanas que se creían más maduros que el resto por hablar de Foster Wallace o Palahniuk antes de que los editaran en España, adolescentes a los que todo les recordaba a tal o cual película de culto, adolescentes que manejaban datos, datos a raudales, pero datos al fin y al cabo, datos que no les aportaban madurez: sabían de la vida tan poco como ellas. La vida entonces se reducía casi exclusivamente al sexo. La promesa del sexo no realizado. La búsqueda del sexo que pedía a gritos una vía de escape. La cultura, la erudición forzada, preparada en casa ante el espejo, no era más que eso, una vía de escape para el sexo, plumas de colores, un ritual de apareamiento. ¿Y ellas? Ellas eran todo indirectas, nervios, rubores, antipatías fingidas, sonrisas de encías carnívoras... Qué ridículo le parece todo ahora. ¿Por qué tantas vueltas? ¿Para qué tantos desvíos? ¿Por qué inventaban juegos para follar? ¿Por qué no follaban simplemente?

El juego exigía tres erecciones para no pagar prenda. El primero en meterse en la habitación con ella fue Moritz. Karl le dijo: «Haz lo que quieras». Él se sorprendió por la generosa oferta y, tras un segundo de duda,

metió la mano bajo el elástico de su falda y le acarició las nalgas con una ternura insólita en el cínico que era. Muy pronto, como si quisiera responder a lo que de él se esperaba, sin soltarle el trasero, la atrajo hacia sí de un tirón. Al chocar sus cuerpos, ella sintió una extraña y cilíndrica opresión por debajo del ombligo y comprendió que había superado la prueba. El segundo fue Rudolph, con quien repitió la operación: «Haz lo que quieras». Aún no había terminado de pronunciar la última palabra cuando él ya le había llevado la mano al bulto del pantalón. Después de liberarlo, Karl cerró el puño alrededor del miembro y se maravilló de lo rápido que cobraba vida y de cómo la obligaba a ahuecar la mano. Cuando regresaron al salón junto al resto de los jugadores, la magnífica erección de Rudolph le valió el aplauso de Moritz y Asun, mientras la prima se mordía el labio inferior con sus pequeños incisivos. Hans cerraba el juego. De nuevo «Haz lo que quieras». No hizo nada. Carraspeó, la miró a los ojos como queriendo decir algo, pero no acertó a abrir la boca. Estaba tenso como Amara al abrazarla, incómodo como si le sobraran los brazos, como cuando duermes acurrucado con alguien y darías lo que fuera por ser manco, erizado como un gato que detecta la cercanía de un bebé. «Haz lo que quieras», repitió Karl, pero se dio cuenta de que no era necesario, que bajo el pantalón el objetivo parecía cumplido. Más o menos cumplido. Con lo que no contaban era que de camino al salón, en silencio y con pasos cortitos, cohibidos por lo que había pasado, por lo que no había pasado, el bulto se deshincharía, y al llegar a la meta la erección apenas perceptible sería recibida con compasivos abucheos ante el sonrojo de Hans, que se encogió de hombros como si dijera qué se le va a hacer.

Si Karl tuviera que elegir el instante preciso en el que se encaprichó de él, diría que fue en aquella habitación, rodeada de láminas de Richard Rauschenberg y Jasper Johns, en una casa de diseño antes de que se popularizaran las casas de diseño, esperando a que Bartleby el escribiente le metiera mano.

Desde aquel día procuró tropezarse con él más de lo normal, lo rozaba con sus piernas cuando se sentaban cerca, se apoyaba en él y aplastaba sus pechos contra la espalda de Hans para explicarle cualquier cosa, el contacto físico casual, antes inexistente, se convirtió en más frecuente de lo habitual. Él debía de notarlo. Tenía que notarlo. A no ser que sufriera una enfermedad de la médula espinal que ella ignoraba. Pero no hizo nada. Siguió sin hacer nada. Paradójicamente, esa inacción, en vez de disuadir a Karl, la atraía más y más. Su timidez llevada al extremo, su inseguridad, su «preferiría no hacerlo» lo convirtieron pronto en su preferido de entre los tres.

Pero la noche de las erecciones su plan era otro, tan premeditado que aún hoy resulta vergonzoso, tan simple que era imposible que fallase. Una cartera escondida (no un pañuelo ni nada prescindible, sino un objeto que fuera necesario volver a buscar después de marcharse, bien escondido para que nadie lo viera antes de salir, bien escondido para que luego tuvieran que buscarlo los dos palmo a palmo), y de camino a la residencia llevarse las manos a la cabeza y decir ¡la cartera! Y total para qué, si a Asun no la podía engañar y la prima creía que todas querían acostarse con él. Tantos esfuerzos para disimular lo que todos sabían. Y, en el fondo, qué le importaba a Karl lo que supieran, fingir era parte del juego del sexo, otra vuelta, otro desvío, una prueba para no pagar prenda. Y les dijo que se fueran y llamó al timbre y el día que diría que se encaprichó de Hans fue el día que por fin *pasó a mayores* con Rudolph.

11

Tercera parte del testimonio de un asesor

Los hechos no ocurren solos, no suceden, no se producen. Los acontecimientos no acontecen: los acontecimientos se desencadenan. Uno lleva al otro, el otro al siguiente, y el siguiente conduce a este testimonio. Para que se me entienda, hoy no estaríais leyendo estas palabras si yo no hubiese acabado sin pantalones en el baño de la Consejera, y eso no habría sucedido si no me hubiese ardido la entrepierna, y mi entrepierna no habría entrado en combustión si la secretaria de la Consejera no tratara de combatir el envejecimiento del útero con ejercicios de Kegel, etcétera, etcétera. No imagináis hasta qué punto, aquella tarde de hace dos meses, me tenía hasta la coronilla con los dichosos ejercicios. Es decir, me parece perfecto que quiera fortalecer su suelo pélvico, pero teniendo en cuenta que trabaja a media jornada, bien podía hacerlo en su casa. Llega a mear cinco o seis veces en cuestión de un par de horas, luego se sienta en la mesa delante del despacho de la Consejera y contrae y relaja la vagina, aprieta y suelta, estrecha y dilata, comprime y afloja. No es que me enseñe el sexo mientras lo hace, ni que me lance pelotas de *ping-pong*, ni que escriba su nombre en tinta roja con el coño como en un espectáculo en Bangkok, pero no es difícil interpretar en su rostro cada movimiento de sus músculos vaginales, como si hiciera los ejercicios de Kegel también con los músculos faciales. Inspira y espira, suelta el aire con fogosidad, casi un gemido, luego se ruboriza, no de vergüenza, que tiene poca, sino por el esfuerzo. La ejercita tanto que apostaría que puede cascar una nuez con la vagina, lo cual sería, por otra parte, el mayor mérito de su jornada laboral. Las competencias de Kegel —llamémosla así a partir de ahora— se limitan a coger el teléfono y tomar nota de la llamada. El teléfono suena —está comprobado— cada vez que Kegel está en el escusado vaciando la vejiga y cada vez que prepara en el cubículo que usamos como *office* una

infusión para llenar de líquido su tracto urinario. Hacer té-Beber-Mear-Contraer Vagina-Relajarla. Ese es el trabajo por el que Kegel cobra su sueldo. Fijaos en ella: otra vez va al baño. «Óscar, cariño, cógeme el teléfono si suena, por favor, cielo», grita desde el extremo de la oficina. Y yo sé que va a sonar, que es matemático, que alguna fuerza cósmica une el tránsito de la orina por la vagina de Kegel con el invento infernal de Alexander Graham Bell. ¿Podéis oírlo? Ahí está el timbre de nuevo, no han transcurrido ni treinta segundos. Secretario de la secretaria, a eso se ha reducido mi carrera profesional. Me he quedado hasta tarde para adelantar un par de discursos, pero Kegel no para de interrumpirme. Ya solo permanecemos los dos en el Gabinete, vacío y oscuro. Es un viernes de febrero y ni la luna casi llena da un respiro a la negrura exterior. Cuando entré a trabajar era de noche, cuando salga será de noche. Cruzo el despacho de prensa. Al otro lado de un pequeño patio está la parte en la que trabajan los funcionarios, las luces llevan apagadas ahí desde poco después de las tres, hace más de cinco horas. El último en marcharse fue el encargado de mantenimiento, al que he escuchado llamar con desprecio temporeros a los asesores en más de una ocasión. «Os dais aires, pero sois como los yogures, con fecha de caducidad», le dijo un día a Americanas. Tiene razón, pero ahora los yogures damos las órdenes que los funcionarios cumplen con parsimonia y displicencia. Cojo el teléfono: es la Consejera. Sobre la mesa de Kegel humea una de sus infusiones. «Ahora mismo no está, jefa, está en el baño». En ese instante, cuando aún estoy pronunciando la eñe, aparece Kegel de vuelta del váter corriendo con pasos cortos y arrastrando los pies. Me arrebató el auricular de la mano mientras golpea con su trasero achatado como una manzana la taza hirviendo que se derrama sobre mi pantalón a la altura de los testículos. Quema. Escuece. Duele. Pienso: si por lo menos colgase de una puta vez, podría gritar a gusto. Pero ni eso. La única solución que encuentro plausible es bajarme los pantalones hasta la rodilla. Por suerte el líquido abrasador no ha alcanzado los calzoncillos: la situación ya es bastante embarazosa. Cuando Kegel termina de hablar por teléfono, pide disculpas pero parece divertida. Me dice que me quite los pantalones porque les va a dar con agua y jabón en el baño del despacho de la Consejera. Así es como llegamos a estar los dos frente al espejo, con las cremas antiarrugas de la jefa esparcidas en una bandeja junto a un cepillo de dientes de cerdas gastadas y una caja de laxantes con el prospecto desenrollado. Veo el reflejo sonriente de Kegel frotar con fuerza agitando sus extensiones negras de crin de caballo. Veo a una Baby Jane con el lunar en la mejilla equivocada. Veo a una adolescente de casi sesenta años

recién liberada de un secuestro sexual donde la han mantenido media vida alimentada a base de muesli y zumo de arándanos. Veo una muñeca Barbie rescatada demasiado tarde del fuego como para salvar su firmeza, sus turgencias; ahora está medio deshecha, flácida, llena de pellejos. Y me veo también a mí mismo, ya en declive, un puñado de años antes de cumplir los cuarenta —Kegel podría ser mi madre si se hubiese dado prisa—. Veo una nueva verruga, apenas perceptible, muy molesta a la hora de afeitarme, veo una mancha del sol en la piel que se expande con el paso de los días, veo venas rotas que se bifurcan una y otra vez como afluentes rojos sobre mi nariz, veo pelos enquistados que se enroscan sobre sí mismos creciendo *ad infinitum* en su madriguera y originando purulentas cápsulas en el exterior, veo mis incisivos inferiores separarse y montarse uno sobre otro milímetro a milímetro. Lo que me preocupa es lo que no veo: ¿no estará ahora formándose un minúsculo tumor, como esa pequeña verruga, en alguno de mis órganos, puede que en el hígado o seguramente el colon porque siempre he tenido digestiones difíciles? ¿No estará enquistándose un cálculo en el riñón, disponiéndose a obstruir el paso de la orina y generar un grave fallo renal, tal vez una infección mortal? ¿No estará el páncreas cansándose de segregar insulina y simplemente dejará de hacerlo provocándome el coma diabético? ¿No estarán mis arterias, rebosantes ya de colesterol y triglicéridos, preparadas para causar una angina de pecho, un infarto, un ictus? Envejecer para mí es más esa sensación de pudrirme por dentro que las manchas, las venas rotas o los pelos en las orejas; no es la virulencia de las resacas, ni siquiera la calidad menguante de las erecciones, menos duras, menos prolongadas, menos espontáneas, que me obligan a un parón en mi incesante monólogo interior bajo la amenaza de ablandamiento instantáneo, y aunque eso no sea un problema en el uso doméstico —para que nos entendamos, vivo solo—, podría llegar a serlo en el uso, digamos, a domicilio. Pero aquella tarde de febrero el uso a domicilio lleva inactivo desde tiempos inmemoriales. Desde el episodio de Lengua Rugosa. ¿Y cuánto hace de eso? Siete, ocho años. Eso pienso delante del espejo esa tarde malhadada: que no folio desde hace siete años. Kegel sigue frotando y contrayendo los músculos de la cara en una sonrisa un tanto forzada. Seguro que está aprovechando para ejercitar el suelo de su vagina.

12

Suite n.º 1

MORITZ SCHLICK

Pon la *Suite n.º 1* de Bach para chelo en un cedé o será imposible que puedas escuchar esta historia.

PRELUDIO. Me había cansado de oírla en casa. Comenzaba con un «tarará rarará...» y ella dibujaba con la mano izquierda el gesto de pisar las cuerdas y con la derecha movía un arco imaginario sobre el puente imaginario de un violonchelo imaginario. Sentada en camisón en el borde de la cama, arqueaba las piernas como si abrazara la caja con ellas. Sus muslos tensos señalaban el camino a la estimulante visión de sus bragas, pero cualquier acercamiento era repelido con un puntapié, en el mejor de los casos.

—Déjame, imbécil, esto también son ensayos.

Entonces detenía el cedé y lo volvía a poner desde el principio. «Tarará rarará...».

En solo unas horas debuta como solista en el teatro al que la llevé la noche que empezamos a salir y, aunque no es más que un auditorio de provincias, supone un paso importante en su carrera. El paso siguiente a miles y miles de horas de ensayos de la *Suite n.º 1* de Bach.

ALLEMANDE. Los ensayos la dejan agotada: las noches las pasa en vela tocando un chelo imaginario, durante el día se duerme sobre el chelo real.

Hace dos días la encontré tirada en el sofá, mientras el voluminoso instrumento, mal apoyado en la pared, no se quebraba contra el suelo por alguna matemática del equilibrio que no alcanzaba a comprender.

—He tenido una sensación horrible —me dijo—, estaba despierta pero no podía moverme, solo los ojos, el diafragma, la respiración. Era como estar

muerta pero viva, la muerte que más temo: no tener cuerpo, solo cerebro durante la eternidad.

Le dije que tenía que dormir más y la acaricié con caricias que no rechazó hasta que me aproximé a su sexo. Sus miembros recuperaron entonces la firmeza y la fuerza perdidas y volvió a poner el cedé donde lo había dejado. «Tarará tarará...».

COURANTE. Por la tarde está de mejor humor mientras tomamos un café aguado y bromeo con ella. Estoy lavando las tazas en la cocina, no sé lo que digo que le hace gracia. Cuando no está ensayando suelo resultarle gracioso. Esta vez se ríe con ganas y al momento se desploma con violencia sobre la mesa y empieza a sangrar por una brecha en la frente. Me asusto porque la sangre es oscura y abundante, unas gotas incluso se precipitan sobre las baldosas, pero con algodón y alcohol soy capaz de detener la hemorragia, y la herida se queda en un huequito que no notaría ni el más avisado de los espectadores de la primera fila del teatro. Le digo que son los nervios. Le digo que duerma un rato, cariño.

La miro mientras duerme. Es una preciosidad, sin duda la mujer más hermosa con la que he estado. Con el pelo negro cortado a la taza, tupido y suave, con los ojos verdes, redondos y prominentes, que siempre miran fijamente, con los dientes perfectos, grandes y alineados, entre los que introduce la lengua cuando ríe (de hecho temí que al golpearse con la mesa de la cocina se la mordiera), con el cuerpo de Proserpina esculpido por Bernini en mármol blanquísimo. Me encapriché de ella cuando la escuché tocar en el húmedo túnel de una estación de metro, y la conseguí. Admito que tengo la habilidad de seducir a las mujeres y el don de echarlo luego todo a perder. Una vez un amigo me dijo: «Duras entre las piernas de las mujeres lo que tardan en recorrer la cicatriz de tu rostro». Entre las piernas de Proserpina, en todo este tiempo, el chelo siempre ha tenido preferencia.

Mientras duerme tararea en sueños la *Suite n.º 1* de Bach, que me adormece con sus arrumacos. «Tarará tarará...».

SARABANDE. Me despiertan sus gritos un par de horas más tarde. Me pregunta muy enfadada cómo la he dejado dormir todo ese tiempo a tan pocas horas de la actuación. ¡Tenía que estar ensayando! Brama que me importa una mierda su carrera. Repite: «Es increíble, increíble, increíble». Cuando la beso para

tranquilizarla levanta el brazo con la intención de descargar un puñetazo sobre mi hombro, pero no llega a bajarlo porque de nuevo cae dormida sobre el sofá. No más de diez o doce segundos. Aterradores segundos para ella. ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto? ¿Por qué me duermo? Las lágrimas brotan de sus ojos verdes y se deslizan con la velocidad con la que el agua se desliza por el mármol pulido. Está claro, le digo, que debes evitar las emociones fuertes, pero tampoco puedes quedarte en reposo absoluto porque te dormirás: se trata de mantener un equilibrio, una armonía. Armonía, esa es la palabra.

Pasa el resto de la tarde ensayando con un humor sombrío hasta que es la hora de subirnos al coche. De camino, en el cedé suena la *Suite n.º 1*, «tararará tararará...», y mientras ella mueve el arco imaginario con su mano derecha, yo utilizo la mía para acariciarle la pierna, pero me detiene, ¡imbécil!, porque está ensayando y yo le digo que tenemos que hablar. Que no es normal que me rechace todo el tiempo. Que no es normal que llevemos un siglo sin practicar sexo.

—¿Y a ti te parece que este es el momento de hablarlo, cuando tengo un concierto en el que me juego la vida? Es increíble, increíble, increíble.

Le digo que también es increíble que tenga que masturbarme en el baño a diario pensando en mi novia que está en la habitación de al lado, que no me acostumbro al rechazo, que en los viajes para la revista en que trabajo se presentan oportunidades que esquivo por ella, pero niega con la cabeza.

—Sabes que no me gusta hablar de esto, que lo odio, que me ruborizo solo con oírte decirlo, que no quiero escucharlo precisamente hoy. Es increíble, increíble, increí...

No llega a decir el *ble* final porque antes se queda dormida. Ni me molesto en despertarla hasta que llegamos al auditorio. Somos el primer coche en el aparcamiento.

MINUETO. Comienza su interpretación. Sentada sola en mitad del escenario, Proserpina es aún más pequeña; su blancura, más brillante a la luz de los focos. «Tarará tarará tararará tararará tararararara...». Con los ojos cerrados, la ejecución me parece perfecta, idéntica en mi cabeza a los cedés que he escuchado continuamente, dulce como Jacqueline du Pré antes de la esclerosis. A pesar de que no tengo la menor idea de música, de que no sé distinguir un *mi* de un *do sostenido*, la cuerda de *la* de la cuerda de *re*, la clave de *sol* de la clave de *fa*, un arpeggio de un contrapunto, conozco todas las notas de la *Suite n.º 1*, que para mí se resumen en dos sonidos: *ta* y *ra*. Me bastan

para saber que está llegando ya al final del preludio, cuando la composición se agita tras un breve letargo, pero el sonido que escucho no es un *ta* ni un *ra*, sino un golpe seco. Abro los ojos. La silla está vacía; Proserpina, desplomada con el violonchelo entre sus piernas; el arco, en cambio, ha ido a parar a varios metros de distancia como si se hubiese escabullido por su cuenta. Nadie mueve un dedo, salvo yo, que me abalanzo al proscenio y me la llevo en brazos aún dormida.

GIGA. En el coche, de vuelta a casa, ya no suena la *Suite n.º 1*, solo su llanto silencioso. Sincopado. Hipado. Una sucesión de notas mal ejecutadas. «Ta. Ra. Ta. Ra.». No sé qué decir, cualquier palabra será interpretada como un insulto. «Increíble, increíble, increíble». Querría decirle que tendrá otra oportunidad, pero qué oportunidad va a tener. Querría decirle que durante dos minutos y medio su violonchelo sonó como una escultura de Bernini, pero sé que en vez de responder aumentarán las notas graves de su llanto, así que sigo aferrándome al volante.

Al llegar a casa ella pone el cedé de la *Suite* y me dice:

—Quiero que me folles.

Hoy soy yo y no el violonchelo quien cabalga con todas mis fuerzas sobre sus piernas arqueadas, hincó los dedos en el mármol blanco, me duele al hacerlo y supongo que a ella también le está doliendo, pero no se queja, al contrario, llegado el momento se corre a gritos antes de desplomarse.

No dejo de embestirla recordando la muerte en vida de sus desmayos, procurando que se lleve a la otra vida esa sensación increíble, increíble, increíble.

El cedé de la *Suite n.º 1* de Bach para violonchelo parece no acabar nunca. «Tarará rarará». ¿No lo oyes?

13

Julio-agosto: Robert Durst

Te escribo desde Los Ángeles:

Mantengo cerrada la ventana de la habitación; si la abriese, además del calor, podría percibir el olor a salitre y arena mojada de las playas de Malibú e imaginar las suntuosas terrazas de los hoteles que descansan en voladizo frente al mar. Mi alojamiento es más modesto: los precios en California están disparados y la única vista desde mi escritorio es un semáforo amarillo en el que se atascan los deportivos, los sedán y las *pickups*. Los conducen mujeres en bikini, rubios fibrosos con gafas de sol y jovencitas esbeltas que llevan los patines en línea entrelazados en el asiento del copiloto. No hay gordos en Malibú, como si al lado del PROHIBIDO PERROS hubieran colocado una señal de PROHIBIDO GORDOS. O un cartel que diga: «Gordos, si os queréis bañar tenéis la bañera de vuestra casa. Si es que cabéis».

El desfile de cuerpos esculpidos a base de gimnasio, proteína y bisturí me es indiferente. Mi atención está centrada en una chica de ojos grandes y pelo muy corto que pasa las horas bajo el semáforo ataviada de bailarina clásica, con tutú blanco y leotardos oscuros que deben dar un calor terrible a más de treinta grados. Cada vez que el semáforo se pone en rojo hace una pequeña coreografía y después pide dinero a los conductores, que cierran las ventanillas, suben el volumen de la radio, activan el mecanismo de la capota o simplemente la ignoran y continúan con su lento y tortuoso camino hacia el océano como tortugas que acaban de desovar. Nada de eso hace desfallecer a la pequeña bailarina que en el siguiente ciclo del semáforo vuelve a ejecutar el *ballet* ilusorio, sin más música que los motores, algún claxon y el cedé de los Red Hot Chili Peppers que suena en un Audi, y, aunque incluye ligeras variaciones *pliépassé-grand plié-arabesque*, siempre termina con los pies en tercera y una amplia sonrisa que desde el hotel no distingo, pero puedo imaginar.

Por la tarde me decido a hablar con ella y resulta aún más encantadora que su silueta a través de mi ventana. Sonríe constantemente con sus dientes inferiores descolocados, que la dotan de expresividad, en ocasiones más sugerente que la frialdad de la belleza. Me cuenta que está matriculada en Administración de Empresas en la UCLA, pero lo detesta y nunca va por clase. En vez de eso, se ha apuntado al Conservatorio de Danza de California sin que lo sepan sus padres, y costea el curso con los dólares que recoge en los pasos de peatones. Con 21 años y apenas diez meses de experiencia como bailarina, es consciente de que no va a hacer carrera en los escenarios, pero no es que su ilusión sea interpretar a Giselle en el Mariinsky. «Te parecerá absurdo», me dice, «pero me encanta bailar en los pasos de cebra. Mi sueño siempre ha sido encontrar algo que me divierta y dar la vuelta al mundo haciéndolo». Luego me pregunta a qué me dedico. «Estoy dando la vuelta al mundo intentando encontrar algo que me divierta». Sus dientes montados me sonríen. «Entonces tú eres el hombre más afortunado del mundo».

EL HOMBRE MÁS AFORTUNADO DEL MUNDO

KATHLEEN. Robert Durst, inteligente, extraño, retraído, hijo y nieto de millonarios, contrae matrimonio en 1973 con Kathleen McCormack, higienista dental diez años más joven que él. En 1982 Bobby denuncia ante la policía la desaparición de Kathy. Nadie volverá a verla, ni siquiera su cadáver. Susan Berman, periodista y amiga de la familia, ejerce de portavoz; Robert se desentiende del caso. Su falta de interés lo convierte en el sospechoso preferido de la policía de Nueva York, pero carecen de pruebas en su contra.

SUSAN. Transcurren casi 20 años. Bobby y Susan han cambiado de costa, ninguno de los dos vive ya en Nueva York, sino en Los Ángeles. Susan está inquieta. Le dice a una amiga que tiene algo importante que contarle. Tiene problemas económicos y está tan enganchada al Prozac que ya no le hace efecto. Su amiga resta importancia a su nerviosismo. La próxima vez que la vea será en su casa de Beverly Hills con la cabeza rodeada de un gran charco de sangre. Los investigadores vuelven a sospechar de Robert Durst, que acaba de prestarle 50 000 dólares a Susan. ¿Está Bobby comprando su silencio?

MORRIS. De nuevo vinculado a un crimen, Durst se depila las cejas, se compra un vestido y zapatos de tacón, conduce hasta Galveston, Texas, y desaparece. En septiembre de 2001, un niño, de pesca con su padre, encuentra flotando una bolsa con el brazo seccionado de un hombre blanco. Es el miembro aserrado de Morris Black, un septuagenario jubilado. La policía descubre que al final del pasillo del edificio de Galveston en que residía Black, no vive la vecina Roberta, sino Robert Durst, sospechoso de dos asesinatos previos. Esta vez acaba confesando: él mató y descuartizó al vecino. Pero en el juicio sus abogados convencen al jurado de que Morris irrumpió en su casa, que cogió el revólver de Bobby, que forcejearon, que el arma se disparó, que viéndolo muerto sufrió un ataque de pánico y se deshizo como pudo del cadáver.

CODA. Una serie documental que han rodado en Estados Unidos se pregunta si realmente Durst es afortunado por haber salido impune de tres asesinatos o las desgracias se suceden a su alrededor. Le presentan a Bobby una prueba que podría inculparle del asesinato de Susan Berman. Después de haber visto la prueba, Durst va al baño y habla consigo mismo. Dice: «Te han descubierto. Lo saben. Saben lo que has hecho. ¿Y qué has hecho? Matarlos a todos, eso es lo que has hecho». Lo que Robert Durst ignora es que todavía lleva puesto el micrófono y su soliloquio está siendo grabado. Por afortunado que seas, la suerte siempre acaba llegando a su fin.

Escribiendo se me ha hecho de noche. Aunque madrugaré mañana para entrevistar a primera hora al hijastro de Susan Berman, no tengo sueño y, en cualquier caso, el calor, persistente y pegajoso, no me dejaría dormir. Creo que bajaré a dar un paseo por la playa, quién sabe, tal vez encuentre algún gordo que aprovecha la oscuridad para burlar la prohibición imaginaria. Por desgracia, a quien sé que no encontraré bajo el semáforo es a mi bailarina de dientes torcidos. Moritz, a ti no te voy a engañar: no me importaría pasar la noche con una mujer que piensa que soy tan afortunado. No creas que es la primera persona que me lo dice, pero es la primera que lo hace con esa dulzura, sin un ápice de censura o envidia. La envidia, de entre todas las sustancias que componen la infelicidad, es la peor, la más destructiva.

A estas alturas no pienso avergonzarme de la posición acomodada de mis padres, aunque me haya generado muchos enemigos. Ya lo hice en otro tiempo, cuando pedíamos medio menú en el comedor universitario porque a Hans no le alcanzaba el dinero para uno completo, y luego, cuando se marchaba a estudiar a la biblioteca de Historia, matábamos el hambre en una hamburguesería con dos platos de patatas fritas untadas en ketchup y remordimientos. Como si fuese culpa nuestra que su padre nunca llegara a ser más que el bedel de instituto que leía cómics de *Hazañas Bélicas* a escondidas, o si fuese culpa de alguien que acabara como acabó. Nos han obligado a creer que ser afortunado es tener dinero para patatas fritas. Nos han obligado a creer que ser afortunado es que impriman tu nombre en *La Revista*, en el lomo de un libro de relatos, en el rótulo de un telediario. Eso no es más que alimento para la vanidad, las patatas con ketchup del ego, el atajo hacia la infelicidad.

La fortuna debería ser otra cosa distinta. Convertirte en lo que has nacido para ser, aunque sea en bailarina de pasos de cebra. Prolongar una amistad en el tiempo sin cagarla. Pasar la noche con una chica alegre vestida con leotardos. Eso sí habría sido una suerte. Pero mientras hablábamos, ante nuestro semáforo —el de ella y mío— ha abierto la puerta un Chevrolet de color verde cuyo motor tosía con la vehemencia de un anciano. Mi bailarina

me ha dejado con la palabra en la boca y ha besado en los labios a un chico hispano con la barba perfilada, que ha arrancado con dificultades el cacharro. Acariciándome la cicatriz, me he dicho a mí mismo que ni yo ni Robert Durst: el hombre más afortunado del mundo conduce un Chevy verde con un evidente problema de carburación.

Aunque ya me conoces, probablemente en el próximo semáforo cambie de opinión.

Rudolph.

14

Don't Blame Your Daughter THE CARDIGANS

Lo primero que Marga desearía decir al respecto es que adora a su madre.

Aunque ahora mismo su madre la mataría si la viera con el segundo *gin-tonic* en la mano. Se lo dice a diario. Que tienes cáncer, Margarita —su madre nunca ha renunciado al nombre polisílabo que le dio a su hija—. Como si ella pudiese olvidarlo. Como si fuese la cita de la depilación. ¡Hostia, la cita de la depilación! ¡Hostia, que tengo cáncer! —Una cosa buena del cáncer es que ya no tiene que ir a la depilación—. ¿Pero qué esperan de ella? ¿Que se quede en casa balanceándose en el sillón, repitiendo *cáncer-cáncer-cáncer* como algún tipo de mantra?

Sabe que su madre lo hace por ella, porque está muy preocupada. Y ella no se lo tiene en cuenta porque la adora.

Adorar no es una palabra exagerada. Le parece el ser más adorable del mundo. Nunca va a encontrar una pareja a la que quiera tanto, y tampoco la inquieta. Le alivia pensar que esa traición al cariño materno-filial no se va a producir. Amantes y novios son pasajeros, la aburren pronto. En cambio, es incapaz de imaginar un elemento más permanente en su vida que su madre.

Nunca, ni en los años de rebelión hormonal de la adolescencia —ni en la segunda revolución hormonal que le provoca la menopausia inducida— ha tenido esa sensación de vergüenza e incomodidad que experimentaban sus amigas si las veía de paseo con sus madres. Nunca se ha creído menos adulta, menos interesante, por pasear con su madre. Porque de verdad la adora y eso quiere que quede claro.

Lo segundo que Marga tiene que decir al respecto es que lo último que querría en la vida es ser como su madre.

Lo último que querría es ser un ama de casa que espera a que su marido regrese de la marea, ocho meses en alta mar. Ver crecer a sus hijos hasta que se van del hogar. Declinar, menguar, desaparecer. Hasta que la huella que quede de ti sea el recuerdo de la hija que te adora. Y luego nada.

No quiere pasarse la vida esperando a convertirse en nada.

No quiere renunciar a disfrutar de beber de vez en cuando. Cogerse una borrachera por el mero hecho de hacerlo. Una resaca que te haga sentir que estás viva, que eres tú quien toma las decisiones, que no son los demás quienes las toman por ti. Ni eso hace su madre. Solo una copita de vermú cuando cocina un guiso de pollo o un caldo de verduras los domingos y le notas la risita de los que nunca beben. Pero esa risa tonta en vez de animarla le marca la frontera. Hasta aquí, no vayas a disfrutar demasiado, que eso no debe ser bueno para la salud.

¿Y sentirá su madre pulsiones eróticas? Ya no con su padre, con el que supone que lo hará de vez en cuando, sino con otros. Es tan mojigata que la llena de ternura. Le gustaría que encontrase un hombre de verdad, un amante más joven que ella que la cogiese y la partiese por la mitad. ¿Se va a morir sin esa sensación?

Marga, en cambio, es militante convencida de la desinhibición. Óscar dice que la culpa es de la tercera ley de Newton: «Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y contraria». En realidad, es como cualquiera de sus amigas, con la única salvedad de que ella habla de sexo con naturalidad. Lo contrario es tan ridículo como Óscar, que no quiere hablar de cagar. Solo dice voy al baño y luego tarda un siglo. Y ella le pregunta si ha cagado bien. Y él se pone colorado y cambia de tema. ¿Cuál es el problema? ¿Se cree que ella no caga?

¿Acaso su madre no ha follado? Es una guerra perdida. Ni siquiera es de las que te dicen «hija, ten cuidado, hazlo con protección» o «ese chico no me gusta para ti». No dice nada. Si están follando en la tele cambia de canal disimuladamente. Como si su hija tuviera siete años y no veintisiete. O carraspea, *ejem ejem*. Que no sabe si no quiere que escuche la televisión o es que se está poniendo cachonda y le cuesta tragar saliva.

Esa mujer a la que tanto quiere, la persona a la que más quiere en el mundo, es el espejo de lo que no quiere ser.

Por eso la engañó. Le dijo que no había pasado el corte para entrar en la Universidad de Santiago, a cincuenta kilómetros de casa, y decidió irse a Madrid a no ser su madre. Curiosamente, ha terminado trabajando en

Santiago, como si el destino disfrutase apresándola en el lugar del que quiso huir.

A su madre le brillaban los ojos como nunca cuando la visitó en Madrid y durmieron las dos juntas en la cama de la residencia de monjas en la que apenas cabía ella sola. Le brillaban como si estuviera viviendo a través de su hija lo que ella no había podido tener para sí.

Marga le enseñó la escuela en la que se había apuntado a clases de arte dramático, que era lo que más le gustaba.

La llevó a la Facultad de Periodismo, que casi nunca pisaba, saludando a lo lejos con la mano a gente a la que no conocía para disimular.

Visitaron juntas el auditorio en el que a veces hacía de azafata de eventos para ganarse un dinero, embutida en un traje de chaqueta rojo y con el pelo recogido en un moño abultado como un penacho. Servía zumo de naranja a viejos que le rozaban el culo y le pedían más zumo solo para que se agachase y colar la vista por su escote como si quisieran llegar al punto exacto que ahora le van a trepanar.

No le dijo nada, en cambio, del bar en que ponía copas los sábados. Allí los que la sobaban no eran viejos y a menudo no le importaba.

Ni le dijo nada del parque donde fumaba hierba con sus nuevas amigas, a las que se había guardado de coger cariño porque sabía que al licenciarse saldrían de su vida.

No le dijo nada del portal de al lado de la residencia que siempre estaba abierto porque no funcionaba el portero automático. Allí se colaba las noches que llegaba más tarde del toque de queda de las monjas. Descansaba en unos sofás hasta que abrían las puertas y entraba a hurtadillas con el rímel corrido. Como no podía llevar chicos a la residencia, alguna vez los había invitado a acompañarla al portal. No es que encima del sofá se pudiera hacer gran cosa, pero los días que llevaba falda era sencillo cabalgar si tenía cuidado.

Tampoco le habló a su madre de la sala de conciertos a la que iba dos o tres veces por semana. Un garaje oblongo de cemento, profundo y estrecho. Le recordaba a un almacén de aparejos de pesca como el que construyó su abuelo con la barca dentro. Luego nunca pudo sacar la barca porque había hecho la puerta demasiado pequeña. El aforo de aquel sótano era cincuenta veces superior al del bar en que está ahora, pero por lo general había la mitad de gente. Ocho, diez, quince personas. En ocasiones más artistas que auditorio. Esos eran los mejores días. Acababa de copas con los músicos y con alguno, por qué no decirlo, en el sofá al lado de la residencia.

No le habló, por supuesto, del chaval de arte dramático con el que había estado saliendo. Una de las personas más encantadoras que ha conocido. Pero tiene un problema, la tiene pequeña, extremadamente pequeña, debéis creerla. Cortó con él. Tal vez sea una persona miserable, pero en la época universitaria no podía prescindir de un sexo como Dios manda. Ser encantador era insuficiente.

Evitó hablarle de todo eso a su madre para que no tuviese que cambiar de canal con el mando a distancia, ni carraspear *ejem ejem*. Lo último que querría, aparte de ser un ama de casa como ella, es pensar que su madre se pusiera cachonda con las historias de su hija.

Al cantante de los Stranglers lo han dejado solo con la guitarra. Está tocando una versión de los Cardigans. Marga no puede evitar pensar que la letra habla de ella. ¿De quién si no podría hablar? Dice el cantante que el padre de Marga no tiene la culpa de que ella saliese un poco defectuosa. Le dice que no culpe a su madre de las cosas que ella ha hecho mal.

Y Marga siente unas ganas inmensas de abrazar a su madre. Ahora que ya está declinando, que está menguando, se está convirtiendo en parte de su memoria. Y después en nada. Desde que empezó con la quimio a menudo se le llenan los ojos de lágrimas, pero esta vez salen disparadas y las nota deslizarse y caer.

Está llorando, y Marga nunca llora.

15

Luz

«¿Es este mes cuando prescribe?». La obsesión de Amara con los crímenes es la mejor prueba de que es la hija del Círculo. De Karl, desde luego, no lo ha heredado. Cuando tenía más o menos la edad de su hija vio en el cine *El silencio de los corderos* y se pasó tres noches sin dormir: aún hoy ve las escenas sangrientas haciéndose pantalla con la mano.

Camino del colegio, la niña arrastra los pies y se detiene cada vez que abre la boca. Dice: «¡Es increíble, se va a salir con la suya!». Quien, según Amara, va a salirse con la suya es un cámara que trabaja con Karl en televisión y es sospechoso desde hace veinticinco años del asesinato de su pareja, una chica corpulenta llamada Luz. Karl ha visto un par de fotos antiguas de ella: en todas se la ve sonriente, luce una de esas caras de cordialidad y paz que hacen impensable que vaya a ocurrirles nunca nada malo.

Encontraron el coche de Luz aparcado junto a un acantilado en Punta Herbeira, un sinfín de sierras capaces de despedazar una oveja antes de llegar al mar. Si cayó al agua (o la arrojaron), no es extraño que el cuerpo no haya aparecido. Hace un par de meses una ola arrastró a un pescador en la misma zona y un niño descubrió su cadáver flotando en una playa de Francia una semana más tarde. ¿Dónde puede haber llevado los restos de aquella chica un cuarto de siglo de golpes de mar? Probablemente alguien se los haya comido en forma de merluza, de jurel, de rapante, de sargo o lamprea; en una sopa, una caldereta, en croquetas, migas o fritos de bacalao; se habrá convertido en hidratos de carbono y calorías quemados en una clase de Pilates, una carrera popular, un polvo furtivo en el baño del aeropuerto.

Buscaron a Luz por todas partes, zódiacs, equipos de buzo, helicópteros, vecinos con perros de caza, la voz de la familia y los amigos desgañitándose («¡Luz! ¡Luz! ¡Luz!») como en el tercer versículo del Génesis. El compañero de Karl ayudó en la búsqueda como el que más; al pasar a su lado le daban

golpecitos en la espalda o lo abrazaban y el cámara agradecía el cariño educadamente, apretando los labios y asintiendo con ese rostro que parece esculpido en roca del acantilado. Lo que era un caso evidente de suicidio se descompuso de repente: en un giro propio de los programas de crímenes sin resolver que le gustan a Amara, un amigo recordó que Luz quería cortar con el cámara. A este testimonio le siguió un hallazgo que conduciría a veinticinco años de investigación infructuosa. Fue más bien un *no-hallazgo*: en el coche no había huellas, ninguna huella, ni siquiera las que debían estar, las de Luz; alguien se había esmerado en limpiarlas. De pronto la reconstrucción del suicidio que parecía tan natural se convertía en un escenario preparado, las coartadas perfectas se tambaleaban, los buenos modales se transformaban en la máscara del monstruo.

Años más tarde, cuando Karl empezaba su carrera televisiva en Santiago, mucho antes de tener a Amara, un comisario de policía le dijo que se anduviera con cuidado porque uno de sus compañeros era un asesino y no iban a poder demostrarlo. No será porque no lo intentaron: registraron su finca una y otra vez, moviendo tierras y arruinando sus cosechas; utilizaron las técnicas más modernas, cada nuevo avance tecnológico significaba un nuevo levantamiento de terrenos; lo detuvieron media docena de veces, lo interrogaron y lo mantuvieron en el calabozo tanto tiempo como les permitió el juez. Pero ni se vino abajo ni hallaron cadáver alguno que pudiera inculparlo. Luego surgieron otros rumores más o menos fundados: el hermano de una expareja que había desaparecido, la vecina anciana que encontraron muerta.

«¿Te das cuenta, mamá, de que, si los tres asesinatos son ciertos, trabajas cada día con un asesino en serie?». «Gracias, Amara, yo también te quiero».

No lo dice preocupada por su madre, lo dice excitada por formar parte de una historia macabra de asesinatos que se salen con la suya. Karl intenta hacerle ver a la niña la parte del drama que a nadie parece importar: ¿Y si es inocente? ¿Y si ha tenido que soportar injustamente durante veinticinco años las miradas, los cuchicheos, el rechazo; impasible, con esa actitud neutra, casi despreocupada, que ha convencido a más gente de su culpabilidad que cualquier prueba contra él, esperando que llegue otro registro, otra visita al calabozo, otro interrogatorio, sin amigos que quieran cenar con él o tomar una copa, teniendo que recurrir al sexo de pago, él que siempre ha tenido éxito con las mujeres? ¿Y si Luz simplemente un buen día decidió marcharse?

Al final el sospechoso habitual había aceptado poner tierra de por medio y trasladarse a Madrid. Como nadie quería trabajar con él y se conocían desde

que Karl era becario en Santiago, se lo asignaron como cámara. Parecía una broma de mal gusto: el presunto asesino en serie había acabado cubriendo la información de los viajes del presidente por el mundo.

No es que Karl tenga ningún problema con él. Siempre les acompaña un productor y las habitaciones son individuales; los planos que graba son de una calidad excelente y, al contrario que el resto de los compañeros, apenas protesta por el trabajo. Se llevan tan bien que hay quien insinúa que se acuestan juntos. Y lo cierto es que a ella le sigue pareciendo un hombre atractivo a los cincuenta años, aunque sus ojos... Le recuerdan mucho a los de Moritz, le recuerdan a los ojos del Estrangulador.

Así fue como lo rebautizó Asun el día que ella la arrastró al cineclub a ver *El estrangulador de Boston*. A la hora de comenzar la proyección, cuando por fin aparece Tony Curtís en pantalla siguiendo el funeral de Kennedy por televisión, Asun dijo a voz en cuello: «Mira, el gilipollas número dos». Karl, avergonzada, le dio un puñetazo en el hombro con todas sus fuerzas y casi las echan de la sala. «Reconocerás que se parecen», le dijo luego Asun: «Tu amigo tiene cara de psicópata».

Para ser sincera, se daban un aire: esos ojos algo torvos que Moritz frunce al mirar de lejos por culpa de la miopía, la ceja enarcada, el ceño lleno de arrugas; puede que la modulación monótona y seca de su voz que a veces rompe con una carcajada a destiempo le den ese aspecto de malo de película; tampoco le ayudan sus accesos violentos, acompañados siempre de una sarta de blasfemias; vivir instalado en su personaje de cínico juega en su contra; contar parte de sus vidas en los relatos hiere sentimientos; su querencia por lo absurdo lo hace sospechoso, como cuando al recuperarse de una baja por gastroenteritis decidió no volver al periódico en que trabajaba ni siquiera a despedirse y recoger sus pertenencias. Pero Moritz es completamente inofensivo. Es otra cosa lo que hace imposible vivir con él: el perfecto desorden de su existencia, su instalación permanente en el caos. Rudolph es el minimalismo, no tiene apego a nada, no conserva nada, ni parejas ni amigos, al acabar de leer un libro se deshace de él, si lo necesita ya lo volverá a comprar; Hans es el genio, el saber enciclopédico, pero también el silencio, la rigidez, la obsesión; si le pides un libro te lo prestará, pero escrutará hasta el desperfecto más invisible y, aunque no te lo eche en cara, lo podrás leer en su mirada. Con Moritz lo imposible será encontrar el libro, te dirá «tiene que estar por aquí» y rebuscará entre un montón de papeles pintarrajeados, una montaña de ropa sucia, paquetes de galletas abiertas, envases de yogur medio llenos, rollos de papel higiénico desperdigados, polvo acumulado de no

barrer, cargadores de móviles que ya no se fabrican, cedés con el plástico estallado y un disco que no corresponde en el interior...

Ese es el *Estrangulador* de Asun, la última persona de la que sospecharía en un asesinato. ¡Sería el peor asesino del mundo! A Karl le da la risa hasta pensarlo. El mismo Moritz que dejó sus huellas marcadas con chocolate en la pared de la casa de sus padres el día que lo invitó a conocerlos. Moritz, el generador de detritus. Moritz lo único que sería capaz de esconder durante veinticinco años es un cadáver bajo la ropa sucia. Reprime una carcajada con la mano y empuja a Amara que bosteza distraída y parece no querer llegar nunca al colegio.

Karl se contagia del bostezo de la niña. Aunque la esperan en la peluquería, no le vendría mal un café. La semana pasada estuvo tomando café con el cámara antes de una rueda de prensa y se dio cuenta de que se había olvidado la cartera. «No te preocupes», le dijo él, «ya te invito yo. *Ya me lo pagarás*». Y la miró con el ceño fruncido, con sus ojos torvos, de Moritz, de Tony Curtis, de Albert Desalvo, de *Estrangulador*.

Amara se detiene otra vez. «Mamá, ¿tú de verdad crees que él no lo hizo?».

Cuarta parte del testimonio de un asesor

Conocí a Lengua Rugosa hace siete años en un chat de Internet. Me dijo que lo primero en que se fijaba de un hombre era en su calzado, si algo no podía soportar era un hombre con zapatos sucios. Yo le confesé que soy bajito, que no paso de 1,70. Ella me respondió que le parecía una buena estatura. Yo admití también que me estaba quedando calvo, entonces tenía más pelo que ahora. Ella replicó: los zapatos, *Oskar*, me encantan los zapatos limpios. Los zapatos, aunque pueda parecer lo contrario, son relevantes como lo eran la secretaria Kegel y la mancha de té. Cuando hace siete años aquella extraña mujer insistió en la pulcritud de mi calzado, yo acababa de dejarlo con mi novia, eso que suele llamarse novia de toda la vida. No es que nuestra relación se hubiese caracterizado por la felicidad, ni tampoco por la fidelidad, al menos por su parte. A ella la fidelidad no le convencía. En un momento dado sostuvo que, al igual que el matrimonio o el adulterio, la fidelidad es una convención extendida por el judeocristianismo con el objeto de asegurar la herencia en la familia y no repartirla con los hijos que las mujeres concibieran con otros hombres y, por lo tanto, tres mil años después, ha perdido su sentido. Hoy existen métodos anticonceptivos próximos al cien por cien de efectividad, se practican técnicas abortivas no dañinas para la salud de la mujer, se conocen marcadores genéticos moleculares basados en el ADN que demuestran la paternidad, y eso yo lo sé mejor que nadie, aunque no venga a cuento. En realidad, todo esto ella lo sostenía porque dos amigos que teníamos le habían sorbido el seso, pero eso tampoco viene a cuento. No es que su postura fuera un mero ejercicio teórico, digamos que quiso aplicar el método ensayo-error, obviando el pequeño detalle de que yo era la cobaya y, aunque igual no lo pareciera, sufría con cada descarga. A ella la fidelidad le provocaba escepticismo, a mí la infidelidad me generaba pereza. La pereza de

la mentira, la coartada, la culpa, el borrado de huellas, olores y manchas, el vaciado de registros en el historial de los dispositivos electrónicos... Uno de mis amigos de la universidad decía que la pareja se inventó para acabar con la infidelidad; por eso, finalizada la relación, quise recuperar el tiempo perdido, e Internet, aunque no me enorgullezca, era la vía más rápida para conseguirlo. Resultaba sencillo, si se prestaba atención, diferenciar a las adolescentes juguetonas de las mujeres adultas que realmente querían sexo. O, mejor dicho, querían una pareja y lo poco que tenían para ofrecer a cambio era sexo. Por lo que a mí respectaba, en ese momento no tenía ni ganas ni ánimo de iniciar lo que yo llamo el cortejo de los feos, una técnica reservada a los hombres por los que una mujer nunca se va a morir de deseo, cuya simple visión nunca va a provocar la inflamación de unos labios menores. El cortejo de los feos es un proceso largo y cansino en el que debes mostrarte tan encantador como seas capaz de fingir, debes hacerles regalos, tener detalles con ellas y ser lo que se dice un caballero; debes escucharlas y manifestar comprensión con sus problemas; debes asentir con cara de interés, desconectar pero atrapar frases al vuelo, aprovechar para hacer preguntas que confirmen que las escuchas, eso solo reforzará el soliloquio, pero será efectivo y conducirá a la fase en la que te dirán que tú no eres como los otros hombres con los que han estado. Claro que no, tú eres mucho más feo. Lo que al cortejo de los feos le lleva meses, a los otros, a los guapos, les lleva diez minutos. Si yo hubiese nacido guapo, probablemente habría tenido tiempo de hacer algo en mi vida y no habría acabado escribiendo discursos para una ignorante. Apuntad eso, por favor: si yo hubiese nacido guapo, no estaría ahora realizando este alegato. Cuando aquella mujer de Internet me dijo que lo que le importaba en un hombre eran los zapatos, pasé media noche sacándoles lustre con gamuza y abrillantador, y no quedé satisfecho hasta que vi mi cara reflejada en la superficie de cuero bruñido. Eso pensaba siete años más tarde a la salida del trabajo cuando, al manchurrón de té en el pantalón vaquero que Kegel no había sido capaz de eliminar, se añadieron las botas enfangadas hasta el tobillo. La calle estaba levantada y, aunque una ruta en zigzag sorteaba las partes más recientes de la obra, llovía en abundancia y todo se había vuelto un lodazal; aún me quedaba una buena caminata hasta casa bajo el chaparrón. Mis parejas siempre han insistido en que me saque el carné de conducir. Como si mereciera la pena soportar cláxones, semáforos que no cambian a verde, rotondas que coges por el carril equivocado, estallidos de violencia reprimida, viejos cruzando por donde les viene en gana, aparcamientos en cuesta, arañazos inesperados, un borracho que te

resquebraja el parabrisas, un retrovisor colgando, multas por velocidad, alcoholímetros, cagadas de paloma en la carrocera. Conducir no es algo que haya echado de menos. Salvo aquella noche de hace siete años. Ahí hubiese dado cualquier cosa por tener coche. La mujer aparcó junto a la estación de autobuses un Ford Fiesta rojo, los amortiguadores chirriaban como un viejo colchón de muelles. Dijo: «Hola, eres *Oskar79*, ¿verdad?». Estaba oscuro y no era capaz de distinguir su cara, lo único que relucía eran mis zapatos. Ella había elegido el lugar donde pasaríamos la noche. A la luz de los faros de los otros coches pude comprobar que no era lo que se suele convenir en llamar agraciada: tenía la cabeza muy estrecha, rizos indecisos mal teñidos de rubio y ojos negros de gorrión, diminutos, rodeados de pliegues de piel que indicaban el uso continuado de gafas. Hablaba mucho, pero eso no era un problema, al contrario, me permitía permanecer en silencio. Mi breve —pero intensa— experiencia con las mujeres de Internet me decía que las tímidas eran las peores: todo el rato se preguntaban qué estaban haciendo contigo. A medida que íbamos adentrándonos en la autopista, diez, veinte, treinta kilómetros, me convencía de que esa noche, quisiera o no, tendría que acostarme con ella, a esas alturas no había vuelta atrás. Una hora de conducción por carreteras secundarias nos llevó a un pequeño puerto en el que yo nunca había estado. Ella tiró del freno de mano y dijo: «Es aquí». La habitación del hotel era limpia pero pequeña, nada que justificase el trayecto en coche hasta allí. Asomado a la ventana pude ver bajo las farolas un dique larguísimo cubierto entero de grafitis y modestas barcas de pesca acunadas por la marea. Deseé con todas mis fuerzas estar en casa durmiendo; únicamente quien ha quedado para follar por Internet entiende por completo la tristeza precoito. Ella me acompañó en la ventana y me sonrió, fue entonces cuando la vi bien, era solo razonablemente fea. Como quien se come un bocado que no tiene buena pinta, pensé que lo mejor era tragármela de golpe, así que la besé, pero algo empezó a ir mal. Sentí como si me hubiese metido papel de lija en la boca, como si pasase la lengua por la calzada recién asfaltada. Volver a besarla sirvió únicamente para confirmar la primera impresión: sus papilas gustativas estaban hiperdesarrolladas, eran estalagmitas ásperas y secas. Me dije que lo mejor era prescindir de besos. Tenía por costumbre lanzarme de buenas a primeras a practicar el cunnilingus a las mujeres: un problema en el frenillo que no viene a cuento me hace preferir la estimulación oral, pero aquella vez, al quitarle las bragas, un espeso y abundante líquido blancuzco que desbordaba la vagina me retrajo. Me dije que lo mejor era prescindir del sexo oral. Entonces la penetré. Lo recuerdo

bien, porque fue la única vez que estuve dentro de una mujer en siete largos años. Tres minutos encerrados entre la tristeza precoito y la depresión postcoito. No eran ni las doce de la noche cuando me corrí con un ligero dolor de frenillo; un segundo después de hacerlo me sentí James Caan en *Misery*. Ahora lo veo exagerado, pero no paraba de preguntarme cuál era el sentido de haberme llevado hasta allí. Aún hoy lo desconozco, pero si hubiese sabido conducir le habría dado un puntapié a Lengua Rugosa, robado las llaves del Ford Fiesta y bien sabe Dios que no habría quitado el pie del acelerador hasta quedarme sin gasolina. En vez de eso, inventé algo, no recuerdo bien qué, le dije que me encontraba mal, que me dolía la cabeza, que tenía náuseas, que tenía sueño, que tenía remordimientos, que echaba de menos a mis dos hijos discapacitados, o algo así, y le di la espalda tratando de adormecerme con un ojo abierto por si me acuchillaba o, peor aún, por si quería volver a follar. Miraba hacia la ventana y lo único que veía era el reflejo de la farola del puerto en el lustre de mis zapatos.

Diciembre: Jim Gordon

Te escribo desde Boston.

Un gran ventanal con vistas al río Charles se abre frente a mí; en la margen opuesta al hotel despunta la cúpula del MIT. El *em-ai-ti*. Tres letras son suficientes para acelerar las sinapsis de mis neuronas, las multiplican, evocan recuerdos más vívidos que la propia imagen que tengo ante mis ojos.

En mi cerebro las vistas son idénticas a las de hace veinte años. El hotel, el Sheraton, es el mismo, eso seguro, no lo he olvidado ni por un momento, aunque esté tan remozado por dentro que cueste reconocerlo. Los recuerdos se agolpan unos encima de otros, sin guardar un orden razonable o al menos un orden que yo sea capaz de establecer. Una imagen del pasado ocupa mi pensamiento durante una fracción de segundo y, antes de que pueda retenerla, se ha esfumado y ha sido sustituida por otra. A veces ni siquiera son imágenes: un olor, el perfume caro que mi madre compró en el aeropuerto; un sonido, el ronroneo que hace mi padre cuando se siente satisfecho —algo como *hmm*, el zumbido con el que Glenn Gould empujaba las notas de su piano—. La invasión de la memoria es tan abrumadora que llega a marearme. Mientras, el río Charles sigue fluyendo, y lo curioso es que me sorprenda esa obviedad, como si esperase que allí ya no hubiera un río, que ya no estuviese la cúpula del *em-ai-ti*. ¿Qué esperaba encontrar? Simplemente, algo distinto a mis recuerdos. Aunque solo fuera ligeramente distinto, distorsionado, el reflejo en un espejo convexo, más grande, más lejano, no exactamente igual. ¿Será posible que la habitación sea exactamente la misma en la que me alojé con mis padres la primera vez que crucé el Atlántico? Parece demasiada casualidad. En todo caso, resulta imposible de determinar. Pero es imposible también determinar lo contrario, así que he decidido que al regresar contaré que es el mismo cuarto. ¿Quién va a contradecirme? ¿Quién albergaría el más

mínimo interés en contradecirme? Las pequeñas mentiras son el cemento que construye cualquier biografía.

Entonces tenía 16 años o tal vez hubiese cumplido ya los 17, ese detalle en concreto lo he olvidado. Mi padre acababa de hacer el negocio que cambiaría nuestras vidas para siempre. Unos años atrás había adquirido unos terrenos yermos en un empinado pedregal del pueblo de mi abuela; pagó una miseria por aquellas hectáreas que no valían nada; sus dueños estaban deseando quitárselas de encima. Aparentemente, desde lo más alto de la loma, en el extremo de los nuevos terrenos de mi padre, se podía ver el mar. De no ser porque siempre estaba nublado. La primera vez que me llevó hasta allí me dijo: «Chaval, ¿ves cómo baten las olas contra los acantilados?». Yo, que entonces tenía una vista excepcional, a pesar del accidente que acababa de sufrir, que a punto estuvo de costarme un ojo y me dejó de recuerdo la cicatriz de la mejilla, utilicé la mano como visera y oteé el horizonte. Nada me habría gustado más que ver lo que decía mi padre, pero lo cierto es que no lo vi. No vi nada. «Mira bien, chaval, si casi se puede oler el mar». Le di la razón por no disgustarlo. Nunca me ha gustado contrariar a mi padre. Es un buen tipo, no diría de él que es el hombre más honrado, pero tampoco es mala gente. Aquel día le pregunté por qué había comprado esos terrenos, por qué diablos había gastado nuestros ahorros en un maldito montículo lleno de pedruscos y ratones. Me agarró muy fuerte del hombro clavándome los dedos como hacía siempre que estaba de buen humor. Aunque me hiciera daño, yo nunca me quejaba porque no quería que pensase que era un blandengue. «Me lo ha dicho tu abuela», me susurró al oído. Luego sonrió y ronroneó como habría hecho Glenn Gould.

Tres años más tarde los ingenieros del Ministerio decidieron que una de las salidas de la autopista debía atravesar la base de la loma que había adquirido mi padre. El valor del terreno se multiplicó por cien y mi familia se hizo rica. Para celebrarlo viajamos a la Costa Este y cuando estuvimos en el Sheraton, miramos juntos por esta misma ventana con la mano ahuecada haciendo de visera. «Chaval», me dijo, «¿ves aquel edificio de allí? Aquello es Harvard y allí estudiarás tú, si eso es lo que quieres. Ahora somos ricos». Yo miré más allá del río Charles pero solo vi la cúpula del MIT. «Papá, ¿aquello no es el *em-ai-ti*?». Ronroneó un momento y luego, apretándome el hombro, me dijo: «Tú llámalo como quieras, pero eso es Harvard». No quise preguntarle si aquello también se lo había dicho la abuela. Le habría dolido, nunca ha superado que su madre muriese al alumbrarlo.

LAYLA

El 24 de febrero de 1993 Eric Clapton sube en solitario los peldaños que lo separan del escenario; acaba de ganar el Grammy a la mejor canción *rock* del año. Clapton lee un escueto discurso en el que *olvida* citar a la persona con la que compuso la canción en los setenta. Esa persona *olvidada* también ha ganado el Grammy. No ha tenido nada que ver con la nueva versión, pero parte de la esencia de Layla es suya. Es una de las pocas cosas que aún le pertenecen. En el correccional de San Luis Obispo, California, unos reclusos siguen la gala en directo por televisión. No se puede decir que sea entusiasmo lo que sienten, sino curiosidad, cierto regusto por la ironía. Uno de ellos canturrea y repiquea con dos dedos en la mesa. Otro le dice que se calle de una jodida vez. Al oír el nombre de Clapton sueltan unas risitas. El hombre que canta pregunta: «¿No deberíamos decírselo?». El que le ha mandado callar pega un grito hacia el pasillo. Tras la puerta entornada un hombre alto pasea distraído. «Jim, ¡has ganado!». Jim tenía 26 años cuando compuso *Layla* junto a Clapton. Los dos formaban parte de Derek and the Dominos. En 1993 tiene 47 años y lleva ya diez en prisión. *Layla* es la sintonía de otra vida. La vida en la que era uno de los baterías más valorados del mundo y tocaba con George Harrison, John Lennon, Frank Zappa, los Beach Boys o Eric Clapton. La vida antes de las voces. O quizá las voces siempre estuvieron ahí, quizá solo se amplificaron. La voz aguda de su madre, que no lo dejaba descansar, que le decía que no comiera, que le obligaba a pasar días enteros sin probar bocado. La voz que le impedía tocar la batería, la voz que lo estaba destruyendo. La voz bisbiseante que Jim intentó acallar aplastándole la cabeza a su madre con un martillo, trinchándola con un cuchillo como a un pavo. Los acordes de *Layla* continúan sonando en el correccional. Hoy es la voz de Eric Clapton la que se cuele por el pasillo de la prisión.

Me cito en Copley con el abogado de Jim Gordon y, como se retrasa, me siento a esperarlo fumando un cigarro en uno de los bancos de la plaza. Hace tanto frío que las volutas de humo se mezclan con las ráfagas de aliento y se alejan decididas hacia Boylston Street, la calle en la que los hermanos Tsarnaev detonaron tres bombas y mataron a otras tantas personas; apenas unos metros más adelante estaba la meta de la maratón de Boston. Lo que más recuerdo de aquel atentado es la fotografía de un hombre sin piernas al que un hueso macabro y solitario le cuelga del muñón. ¿Dónde irían a parar aquellas piernas? ¿Es posible que se volatilizaran?

Mi vida se ha reducido a tres actividades: perseguir a asesinos del pasado, acostarme con mujeres y tocar la guitarra; ninguna de ellas ha contribuido a mejorar mi cordura. Cada día me junto con gente más rara. Estuve saliendo con una chelista narcoléptica que se dormía mientras manteníamos relaciones. Una chica morena con corte de tazón como el que se hizo Karl antes del viaje a Berlín. Aquel día, cuando Karl salió de la peluquería y se reunió con nosotros en el Viena, le dijiste: «¿No sabes que el pelo largo denota salud en la hembra, predispone al macho a la coyunda y favorece la fecundación?». Ella respondió sorbiendo el café como solía: «No soy una yegua a la que

cubrir y, en cuanto a la fecundación, no tengo el menor interés en ella». Al margen del peinado, creo que la violonchelista te gustaría tanto como odiarías a su círculo de amigos. Uno es un ruso que toca el theremín, si es que es correcto utilizar el verbo *tocar* para hablar de ese instrumento. Entiendo que sabes a qué me refiero: esa extraña caja con dos antenas que emiten sonidos electrónicos al acercar o alejar la mano de ellas. El ruso, cuando se emborracha —y créeme que ocurre a menudo—, se dedica a extraer los sonidos del theremín con su pene erecto. ¿Conoces la anécdota de Errol Flynn y el piano? Pues algo semejante, solo que más procaz y desagradable. En apariencia soy el único al que molesta la visión del falo, porque el resto aplaude y celebra su destreza. Debo reconocer que el tipo consigue arrancar una cierta melodía de la absurda caja, pero por alguna especie de sinestesia yo solo puedo oír las gruesas venas de su miembro hinchándose y deshinchándose como si mi tímpano nadase en su torrente sanguíneo. Discutí con la chelista a cuenta del thereminista. Le dije que no soportaba al ruso, le dije que sus malabares fálicos me sobraban, le dije lo que tú dijiste una vez sobre alguien a quien he olvidado: «Me sobra, es tejido sobrante en el mundo, vale lo mismo que el pellejo que cuelga de algunas vulvas, un excedente de piel con forma de orejón de albaricoque». Corté con la violonchelista, me siento más cómodo tocando la guitarra con mi grupo. Aunque sean una pandilla de cocainómanos y las personas menos de fiar del mundo, con ellos sé a qué atenerme. Enamórate de un guitarrista y acabará electrocutándose en tu bañera con una Rickenbacker, pero al menos no hará gilipolleces con la polla.

Rudolph.

18

Escorpiones

MORITZ SCHLICK

Lo llevaban a rajatabla, desde la universidad, cuando se conocieron. Fue ella quien marcó la pauta: de acuerdo, saldría con él, pero no iba a aceptar ningún regalo y él tampoco debía esperar ninguno de su parte. Tan solo el día de sus cumpleaños: un regalo anual con un precio máximo pactado de antemano. En caso de que su relación se prolongase, esa cantidad se iría actualizando cada año conforme al índice de precios al consumo. No se invitarían a cenar ni a una copa ni al café que ella sorbía con un ruidito. Si mantenían relaciones sexuales, cosa lógica si iban a iniciar una relación de pareja, compartirían el gasto en anticonceptivos. Luego se demostró que él gastaba más de la cuenta en preservativos por un asunto delicado. Delicado es la palabra. Ella hacía números y refunfuñaba. Un escritor lo llamaría abuso de la estadística.

Ella era ahorradora. Digámoslo así. Era simplemente la persona más ahorradora que he conocido. Otros que le tuvieran menos cariño dirían que era tacaña, incluso miserable. Pero no de esas que se aprovecha de los otros: su tacañería comenzaba consigo misma. Compartía la ropa con su hermana gemela, procuraba ducharse en la piscina, de noche leía a la luz de una vela y en clase tomaba apuntes en los márgenes de los libros para no gastar papel. Un día asistimos a unas jornadas en las que podías servarte todo el zumo que quisieras de una máquina como las que hay en los bufés de los hoteles que parecen para hacer granizado. Ni siquiera era zumo natural, sino agua con colorante y cierto sabor a fruta tropical. Se sirvió tantos vasos que acabó vomitando en el baño de hombres mientras nosotros le sosteníamos la cabeza, ya que era incapaz de devolver de otra manera.

Él no era así, os lo aseguro, aunque en su familia nunca sobró el dinero. La idea de compartir gastos le pareció perfecta porque, si algo era él, era estricto. Digámoslo así. Era simplemente la persona más estricta y ajustada a

la norma que he conocido. Otros que le tuvieran menos cariño dirían cuadriculado, incluso obsesivo. Era el primer tablero del equipo de ajedrez de la universidad y memorizaba páginas enteras de las novelas que pedía prestadas en la biblioteca. Cuando viajamos juntos a Berlín era el único que compraba el billete en los tranvías, los demás nos arrojábamos por la puerta de atrás si entraba el revisor. En una ocasión le aprobaron un examen con un cuatro y fue al despacho del profesor a exigir que le suspendiera. Durante un tiempo escribió discursos para consejeros, pero pretendía contar la verdad. Lo despidieron el día que entregó un discurso en blanco porque se sintió incapaz de escribir una sola palabra.

Meses después de su despido diseñó una aplicación informática para detectar el fraude fiscal que le hizo ganar mucho dinero. Ella se especializó en Comunicación Audiovisual. Aunque en su familia nunca sobró el talento, consiguió un buen sueldo informando de los viajes del Presidente en televisión. Él la convenció para que comprasen una casa modular inspirada en un diseño de Le Corbusier, con una gran rampa en zigzag que llegaba hasta un río y recordaba a aquella película de Hitchcock que acaba en el monte Rushmore. Ella aceptó a regañadientes y puso como condición una hipoteca a cuarenta años, no quería dejarse los ahorros de una vida pagando al contado. Él quiso comprar un Audi familiar, ella se hizo con un pequeño Citroën de segunda mano.

Y se casaron. Y, claro, el gasto de la boda fue compartido. No a medias como muchas parejas, sino según la parte proporcional de los invitados de cada uno. Eso causó algún problema, porque algunos invitados acudimos de parte de los dos. Ella propuso una solución: discutirían el porcentaje de amistad que les unía a cada invitado. Por ejemplo: tal invitado es amigo tuyo en un 65 % y mío en un 35 %. Él no solo estuvo de acuerdo, sino que creó un programa que calculaba al instante el montante fraccionado entre los dos cónyuges. Nunca me dijeron cuál fue mi porcentaje; habría sido una información útil. No hace falta decir que eligieron separación de bienes. Un escritor lo llamaría segregación de bienes.

La etapa dorada comenzó a declinar cuando ella se quedó embarazada. Viéndolo con perspectiva era lógico. Ningún otro episodio podía romper con más fuerza la simetría que dividía su vida. La niña no solo consumía pañales y biberones pagados a escote, consumió también su matrimonio. Ella se negó a darle el pecho, a no ser que negociaran un precio justo para su leche, y los dos quedaron satisfechos con la indemnización acordada por el plus de pantalla que ella dejó de percibir a causa del embarazo. La depresión

postparto, en cambio, ya no fue compensada. Él le explicó que era difícil justificar una contrapartida con tal motivo, que un cambio hormonal no se puede imputar exactamente al matrimonio, que las colonoscopias periódicas a las que él se sometía en una clínica privada porque su abuelo había muerto de cáncer de colon las pagaba él íntegramente, que las enfermedades de cada uno eran responsabilidad de cada uno. A ella no le pareció justo, ni la comparación acertada, le pareció un abuso de racionalidad, un sofisma, un falso silogismo. Pero no tenía ánimo ni para discutir. Un escritor lo llamaría Sócrates es un gato.

Al cumplir el año de baja, intentó volver a trabajar, pero no le fue bien y en la televisión no tardaron en prescindir de ella. Su ánimo empeoró, apenas salía de casa. A él, en cambio, no le podía ir mejor. Sus programas informáticos se vendían por todo el mundo y viajaba sin parar. La prestación por desempleo se esfumó en un suspiro, pero ella era incapaz de encontrar trabajo, y aún le quedaban por pagar tres décadas de una hipoteca inasumible, la mitad del sueldo de una niñera, la mitad del salario de una criada, la mitad del colegio privado de la niña, la mitad de los gastos de la casa, la mitad de las compras de alimentación.

Vendió el Citroën, vendió su ropa, vendió sus relojes, vendió su alianza. Ha consumido todos sus ahorros y la herencia de sus padres, pero aún tiene que hacer frente a su mitad de los gastos. Ha llegado a un acuerdo con él para despedir a la niñera y a la criada y realizar las tareas de ambas a cambio de la mitad de sus sueldos. Pero es buena para los números y sabe que no es suficiente. No puede asumir sus deudas. Se ha quedado sin blanca. Arruinada. En bancarrota.

Ha aprovechado que él está de viaje de negocios cerrando un contrato millonario en Silicon Valley y ha llevado a la niña con sus suegros. Se ha despedido de ella con un tímido beso en la frente. Ha reunido las pocas cosas que no ha vendido y las ha guardado en la maleta de piel que compraron a medias en la luna de miel. Ha salido temprano para poder encontrar un buen lugar donde dormir. Sobre la mesa le ha dejado ocho monedas y un puñado de billetes arrugados. Entre todos suman exactamente la mitad del precio de la maleta. Un escritor los llamaría escorpiones.

19

You Hold The Key To My Love In Your Hands THE STRANGLERS

Los mejores años del cantante de los Stranglers han quedado atrás.

Le escasea el cabello, aunque trate de ocultarlo despeinándose. Una cicatriz seca, una línea de Nazca, cruza su pómulo. Mira a Marga mientras pellizca las cuerdas de la guitarra con los dedos largos, deformes de tocar siempre sin púa, retorcidos como una hilera de procesionarias del pino.

Marga no está segura de si le gusta. Lo cual debe significar que un poco sí le gusta, porque lo que no le gusta lo detecta al instante. Al instante detecta, por ejemplo, el olor a comida de casas ajenas. No soporta que la inviten a cenar. Es capaz de encontrar el grumo que nadie ve entre los dientes del tenedor. Al acercarse un vaso a la nariz estira sus prominentes aletas y percibe el aroma de las dos bebidas que ha contenido anteriormente. Puede que sea culpa del lavavajillas, un invento que odia con todas sus fuerzas. Aunque también detesta el jabón líquido para fregar los cubiertos. La aleación de jabón verde y acero le produce arcadas. En general, aborrece los cubiertos. En eso es igual que Óscar. Prefiere los refrescos y la comida basura en cajas de cartón. Aunque su oncóloga se la desaconseje. También le desaconseja el alcohol y ya tiene otro *gin-tonic* en la mano.

No entiende a quien disfruta viendo comer a otros. A ella le ocurre lo contrario. Sobre todo, con los hombres que mastican con la boca abierta y emiten ese sonido insufrible de vagina mojada. Hace unos días estalló y le dijo a uno de los compañeros en la Consejería que ya no aguantaba sus ruidos al comer. Le dijo que comiera como las personas o se muriera de hambre. Que le daba igual, que preferiría verlo cagando que comiendo. El otro se rio,

no se lo tomó a mal, se remangó su americana más grande de lo normal y siguió masticando ruidosamente.

Luego hay desagradados más impopulares como el que le provocan los animales domésticos, peludos síndromes de Estocolmo. Solo una vez en su vida se hizo cargo de un animal. La culpable fue media botella de *whisky* de malta que le indujo a decirle a una amiga que quería un canario. Lo que no imaginaba —¿quién hace caso a un borracho?— es que, el día de su cumpleaños, su amiga se presentaría en su casa con una jaula. Dentro había un pajarillo asustadizo de un amarillo desvaído, con un flequillo negro en la cabeza que le valió su nombre: Gorrilla. Durante varias semanas lo único que hizo Gorrilla fue desplumarse, generar excrementos y dejar mal olor en la cocina. Tanto que a Marga le pareció estar en casa ajena, dejó de cocinar y se acostumbró a cenar en el bar de abajo. Eso era todo lo que hacía el pájaro: ni un canto, ni un trino, ni pío. Marga le dijo a su amiga: «Me has regalado un fraude de canario, un canario mudo, un canario subnormal. ¿Qué quieres que haga con él? ¿Que pida una subvención en la Consejería?». Pero un día Gorrilla se acostumbró a su espacio como rey de la cocina y, de repente, empezó a cantar... y ya no paró. Entonces deseó con todas sus fuerzas que hubiese sido mudo. Le amargaba la siesta. Le impedía conciliar el sueño por las noches. Leer un libro era un suplicio con la cantinela. Tenía que salir a la escalera a hablar por teléfono. Cuando llevaba a alguien a casa y acababan en la cama solo se oía al pájaro cantar; Marga jadeaba a gritos para competir con el canario. Decidió tapar la jaula con un trapo y Gorrilla entró en la etapa Guantánamo. Un mes en la más absoluta oscuridad. No cantaba ni hacía nada. Solo oler a perro húmedo y soltar plumas. Finalmente acabó regalándoselo a la amiga que se lo había comprado. Ella no pareció ofendida con la devolución. Eso la llevó a pensar en un plan orquestado desde el inicio.

Los canarios, las aves en general, subieron muchos enteros en su escala de aversión. Pero algo los supera y siempre los superará. Hay algo que detesta aún más que a los animales: odia a los niños y los niños la odian a ella.

Y ahora a todas sus amigas les ha dado por ser madres, la una detrás de la otra.

No entiende nada. No llegan a los treinta y ninguna tiene empleo estable. La del canario, que está de cinco meses, lleva diez días de prácticas en una empresa de publicidad. El jefe les ha dicho que el próximo lunes vayan a trabajar en chándal porque tienen que limpiar el garaje. Quién la verá. La becaria del bombo, con chándal y un tijeretazo en el elástico para no asfixiar al bebé. Y la verdad es que le está bien empleado, porque quién le manda

quedarse preñada a su edad. Alguien ha programado el reloj biológico de sus amigas para que la alarma suene a la vez y antes de tiempo. Van a pasar de adolescentes bobas a madres bobas. Un avance de la hostia. Madres bobas con la vagina dada de sí y los pezones rezumando leche.

A Marga en eso no la pillan. Bueno, ahora menos que nunca, por los diez años sin regla, hasta los 37. Que se pregunta para qué quiere la regla a los 37, con la segunda menopausia en ciernes. Desde luego, a su oncóloga no la contrataría como programadora de eventos.

Pero no es solo que no pueda tener hijos, es que no quiere. No piensa renunciar a su independencia. Al insuperable placer de la soledad voluntaria. A sumergirse dos horas en la bañera entre espuma. Salir desnuda y tirarse en el sofá sin secarse ni dar conversación a nadie.

Lo único positivo que le ha dado su trabajo es la capacidad económica suficiente para alquilar un apartamento en una urbanización con jardín.

Marga creció en un edificio macizo de cuatro pisos en el que vivían sus padres, tíos, primos, abuelos. Una cárcel de puertas abiertas en la que los rellanos son salas improvisadas y un pestillo, alta traición —¿qué estará haciendo la niña con la puerta cerrada?—. Y al salir de allí, la residencia de monjas, los polvos en el sofá del portero automático averiado. Y luego, el último año antes de volver a Galicia, un piso compartido en el que tenía que hacer cola para ducharse. O se levantaba a hacer pis en mitad de la noche y se encontraba al amigo de alguien en el sillón del salón, sucio, lleno de quemaduras. Y el amigo de alguien quería meterse con ella en el baño. Solo para verla mear, nada más que verla, le encantaba ver a las mujeres mear.

Tercera Ley de Newton: «Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y contraria: es decir, que Marga nunca va a renunciar a vivir sola, salvo visitas esporádicas y programadas de sus parejas o amantes».

Aunque primero tiene que vencer un temor absurdo. Un miedo que en vez de superar va a peor y ya hasta le provoca pesadillas. Tiene un miedo paralizante al allanamiento. Estuvo a punto de renunciar al sueño del apartamento con jardín por ser un bajo a ras de acera.

Ese miedo deriva de una experiencia traumática reciente. Cuando, de un día para otro, dejó la universidad para trabajar en Santiago y alquiló a una vieja loca un ático que se caía a pedazos y olía peor que Gorrilla. No duró mucho allí, pero sí lo suficiente para que una tarde, mientras estaba encaramada al repartidor de Amazon, la vieja utilizara su llave para abrir la puerta. Desde ese día odia las cerraduras.

Ahora que hay tantas aficionadas a los libros de *bondage* y sadomaso, les aconsejaría que probasen la sensación de que tu casera septuagenaria irrumpa cuando casi estás llegando al orgasmo. Sentir cómo el corazón te atraviesa el esófago, cómo se atasca al llegar a la boca, cómo eres incapaz siquiera de escupirlo para morir con tranquilidad.

Así que sí, le encanta estar sola, pero a la vez le da miedo. Y sí, ahora tiene pareja para que le haga compañía. Y sí, es pura incoherencia, pero, qué coño, tiene veintisiete años y un carcinoma de mama, no cree que nadie tenga derecho a pedirle que sea coherente.

La banda interpreta una versión de los Stranglers. *You hold the key to my love in your hands*. A Marga le reconforta reconocer un tema tan infrecuente en un repertorio de versiones. Le reconforta la vanidad, esa sensación tan humana, demasiado humana.

La posición de los músicos ha cambiado. El batería está al teclado, el guitarrista ha agarrado las baquetas, el cantante canta mirándola a los ojos. Ella desvía la vista, la devuelve al bombo, vuelve a leer The Stranglers.

Lo primero que le viene a la cabeza es un juego tonto de palabras.

Lo segundo que le viene a la cabeza son cerraduras violadas. Llaves entrometidas. Estranguladores silenciosos. Manos que aprietan su esófago. ¿La conoce de algo el cantante? ¿Puede leerle la mente con la mirada?

Óscar dice que todos nos reconocemos en las canciones. Que las adaptamos a nuestras vidas.

Se pregunta en qué canción pensaría él si entrase esa noche por la puerta y la encontrase a punto de llegar al orgasmo encaramada al cantante.

La Venus de Willendorf

Cuando empezó a salir con Hans, Karl deseaba sentirse adorada. Creía que inclinar por completo la balanza de la pareja hacia su costado le daría la confianza que en ese momento anhelaba. La teoría de la balanza, como tantas otras, la había extraído del Viena. «Las relaciones amorosas», había dicho Moritz, «son en esencia una matemática del poder». El poder lo representan los pesos que cada miembro de la pareja coloca en su plato de la báscula: belleza, atractivo, simpatía, confianza, autoestima, seguridad, inteligencia, dinero, desparpajo, elocuencia, cultura, estatus, relaciones sociales, destreza sexual, desinhibición, aptitud manipulativa, bienes inmuebles, buen gusto... La lista es infinita. Lo curioso es que el equilibrio no permanece estable, se mueve sobre un eje de enorme fragilidad. La satisfacción sexual, por ejemplo, suele pesar más a los dieciocho que a los treinta, aunque reaparece con fuerza enfilando los cuarenta. A menudo la balanza oscila de un día para otro, un mensaje de más, una palabra de menos...

«Los atributos de la diosa Justicia deberían pertenecer a Venus», había dicho Moritz en el Viena aplastando una colilla contra los posos del café, «la balanza y la espada, coerción y sumisión, adorar o ser adorado, dominar o ser dominado. Pensad en las parejas que conocéis y os daréis cuenta de que el equilibrio no existe. La balanza y la espada». Hans había apartado a manotazos el humo que ascendía desde el fondo de la taza y había añadido tosiendo: «La balanza, la espada y la ceguera».

En los meses posteriores al *pasar a mayores*, Karl mantuvo un par de aventuras anodinas. La primera, en Cambados, con un camarero con el que follaba en la lonja los sábados de madrugada; se colaban por un agujero estrecho en la verja y lo hacían de pie contra el muro, embestidas cortas y violentas, sábados de olor a pescado, domingos de cardenales en la espalda. ¿Qué habrá sido de aquel camarero con estrabismo y pelo cortado al cepillo? Hace ocho años que Karl no pone el pie en Cambados, el pueblo donde

creció, tan importante cuando era niña como insignificante le resulta ahora. Su segundo amante era un chaval con acné de la residencia con el que quedaba los lunes aprovechando que su compañero de cuarto se ausentaba hasta el martes al mediodía. Con él practicaba el sexo oral, que al menos le evitaba ver de cerca sus granos de pus a punto de estallar. Huelga decir que Karl no sentía apego hacia ninguno de sus amantes: eran simples instrumentos sexuales, un curso de perfeccionamiento que daba continuidad a la clase de iniciación de Rudolph, con quien ni había repetido ni lo había intentado. Conservaban una relación cordial fundamentada en la discreción que caracterizaba a Rudolph en los asuntos de faldas, como suele ocurrir con los hombres con verdadero éxito entre las mujeres.

Aquel mes de abril Karl empezó a faltar a clase y se convirtió en una asidua del Viena; el Círculo ejercía una intensa atracción sobre ella, un deseo de pertenencia, un deseo de ser deseada. Al carecer del talento natural de los otros miembros, sus calificaciones flaquearon y tuvo que recuperar dos asignaturas en septiembre. Del primer verano de universidad apenas recuerda el aburrimiento de las tardes de estudio viendo el sol a través de la ventana de su casa, a sus amigas pasar con la toalla de playa enroscada bajo el brazo, y lo pronto que llegó el nuevo curso. Plenamente instalada en el Viena, convertida en el cuarto miembro del Círculo, se acomodó en las tertulias y aprendió a moverse en el terreno de las teorías absurdas y el humor que solo les hacía gracia a ellos cuatro. Participó activamente en la redacción del *Manifiesto para la recuperación del buen nombre de ratas, buitres, hienas y otros animales difamados por los mass media* con el que empapelaron la facultad la noche que se colaron por la ventana del jardín trasero. Fue la patata en la práctica de debate televisivo en la que Moritz, Rudolph y ella aparecieron disfrazados de tubérculos y hortalizas y se negaron a responder a las preguntas del moderador esgrimiendo que los vegetales no hablan. Se encerró con ellos en el vicerrectorado como protesta por la desaparición de la Sala X de la ciudad y les ayudó a descolgar una sábana en la que la prima Uñas de Cerdo había dibujado a John Holmes desnudo.

Fue entonces también cuando Rudolph formó su primer grupo, con el que tocaba versiones de Nirvana y Oasis; Moritz, inesperadamente, empezó a salir con Uñas de Cerdo; y Asun se lió con un jugador del equipo universitario de baloncesto. Medía cerca de dos metros y, cuando dormía con ellas en la residencia, retiraba las tablas del pie de la cama para dejar sobresalir sus piernas inacabables. Eso les daba a Asun y a Karl la oportunidad de jugar a otro de los juegos que ahora la abochorman. Asun le decía al gigante al oído:

«Espera a que ella se duerma y luego fóllame tranquilo, duerme como un tronco». Lo hacían de tal forma que el jugador siempre le diera la espalda a Karl, y ella pudiera abrir los ojos y contemplar la escena. Aquel batiburrillo de piernas y brazos no llegaba a resultar excitante, tampoco la torpeza del baloncestista haciendo desaparecer a la menuda compañera de cuarto, ni el rítmico tableteo de la cama que amenazaba con desmontarse aún más rápido que las extremidades de Asun.

En definitiva, todos tenían su entretenimiento otoñal menos Karl y el pequeño y misterioso Hans, que fuera del Viena seguía practicando su voto de silencio y, en cualquier caso, jamás, bajo ninguna circunstancia, hablaba de sus sentimientos.

Hans solía estudiar por las tardes en la biblioteca de Historia, una sala de madera vieja que desprende un aroma particular y a cada paso gruñe un gruñido distinto, una melodía de pisadas; libros con tapas de piel alejados de manos curiosas por una malla de gallinero; inscripciones en latín, volutas doradas en las columnas, tres lámparas de araña de veinticuatro brazos cada una. Orlas en los pasillos que conducen a la sala, filas de veinteañeros con una ridícula toga y una sonrisa aún más ridícula, ilusionados por comenzar la interminable desilusión de la vida adulta. El templo de la infelicidad donde, en palabras de Moritz, Karl se convertiría en la Venus de Willendorf de Hans.

La verdadera razón de que Hans estudiara allí nada tenía que ver con el esplendor de la biblioteca ni con ninguna Venus, sino con el desorden que Moritz había instaurado en la habitación compartida. El primer encuentro fue fortuito, Karl iba a devolver un ejemplar muy usado de *La conjura de los necios* cuando vio a Hans con los codos sobre la mesa, los puños en las sienes como un jugador de ajedrez, y aunque no la invitó se sentó a estudiar a su lado. Él miró el libro de reojo y recitó de memoria un fragmento que tenía que ver con el sexo como panacea (Karl ha olvidado el texto por completo salvo esas dos palabras indelebles: sexo y panacea). «¿Cómo?», dijo ella. «*La conjura de los necios*. Capítulo quinto». «¿Te lo sabes entero?». «No, ¡qué va! Solo páginas sueltas», respondió él antes de devolver la cabeza a los puños. Karl no comprendió si Hans consideraba la cita de párrafos textuales una herramienta de seducción o solo alardeaba de sus conocimientos, pero le irritó, le enfadó que nunca se dirigiera a ella y, cuando por fin se decidía a hacerlo, utilizase las palabras de Ignatius Reilly y no las suyas propias. Se dijo «Olvídate de él», y sin embargo regresó cada día a la biblioteca. A Hans no pareció importarle; las palabras fueron apareciendo poco a poco, surgiendo de la nada como los intertítulos de una película muda. Los diálogos eran

escasos, pero a ella le sirvieron de apoyo en un momento en que su vocación se tambaleaba. «Yo no valgo para el periodismo», le dijo a Hans, «no sé escribir como vosotros, lo que yo quería, lo que siempre he querido, era estudiar Bellas Artes, pero suspendí el examen de ingreso». Él le quitó la idea de la cabeza: «Lo que dices no tiene sentido, no conozco a un periodista que sepa escribir; para ser periodista lo que hace falta es picardía y tú la tienes. Apostaría ahora mismo a que llegarás más lejos que cualquiera de nosotros». Karl intentó agarrarle la mano como muestra de gratitud, pero Hans la retiró de inmediato.

Seguía mirándola de soslayo cuando la creía distraída, cuando se ponía de pie y le daba la espalda. Ella lo sabía, sabía que le miraba el culo, su grueso trasero de Venus de Willendorf (Moritz lo llamó «enterramiento auriñaciense de células muertas» y «caso clínico de esteatopigia hotentote» cuando jugaron a describirse); y por esa razón se exhibía, se levantaba cuanto podía, iba al baño sin ganas, pedía prestados libros que no tenía intención de leer, se contoneaba, esperaba una respuesta. La tarde anterior al último examen de febrero, cuando por fin Hans la invitó a estudiar a su residencia, Karl se dijo que había llegado el momento de la adoración. El inicio del culto a Venus.

Moritz le abrió la puerta y la saludó con una sonrisa cargada de sarcasmo. La decepción se dibujó en las comisuras de los ojos y los labios de Karl. Hans esperaba con las piernas cruzadas sobre la cama. Al fondo, Uñas de Cerdo, se dedicaba a pintar los árboles que asomaban tras un ventanuco sin prestarles atención. Karl trató a Hans con desdén durante toda la tarde, pero él no pareció apreciarlo, lo que aumentó su irritación. No recuerda muy bien el contexto en el que explotó, pero sí lo que le dijo. Le dijo que si con casi veinte años nunca se había atrevido a besar a una mujer debía plantearse su orientación sexual. Esa noche, de vuelta en su residencia, Karl recibió una llamada telefónica. Era Hans. Quería tener una conversación con ella al terminar el examen. Pensó que le iba a decir que era gay y se sintió como una mierda.

Durmió con un agujero en el estómago que alcanzó su plenitud cuando se encontraron solos en el Viena; Karl estaba tan nerviosa que para mantener las manos ocupadas se comió el churro seco que siempre quedaba olvidado en el platito. Hans parecía serio, distraído, más que de costumbre, entrelazaba los dedos y golpeaba con el zapato la pata de la mesa. Cuando por fin abrió la boca, escupió las palabras. Ella no entendió lo que decía y le pidió, por favor, que se lo repitiera. «Que quería decirte que me gustas». El silencio que siguió a la declaración dura en su cabeza tanto como el verano anterior. «¿Qué tengo

que hacer ahora?», preguntó Hans y ella se echó a reír. Minutos más tarde, a la altura del edificio de Correos, lo lanzó contra la pared, como si fuera el muro de la lonja, y le besó con tanta fuerza como la había besado a ella el francés bajo la carpa. Contra su pelvis Karl se cobró la deuda eréctil que Hans mantenía con ella desde hacía meses.

Esa noche lo invitó a dormir a su residencia y a la hora de apagar la luz le dijo suavemente al oído que estuviera tranquilo, que Asun dormía como un tronco.

Quinta parte del testimonio de un asesor

No hay nada que un escritor odie más que a otro escritor; imaginad ahora hasta dónde puede llegar la aversión del escritor frustrado. Aborrezco a dos por encima del resto. Crecí con el primero, aunque hace años que dejé de verlo. Al segundo podéis encontrarlo cada jueves al salir de la Consejería en un bar de copas de dos plantas cerca de la catedral, sentado en la mesa del fondo del segundo piso, la que hace esquina bajo una foto de Iggy Pop con los Stooges. Sobre el tablero unas cuartillas arrugadas y la Montblanc de plumín de oro que compró con el dinero de su primer premio literario. La estampa es inconfundible: una abundante mata de pelo negro, barba de tres días, gafas redondas y camisa de manga corta de la que sobresalen unos bíceps inmensos, desproporcionados. Sostiene en la mano la pluma con la que escribe versos de rima libre mientras la clientela sorbe espuma de cerveza y suena a todo volumen el *Wild Thing* de los Troggs. El Poeta —llamémosle así a partir de ahora— ha escrito versos como: «Si me preguntas de qué me enorgullezco en la vida / te diré que del mudo tránsito hacia el fracaso / sin pasión, sin sobresaltos / ni fugaz y mentirosa alegría / que me aparten de mi destino». El Poeta escribe también: «Las piedras se embarazan de pesadumbre / porque observan el cielo sin cesar». Y gana otro premio. El jurado, compuesto por profesores de instituto, lo distingue por la profundidad de su mensaje, lo premian porque las piedras contemplan el cielo, lo cual, por otra parte, es discutible, porque yo he visto algunas que miran el suelo. *Piedras* ha alcanzado un éxito moderado, restan treinta y siete ejemplares para agotar una primera tirada de ciento cincuenta. Un tercio se ha distribuido en las bibliotecas municipales; un segundo bloque de cincuenta se lo ha cedido la editorial al autor para que lo reparta entre sus allegados, y esa es la razón de que yo tenga uno en mi poder, porque el Poeta regaló uno a cada compañero

en la Consejería —se ve que tiene dificultades para sumar cincuenta allegados reales, pero no lo juzgo por eso: yo sería incapaz de juntar cinco—; los últimos se han puesto a la venta, con el resultado de trece ejemplares vendidos. Lejos de su gran éxito, en cualquier caso, el cénit de su carrera literaria, el poemario *Homo Cuadratus*, que vendió en librerías 48 ejemplares, cada uno de los cuales le reportó al autor un 10 % del precio de venta al público, es decir, un total de 66,72 euros. Ahora está ultimando su próximo trabajo, que llevará por título *Fracaso*. Cuando compartimos Gabinete me dejó leer algún fragmento suelto y, aunque en un principio le eché un ojo sin ganas, acabó por molestarme, porque me convencí de que se había inspirado en mí para escribirlo. Para qué buscar más lejos si a su lado tenía al epítome del fracaso. En las semanas anteriores lo había cazado mirándome más de la cuenta, iniciando conmigo más conversaciones de lo habitual, tomando notas en las cuartillas plegadas que guarda en los bolsillos como yo guardo la libreta en mi trenca gris. No es una sensación nueva, lleva sucediéndome toda la vida, desde niño he creído que la gente habla de mí a mis espaldas, me critican, soy el hazmerreír. Cuando se lo dije a la chica del cáncer, me acusó de egocentrismo, y no le niego su parte de razón, aunque en este caso esté clarísimo que *Fracaso* está inspirado en mí. Admito que es absurdo que las personas que me rodean me importen tan poco y al mismo tiempo me produzca tal angustia la opinión que puedan tener de mí. La chica del cáncer me dijo que la gente no me criticaba porque no se paraba un segundo a pensar en mí. La mayor parte de ellos, añadió, no sabían que existía y, probablemente, los que me veían a diario olvidaban mi existencia tan pronto como desaparecía de su vista: no era nada ni nadie para ellos. Paradójicamente, verlo así me aliviaba un poco. Eso pensaba aquel día, pensaba que ya estaba bien de preocuparme por las opiniones de los demás, por su percepción de mis defectos, de mi fracaso. Si me apetecía ir al centro comercial, empapado como estaba, con las botas enfangadas, con la entrepierna manchada de té, ¿por qué iba a dejar de hacerlo? Están a punto de cerrar y las dependientas ya están recogiendo, colocándose bien el moño, perfumándose con frasquitos diminutos, revisándose el botón que deja entrever un sostén de encaje blanco. Una de ellas se ha quitado el uniforme y viste ropa de calle; es mucho más joven que yo y tiene esa dulzura en la mirada que se acaba perdiendo con los años. Me sonrío al pasar con la sonrisa impersonal de centro comercial, es la misma chica que si se encontrase conmigo por la noche en cualquier bar me torcería el gesto. «Pero no es porque piense nada malo de mí, sencillamente no piensa nada de mí. No

existo para ella». Poca gente continúa comprando bajo las plomizas luces fluorescentes que después de unos minutos levantan dolor de cabeza, al son del hilo musical tan dulzón que me revuelve el estómago —aunque llevar cinco días sin hacer de vientre también ayuda—. Aparte de eso, es cierto que nadie me mira. «A nadie le importa que esté allí, soy invisible, plácidamente invisible». Hasta que llega el niño gordo que corretea con torpeza por el pasillo y a punto está de acabar de bruces en el suelo; sus brazos rechonchos amenazan con derribar los estantes de las películas de estreno y sepultarlo bajo devedés con el rostro de Michael Keaton. Sus padres empujan un carrito repleto de bolsas de plástico y lo llaman a gritos desde la distancia, utilizan un nombre que mi cerebro es incapaz de aprehender, una sucesión de consonantes y vocales que suena a sopa de letras leída en horizontal, a nombre de *pitcher* de la selección cubana de béisbol. Es ese *pitcher* cubano, torpe, rollizo, quien me saca de mi extática invisibilidad señalándome la entrepierna y diciéndome: «Eh, tú, eh, tú, eh, te has meado», y luego dibuja una estúpida mueca de chimpancé al que le faltan cuatro o cinco dientes de leche y dan ganas de saltarle el resto de una bofetada. Pero tengo como regla no meterme en problemas con padres que les ponen a sus hijos nombres con kas, uves dobles o íes griegas. Llamadlo la precaución del ajedrecista si queréis. De esa gente es mejor huir, refugiarse donde sea imposible que te sigan, la sección de librería, por ejemplo. Allí donde probablemente se oculte uno de los treinta y siete ejemplares de *Piedras* que aún están a la venta, allí donde no habrá nunca un libro mío simplemente porque no tengo el talento que creía tener o que me dijeron que tenía. Allí es donde lo encuentro, escondido, olvidado en segunda fila. No sé cómo he llegado a él, pero ahora mismo lo tengo entre mis manos. Se llama *Por la boca muere el pez* y el nombre de su autor, al contrario que el del *pitcher*, es imposible eliminarlo de mi cabeza, tal vez sea el nombre más presente de mi vida, una imborrable sucesión de letras que me provoca un reflujo, una arcada, una náusea; y es peor cuando empiezo a hojearlo y mis ojos saltan de una historia a otra, pequeños relatos que por encima de todo hablan de mí, de mis defectos, de mis miserias, de mi halitosis: el mote ofensivo, John Piorrea, que he tratado de olvidar; las confesiones más íntimas que en su día hice con la confianza de que nunca salieran a la luz y que hoy, si es necesario, estoy dispuesto a reconocer, porque ante todo quiero decir la verdad. Ahí están, bajo la luz fluorescente, un estadio entero de *pitchers* cubanos riéndose de mí mientras espero solo para batear en el montículo con la bragueta manchada de té. Sintiéndolo mucho, tengo que contradecirla: la chica del cáncer no tiene

razón, nunca la ha tenido. La gente sigue teniéndome presente cuando no estoy delante, sigue hablando mal de mí, criticándome, traicionándome. Me quedo inmóvil con el libro en la mano, mis ojos sobrevuelan las líneas del escritor que aborrezco, el más aborrecible de los escritores. La megafonía anuncia que las puertas están a punto de cerrar y yo, sin saber muy bien por qué, decido llamar a la chica del cáncer. Busco un motivo para hacerlo, pienso en decirle que estoy enfermo. ¿Pero enfermo de qué? Me gustaría decirle que me acaban de operar del clavicordio, pero dudo que entendiese la broma. Fingir una enfermedad puede dejarme en un callejón sin salida, si algo me han enseñado mis largos años delante del tablero es a ir un paso por delante del rival, a frenar las amenazas antes de que se produzcan. A eso los ajedrecistas lo llaman profilaxis. Pero ya he marcado el número, hoy no hay tiempo para profilaxis. Escucho su voz suave al otro lado de la línea. Respira profundamente. Me pregunta si me pasa algo. «No, estoy bien», le digo. «¿Estás seguro?». «Sí, es solo que... mi madre tiene cáncer». Silencio. «Joder, Óscar, eso es horrible», dice ella, «si andas por aquí cerca, ven por mi casa y hablamos». Jaque mate. «No dejes que la alegría / fugaz, mentirosa, hiriente / te convierta en aquel / que hasta en el fracaso fracasa». Pero eso lo ha escrito el Poeta, no yo.

22

Mariposa

MORITZ SCHLICK

Masturbar es su palabra favorita. Le gustaría decirlo en una de esas encuestas periódicas acerca de la palabra más bonita de un idioma. Ya sabes, de esas que no sirven para nada. De esas que todo el mundo se pregunta si son reales, porque a ellos nunca se las han hecho. Ni esa ni ninguna otra. Se acerca un tipo y te pregunta cuál es tu palabra favorita. Y ellos dicen amor. Dicen cariño. Dicen mariposa (¿de verdad mariposa?). Dicen naturaleza. Dicen sol. Dicen mar. A él le encantaría que le preguntaran y poder decir masturbar. Con la boca bien abierta, redondeando las *aes*. No por dar la nota, sino porque realmente le gusta. Es su palabra favorita y eso que él vive entre palabras; él es escritor, escribe relatos. Masturbar: del latín *manus turbare*. Agitar con la mano. ¿No es semántica pura? ¿No es poesía? ¿No es un haiku?

La primera vez que la escucha es en un debate televisivo al finalizar la proyección de *El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante*, de Peter Greenaway. Andará por los diez años. Menudas cosas le dejan ver sus padres. No le preguntes por la película porque no recuerda nada: solo una palabra. Masturbar, con la eme bien nasalizada. Se queda flotando en su cabeza como esas palabras de otros idiomas que has oído mil veces y nunca sabes qué significan. Las buscas en el diccionario y dices, es cierto, esto era lo que significaba. A la semana siguiente, vuelves a no acordarte, pero ya ni vas al diccionario porque sabes que es inútil, son palabras flotantes.

Masturbar, con la te perfectamente pronunciada metiendo la lengua entre los dientes, flota en su cabeza sin significado. Flota cuando se la arroja a su hermano mayor dos o tres días después de la emisión de la película. Porque eso es lo que hace: arrojársela, agredirle con ella. En mitad de una discusión por cualquier nimiedad que por supuesto ha olvidado. Le dice: «Vete a masturbarte por ahí». Utiliza el reflexivo. Bendito lenguaje que permite

construir frases que jamás has utilizado. El instinto del lenguaje le llaman a eso.

¡El revuelo que se arma en casa cuando su hermano les va con el cuento a sus padres! «Mira lo que me ha dicho el niño». Y su madre, con lágrimas en los ojos: «¿Dónde habrás aprendido eso? ¡Ese colegio no te enseña nada bueno!». Y él, tan avergonzado que no les dice: «En la película que vosotros me pusisteis».

Pronto, muy pronto, aprende el significado de masturbar, con su be sonora y labializada. Consigue por fin anclar la palabra que flota en su cabeza. Como todos los grandes descubrimientos se produce mitad por azar, mitad porque sí. Está de visita en el mercante en el que su padre es oficial de cubierta. Descargan carbón en un puerto del sur. Todo huele a carbón y a agua estancada. Huele a carbón el camarote que tiene para él solo. Huele a agua estancada la piscina donde aprende a nadar con un salvavidas reglamentario. Huele a una mezcla de los dos la pequeña biblioteca adonde va a buscar unos cómics.

La llaman biblioteca, pero es un habitáculo como el suyo. Solo que, en vez de camastro y buró, tiene una estantería con libros manoseados y una silla de oficina. Allí están los cómics de Astérix, de Tintín, de Lucky Luke, de Hannah Barbera. Pero dos estantes más abajo hay algo mucho mejor. Unos libros de color rosa, con una cubierta que al desplegarse descubre una vagina peluda. No puede decir que entienda la imagen, pero sabe que le gusta. El instinto del sexo lo llaman a eso.

Tampoco entiende muchas de las palabras, pero sabe que le gustan. Glande, grupa, bálano, himen, horcajadas. Alguna no ha vuelto a usarla, han quedado encerradas en esos libros. Él también se encierra en la biblioteca; sabiéndose en territorio prohibido echa el pestillo. Inventa una coartada para su encierro, puede que la primera. Años más tarde, el amigo del instituto que su madre despreciaba le dirá que inventar excusas (ir un paso por delante como en el ajedrez) es el centro de sus vidas. Y todo empieza por ocultar pajas (él prefiere masturbar, con sus erres bien vibrantes). Al contrario que su amigo, el Gran Maestro taciturno, él nunca pasará de ajedrecista mediocre. Pero la partida de las pajas siempre la gana. Quizá porque sus padres se dejan ganar.

Está con el libro rosa en la mano y la tiene dura. La tiene durísima. No es que sea una sensación nueva. Si le preguntas cuándo empezó a ponerse dura, no sabría qué contestarte. Para él es como cagar o tener sed o estornudar. La respuesta es desde siempre. Pero esta vez no solo está dura,

también tiene muchas ganas de hacer pis. Y eso es imposible porque acaba de hacerlo antes de bajar y, con once años, su vejiga es un odre que permitiría cruzar el Sáhara sin echar gota en falta. Se aprieta con dos dedos los bordes del pantalón que rodean el bulto pero eso, en vez de cortar el escape, aumenta las ganas de mear. Sube corriendo las escaleras que llevan al camarote, convencido de que se lo va a hacer encima. A su edad, ¡qué vergüenza! Se puede imaginar a su madre con los ojos llorosos, el líquido cetrino cayendo por la pernera, empapando los náuticos marrones. El papelón de su vida. Lo cual, con once años, tampoco es mucho decir, pero él eso por ahora no lo sabe. Otros dicen barco. Dicen familia. Dicen perro.

Qué peso se quita de encima cuando por fin llega al camarote y se detiene frente al váter. Qué alivio aguantársela entre el pulgar y el índice y saber que está fuera de peligro. Y qué gusto da por fin mear, hasta le tiemblan un poco las piernas. Pero espera un momento, ese chorro es extraño. No es el familiar aguacero amarillento de siempre, sino un engrudo blanco que se pega a las paredes del inodoro y ha salpicado un poco la tapa. Es viscoso, pegajoso, huele como a lejía. Por un momento ya no huele a carbón y agua estancada. Otros dicen flor. Dicen niño. Dicen felicidad.

No preguntes por qué su cerebro sabe que eso es masturbarse. Han pasado veinticinco años y no ha hallado mejor ejemplo de autodidactismo. Se imagina con una bombilla dibujada sobre la cabeza. Como en los cómics que dejó olvidados en la biblioteca por culpa de los libros de color rosa. Es el último gran momento de aprendizaje sobre sí mismo, el más consciente, el más suyo. No es como cuando era un bebé y su madre le decía esto es la nariz. Le decía esto es la boca. Le decía esto son tus manos. Y luego cuando él acertaba a señalar la parte del cuerpo correcta se le llenaban los ojos de lágrimas. Hoy no ha venido su madre a decirle esto es semen. Esto es un orgasmo. Esto es masturbarse.

No puede apartar la vista de esa maravilla de la materia. Algo que por fin su madre no puede controlar, el material del que está hecha la libertad. Un estado líquido-sólido, como si su polla estuviese goteando mercurio. Frente al váter, o sentado en él, transcurrirán sus próximos meses. No encuentra otro sitio mejor para soltar lastre. Tiempo después, cuando descubra las posibilidades que dan los clínex, sus pajas ganarán en itinerancia. En esa primera adolescencia, uno de los asuntos que le roba más tiempo a su cerebro es precisamente dónde depositar el mercurio. Solo años después comprenderá, ya acompañado, que escoger dónde arrojarlo puede tener su gracia. Otros dicen ojos. Dicen libro. Dicen rosa.

Utiliza la palabra masturbar como clave de su correo electrónico y en sus cuentas del banco. Le da ese nombre al gato. Dice: si me hago un tatuaje será lo que ponga. Escribe un relato que lleva ese título. Sueña con una lectora que le dice que la ha excitado tanto que se ha masturbado leyéndolo. En el fondo, es normal que haya acabado siendo escritor. ¿No era Flaubert quien decía que para escribir debía masturbar su cabeza? Es su palabra favorita. Otros dicen océano. Dicen hermano. Dicen hijo. Dicen madre.

Hoy lo ha parado un encuestador por la calle. Así que existen. Le ha hecho un montón de preguntas. La mitad de ellas no las sabía contestar. El encuestador lo ha visto apurado. Le dice: la última es fácil. Le dice: estamos escogiendo la palabra más bonita. Le pregunta si tiene una preferida. Está pálido. Se ha quedado blanco. Blanco como el engrudo de aquella tarde cuando tenía once años.

Dice mariposa (¿de verdad mariposa?).

Septiembre: Mehmet Ali Agca

Te escribo desde Estambul:

Desde la piscina del hotel puedo ver los muros de la Fortaleza de Europa allá en lo alto. Erigida por Mehmet el Conquistador pocos meses antes de entrar en Constantinopla, unos trece kilómetros la separan de la península histórica. Bastión en su día para el asalto de Bizancio, hoy la ciudad se ha tomado la revancha y ha acabado engulléndola. Solo un puñado de turistas recorren sus almenas; la mayoría prefiere otras atracciones y se limita a fotografiarla en alguno de los bulliciosos cruceros por el Bósforo. Desde mi posición veo pasar los barcos por el Estrecho y a los pasajeros saludarnos con la mano. Sacan fotos del majestuoso palacete convertido en hotel que adorna la orilla asiática. Los huéspedes que ocupan la piscina los ignoran desdeñosos, salvo la chica griega que se tuesta al sol al lado de mi tumbona y los despide con emoción. «¡*Kalimera! ¡Gia sas!*».

Ayer estuve paseando con ella por los pueblos que flanquean la margen europea del Bosforo: Arnavutköy, el pueblo de los albaneses; Ortaköy, con su pequeña y encantadora mezquita; Besiktas, junto al Palacio Dolmabahçe...

Otro *ferry* destartalado pasa ahora por delante del hotel. Una guía corpulenta señala a los turistas el antiguo *yali*. «¡*Kalimera! ¡Gia sas!*». Me pregunto cuántos años tendrá mi amiga griega, apenas sé nada de ella. No es guapa, de ninguna manera; tiene esos rasgos intrincados de las griegas, laberínticos, ariadnicos. Es delgada y morena, de cejas pobladas, fibrosa como si practicara deporte profesional. Lo que más me gusta de ella es que no habla una palabra de inglés. Yo de griego solo conozco los primeros versos de la *Ilíada*. «Canta, oh diosa, la cólera del Pélida Aquiles». Ella se ríe. Nuestra comunicación es todo lo rudimentaria que se pueda imaginar. Eso le da un encanto especial: tendemos a envolver en palabras lo que puede decirse con un movimiento de ojos. Sus ojos sí son hermosos: brillantes, expresivos,

achinados. Al parecer piensa que soy un escritor conocido en nuestro país. O un guitarrista de éxito. O un millonario. O todo a la vez. Ignoro a qué se dedica ella. Solo sé que es extraordinariamente risueña y efusiva. También ordinaria. Hace un momento ha estornudado y como no tenía donde sonarse ha utilizado una página del periódico que yo estaba leyendo; luego ha hecho una bola y la ha arrojado a la papelería después de recolocarse con dos dedos la braga del bikini. Me ha sonreído como un niño que hace una travesura. Le he devuelto la sonrisa. Me he quedado sin leer el reportaje sobre Ali Agca que había apartado para el final.

¿QUIÉN ES MEHMET ALI AGCA?

¿Quién es Mehmet Ali Agca? La pregunta, así formulada, parece absurda. Quien supere los treinta años y viva en un país católico lo sabe de sobra. Su rostro adusto y anguloso se convirtió en uno de los iconos de los ochenta cuando disparó en cuatro ocasiones sobre el papa Juan Pablo, agazapado entre la multitud de San Pedro. Aunque quizá su imagen más popular sea algo posterior, coincidiendo con la visita que Wojtyla le hizo en prisión. La fotografía es perfecta, distante, deja que los dos hombres ajusten cuentas sin que los espectadores nos entrometamos. El papa, con solideo y sotana blanca, se sienta en una esquina, muy cerca del joven que apretó ciegamente el gatillo contra él. En alguna instantánea sus frentes llegan a rozarse, solo la mundana presencia de un radiador enturbia el encuentro. Cuando disparó al papa polaco, Ali Agca acababa de cumplir 23 años. No era más que un chiquillo, pero en sus ojos se reflejaba la maldad, la locura, la irracionalidad. Aquel chico parecía cargar en sus hombros el peso del mundo entero. Solo dos años antes había asesinado al periodista Abdi Ipekçi en el barrio estambulita de Nishantashi. ¿Y cómo es posible que, habiendo sido condenado a cadena perpetua en Turquía, escapase de la cárcel, se plantase en el Vaticano y disparase a sangre fría al *papamóvil*? Cada vez que se lo preguntes, Agca te dará una respuesta distinta. Tal vez te hable de su etapa en los Lobos Grises, el grupo fascista en que militaba cuando asesinó a Ipekçi. Puede que te diga que fue reclutado, adiestrado y armado en Bulgaria por un gobierno comunista. Quizás intente convencerte de que trabajaba para el Irán de Jomeini. Es posible que oigas de él que formó parte de la Operación Gladio de la CIA. En el peor de los casos, dirá que es el Mesías y el fin del mundo está próximo. Puede que Ali Agca sea todas esas cosas a la vez, puede que no sea ninguna. Puede que lo único que alcancemos a saber de su persona se reduzca al odio en su mirada.

Ariadna ha regresado a Atenas. Se ha despedido de mí entre lágrimas y frases en griego empujando con las piernas su maleta rosa antes de cruzar el control de equipajes y abandonar mi vida para siempre. En el aeropuerto me ha pedido que le mande uno de mis libros a Grecia, o eso he creído entender. Estoy tentado de quitarle las solapas a alguno de los tuyos y enviárselo. Quién sabe, igual consigo abrirte un nuevo mercado.

Un taxista me ha conducido de vuelta al hotel a toda velocidad con las ventanillas abiertas y un antiguo radiocasete atronando música tradicional

turca; ha estado a punto de atropellar a un peatón en cada paso de cebra, luego les ha lanzado improperios; tampoco en ese caso he necesitado conocer el idioma para comprender el sentido de la conversación. Al llegar me ha cobrado una cantidad inconcebible de liras que he pagado sin rechistar. He subido a la habitación algo aturdido por la conducción y la guerra greco-turca de sonidos guturales que se libraba en mi cabeza. Me he tirado en la cama y he cogido un cuaderno para escribir sobre Ariadna.

Desde hace años llevo un registro puntual y escrupuloso de mis amantes. Apunto cómo eran, cómo las conocí, cuál fue mi primer pensamiento acerca de ellas. Lo apunto antes de que su imagen se borre de mi mente, algo que ocurre cada vez más deprisa. No es un registro de índole sexual, propiamente dicho, ni tampoco tiene nada que ver con el fetichismo como en la película de Rutger Hauer que vimos los cuatro en el cineclub, esa en que guardaba un mechón del vello púbico de las mujeres con las que se acostaba. El mío es un registro de personas. Los detalles sexuales son los menos y al final son también los menos interesantes. Acuéstate con cien mujeres y comprobarás que *mutatis mutandis* el coito no deja de ser eso, un coito. Me interesan más las pequeñas particularidades. Véase: saludo turistas, lágrimas despedida, mocos periódico. Las personas son más ese gesto inconsciente que un conjunto de pelos que crecen en el pubis. El apartado que relleno con mayor atención, no obstante, es el que llamo *quién soy para ellas*. Muchas piensan que no soy más que un gilipollas. El gilipollas que telefonea al taxi que viene a buscarlas cuando hemos terminado de hacerlo. Otras consideran que soy encantador. Las hay que se enamoran de mí aunque no hayamos estado juntos más que un par de noches. A otras las engaño, les hago creer que las volveré a llamar, les doy nombres falsos, teléfonos falsos, profesiones falsas. Les digo que soy escritor, les digo que he publicado tus libros. Últimamente, cada vez que cojo mi registro de mujeres me fijo más en ese apartado y menos en las partes en que anoto cosas sobre ellas. En mi egocentrismo he llegado a pensar que en esos párrafos está la mejor descripción de mí mismo. ¿Acaso somos algo más que lo que les enseñamos a los demás? A veces leyendo el Registro de Personas, por un instante, consigo ver una imagen nítida de quién soy. La mayor parte del tiempo solo veo fragmentos inconexos. La mayor parte del tiempo solo soy fragmentos inconexos.

Rudolph.

24

The Everlasting

MANIC STREET PREACHERS

Marga ha perdido la cuenta de los *gin-tonics* que han pasado por su mano.

Será por eso que los últimos sorbos no dejan en su boca regusto a baya de enebro, sino a fármaco de quimioterapia —Taxotere, Ixempra, Halaven, nombres que ha aprendido leyendo la etiqueta de las bolsas que le inyectan—. Le habían advertido de que cierto sabor metálico invadiría su boca por momentos, pero ella no lo llamaría *metálico*. Preferiría que la ginebra supiera a cucharilla de acero empapada en jabón líquido antes de soportar ese resabio a licor destilado en un alambique mugriento. Vacía la copa en el suelo y el hielo, al caer, roza los mocasines de un tipo con barba de chivo. No cabe otro mililitro de mierda en su organismo. Una gota más haría saltar la aguja de un contador Geiger. Una gota más y podría poner en marcha la hélice de un petrolero usando su orina como combustible. Uno de esos monstruos de trescientas mil toneladas que ha visto en las fotografías viejas de Armando.

Ha vuelto a dejarle una perdida en el móvil. Desde que tiene cáncer Armando la llama casi todos los días. Ella se lo agradece, pero no necesita tanta atención, no necesita un recordatorio diario de su enfermedad. Lo conoce desde los dieciséis años. La misma edad que él tenía cuando se embarcó al golfo Pérsico. Entonces era solo un raterillo asiduo de los centros de menores. Había ido demasiado lejos al robarle un fardo de cartones de Winston a un contrabandista de la zona y necesitaba poner tierra de por medio. La guerra entre Jomeini y Saddam acababa de estallar. Nadie quería viajar al Pérsico y el mecánico de un petrolero, amigo de su padre, lo enroló a bordo.

Cuando se conocieron, Armando dirigía la radio municipal. Tenía fama de excéntrico ganada a pulso, con sus largas patillas grises, su narizota retorcida

—tanto que la punta le roza la mejilla—, un hueco donde debía estar el índice derecho y un ligero renqueo en su pierna izquierda.

Long John Silver metido a locutor, dice de sí mismo con su hablar pausado y sus ganas de reírse de todo.

Aquel día, hace ya más de una década, ella se había plantado en la radio para pedir un trabajo de verano. Era más menuda que ahora, lo que hacía resaltar su mata de pelo y sus pechos redondos. Armando, sin dejar de sonreírle, le dijo: «Estás contratada».

Estableció una sola condición. «No te voy a pagar nada», le dijo, «así estaré seguro de que vienes porque te gusta hacerlo. El día que deje de gustarte, no tienes ni que avisarme. Sencillamente no aparezcas por aquí. No puedo permitir que a tu edad la razón para trabajar sea un puñado de euros».

La puso a manejar el control, a redactar boletines, a cubrir ruedas de prensa. Le pedía que le preparara cafés, que le comprase bocadillos y pasteles. La hizo arrastrar bolsas de basura llenas de periódicos antiguos que pesaban más que ella. Marga no dejó de ir un solo día de los cuatro veranos siguientes.

Cuando él se embarcó también hacía de todo. Era aprendiz de mecánico. Fregaba la cubierta y las bodegas. Era engrasador. Cocinaba y servía a los oficiales. En una fotografía se le ve con su mono azul hasta arriba de grasa, tizado como el rey Baltasar de una cabalgata. En otra se agarra a una escalera pintada de blanco mientras el viento le despega los rizos de la cabeza y se percibe el traqueteo del mar. Ese traqueteo que tanto le gustaba. Un barco inmenso comido por el óxido, empujado por las olas hacia babor, hacia estribor, a babor, de nuevo estribor. Con cada movimiento la duda de si el buque será capaz de enderezarse o se irá a pique. Hay una foto en la que amarra el televisor del salón de oficiales con una gruesa cuerda; detrás de él, ya atadas, las sillas y las mesas.

Al rebasar el estrecho de Ormuz —en la ruta hacia la isla de Jark donde cargaban el petróleo— esperaba el peligro real. Los aviones Dassault de los iraquíes. Los Tomcat de los iraníes. Una decena de mercantes hundidos. Un barco de bandera inglesa alcanzado por un torpedo. Tripulantes lanzándose al agua envueltos en llamas...

Esa fue la última vez que estuvo en el Pérsico. Después de eso, cuando tomaron tierra en Rotterdam, se escabulló sin informar al amigo de su padre. A las pocas horas estaba ya embarcado de nuevo, esta vez en el Rainbow Warrior junto a los activistas de Greenpeace.

Al lado del gigante de óxido en el que había navegado los últimos cinco años, el Warrior era una chalupa de colorines. Viajaban a Nueva Zelanda para

frenar los ensayos nucleares franceses en Mururoa.

También tiene fotografías de esa época. Una quincena de tripulantes. Cuatro mujeres sin sostén bajo la camiseta de tirantes, los pezones marcados, los pechos caídos. Los hombres con barba, pañuelo anudado en la cabeza, gafas de aviador. Ninguno sobrepasa la veintena —salvo el fotógrafo, un portugués con su Nikon colgada del cuello—. Sonrientes, drogados.

A Armando no le gusta hablar de la medianoche de julio en la que estuvo fumando maría en una escombrera del puerto de Auckland. Lo acompañaba la cocinera suiza, una jovencita de carrillos redondos a la que se intentaba beneficiar. Retiraba una hebra de tabaco de la punta de la lengua de la chica cuando oyeron la detonación. Corrieron hacia el muelle. Con las pupilas dilatadas vieron a sus compañeros abandonar el barco en fila india. Fernando el fotógrafo dio la vuelta para buscar su cámara. No volvería a salir del camarote.

Con el transcurrir de los días, se descubrió que los servicios secretos franceses habían colocado la bomba en el casco del barco. Una de las tripulantes era una agente infiltrada. Esa parte molestaba a Armando, porque resultó que se había acostado con ella. Se sentía culpable. Como si el sexo pudiera delatar a una mentirosa. La mayoría de las veces sucede al contrario. El sexo es la mayor mentira que nos contamos las personas.

A Marga la historia no le hace pensar en espías y servicios secretos. Le hace pensar en chicas jóvenes interesadas en tirarse a su amigo de nariz torcida. Mira las fotografías y se pregunta si en su día fue atractivo. Guapo no, guapo imposible. Atractivo quizá. Pero tiene una incapacidad para percibir el sexo detrás de la máscara de la edad.

Armando continuó varios años en Greenpeace. Acabó detenido en Canadá y México. Trabajó en una plataforma petrolífera en Noruega. Se casó con una danesa. Tuvo dos hijos rubísimos. Y, nadie sabe bien cómo, acabó de locutor en la radio municipal.

La coherencia, dice, eso se lo han inventado para fastidiarnos.

Lo dice un hombre que pasó su adolescencia transportando petróleo. Más tarde estuvo en prisión por activismo ecologista. Luego trabajó en la extracción de fuel en el mar del Norte. Un hombre que navegó en medio de una guerra. Vio a un compañero morir en un atentado terrorista. Perdió el dedo índice señalando una hélice —un corte limpio, tres falanges enroscadas en el guante de tela amarilla—. Se destrozó el tabique nasal con una manguera que se le escapó de las manos mientras fregaba un depósito de carbón. Se cayó por una escotilla y desde entonces cojea.

«Soy un marinero de novela, lo sé», dice. «Llámame Ismael».

«Pero dime», dice, «¿quién quiere ser coherente? ¿Quién dice que una persona sea *una* persona? Una persona es diez personas, veinte, a lo largo de su vida».

Armando no tiene estudios. Le cuesta escribir. Le da vergüenza que Marga lea lo que escribe. Pero escucharlo es cien veces más interesante de lo que nunca será escucharla a ella. Cuando tenía veintisiete años ya había recorrido medio mundo. Había conocido una guerra. Hablaba seis o siete idiomas. Había ejercido una docena de oficios.

Marga, a esa edad, está atrapada: 2190 días haciendo lo mismo. Lo mismo cada jodido día de su vida.

Y eso que fue Armando quien la recomendó para el trabajo en la Consejería cuando aún no se había licenciado.

«Hay un puesto para ti», le dijo, «yo te recomendaría con los ojos cerrados, pero piensa si es lo que realmente quieres hacer».

Ella dudó.

Su madre le dijo: «Haz lo que te apetezca, Margarita».

Su padre le dijo: «Cógelo, hay que ganarse la vida».

Armando le dijo: «No, no, no, qué manía, la vida no hay que ganársela, la vida hay que vivirla».

Los Strangers interpretan ahora una canción de los Manic Street Preachers, una canción que habla de un pasado en el que el futuro tenía sentido. Y Marga se pregunta si volverá a lucir una sonrisa auténtica. Si volverá a ser feliz. Si vivirá o solo le queda ganarse la vida.

La euforia del primer *gin-tonic* no es más que un recuerdo. Ni eso siquiera. Sabe que mañana solo recordará las partes más sombrías de la noche. Recordará el Taxotere, el Ixempira, el Halaven. Recordará sus nombres escritos a mano en una etiqueta.

Sexta parte del testimonio de un asesor

Cuando me abre la puerta, la peluca descansa en la cómoda del recibidor perfectamente colocada sobre una cabeza de poliestireno. Por un momento el óvalo sintético se me antoja más real que su verdadero rostro, calvo, estrecho y absurdo, que identifico únicamente porque se yergue al final de un cuello. Mi córtex dibuja un cuadro de Giorgio de Chirico. Dibuja un huevo sobre el que han pintarrajeado unos ojos, sin demasiado tiento, descuidando las normas básicas de la simetría. Dibuja a Humpty Dumpty cayendo del muro. A quien no dibuja, de ninguna manera, es a la chica del cáncer. El instante es de un patetismo asombroso: a un paso del umbral deseado me siento paralizado como si hubiese timbrado en el apartamento equivocado, como si hubiese vuelto a las citas por Internet con una de esas mujeres que, si no me gustaban al verlas de lejos, podía dejar plantadas porque desconocían mi identidad. Ella, en cambio, sí me conoce, no puedo hacerme pasar por testigo de Jehová o vendedor de biblias y probar suerte en otra puerta. Mi córtex construye binomios: razonablemente fea. Razonablemente calva. Durante todo el proceso ella sonríe como si pudiera leerme la mente. «Tienes que ir acostumbrándote a esto», me dice al fin, «porque si yo te parezco rara, imagínate tu madre». ¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre en esto? Mi córtex realiza ahora un rastreo. Madre. Cáncer. Mentira. Razonablemente miserable. El momento se eterniza, ignoro si han pasado veinte segundos o media hora, lo único que sé es que sigo sobre el felpudo. En él está impresa la frase LO QUE PASA EN ESTE PISO SE QUEDA EN ESTE PISO. Me hizo gracia la otra vez que estuve en su apartamento. Lo que pasó entonces se quedó en el piso porque fue lisa y llanamente la nada. Por resumir, ella me preparó un café frío e intragable de una máquina de cápsulas que estaba estrenando y no sabía manejar, lo bebimos de un sorbo, luego dio un respingo

para levantarse, se ajustó una gabardina gris y dijo: «¿Nos vamos?». Giró la cerradura a conciencia mientras yo leía *Lo que pasa en este piso se queda en este piso*. Ahora mi pie izquierdo está exactamente sobre la palabra *pasa*, pero el pie derecho no obedece la orden y se ha detenido justo en el *queda*. «Entra de una vez», me dice sin dejar de sonreírme, «y quítate esa cara de susto de encima». «No, qué va, susto ninguno. Estás... guapa». Siempre he sido poco convincente con mis cumplidos, esta vez le provoco una carcajada. «¡Óscar! ¿Por qué todos me decís eso? ¿Creéis que la compasión funciona? No suelo salir de casa sin peluca, pero esta semana la llevé a una peluquería para que la peinaran. Al entrar noté sus miradas de pena, su tono de pésame. Les pregunté si podían peinarla y me dijeron: “¿la peluca?”. Pues claro que la peluca, ¿qué pretendían cepillarme? ¿La calva? ¿Acaso no era una *peluquería*? Me pidieron que esperase y me puse a leer una revista. Cuando levanté los ojos vi que un chaval medio amanerado me miraba; se acercó a mí y me preguntó al oído si me podía decir una cosa. ¿Sabes que me dijo? Me dijo: “Eres guapísima”. Y a mí me dio la risa. Como ahora. Anda, entra ya, tómate un café». Han transcurrido meses desde mi anterior visita, pero la máquina de cápsulas sigue haciendo un café de mierda. «Cuéntame la historia de tu madre», me dice. Como desconozco las circunstancias de cualquier otro tipo de cáncer en profundidad, relleno mi mentira con un carcinoma mamario utilizando lo que he aprendido en las últimas semanas a su lado, así como lo que he investigado por mi cuenta. Lo explico con frases cortas, muy serio, como si estuviera realmente afectado. Los poco habladores solemos ser magníficos mentirosos, si cuentas lo justo es difícil equivocarte. En suma, la historia resulta bastante creíble, aunque quién se inventaría algo semejante. Me quedo razonablemente satisfecho con mi mentira, lo que me hace preguntarme en qué clase de persona me he convertido. Estoy sentado muy tieso en el borde del asiento y jugueteo con el tazón de desayuno en el que me ha servido el café. Ella se ha puesto cómoda, apoya la espalda contra el reposabrazos, coloca los pies descalzos sobre el sofá, las rodillas dobladas formando un ángulo agudo, muy cerca de mí, solo una franja de aire cálido nos separa, pero el roce no se produce. Deseo que sus pies huesudos se apoyen en mis piernas, poder tocarlos distraídamente, acabar masajeándolos mientras charlamos de nimiedades, una conversación banal que sirva de banda sonora para el contacto corporal, algo como «hoy no ha parado de llover / sí, otra vez en fin de semana / al menos si llueve ahora en verano hará bueno / los fines de semana se pasan volando cuando llueve / mejor que llueva a que haga frío / los fines de semana siempre se pasan volando», y que

mis manos, mientras tanto, mantengan el verdadero diálogo con la planta de sus pies. Pero los pocos centímetros que nos separan son un foso infranqueable que se agranda cuando ella se pone en pie de un salto y coloca sobre un plato un puñado de pastas de té y una tableta de chocolate envuelta en papel de aluminio a la que le faltan un par de onzas. «No tengo mucho más para ofrecerte. Soy un desastre como ama de casa. Mi madre me dice que ningún hombre va a quererme así. Quiere decir así de desastre, no así de calva. Pero imagina ahora las dos cosas juntas. Soy un jodido partido». Muerdo la guinda aplastada de una de las pastas. Me gustaría decirle que la querría incluso aunque tuviera que beber café frío y comer pastas duras todos los días, incluso aunque la cabeza de poliestireno se parezca más a ella que ella misma, pero no digo nada y sigo mordisqueando pastas de té. Debe de ser entonces cuando oímos la lluvia golpear con furia el cristal de la ventana. No nos hemos percatado a lo largo de la conversación y ahora la calle está inundada, ríos turbios se deslizan por la acera, la alcantarilla escupe agua y una chica que corre huyendo del chaparrón sumerge la bota hasta la canilla, los coches salpican al pasar y los faros dejan al descubierto la profusión del aguacero. «¿Por qué no te quedas a dormir?», me dice. «Solo tengo una cama, pero es lo suficientemente grande para los dos». Ella viste un pijama holgado y unas bragas anchas de tonos anaranjados que se entrevén por el borde del pantalón, yo me dejo los bóxers y me pongo una camiseta de la Universidad de California que ella me presta. «No me preguntes de dónde la he sacado», me dice. No sé si con eso quiere decir que en realidad lo ignora o que es una historia que no le apetece contarme. No se me ocurre mejor idea que ponerme a pensar en la cantidad de hombres que habrán dormido en esa cama antes que yo, cuántos habrán vestido esa camiseta, cuántos habrán estado a su lado, tan cerca como yo, oyendo su respiración, percibiendo el olor a la vez acre y deseable que desprende su piel. Soy incapaz de disfrutar del momento: el córtex me obliga siempre a habitar un lugar distinto al que habita mi cuerpo; incluso cuando el cuerpo está donde ha deseado los últimos cuatro años, siempre tiene que dedicarse a perseguir al cerebro sin llegar a alcanzarlo, como Aquiles con la tortuga. Arrecia de nuevo la lluvia contra la ventana de la habitación y es ella quien se aproxima a mí, como si tuviera frío, como si quisiera que le diese calor, llenándome de rigidez y confusión. Por suerte, la luz está apagada pero la incomodidad no necesita iluminación, se percibe en el aire. Finalmente, dejo caer la mano sobre su cintura, esperando una queja que no llega; deslizo los dedos sobre la loma que forma su trasero y la protesta sigue sin llegar. Las caricias son muy cuidadosas, evitan un

movimiento brusco que casi se produce al estirar el ceñido elástico de las bragas. A duras penas consigo meter la mano y le pregunto si le molesta. Contesta que no, hablando muy bajito, como si tuviera miedo de despertar a alguien. Paso dos dedos por encima del surco que separa sus nalgas, uno de esos lugares donde no hay materia pero sí energía, un calor especial; si bajase unos centímetros podría palpar su sexo pero, en vez de eso, con la mano que queda libre le toco un pecho y noto el pezón duro, generoso. Ella se sacude y dice: «No». Su voz sigue siendo un susurro, pero es el susurro más firme que jamás haya escuchado. «Igual me has entendido mal y es culpa mía, pero no es esto a lo que me refería con que durmieses aquí». «Perdona», digo, «perdona». «No hay nada que perdonar. Duerme, anda». Mejor que dormir prefiero levantarme y colarme en el cuarto de baño. Sentado sobre la taza del váter, rechazado, humillado, erecto, me invaden las ganas de llorar, pero hago otra cosa: me levanto y me masturbo rápidamente, un visto y no visto de precisión quirúrgica. El esperma se escapa por el retrete tan veloz como se ha escapado mi cortejo. Mi mano izquierda huele a semen, pero el dispensador de jabón líquido está vacío y no encuentro ninguna pastilla ni un bote de gel, solo un champú femenino cuyo perfume sería aún más acusador. Y, además, qué coño. Que se aguante. Esa misma mano acaba de estar al lado de su agujero del culo. Que se aguante si huele a semen. Ni que fuera la primera vez que lo huele. A la salida del baño, la cabeza de poliestireno, que aún descansa sobre la cómoda, me mira acusadora con su mirada sin ojos. Le hago un gesto con el dedo. «Ssssh. Lo que pasa en este piso se queda en este piso».

26

Manguito

MORITZ SCHLICK

El yogur está en un bol transparente que antes ha contenido unas cerezas de plástico. Una masa informe de color pálido, ni siquiera blanco como cabría imaginar, sino pálido, que desprende un olor a fruta que en realidad no huele a ninguna fruta, solamente al concepto *fruta*. Cuando introduce los dedos en él es viscoso y frío al tacto.

Un vuelo sin escala a la capital de San Marcos. El cámara duerme a su lado sobresaltándose con sus propios ronquidos. Una azafata ofrece una bandejita con dos bocados, más para matar el tiempo que el hambre. Ella se mete en la boca un gajo de mandarina troceada, sus caninos rompen las finas paredes con facilidad, el jugo ácido le golpea el paladar e invade sus papilas. Ahí es cuando lo siente por primera vez, nada más que un pinchacito, un cosquilleo que dura un segundo, dos a lo sumo. Culpa a la etiqueta de la ropa interior, un pliegue mal situado, nada que no se pueda solucionar con un pellizco disimulado a las bragas, nada que le impida masticar tranquila y resolver el crucigrama del periódico que apoya mal doblado en la bandeja. Hasta que llega a la siete horizontal, fruto del árbol conocido como *persea americana*, ocho letras, la tercera una u, la quinta una ce, que regresa el picor, esta vez más intenso y duradero; el quedo frote de un muslo contra el otro no lo alivia del todo, y la obliga a cerrar como puede el periódico descuadernado e intentar dormir. El escozor se agudiza antes de que la invada el sueño. Le abrasa los labios. Piensa: «aguacate, siete horizontal, aguacate». Se asegura de que el cámara sigue amodorrado y se aventura bajo la manta parda de la aerolínea, bajo el vestido, bajo la ropa interior. Se alivia frotando suavemente la vulva con el dedo índice. Le preocupa percibir cierto humedecimiento; no hay razón para ello. Le preocupa lo grotesco que resulta restregarse el sexo en

el avión que dirige al Presidente a la isla caribeña de San Marcos. Mientras camina hacia el cuarto de baño va saludando distraída a unos y otros. En cada hilera hay dos o tres caras conocidas, enviados especiales, redactores jefes, asesores, directores generales, secretarios de estado, ministros, el Presidente, el jefe de prensa, los guardaespaldas, uno de los cuales ha tenido la cabeza en la hendidura que ahora concentra su preocupación. En el inhóspito baño del avión se frota incómoda mientras alguien hace caso omiso de la señal roja que pone ocupado y trata de girar la manilla de la puerta. Continúa rascándose, pero eso no devuelve más que picor, dolor, gotas de sangre, un humor blanquecino y otra vez la manilla intentando hacer saltar el pestillo. «Ya va, ya va, coño, ¿no has visto que no he salido, joder?». Cuando abre la puerta, la Ministra de Industria, rubia platino, perlas en las orejas, le sonríe con embarazo y cierra tras de sí.

Frente al espejo de cuerpo entero de la habitación del hotel, su vagina parece una granada partida a la mitad. Por la ventana entreabierta se cuelan los mosquitos, el olor dulzón a plátano frito de un puesto callejero, música de ritmos vivos y un bochorno que adhiere al cuerpo su vestido azul con vuelo. De la recepción oficial sus únicos recuerdos son el calor y la comezón. Eso y la imagen del Almirante, tieso y arrugado, apenas un ancianito con medallas y charreteras. Hoy escucha su propia voz en el vídeo que ese día emitió el telediario y no se reconoce, temblorosa, insegura, la voz de alguien a quien un enjambre de hormigas le recorre la vagina. La palabra es marabunta, como en aquella película de Charlton Heston. *Marabunta*. Por la tarde, mientras sus compañeros se dan un chapuzón en la piscina del hotel, ella, con *shorts* vaqueros, espera taciturna en la tumbona bebiendo un martini. Una rodaja muy verde de lima se hunde en la copa como un pecio.

Esa noche llama a su gemela dermatóloga. Le cuesta más de una hora ponerse en contacto con ella. El sistema es absurdo, como todo en San Marcos. En la mesilla, junto a la cama, hay un teléfono de góndola en cuyo disco tiene que marcar el número de su hermana, el prefijo nacional y un cero que informa de la llamada exterior. La operación se le resiste, tal vez porque sus dedos son demasiado gruesos, tal vez porque está asustada. Lo intenta cuatro o cinco veces y la respuesta es la misma: «Ha marcado usted un número equivocado». Cuando por fin atina, contesta una operadora a la que tiene que repetirle el número para que ella lo vuelva a marcar. Luego el teléfono hace *clic* y oye la voz familiar de su gemela. Durante todo el proceso el escozor la deja al borde del llanto. Es encantador llamar a tu hermana a cinco mil kilómetros para explicarle que te pica el coño.

La conversación es algo parecido a esto:

—No te preocupes, mujer, por los síntomas que me describes no es más que cándida.

—¿Cándida?

—Sí, candidiasis. Hongos. Un fungicida lo soluciona en un pispás.

—¿Y de dónde saco yo un fungicida?

—Pues de cualquier farmacia.

—¿Farmacia? ¿De qué me estás hablando? ¿Dónde quieres que encuentre una farmacia? Esto es San Marcos, a duras penas tenemos papel higiénico, ¿cómo voy a encontrar un fungicida vaginal?

—Pues ve a un médico y que te lo recete.

—No te enteras, joder, aquí no hay ginecólogos o clínicas privadas, aquí hay un hospital público y si atienden a una periodista extranjera elaboran un informe que le pasan al Gobierno. Imagínate al día siguiente la portada del periódico del Régimen: «Periodista imperialista trae infección vaginal a la República...».

—Hay otra opción: el yogur.

—¿Comer yogur me va a quitar esto?

—Comerlo precisamente no. El yogur, en esencia, no es más que lactosa fermentada y su principio activo es semejante al de las cremas tópicas.

—¿Qué dices?

—Lo que piensas. Ya sé que suena a guarrada, pero aplícatelo ahí y listo. ¿Quién sabe? Igual hasta te gusta.

—Que te jodan.

Tampoco es fácil encontrar yogur en San Marcos. Primero hay que grabar la pieza del mediodía de la comida oficial con el Almirante, que pasa a su lado y la saluda con una sonrisilla. De cerca sus arrugas son zanzas y la dentadura postiza salta a la vista. Le pregunta qué tal está y si disfruta de su país. Responde que le encanta. «Le encanta una mierda». «Tú también me encantas a mí», le dice el Almirante, «me he estado fijando mucho en ti, eres una belleza, eres muy de aquí. Eres como un mango pequeño. Sí, eso es lo que eres. Eres un manguito. No te voy a quitar ojo, manguito». «Manguito, tu madre». Se recorre uno a uno los colmados, que se caen de puro viejo, en busca del maldito yogur. En uno intentan convencerla de que el queso fresco es yogur, en otro le recomiendan llevarse mantequilla de cabra, un tercero le propone un mejunje maloliente que hacen ellos en casa, el resto ofrece fruta magnífica, piña, papaya, níspero, melón, chirimoya. En el último de todos, un cuchitril en un semisótano al que se accede bajando una estrecha escalera de

piedra, la atiende un hombre viejísimo, medio ciego, que escucha un discurso del Almirante —Manguito— en un televisor en blanco y negro y guarda en una nevera atronadora cuatro yogures caducados con sabor a macedonia. Le paga con un puñado de billetes arrugados, sube corriendo al hotel y vacía un bol que contiene unas cerezas de plástico. Unas cuantas ruedan por el suelo junto al aparador. Derrama uno por uno los cuatro envases, que al golpear el borde del bol se desarman como un edificio dinamitado. Pero cuando palpa la masa viscosa y pegadiza no le apetece hacer lo que tiene que hacer con él. *No le apetece nada*. A la vuelta de la cena, se dice.

Es una cena de gala. Por suerte, a última hora metió un vestido de noche en la maleta. Ante el espejo de cuerpo entero se asegura de que no se note la ausencia de ropa interior que le alivia el calor que siente ahí abajo. Cuando entra en el salón, el cámara le hace un guiño y le dice que está radiante, que brilla con luz propia. Piensa: «No sabes tú bien cuánto brillo. Si ahora me abriera de piernas iluminaría todo el salón». En San Marcos se cena de pie. En una mesa de tablón hay bandejas de fruta, hay pasteles y canapés, hay rodajas de pescado al horno con limón, hay cerdo asado, hay combinados de ron, hay champán barato, y tú te sirves lo que quieras en un plato mínimo y vuelves a un corro en el que hablas, y hablas, y hablas y comes poco y bebes un poco más. En su corro de esa noche está la Ministra de Industria, rubia platino, perlas en las orejas, arengándoles sobre las bondades de la democracia y las maldades de San Marcos. «Sabéis», dice, «que controlan cada uno de nuestros movimientos, que llaman por la noche a los conductores para saber dónde hemos estado a lo largo del día, que todos los teléfonos están pinchados, descuelgas y se oye un clic». *Clic*. «Pero hay más», continúa, «me han dicho que hay cámaras en todas las habitaciones, que están instaladas en los espejos». *Clic*. «Y los vídeos», remata, «los vídeos los revisa el mismísimo Almirante». *Clic*. Siente un golpe de calor. «Manguito. Me he estado fijando en ti. No te voy a quitar ojo».

Así que va a la mesa y rellena su platito con pedazos cortados de mango y lo sube a la habitación con una botella de champán. Sentada frente al espejo con la fruta a un lado y el yogur al otro, va mojando el mango en el mejunje y metiéndoselo en la boca, engullendo, deglutiendo, el líquido cayéndole por las comisuras de los labios. Cuando se le acaba la fruta moja los dedos y los chupa, los lame sin dejar de mirar al espejo. La vagina le duele más que nunca en su vida, pero al acabar con la última gota de yogur de San Marcos se siente satisfecha. Llena de champán el vaso de plástico que hay en el baño para enjuagarse y ofrece un brindis. «¡A tu salud, Almirante!». En la calle suena

una canción antigua que dice algo como «donde las frutas son como flores llenas de aroma y saturadas de miel».

Razonablemente felices

¿Llegó Hans a ser feliz junto a ella? Lo cual conduce a Karl a otra pregunta más peliaguda: ¿Ha sido Hans feliz alguna vez? La única ocasión en que manifestó algún sentimiento al respecto fue en una postal que le envió el primer verano de noviazgo. Aún la conserva, una foto descolorida de la playa de Riazor y tres palabras escritas a mano: «Soy razonablemente feliz».

Eso le escribió a Karl meses antes de que comenzase lo que él definiría como *crisis de identidad* y Moritz prefirió llamar *la naturaleza del escorpión*. Cuando comunicaron al Círculo el inicio de su relación, el comentario de Moritz fue premonitorio: «La primera causa de muerte entre los escorpiones es el canibalismo. Os deseo mucha suerte». Después, para celebrar la noticia, encargó al camarero del Viena una botella de aguardiente, el mismo que bebían los jueves de madrugada frente a la estatua de la lechera en la Alameda; el aguardiente que escanciaban jugando a adivinar crímenes célebres; Karl fallaba siempre y la hacían beber, y volvía a fallar y volvía a beber, así hasta que acababa vomitando entre los arbustos mientras ellos le sujetaban la cabeza.

El juego al que les retó Moritz al hacer público su noviazgo era muy diferente: «En una hora debemos reunirnos en el Viena con un ajuar para los novios», dijo, «con una única condición: lo que traigamos tiene que ser robado». Hans fue incapaz de hurtar nada porque eso contravenía su rectitud. Rudolph ni siquiera apareció: les envió un mensaje al móvil diciendo que había olvidado que tenía ensayo. Karl regresó con las manos vacías pero, ante las protestas de Moritz, se desabrochó los pantalones y enseñó unas bragas que conservaban la etiqueta de la tienda y transparentaban su vello púbico, frondoso por entonces. Moritz sonrió complacido y extrajo de una mochila su presente: un bote de cristal que contenía dos pequeños escorpiones, tan negros que parecían barnizados en brea. Los bichos resbalaban tratando de alcanzar el cuello del frasco clausurado por un cierre de rosca.

El funesto presagio artrópodo de Moritz no les disuadió de alquilar un piso compartido al comienzo del curso siguiente, el penúltimo de la licenciatura. Cuando Karl lo piensa ahora, se le hace evidente que se precipitaron, pero se había cansado de aguantar a Asun y al jugador de baloncesto: verlos follar se había convertido en una rutina fastidiosa. A Hans no le gustaba dormir con ellos en la residencia y ella no estaba dispuesta a copular en la habitación en la que dormía Moritz, así que sus encuentros sexuales se reducían a las ausencias de sus compañeros. Para disgusto de Karl, él también desechaba completamente el sexo en lugares públicos. En realidad, su compatibilidad en la cama era nula: Hans se quejaba porque ella era muy estrecha (no la estrechez que Karl rehuía en el instituto, sino una estrechez física, uterovaginal). Decía que si lo hacían sin condón le molestaba el frenillo y nunca quería quitarse el preservativo. Hasta el último día de su relación sexo y condón fueron conceptos inseparables, con particular eficacia anticonceptiva, ya que solo se produjeron dos roturas, si bien ambas llegaron en el momento más inoportuno.

Y si condón era la definición de sus coitos, mendigo podría definir el piso al que se mudaron. Una de esas viviendas de estudiantes de los años setenta, que nunca fue nueva, ni mucho menos bonita; un apartamento oscuro con biombo separador, sillas de mimbre, suelo de terrazo, mesita vieja con cristal estallado, muelles disparados en el colchón, humedad en las paredes, grasa que no desaparece, óxido en la bañera que disuade del baño, olor a viejo por todas partes, olor que se pega a la ropa y no disimula el ambientador. «Nuestra casa huele a mendigo».

Aun así les costaba pagar el alquiler, en especial a él, que atravesaba una crisis económica permanente que lo condujo de la mano a las pantanosas aguas de la crisis de identidad. Ganaba algo de dinero haciendo trabajos de la universidad por encargo, cinco o seis, más el suyo propio, en el plazo de una semana, todos de la misma asignatura, procurando cambiar en cada uno no solo el tema, sino también el enfoque y el estilo para que no se notase que estaban escritos por la misma persona. Karl le preguntaba si hacer trabajos por encargo no era poco honrado, Hans respondía que, en todo caso, la falta de honradez estaba en quien los encargaba, luego decía que debía sacar partido de los pocos talentos que poseía.

Pero el talento es demasiado a menudo la peor de las perdiciones.

El detonante de la primera crisis de identidad de Hans fue el episodio que Moritz llamó la subasta de esposas de Babilonia. Una tarde de mayo apareció en clase el secretario de la facultad y escribió en la pizarra los nombres de los

medios e instituciones que ofrecían prácticas laborales; debajo, una raya por cada plaza ofertada como los días que restan de una condena. Después fue llamando a los alumnos por estricto orden, de mejor a peor expediente. Así hacían en Babilonia el regateo por las mujeres casaderas: primero las más hermosas, luego las feas, por último, las defectuosas, las cojas, las deformes, las desdentadas. Con lo que se pagaba por las más guapas se juntaba una dote para que alguien aceptase llevarse a las otras. Hans era la novia deseada, el primer alumno de la promoción, Moritz le seguía, y Rudolph aguardaba unos puestos más atrás; Karl tenía turno entre las menos agraciadas.

Desoyendo sus consejos, Hans renunció a las prácticas sin remuneración en un periódico nacional y eligió el gabinete de prensa del Gobierno autonómico porque era el único que le garantizaba 225 000 pesetas al trimestre, lo suficiente como para mantener su parte del alquiler durante un año. Karl le rogó que no lo hiciese. Aunque sabe que en el Círculo nunca la consideraron desprendida y se burlaban de ella cuando guardaba en el bolso los cruasanes que sobraban en las conferencias, no dudó en decirle que se las arreglaría para pagar el apartamento. Él era demasiado orgulloso para dejarse ayudar. No es que Hans nunca pidiera ayuda, es que se ofendía si se la prestabas. Era el nuevo Bartleby del *preferiría que no lo hicieras*. Preferiría estrellarse solo, y sus deseos acabaron cumpliéndose.

En el Gobierno regional pronto se dieron cuenta de que tenerlo redactando notas de prensa era un desperdicio y le encargaron escribir discursos para un Consejero. Al finalizar las prácticas le ofrecieron su primer contrato; quince años después seguía trabajando allí. Un día discutió con una Consejera porque le parecía que el discurso que debía escribir era poco ético, y amenazó con marcharse. El lunes al entrar en su despacho se encontró con que alguien había colgado una frase en un marco NO EXISTEN VERDADES NI MENTIRAS, SOLO BUENOS Y MALOS ARGUMENTOS. En política hay pocas cosas tan útiles como la capacidad de argumentar a la vez una cosa y la contraria, y eso a Hans se le da de maravilla.

Pero ha sido a costa de sí mismo.

En sus momentos más bajos, le decía a Karl: «Ya no sé ni lo que pienso. Solo pido escribir algo que sea mío, algo para mí, no para otra persona. Una sola vez. En cambio, me dedico a ganar el dinero suficiente para que el extraño que vive en mí sobreviva y siga hablando con la voz de otros». Su carácter se fue agriando. No es que se volviera violento ni nada parecido, solo se agravaron sus ausencias, lo que para alguien como él equivalía prácticamente a la desaparición. A la salida del trabajo en vez de regresar al

apartamento junto a Karl, prefería dar largos paseos en solitario, a veces hasta entrada la madrugada, y, cuando por fin reaparecía en el pequeño habitáculo con olor a mendigo, ella ya no conocía a la persona que se desplomaba sobre los muelles del camastro. Era un extraño, igual que Amara cada vez que ella vuelve de un viaje de trabajo: ahí sentada, tiesa, ocupando un sitio en su sofá, hablándole a Karl con la voz de su hija, mirándola con la cara de su hija, vestida con la ropa de su hija. Pero sin parecer su hija. Y no recuperan la confianza hasta días después, justo antes de que ella vuelva a salir de viaje y comience de nuevo el proceso.

Tampoco es que Karl sea la mujer con más paciencia del mundo ni entienda del todo los ensimismamientos y genialidades que comparten Hans y Amara. Es la misma mujer que, en sus ratos *razonablemente felices*, cuando él está en el baño por las noches presentando combate contra su perenne estreñimiento, le da un plazo de cien segundos para que se una a ella en la cama. Cuenta en alto, primero entre risas, luego irritada cuando ve que no llega. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco». Es una mujer a la que no le gusta esperar, por eso el primer verano lo lleva a Cambados y le presenta a sus padres, y a su hermana, y a sus amigas, incluso al camarero que se tiraba en la lonja. «Veintiséis, veintisiete, veintiocho». Es la mujer que mientras su familia está fuera lo hace con él sobre la mesa del comedor, con los cubiertos puestos y la panera llena, el primer día que se les rompe el condón. «Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco». Es también la Venus de Willendorf, la mujer que necesita sentirse adorada, que lo ha escogido a él entre todos porque creía que sería un magnífico adorador y ha resultado ser un ermitaño. «Setenta y seis, setenta y siete, setenta y ocho». Es la mujer que aguanta años de crisis de identidad, de gruesos condones y obsequiosa fidelidad. «Noventa y ocho, noventa y nueve, cien». Pero cuando los escorpiones no encuentran otro alimento comienzan a devorarse los unos a los otros.

28

Half A World Away

R.E.M.

Marga está atrapada en la cola del baño.

Una versión de R.E.M. llega distorsionada a sus oídos. Es el mismo baño para hombres y mujeres, y concentra a lo peor de cada sexo.

Entran primero tres tipos más jóvenes que ella. Ropa de marca. Hilfiger, Gant, Fred Perry. Empujones. Risas exageradas. Chicle mascado ruidosamente. Entran juntos porque van a esnifar. Tardan tanto como si estuviesen metiéndose la droga por el culo. Al abrir la puerta salen disparados demostrándole a toda la fila que están colocados. Por si alguien no se había dado cuenta.

Luego van dos chicas que se pintan los labios en el espejo rajado. Sostienen el bolso de noche bajo la axila como el yorkshire terrier de una vieja. Custodian el bolso como si contuviera algo importante, pero no es así. Tal vez el móvil, un par de tampones, la barra de labios, el rímel, un condón, una pastilla para la regla, un sobre para la resaca. Quién sabe si un vibrador. No paran de hablar un segundo, ni mientras se perfilan los labios. La posición de la boca les hace pronunciar palabras ininteligibles. «Beluusea. Perucioosea». Les da igual. Es obvio que la una no está escuchando a la otra. Emiten dos monólogos alternos, vacuos, inútiles. Entran juntas y también tardan lo suyo. Primero tiene que mear una mientras la otra sigue hablando de «blusas preciosas». No es que las oiga, pero descarta que hayan esperado a orinar para refutar a Heidegger.

A Marga esa ceremonia femenina le recuerda demasiado a sus amigas. En realidad, a ellas las soporta solo porque son las mismas desde el colegio. Le sucede igual que a sus padres con las figuritas de porcelana abigarradas y pasadas de moda que tienen en casa. Les da pena tirarlas porque son parte de

su vida. Nunca entenderá el sentido de la micción en compañía. No soporta el sonido del chorro humeante al salpicar el urinario. El aroma a urea y amoníaco. El gesto grotesco y escatológico de ahuecar las piernas para limpiarse con un pedazo enrollado de papel higiénico.

Frente a ella está lo que llaman un moderno, con pajarita y mocasines. Se distingue de los antiguos por los tatuajes y el tamaño de la barba, gris y viscosa como una telaraña. Alguien que se hace llamar su amigo le ha dicho que le queda bien. Menudo hijo de puta. También es moderno por desinhibido. Ha intentado besar a todas las chicas que hacen cola agarrándolas de la cintura. Y si hay algo que Marga no tolera es que un desconocido le ponga la mano encima. Se plantea cuál es la reacción adecuada: quitarse la peluca, gritar violación, patearle los cojones, rociarle los ojos con gas pimienta hasta dejarlo ciego.

Cuando el moderno sale del baño le dice al oído: Te he dejado un regalito ahí dentro. «Gas pimienta», piensa, «¡gas pimienta!». Pero al entrar, la primera sorpresa es el no-olor a mierda. Por lo menos el no-olor a tanta mierda como esperaba. La segunda es el reguero de semen que el tipo ha dejado sobre la tapa del váter. Ni siquiera se ha molestado en levantarla. «Ántrax», piensa, «¡ántrax en forma de supositorio de diez centímetros de grosor!».

El esperma generado por los túbulos seminíferos de los testículos de un desconocido la lleva a desear, por primera vez en toda la noche, estar sobria, en la cama con Óscar. Hasta entonces, como en la canción, ha estado a medio mundo de distancia.

Admite que no es el hombre de su vida. Ni siquiera sabe si le gusta. Hasta que lo compara con el resto de los hombres que la rodean. El ejemplo está claro. Ciertamente él se masturbó en su baño la noche que comenzaron su relación. Pero al menos levantó la tapa.

Marga sabía de sobra lo que había hecho. Quizás él no se diera cuenta porque a los hombres el olor a semen les parece natural, pero una mujer lo percibe en seguida. No le dijo nada, tampoco le molestó. ¿Por qué iba a molestarle? Sus amigas siempre acusan a sus novios de monos pajilleros, pero a ella le agrada que se masturben pensando en ella. No hay mayor elogio sexual que puedan hacerle. Un hombre solo en su habitación, manipulando el insólito pedazo de carne palpitante que cuelga entre sus piernas. Todas las mujeres del mundo a su disposición. Todas sin excepción. Y, aun así, decide escogerla a ella. ¿A quién puede molestarle eso?

Aquella noche la excitó el olor que por lo general le resulta desagradable. Pero prefirió dejarlo correr. La situación ya había sido suficientemente incómoda. Es posible que se equivocara al recibirlo sin peluca. No sabe muy bien por qué lo hizo. Un poco porque en casa prefiere estar sin ella, pero también para impresionarlo, para llamar la atención. Porque le gusta tener el control y que parezca lo contrario. Con él, en todo caso, el concepto control es difuso, porque es un tipo raro. Pero a la vez es dulce con ella. Y no perdió la dulzura ni cuando fueron demasiado lejos y dejó que la tocara.

No rozarla, tocarla.

Deseaba sentir una mano sobre su cuerpo. Nada más. Llevaba sin estar con nadie desde antes de que le diagnosticaran el cáncer: el cansancio es un gran inhibidor. Compartía con sus amigas una broma adolescente. Si transcurren seis meses sin relaciones sexuales te vuelve a crecer el himen. Marga nunca pensó alcanzar el medio año, pero, a esas alturas, no le habría extrañado haber desarrollado de nuevo la estúpida e inútil membrana. En su vida, en su trabajo, ha constatado la capacidad para reproducirse que tienen las cosas estúpidas e inútiles.

La mayoría de los hombres con los que ha estado se habrían enfadado en esas circunstancias. Nunca podría haberlos dejado llegar tan lejos. Con él era distinto. Él se resignó y su gran acto de rebeldía fue hacerse una paja en el baño. Después se acostó y pensando que dormía le dio un beso en la cabeza. En mitad de la calva que apenas se había atrevido a mirar.

Al día siguiente, cuando Marga se despertó, él ya estaba levantado; había exprimido zumo de naranja y untado unas tostadas con mantequilla. Ella le preguntó si quería hablar. «No, la verdad», respondió. Ella se llevó a la boca una tostada aún caliente. Fue un desayuno silencioso. Los rayos del sol se empeñaban en atravesar con fuerza la ventana y hacían que el diluvio de la noche anterior pareciera irreal. Un acto programado para que durmieran juntos.

A partir de ese momento los recuerdos se vuelven confusos. Sabe que le dice: «Con respecto a lo de ayer...». Y que él le responde: «Olvídalo».

Sabe que coge otra tostada. Que piensa que entre la mantequilla y la retención de líquidos va a tener dificultades para introducirse en los vaqueros.

Sabe que le dice que realmente no le hubiese importado hacerlo con él. Que se levanta y se pone la peluca. Que es la primera vez que lleva peluca y pijama. Que le pregunta si le sigue apeteciendo follar con ella.

Sabe que esa pregunta solo admite una respuesta. Que al besarla le repugna un poco su halitosis, rozar con la lengua sus dientes torcidos, pero se

lo guarda para sí.

Sabe que él primero se lo hace con la boca. Luego la penetra. Una, dos, tres, cuatro veces, sábado, domingo, rotura del nuevo himen, pequeño sangrado, prospección petrolífera, escozor, aburrimiento.

No se lo dice, no le dice nada, que él decida cuándo parar.

Sabe que reencontrarse en el trabajo el lunes es raro. Pero él es tan agradable como siempre con ella e igual de desagradable con los demás.

Sabe que piensa que es mejor dejarlo pasar. Que todo quede en una anécdota. Anécdota agotadora. Anécdota penetrante. Anécdota exfoliante. Que si él no saca el tema, ella tampoco debería hacerlo.

Sabe que no sabe estar callada y que, cuando se quedan solos, le dice riéndose: «Me duele horrores el coño».

Sabe que con esa frase tan apropiada es como empiezan a salir.

Cuando regresa a la sala, el concierto ha terminado. Los Stranglers ya están recogiendo. El batería carga al hombro los amplificadores, el bajista enfunda con una mano los instrumentos y sostiene una cerveza en la otra.

Marga busca al cantante con la mirada, pero no hay rastro de él.

Escucha su voz grave detrás de ella.

—Me llamo Rudolph, ¿y tú?

—¿Rudolph? ¿Qué mierda de nombre es ese?

—¿Te ha gustado el concierto?

—¿A ti te gustan las mujeres calvas?

Octubre: Andreas T.

Te escribo desde Berlín.

Con un poco de esfuerzo puedo ver los ristreles dorados de la cúpula de la Neue Synagoge desde el escritorio de la habitación. El tren a Múnich sale temprano mañana por la mañana, a esa hora en que no sabes si madrugar o no acostarte, cuando por la ciudad solo deambulan camiones de reparto y hombres que arrastran carretillas con el sueño en la cara. Aunque la tarde está desapacible, me aventuro a dar un pequeño paseo y descubro que Oranienburger Strasse todavía cobija a las prostitutas de piernas interminables que tanto nos impresionaron hace ocho años. ¡Ocho años ya! Confieso que tengo que repetir la cuenta con los nudillos, y por otra parte ¿cómo olvidar nuestro viaje a Berlín? ¿Cómo olvidar aquellos monumentos orgullosos de sus cicatrices mientras nosotros nos desmoronábamos?

No consigo encontrar el albergue barato que Karl eligió y provocó el primer enfado, con sus camas descuadernadas, sus desagües atascados y las dos canadienses pecosas que compartían cuarto con nosotros; nunca las vi ducharse, solo rociarse con un desodorante de espray amarillo que se pasaban la una a la otra y parecía inagotable.

No encuentro tampoco el bar de monstruos en que bebimos la tarde antes de visitar Sachsenhausen. ¿Recuerdas aquella noche, Moritz? Los monstruos no eran sino autómatas cuyo mecanismo se activaba de vez en cuando mediante algún tipo de temporizador. Solo que nosotros lo ignorábamos y, cuando un gnomo dentado comenzó a chillar y a moverse, Hans se asustó y derramó su cerveza sobre el brazo de Karl. Ella estaba algo borracha y le dijo que una disculpa no era suficiente, que tenía que limpiar lo que había ensuciado. Hans secó a Karl empleando el dorso de la mano como si tocara un cable de alta tensión. Ella dijo, no, así no, con la lengua. Yo le dije, ya vale, Karl. Tú te agachaste y le lamiste el brazo mientras ella se partía de risa.

Entonces no se me ocurrió pensar que los autómatas no eran los únicos monstruos del bar.

Sí encuentro, en cambio, al llegar a Hackescher Markt, el puesto de alquiler de bicicletas que utilizamos el último día, cuando Hans se marchó a pie al museo de cine de Potsdamer Platz, y dijo que no le importaba quedarse solo, que la culpa de no saber montar en bici era suya. Karl empezó a pedalear sin mirarlo siquiera, tú le dijiste hasta luego con la mano y yo fui el único que me volví y vi sus ojos tristes más tristes que nunca.

WILDMAN70

Andreas merodea incómodo ante la puerta del locutorio. Viste un abrigo negro y su cabello, largo por los costados, escaso en la coronilla, oscurece el cuello de la camisa rosa. Responde al retrato robot del hombre que esperas encontrar al otro lado de una web de citas. Finalmente se decide a entrar. Saluda a Halit, el joven de origen turco que dirige el negocio. Saca del bolsillo una moneda de cincuenta céntimos y Halit le asigna el ordenador número cuatro. A su lado hay un sitio vacío; más allá dos adolescentes ven porno sin disimulo. En el extremo opuesto una mujer embarazada sujeta el auricular de un teléfono, la conversación, en turco, se oye en todo el locutorio. Andreas se conecta a una página de citas con su contraseña: *wildman70*. Blando y un pelín sudoroso, no concuerda en absoluto con el *salvaje* que menciona su *nick*. Puede que con *wildman70* se refiera a esa afición suya por las armas que su esposa desconoce. Guarda en casa de sus padres tres pistolas, una escopeta y una copia del *Mein Kampf* anotada por él; de joven en su pueblo lo conocían como Pequeño Adolf. Mientras Andreas chatea con una desconocida, un iraquí entra en el local, descuelga un teléfono e inicia una discusión airada. El árabe del iraquí se funde con el turco de la embarazada. Andreas mira a Halit, que lee una revista distraído, está acostumbrado al alboroto. A *wildman70* no le gustan los árabes, tampoco los turcos. En su trabajo muchas veces tiene que lidiar con ellos. En los últimos años en su trabajo no se habla más que de turcos. Andreas abandona la página web solo diez minutos después de haberse conectado. A los cuarenta segundos de cerrar la sesión, se oye el ruido de un globo explotando en el locutorio. De inmediato explota un segundo globo. Andreas se ha esfumado. Halit yace muerto al lado del mostrador con dos disparos en el pecho.

Ahora explícame una cosa, Moritz. Por qué cada vez que pienso en Andreas, el agente de inteligencia alemán sospechoso de colaborar con los neonazis del NSU y asesinar a un turco en un locutorio, no puedo evitar acordarme de nuestro pequeño Hans. Por qué me vienen a la mente sus ediciones de lomo negro de Le Carré que, cuando os conocí, publicaban cada quince días en los quioscos y él guardaba en las costuras descosidas de los bolsillos de la trenca. Las noches de verano que Hans consumía en el *ciber* cuando Karl se esfumó, sumergido en páginas de contactos hasta que a medianoche echaban el cierre. La colección de libros del Tercer Reich, uniformes y maquetas que su padre

atesoraba, y extraía con cuidado de una vitrina para enseñarnoslos retirando con un soplo las motas de polvo.

En Oranienburger ya es de noche y no se aprecia la cúpula dorada. La habitación está en penumbra, apenas veo lo que escribo; la ventana no cierra y se bate con el aire. En la oscuridad puedo imaginarme a Andreas desarmándome con sus ojos tristes como Hans. Me imagino manteniendo una charla con él a la orilla del río Spree, los dos con gabardina beis y una bufanda oscura, Alee Leamas y George Smiley, deteniéndonos en la pasarela de madera mal iluminada en la que bebimos aquella noche con las canadienses pecosas. Crujía con nuestras pisadas; los barcos navegaban animados y sus tripulantes nos saludaban; los saltamontes se enredaban en nuestro pelo y caían en las cervezas que guardábamos en bolsas de plástico entre hielos deshechos.

Me encantaría encontrar ese pedacito del Spree en que una súbita ráfaga de viento levantó el vestido de Karl al agacharse a coger una cerveza tibia y dejó al descubierto sus nalgas blanquísimas en forma de corazón. Los tres clavamos la mirada en su desnudez mientras ella se peleaba con los pliegues de la falda. Lo que vi entonces fueron unas nalgas, otras nalgas; hoy las vuelvo a ver en mi cabeza, pálidas, impúdicas, temblorosas, y evocan en mí algo distinto, me hablan de la fragilidad, la de cada uno de nosotros, la de los lazos que nos unían. El Spree se mecía devolviéndonos únicamente el zumbido de los insectos que las canadienses espantaban con los brazos dejando al descubierto un surco en las axilas que ningún espray amarillo podría solucionar.

Si alguien quisiera contar nuestra historia, la historia de los cuatro, no debería escribirla, bastaría para contarla una fotografía, una imagen, un trasero, un silencio, una mancha de sudor, un saltamontes nadando en cerveza.

Un mes y medio después de ese día, Karl nos anunció que estaba embarazada.

Rudolph.

Segunda parte

Tánatos

Por la boca muere el pez

MORITZ SCHLICK

Lo llamábamos John Piorrea porque nunca había ido al dentista. De niño le hizo prometer a su madre que jamás lo llevaría junto a un hombre que deseaba atarlo a una silla y torturarlo. Eran tiempos en los que no se habían acuñado palabras como bruxismo o diastema, y la periodontitis aún se llamaba piorrea. Al dentista solo ibas si te dolían las muelas y, como coincidió con la época en que su padre se metió en líos, su madre ya tenía gastos y peleas suficientes. Le dijo que si no quería ir que no fuera. De eso uno no se muere. John se cepillaba los dientes con violencia tres o cuatro veces al día. No paraba hasta que le sangraban las encías. Le gustaba cepillarse antes de dormir y arrojar un denso esputo de sangre que se agarraba al lavamanos y tardaba en escurrirse por el desagüe. Luego se aplicaba un enjuague de flúor rojizo que sabía a jarabe para la tos. Como no era capaz de hacer gárgaras, se pasaba el flúor de un carrillo a otro y después lo escupía de forma que arrastrase el chorro de sangre rezagado hacia el limbo de las tuberías. Lavaba el cepillo frotando bien las cerdas y se acostaba con la boca fresca. Pero todo era una ilusión: en diez minutos la cavidad que tenía bajo la nariz volvía a ser una cloaca. Algo habitaba en su estómago. En sus entrañas moraba un Dragón que regurgitaba un reflujo ácido contra el que nada valía la pasta de dientes. Por las noches lo derramaba con la saliva dejando un surco amarillo en las sábanas. El reflujo era su firma. La acidez, su propio yo.

Daba igual lo mucho que se esmerase en la limpieza: no podía doblegar al Dragón. Tal vez el dentista pudiera hacerle frente, pero su madre le había prometido que no lo llevaría. Las caries se adueñaron de sus dientes. Fue un proceso lento que pasó completamente desapercibido al resto del mundo, pero no a él. Notaba el pausado martilleo en el muro, que se agrieta, se quiebra, se desmorona. Advertía la suave marea erosionar la roca con la fuerza de la

constancia. Por momentos la marea se estancaba y generaba mal olor. Generaba un aliento que lo convertía en un adolescente retraído, de esos que siempre miran de lado, que hablan con la mano en la boca, que mantienen las distancias. Pero ni con esas puede evitar que se conozca su secreto. Surge entonces el nombre de John Piorrea. Yo, que era su mejor amigo, lo bauticé así. Cada 14 de febrero le dejábamos una rosa de plástico sobre el pupitre con una nota. «Esta es la única flor que resistirá tu amor, acércala a tu nariz y disfruta de su olor».

Ya era John Piorrea en la facultad, mucho después de las rosas artificiales. Era John, el primer tablero de ajedrez que se pasaba el dedo por las encías antes de mover una pieza. Y allí quedaba el alfil lleno de babas haciendo pensar dos veces al adversario la conveniencia de su captura. Por entonces las muelas del juicio habían declarado una revolución. Cada una había surgido hacia un lado: a dos les sobresalía la cabeza, el resto asomaban hasta la raíz. Cuatro muelas tardías que se dedicaron a componer en su boca la estructura de peones de la Defensa Holandesa. Los incisivos inferiores fueron los que más se desplazaron. Optaron por dar dos educados pasos hacia delante para dejar sitio a los otros dientes que, curiosamente, cuando lo tuvieron, decidieron no ocuparlo. Pero eso no devolvió a los incisivos a su sitio. Al contrario, prefirieron abrazarse. Enredarse. Practicar la lucha grecorromana. Finalmente, la palabra diastema se acuñó en su boca. Mediada la veintena, sus dientes no conformaban una dentadura, sino una irregular hilera de Moais de la Isla de Pascua.

Intenta abrir lo mínimo la boca y mira fijamente a los dientes de las personas que te hablan: comprenderás por qué John siempre fue un bicho raro. Su afición preferida era descubrir en otras personas estructuras dentales como la suya y comprobar cuánto les afeaban. Los resultados solían ser frustrantes. O bien no encontraba dentaduras semejantes y eso no le animaba, o bien, si las encontraba, eran tan deformes que lo sumían en la más profunda de las depresiones y podía pasar varios días sin hablar. Lo comprobé en un viaje a Berlín. Cuando descendíamos hacia el río por Warschauer Strasse, antes de llegar al puente de ladrillo rojo que una vez fue frontera entre dos mundos, vimos una tienda en la que vendían dentaduras de broma. Los llamaban *horror teeth* y se amontonaban en una cesta a cuatro euros la pieza. Al depredador dental no le hizo falta más que una ojeada para hallar, entre la selección de horrores, un trozo de plástico muy parecido a sus incisivos. Al día siguiente no quiso salir del hotel.

Claro que podía arreglarse los dientes. Aunque costase mucho dinero. El dinero no era el problema principal. Resultaba que tenía la boca tan estropeada, tan podrida, que le daba una vergüenza insuperable abrirla ante un dentista. Suponía que le preguntaría cómo se había dejado ir tanto. Esas eran las palabras: dejarse ir. Suponía que se lo preguntaría mientras le introducía en la boca ese ridículo aparato para sorber la saliva. La respuesta en ningún caso podría ser que su madre le había prometido que no lo llevaría. Inventaría una historia lacrimógena de pobreza infantil. De una madre abúlica que nunca salía de casa. De un padre que miraba a las niñas hacer pis por un agujero. Le echaría en cara al odontólogo el precio excesivo del cuidado dental. Pero sabía que sería incapaz de mentir. No en esa situación. No con la boca abierta, el Dragón liberado, sin saliva a la que agarrarse para articular palabra. Nunca expresándose como un parálítico cerebral para excusar su condición de parálítico social. La escena imaginaria lo avergonzaba tanto que soportaba estoico los dolores de muelas, convenciéndose a sí mismo de que era un faquir o uno de esos derviches que giran.

Le dije: «John, te lo aconsejo como amigo, vete al dentista, no tienes diez años y los dentistas no son Laurence Olivier en aquella película con Dustin Hoffman». Le dije lo de la amiga de la amiga de una amiga que murió de septicemia en cuestión de horas por una infección en una muela, las bacterias corrieron por la sangre con la misma velocidad con la que el flúor se precipitaba por la tubería. «Septicemia», le dije, «del griego *sepsis*, podredumbre, podredumbre, ¿te suena?». Le dije que las infecciones en la boca causan infartos que pueden llevar a la muerte. Le dije que las infecciones en la boca derivan en tumoraciones que conducen a la muerte. Juro que lo vi aguantando una lágrima como cuando le dejábamos la rosa de plástico sobre el pupitre.

El dentista dice: «No tendría por qué doler, pero tiene la boca muy estropeada y no puedo garantizar nada, no debería haberse dejado ir tanto». Esas son las palabras: dejarse ir. Antes de drenar un absceso le inyectan bupivacaína. Atado a la silla, el primer roce de uno de esos aparatos de tortura le provoca un picotazo de dolor inimaginable. No puede creer que exista ese dolor. Es indescriptible. Indecible. De sus entrañas, del mismo fondo del pozo de acidez, emerge un alarido, gruñe el Dragón. La infección es tan espesa que impide que la anestesia haga efecto. «Pásame la jeringa con la bupivacaína». Esa es la última palabra que oye. Bu-pi-va-ca-í-na. Quién se lo iba a decir. La palabra sobredosis, en cambio, ya no es capaz de escucharla. A John Piorrea

los labios empiezan a amoratársele. Yo, que era su mejor amigo, lo bauticé así.

31

El hombre de la paleta

El viaje por carretera con su hija está resultado más monótono de lo que cabría imaginar, incluso para un trayecto que tiene un cementerio como meta (¿acaso hay trayecto que tenga otra meta?). La llamada luctuosa la cogió en la peluquería; recibió la noticia con papel de aluminio en el pelo. «¿Karl? ¿Eres tú?». Se miró en el espejo; vio una señora ridícula con corte a la taza; no lloró, sus ojos decidieron no mezclarse en el asunto.

Amara duerme apoyada en la ventanilla del pequeño Citroën que zumba sin despertarla. La primera vez que Karl fue consciente del significado de la muerte era bastante mayor que su hija. No ocurrió a los seis años, cuando falleció su abuela que, según le explicaron, se había ido al cielo, y a ella, que tampoco sentía un cariño arrollador por aquella señora quejosa, le pareció una mudanza, no necesariamente más triste que cuando su mejor amiga del colegio se marchó a vivir a Estados Unidos. Fue más tarde, el verano de los doce o trece años, toda una chica con compres y sujetador, sentada en los columpios junto a su hermana gemela, mordiendo un polo de limón que gotea sobre sus rodillas desnudas, balanceándose hacia delante y hacia atrás, estirando las piernas y recogiénolas hasta que se marea y está a punto de caerse. Gloria, su gemela, le pregunta a Karl si alguna vez ha imaginado qué ocurre después de la muerte. «¿El cielo?», responde. «Venga ya, no me digas que te crees esas tonterías. Pensé que eras más madura». «¿Qué ocurre entonces?». «Nada. Después de la muerte no hay nada. Concéntrate un momento. ¿Eres capaz de sentir el vacío de un mundo sin ti? Es una sensación rara, pero a mí no me disgusta. ¿Nunca has soñado que te caes, como si te cayeras desde lo alto del columpio, y das un salto en la cama y quieres poner las manos sabiendo que te vas a romper la crisma de todas, todas? Para mí la muerte es eso, y luego, nada, el abismo». Si se esfuerza, sí que es capaz de imaginar esa caída al abismo y, aunque le aterra la posibilidad de un mundo sin ella, de vez en cuando, como sucede con las heridas que no te resistes a

tocar, piensa en la oscuridad, en la ausencia, en el infinito transcurriendo en un segundo porque ella no está allí para frenar el tiempo con su existencia. Es un vacío sobrecogedor que no siempre puede evocar: le exige un sacrificio de abstracción y concentración. Le recuerda a aquellos libros que estaban de moda cuando era niña. Fijabas la mirada en unas espirales y elipses de colores chillones y luego, al separar el libro de los ojos, surgía una figura en tres dimensiones que su hermana veía siempre y ella casi nunca.

Gloria, la persona más insospechada, sumisa y callada, hija perfecta, esposa perfecta, madre perfecta, que en misa se santigua y comulga como si se lo creyera todo a pies juntillas, esa gran desconocida a la que Karl conoce desde antes de nacer, fue quien le descubrió el verdadero sentido de la palabra *muerte*. Una palabra que no solo la obsesionaba a ella, sino a todos los miembros del Círculo, y eso se percibía en que la usaban a todas horas. Para alejar el mal fario jugaban a *quién morirá*, que consistía únicamente en apuntar en un papel quién creían que sería el primero de sus compañeros en morir, quién el primero de sus padres, quién de sus amigos, quién el primero de ellos, y después, nada más. Solo esperar a que la muerte sucediese, esperar al abismo. Ahora que se dirige al entierro de uno de los miembros del Círculo, Karl se pregunta dónde estarán esos papeles. De lo único que está segura es de que ella equivocó su predicción (Moritz ha acertado, claro, se ha dedicado a matarlos a todos en sus relatos de mierda).

Esa clase de juegos, todos los que contenían la palabra *muerte*, cesaron cuando Moritz perdió a su madre hace diez años. El martes anterior a cumplir sesenta acudió al hospital con dolor de espalda; el viernes estaba muerta. Los doctores la sometieron a continuos drenajes en el pulmón para detener el cáncer, succionaron su alma como quien fuma un cigarro, hasta que de ella no quedó más que la colilla. A Moritz siempre le había entristecido hablar de su madre, también cuando estaba viva, pero al mismo tiempo podía ser extremadamente cruel con ella. Llamaba *madre* al televisor de su casa, que solo tenía dos funciones, encendido y apagado, porque había perdido el mando a distancia. «Así es mi madre cuando no está mi padre, solo puedes ver la programación de un canal: el canal de manipularme». Su padre era el mando a distancia que activaba a toda su familia, pero pasaba la mayor parte del año embarcado en un mercante. Él, espectador obligado del único canal de su madre, era el hijo no deseado, mucho menor que sus dos hermanos, un accidente reconocido, aunque nunca le explicaron si su existencia se debía a un preservativo roto o una marcha atrás más lenta de lo debido. Era, en cualquier caso, el producto de un polvo enérgico mal calculado,

probablemente muy placentero. A veces ella le echaba en cara que por su culpa no podía navegar con su padre, que tenía que quedarse en Coruña cuidando de él, como si hubiese sido Moritz quien apretó con las piernas la cresta ilíaca de su marido y le impidió sacarla cuando se iba a correr, quien gimió pidiendo más sin darse cuenta de que un espermatozoide ya coronaba su ascenso por el cérvix.

La corrida precipitada se convirtió en seguida en el juguete de su madre, el entretenimiento de las largas etapas de soledad conyugal, el lamento de la mujer del marino. «Tú no eres como los demás, ten eso siempre en cuenta, tú eres mejor que ellos», le decía. Había moldeado su carácter con su único canal de persuasión, vaya si lo había hecho, lo había convencido de que mirar por encima del hombro era natural, y él la creyó hasta que en el instituto, por pura casualidad, por una coincidencia tan insustancial como la inicial del apellido, se juntó con un chaval tímido y callado que entonces tenía un flequillo grasiento y espinillas en la frente. Óscar, el hijo del bedel. «No puede ser tan bueno como tú», le dijo su madre. Resultó ser más que eso. Resultó ser mucho mejor que él. Resultó inalcanzable a nivel intelectual. No había materia en la que no lo superara con facilidad; le hizo ver de golpe sus limitaciones; lo situó de frente ante su mediocridad. En vez de envidiarlo lo convirtió en su amigo, al tiempo que desarrollaba una enconada aversión hacia su madre. La odió por haberle exigido ser el mejor desde que nació, por no haber transigido con sus defectos y errores, por haberlo torturado con la culpa. *La culpa, la culpa, la culpa*. Cuando tenía una gripe, la pregunta era quién te ha contagiado. Cuando le decía que quería hablar con ella, la pregunta era qué has hecho. Cuando se escuchaba un ruido, la pregunta era qué has roto. Cuando fracasaba, la culpa siempre aparecía; en su casa no existía la casualidad, solo la culpa. La culpa siempre era de otros, nunca de uno mismo, y cuando la madre de Moritz dejó de hablarse con su familia y con la familia de su marido, la culpa, claro, fue de ellos. *La culpa, la culpa, la culpa*. Al final, irremediablemente la culpa acabó siendo toda de su hijo porque ya no quedaba nadie a quien culpar, y la corrida precipitada que luego fue juguete pasó a ser un adolescente rebelde de raptos violentos que acabó por retirarle la palabra cuando abandonó el periódico en que trabajaba para escribir relatos que nadie quería publicar.

Pero, en el fondo, la quería más que a nadie y, aunque le doliese, sabía que sus peleas no eran más que la confirmación de su asombroso parecido, en el físico y el carácter, y no sabía si culpar a la genética o a la construcción de

la personalidad a través del único canal del televisor *madre*, pero, si algo tenía claro, era que la culpa era toda de ella y no suya.

Diría, no obstante, que no fue plenamente consciente de lo que la quería y de que era la viva imagen de su madre hasta que la metieron en el nicho y el operario del cementerio comenzó a aplicar con la paleta el yeso a los bordes del agujero. Karl ha leído hace poco, no recuerda dónde, que el hombre de la paleta es quien hace que los asistentes al entierro sientan que siguen vivos. Ella lo ve de otra manera: el hombre de la paleta les está diciendo que un día preparará la mezcla de yeso para ellos. La muerte no es un esqueleto con capa oscura y guadaña, es un operario con mono y paleta de albañil.

Y ahora Karl está conduciendo a Amara a seiscientos kilómetros de distancia para que pueda mirar a ese operario a los ojos por primera vez. Debería haberla dejado en Madrid, pero ¿con quién? No tiene familia con quien quedarse, solo cuidadoras a sueldo. Acaba de regresar de una cumbre en Bruselas y Gladys le dijo que no podía atenderla, que también tiene que criar a sus hijos. No es culpa de Karl que su trabajo sea tan complicado... Al final ella también es un poco como la madre de Moritz. ¿Y quién no lo es? A medida que van pasando los años te vas quedando solo y cada vez resulta más fácil culpar a los demás, imaginar el abismo, ver la imagen en tres dimensiones, poner las manos para frenar la caída, aunque sepas que no va a servir de nada.

No sabe cómo reaccionará Amara en su primer entierro, con ella todo es una incógnita. Aunque su gran ilusión sea ir a Grecia para visitar la tumba de Agamenón, la muerte real es otra cosa, infinitamente más vívida que un túmulo, un panteón, o una pirámide. La muerte es ese sonido del yeso raspado sobre el cemento. Hasta Moritz, el cínico, lloraba desconsolado al escuchar con las piernas temblorosas aquel ruido seco, aquel chirrido sordo, aquel lúgubre legrado, mientras Karl lo sujetaba del brazo que hacía poco había sostenido sus caderas.

Porque cuando enterraron a su madre ya habían empezado a acostarse juntos.

32

There There

RADIOHEAD

Marga está de vuelta en la sala del mismo bar dos meses después del concierto de los Stranglers.

Esta vez la banda se llama Fat Bottomed Girls. Viendo el contorno de sus cuatro componentes, Marga supone que en las entrevistas promocionales nadie les preguntará por la elección del nombre. Abren el concierto con una versión de Radiohead. Marga piensa aliviada que al menos el cantante no es otro tipo raro con el que acabar en la cama. Parece que tenga un imán con los tipos raros.

Tampoco es que ella se incluya a sí misma bajo el epígrafe *normal*. Al fin y al cabo, ¿existe eso que llamamos normalidad? Cada vez que ha entablado relación con alguien, ha reparado en que la rareza no es un atributo suyo o de su familia, ni de los hombres con los que se acuesta. De puertas adentro, las personas que suelen presumir de normales son las que protagonizan episodios más extravagantes, más perversos y anormales.

En ocasiones, en la cola del supermercado Marga se entretiene analizando a la gente. Imagina que la cuarentona que tiene delante en la fila y acarrea a un niño gritón dentro del carrito tiene varios amantes. Que la cajera con el pelo graso solo llega al orgasmo si practica sexo en lugares públicos. Que el hombre que mira el reloj impaciente porque cree que hacer la compra es tarea de mujeres mantiene una relación homosexual secreta. Que la chica con la blusa abotonada hasta el cuello que deposita en la cinta uno de esos anchos y afilados cuchillos japoneses lo va a usar para descuartizar a su compañera de piso.

No les echa en cara sus vicios ocultos —puede que una pizca a la de los cuchillos japoneses—, sino su hipocresía. El disfraz de normalidad que visten

al salir a la calle. La afectación y la falsa sonrisa. La propensión a cuchichear, a señalar rarezas ajenas para correr un velo sobre las propias. La ocultación del verdadero yo como ella oculta su calva tras la peluca.

Es curioso porque en los conciertos sucede al revés que en los supermercados. La gente se afana en mostrar su lado más estrafalario.

Una camiseta rasgada de un grupo heavy: una monja estampada que se masturba y cubre su cara con un pañuelo palestino. El tatuaje que rodea el brazo, oculta la espalda, adorna el abdomen. El *piercing* que retiran para ir a la oficina dejando un pequeño y embarazoso agujero. Barbas como pubis, pubis imberbes. Bigotes felinos, afilados, dalinianos. Conversaciones en las que se acusan de prácticas sexuales aberrantes, de adicciones que no tienen, de crímenes que no han cometido.

Es todo un gran absurdo, pero tras cinco días encerrada en casa a Marga le parece el jardín del edén.

La segunda tanda de la quimioterapia está resultando más dura de lo esperado. En la quinta sesión, a la que Óscar llamaba hemistiquio con pedantería, le cambiaron el tratamiento. Si antes el efecto eran tres días de leve gripe, ahora son cinco de inclemente resaca. Un revoltijo en las tripas que se fragua antes de abandonar el hospital, enchufada a la máquina, con la mierda colándose aún por su vena. No vomita, pero las náuseas son permanentes. Los días posteriores le repugna la idea de llevarse cualquier cosa a la boca.

Hay otros pequeños problemas, en realidad no tan pequeños. Las uñas le duelen tanto que cree que se van a caer en cualquier momento. Que se van a desprender de su dedo. Que sin darse cuenta encontrará un pedazo de queratina ungueal sobre el *intro* del ordenador. Sueltan pus como si estuvieran infectadas y tienen un aspecto terrible. Las pinta de colores para esconderlas. Ocultas a plena vista. Nunca le han gustado las uñas pintadas.

Al final Marga con su peluca y sus uñas naranjas no es más que otra hipócrita de supermercado.

La retención de líquidos también hace estragos. Especialmente en los tobillos. Si es que se puede llamar así a la parte de su cuerpo donde la pierna gira y se convierte en pie. *Dondelapiernagira* es una definición más acertada. Tobillo implica articulación, forma, gracilidad. Y ahora tiene que mantener los pies en alto y llevar falda y vestidos de verano en mayo porque los pantalones pitillo la convierten en la jodida ilustración de la elefantiasis de la Enciclopedia Británica.

1. Cosas positivas que la animan:

Se acerca el final.
Solo una sesión más.

2. Cosas negativas que la angustian:
Se acerca la operación.
Nunca ha pasado por un quirófano.

Hasta hace poco lo veía tan lejano que no se había parado a pensar en ello. Ahora que ha comenzado a hacerlo, no le apetece nada que le hurguen en las tetas. Así dicho, no suena tan mal. Pero si le unes a la ecuación palabras como bisturí o escalpelo o incisión o gasa o sutura, la cosa empeora bastante.

Y aún hay más. En la última sesión, hace seis días, la sentaron ante el Comité Genético. El Comité resultaron ser dos doctores con caspa en las sienes y cara de imbécil. Los dos tomaban nota de un exhaustivo cuestionario.

«¿Es usted la paciente Margarita Lodeiro?». No, en realidad no, me he colado aquí porque me apetece que me trepanen las tetas.

«¿A qué edad murió su abuela?». Desconocía la respuesta y se la tuvo que inventar.

«¿A qué edad le vino la primera regla?».

Y dos o tres chorradas por el estilo.

Ese cuestionario, digno de un test de revista de mujer, junto a análisis médicos, físicos, etcétera, los van a meter todos en un programa informático que cuantificará las opciones de recaída de su cáncer hormonal. Curiosamente, no lo van a cuantificar con números, sino con palabras. Afirmativo. Negativo. Inconcluyente.

Si has respondido al test eligiendo mayoritariamente la opción D, no te preocupes ¡tu salud femenina continuará siendo magnífica!

En caso de que el resultado sea afirmativo le darán la oportunidad de aplicarle una trepanación completa. Un tres por uno. ¡No dejes escapar la oferta! Extirpación de mamas, de útero, de ovarios y Dios sabe qué más. Los diez años sin regla le parecían excesivos, pero el presumible vaciado la ha descolocado por completo.

Le ha venido su abuela a la cabeza. Si bien no sabe a qué edad falleció, sí recuerda las historias que le contaba. Entre ellas la del bebé muerto que dio a luz y luego metieron en una caja de zapatos y enterraron en el huerto.

Sentada esta tarde en el césped de la urbanización, bebiendo a morro de la botella de zumo de melocotón, ha decidido que si le quitan el útero quiere llevárselo a casa, meterlo en una caja de zapatos y enterrarlo ahí mismo. En el

jardín, cerca de la piscina. Aunque supone que los relamidos miembros de la comunidad de vecinos pondrán pegas.

Puede hacerlo de noche sin que nadie se entere. Solo ella, una pala, el útero y la caja de zapatos. Eso le permitiría, si fuese necesario, desenterrarlo y constatar que estaba compuesta de órganos y no solo de trapo. Así se ve Marga en el futuro, como una muñeca de trapo rellena de algodón. Que sea al menos una muñeca con buen pecho. Eso le ha dicho a la oncóloga. Que está muy contenta con su talla. Que si le van a quitar las tetas que le pongan, al menos, la misma copa de sujetador. O, si puede ser, una o dos tallas más. La oncóloga, que es la mujer más seria del mundo, se ha echado a reír cuando se lo ha dicho.

La cantante de las Fat Bottomed Girls explica en falsete que las cosas no existen solo porque las sientas. Las cosas no existen necesariamente porque las sientas. Y Marga se pregunta si en algún momento sentirá los ovarios que le extirpen. Si cada 28 días tendrá dolor de ovarios inexistentes. *Dolor de trapo*. Se pregunta si su vida sexual se verá afectada, si se escuchará eco cuando le practiquen sexo oral. Se pregunta cómo será penetrar una vagina que no llega a ninguna parte. Le gusta incluso como título para una novela. *Vagina a ninguna parte*. Espera que el sexo sea como en las últimas semanas. Si con Óscar la penetración era una árida inyección, Rudolph ha conseguido devolver los embalses a niveles del monzón.

Querida oncóloga, querido Comité Genético, si vuestra intención es quitarme eso también, os podéis ir yendo a la mierda.

Atentamente, vuestra amiga del útero en la caja de zapatos.

Séptima parte del testimonio de un asesor

Veintiséis días después de la noche del poliestireno —lo digo para que os situéis— entro como cada día laborable, a la misma hora, en el restaurante de comida rápida al que separan quinientos metros del edificio del Gobierno. El personal está compuesto por chicas jóvenes con sobrepeso que, como yo, deben de comer allí a diario y me conocen y saben que pido siempre la misma hamburguesa con los mismos complementos y el mismo refresco y ocupo la misma mesa mientras suenan en el mismo orden de todos los días las mismas canciones del mismo hilo musical. Una sucesión de caras b de grupos más o menos populares que es la única parte del ritual alimenticio que me provoca cierta melancolía porque trae consigo una sensación de bucle, de suspensión del tiempo, de rutina. La comida no, la comida me gusta, no me parece rutinaria, sino fácil. Me evita tener que pensar qué quiero comer. Detesto el tiempo que se malgasta en pensamientos fútiles, estoy convencido de que la humanidad avanzaría a mayor velocidad si nos alimentáramos a base de pastillas y vistiéramos de uniforme, aunque reconozco que las empleadas del restaurante son más atractivas cuando se quitan el uniforme y se ponen la ropa de calle, a pesar de que rellenan hasta tal punto los pantalones vaqueros que parece que van a explotar y por encima de su apretado cinturón se desparraman los pliegues de carne flácida, rebosante de grasa. Grasa blanca y pegajosa como la ternera que sirven en la cafetería del trabajo, tan desagradable en la boca, por no hablar del pescado que puedes ver eviscerar si prestas atención a la cocina que está al fondo de la barra. Eviscerar, una sola palabra que justificaría por sí misma la alimentación por medio de pastillas. Destripar. Arrancar los ojos. Ojos que cuando el pescado es grande desprenden un denso humor acuoso, y si el pez es más bien pequeño hay gente que se los come. Hay gente que chupa las cabezas, que muerde con

fuerza los nervios duros y morados de la carne de cerdo, que sorbe las patas de los crustáceos, que desgarrar la carne sangrante del buey, que come oreja, criadillas, rabo de toro, riñones al jerez. Dicen que las hamburguesas de las cadenas de comida rápida están hechas con una pasta que ni siquiera es carne: ojalá. Dicen que es probable que muera de cáncer y lo cierto es que sufro del estómago desde niño, pero también mi madre, y está viva y coleando al borde de los setenta, y aunque a mi abuelo lo mató un cáncer de colon, no fue hasta después de los ochenta. Hace no mucho sangré abundantemente al defecar; el susto fue enorme cuando vi que el papel se teñía de rojo y el váter resplandecía como si hubiesen vaciado en él una botella de vino rosado. Lo que más me llamó la atención fue la viveza del color y pensé que en esa ocasión nada me libraría de una colonoscopia, tras veinte años sin ir al médico, no por valentía o despreocupación, sino todo lo contrario, porque me aterra que me puedan encontrar algo, como si el hecho de que no me diagnostiquen fuera a detener la enfermedad, como si el hecho de darle un nombre fuera a acelerar mi destrucción. Tengo, ya lo he apuntado, un extraño culto a las palabras, la insólita creencia de que algo no existe hasta que lo nombras. Por suerte el sangrado fue cosa de un día y lo achaqué a las hemorroides y a mi eterna posición en el retrete, el abdomen doblado sobre las rodillas intentando provocar la evacuación que tarda siglos en producirse, y eso las veces que se produce. Otra actividad absurda que roba el tiempo al ser humano, sobre todo a mí. Decía un escritor checo que cagar es la mejor prueba de que Dios no existe porque ningún dios habría creado una vida en la que fuera necesario cagar. En realidad, ningún dios podría haber creado mi vida, que hasta ahora se ha limitado a dormir, comer, vestirme, trabajar, intentar cagar e intentar copular. En los últimos años he elaborado un plan que limite al máximo estas actividades y me permita desarrollar algo creativo, pero he resultado estar vacío: soy incapaz de crear nada más que esforzados zurullos. Tal vez esté programado simplemente para dormir, comer, vestirme, trabajar, cagar y copular o, dicho con otras palabras, tal vez sea un ser humano normal y corriente, más corriente de lo que nunca habría creído. Desde el sangrado rectal he comenzado a hacerle más caso a mis heces que a las personas que me rodean: las inspecciono con atención antes de activar la cisterna intentando encontrar algún resto de sangre oculta, también examino el papel higiénico después de limpiarme, hasta lo huelo, y es curioso porque cada vez huele menos a mierda y más a algún producto químico que me hace fantasear con que en el fondo soy solo un autómatas. Me hace gracia pensar eso mientras huelo la mierda en el papel. Evidentemente, si soy un robot, soy

parte de una partida defectuosa. ¿Moriré de cáncer de colon? Puede. Pero no acabo de estar del todo convencido de la influencia de la alimentación, porque ella tiene cáncer con veintisiete años, y es verdad que, como a mí, le gustan los restaurantes de comida rápida, la *pizza* y los bocadillos grasientos, pero también come ensalada y pescado azul, guarda en el frigorífico *tuppers* con lentejas o sopa o caldo o guisos que le prepara su madre, suele comer una o dos piezas de fruta a mediodía en el trabajo, desayuna cereales y leche desnatada y tal vez un yogur o queso o pan con aceite o zumo de naranja, y hace deporte y no fuma y tampoco manipula uranio empobrecido, pero tiene cáncer y yo, veintiséis días justos después de empezar a salir con ella, tengo miedo a perderla. ¿Y si no reacciona bien a la segunda fase del tratamiento? ¿Y si esos dos nódulos que le han encontrado en el pulmón no son las cicatrices de la neumonía que sufrió cuando tenía tres años, como le han dicho, sino el principio de una metástasis? ¿Y si cuando le extirpen el tumor miden mal la dosis de anestesia y ya nunca despierta? ¿Y si ahora mismo yendo a trabajar le cae, yo qué sé, un suicida sobre la cabeza y la aplasta? Incluso esta última hipótesis me parece poco descabellada porque, al fin y al cabo, las probabilidades de que suceda no son menores que un accidente de aviación comercial y cuando atravesamos turbulencias todos clavamos las uñas en el reposabrazos del asiento. Ahora que he reanudado mi relación con el amor, ya no sé si podré prescindir de ella. Me acabo de reconciliar con el sexo, con un sexo nuevo, más maduro, el extremo opuesto a la cópula animalesca, ligado directamente a la intimidad y la generosidad que supone que otra persona te regale lo que esconde al resto del mundo, sus imperfecciones, esas oquedades que se forman en sus nalgas cuando tensa las piernas; su ombligo, superficial como la cicatriz del antiguo amigo; los dedos de los pies que se montan uno sobre el otro; las sinuosas estrías en la base de sus pechos; el suave sabor de su sexo; sus jadeos, a veces forzados, a veces reales; los días que se levanta tarde y va a trabajar sin ducharse; los días que se pone las mismas bragas que el día anterior: el sexo con los ojos, con los oídos, con la nariz. El sexo como una forma avanzada de conocimiento, como una combinación de ajedrez que muy pocos son capaces de ver. Pero también el sexo ligado al dolor y al miedo; el dolor de saber que ese conocimiento ha sido regalado antes a muchos otros, a demasiados, a hombres indignos de ese don, el dolor que conduce a preguntas que no quieres hacer, pero acabas haciendo; el miedo a que lo siga regalando, a la seguridad de que no serás el último, el custodio de ese conocimiento. Mientras vacío la bandeja en una papelería, suena la cara b de un grupo muy famoso. Una canción que suena a

ese grupo y a la vez a algo diferente. Y suena también el timbre de mi whatsapp. Quiere quedar esa noche porque necesita hablar conmigo. Me pregunto si en realidad yo mismo, en ese preciso instante, no estaré viviendo la cara b de mi propia vida.

Vocación o muerte

MORITZ SCHLICK

Se ha salvado de la última expulsión escribiendo un relato sobre un escritor que escribe un relato sobre un escritor que escribe un relato sobre un escritor que escribe un relato.

El jurado ha valorado muy positivamente la «sutil destreza» para encajar de forma sucesiva una historia dentro de la siguiente. «La matrioska perfecta», la ha calificado sonriendo el primero de los jueces, que se ha hecho famoso escribiendo libros de autoayuda. «El relato de Schrödinger», ha dicho el segundo, el juez filósofo, mesándose su perilla de chivo, acariciando sus rizos negros, enderezando su pajarita blanca sobre la camisa de cuadros estridentes. «En ningún momento he sido capaz de dilucidar si es un relato vivo o muerto. Diría que vive y muere a la vez», ha añadido. Él no ha comprendido ni una palabra de su explicación, pero ha asentido convencido: lo último que le conviene a estas alturas es enemistarse con uno de los jueces. La tercera jueza es una reportera de televisión que ha hecho carrera siguiendo al Presidente, con hoyuelos en las mejillas, corte a la taza y cierta animadversión hacia él. «A mí no me ha gustado demasiado», ha dicho, «en realidad tú nunca me has gustado demasiado. Pero son dos contra uno, así que tú ganas. Enhorabuena, estás en la final». Se le han llenado los ojos de lágrimas y ha tenido ganas de abrazarla como cada vez que critica cualquiera de sus relatos.

Junto a él se han clasificado otros dos finalistas. De uno envidia el talento; del otro, el carisma. El primero es pequeño, desagradable a la vista, con ojos saltones que mueve sin cesar registrándolo todo, y trasladándolo después a su cuaderno. El segundo tiene una cicatriz en la mejilla y habla con voz magnífica, hallando siempre la palabra exacta que declama con la prosodia precisa. Tiene al público femenino entregado, incluida la jueza, que no hiende

sus hoyuelos para nadie como para él. Le fascina ver con qué elegancia le cae la americana sobre los hombros. A él, en cambio, le queda floja en la espalda y apretada en la barriga, lo que le obliga a llevarla abierta y mostrar más de la cuenta la corbata color coral que le han pedido los productores que se ponga por no sé qué asunto de «tonos televisivos».

Una cosa está clara: no tiene nada que hacer en la final contra dos adversarios así. Es más, se pregunta por qué se ha arriesgado a participar si desde el principio sabía que no tenía nada que hacer, si de antemano intuía que medirse con ellos era un suicidio. Las normas son tajantes: el ganador tendrá garantizados veinticinco años de carrera literaria en los que publicará un mínimo de diez volúmenes; en cambio, los perdedores no podrán editar un solo ejemplar durante cincuenta años. Ni un cuento infantil ni un libro de recetas ni un catálogo de ropa interior. Nada. Si lo hacen, se enfrentarán a una multa millonaria. Por algo el programa se llama *Vocación o muerte* (muerte figurada, claro está, muerte vocacional) y es el más innovador de los *talent shows* actuales, con un éxito arrollador en Holanda, Reino Unido y Japón. La edición de literatura es ya la tercera en España, antes se han emitido las de música y pintura, y en proyecto está una versión extendida a la vida en general, es decir, un programa que asegure al ganador una carrera llena de éxitos en cualquier campo profesional y que exija a los perdedores, en contrapartida, no trabajar en nada el resto de su vida so pena de elevadísima indemnización que, por descontado, no podrán pagar. El formato explota con acierto, reconozcámoslo ya, lo que realmente interesa a la audiencia. Importa muy poco el ganador, uno de esos anodinos triunfadores catódicos de los que hay a miles y que has olvidado a los diez segundos; lo que en realidad nos gusta, con lo que de verdad disfrutamos, lo que nos llena de gozo, es la derrota. No es uno de esos vulgares *realities* en los que el eliminado se marcha sin premio y regresa a su existencia cotidiana. Aquí hay un precio que pagar. Los concursantes tienen que haber dedicado su vida a prepararse para algo, escribir o cantar o pintar o actuar o lo que sea, y saben que si no lo consiguen en el programa ya nunca podrán hacerlo.

El *Vocación o muerte* de pianistas de España generó el vídeo con más reproducciones en YouTube del pasado año a nivel mundial. Una chica de grandes ojos azules, a la que el jurado comparó con Evgeni Kissin interpretando *Cuadros de una Exposición*, cayó derrotada en la final. Lloraba desconsolada sobre el teclado su adiós a catorce años de conservatorio. El rímel hacía imposible distinguir ya las teclas blancas de las negras cuando uno de los jueces le gritó: «Menos llantos y a tocar a tu casa». Los iris azules

de la chica irradiaban un odio tan vivaz y tan feroz y tan veraz como pocas veces se ha visto en televisión. Al arrancar una cuerda del piano se hizo un corte en la mano y eso convirtió el intento de estrangulamiento posterior en una escena sanguinolenta de intenso carmesí que quedó muy bien en pantalla por aquello de los tonos televisivos. Y eso que la legislación española impidió que se ejecutara el castigo a los perdedores del formato en Japón: la amputación de la mano derecha.

Al menos el programa de literatura en España les ofrece un poco de paz nocturna. No hay cámaras en la habitación, que es individual, aunque no mejor que una celda: un catre, un retrete sin tapa, un escritorio con un paquete de papel reciclado y un bote de bolígrafos de plástico. Cuando terminan de grabar cada programa, a las doce y media de la noche todos los días, los encierran allí, en compañía de un bocadillo frío, un refresco y un *clac* eléctrico que asegura la cerradura. Aprovechan ese tiempo para ensayar los relatos y desarrollar ideas que puedan utilizar como comodín. Una de las pruebas más temidas es la que llaman *Hermes*. El jurado enuncia una palabra al vuelo y les conceden una hora para escribir un relato de su puño y letra sobre el tema. Mañana se enfrentarán al último *Hermes* y sabe que no podrá competir con la brillantez del uno ni el carisma del otro. Solo la suerte puede salvarlo, y para tentarla, en las noches de silencioso encierro en que solo se oye el llanto de otros concursantes, ha escrito historias al azar con palabras como Coca-Cola, violonchelo, escorpión, masturbar, yogur, dentista, *talent show*.

Al día siguiente, con los focos derritiéndole el cerebro, la boca seca y la corbata color coral estrangulándole la nuez de Adán, se pregunta si le fallará la memoria si le toca una de las palabras que ha preparado al azar y, curiosamente, el azar quiere que *memoria* sea la palabra elegida para el primero de sus competidores, el carismático. Su escrito, un remedo de *Funes el memorioso*, lo protagoniza un hombre que recuerda absolutamente todo lo que ve, distingue entre cada pájaro de una bandada, entre cada crin de un caballo, entre cada hoja de un árbol y puede enumerarlas días, años, décadas después, pero, como la memoria le ha privado de la capacidad de abstracción, no es capaz de resolver el más sencillo de los acertijos que un niño de cuatro años soluciona por él. Plagiar a Borges debería descartar a ese candidato para la victoria final, pero sus nervios se multiplican cuando escucha la ovación cerrada que sigue a la lectura de la última palabra, *memoria*, con voz perfectamente modulada. Piensa que si protesta se pondrá al público en

contra, no hay nada que ofenda más a las masas que alguien luchando por una causa justa.

Más doloroso aún es escuchar la palabra que le toca en suerte al segundo competidor, el brillante. *Ordenador*, una de las que él tiene preparadas. Con su tono entrecortado y algo siseante lee un relato excelente sobre un mundo que languidece porque todas las historias las escribe una aplicación informática usando un algoritmo. Especialmente patético es el tercio final en el que una pareja es incapaz de comunicar sus emociones antes de dormir juntos. «La vida», termina, «se reducía a ventanas que se abrían y cerraban pero nunca dejaban pasar la brisa fresca ni escondían un paisaje ni te incitaban a arrojarte por ellas ni tampoco a quedarte detrás».

A la desenvoltura de sus contrincantes se une la desafortunada palabra que le toca en suerte para su *Hermes*. ¿Quién sería capaz de escribir un cuento en una hora con la palabra *punte*? Se le ocurre una historia de una periodista neurótica y acrofóbica, incapaz de subir en ascensor más allá de un segundo piso o cruzar un puente, el problema es que vive en Manhattan y eso le hace perder decenas de puestos de trabajo. Un día un mormón de los de camisa blanca y placa negra sobre el bolsillo, de los que reparten folletos con la palabra de Cristo, la obliga a subirse a un coche a punta de navaja y le dice que la va a violar. La parte central del relato hace hincapié en sus esfuerzos por excitarse, por humedecerse para mitigar el dolor y quién sabe si tal vez disfrutar de la situación (esta idea la coge del comodín que preparó con la palabra *vagina*), pero el mormón pretende violarla en un garaje de Queens y para llegar allí deben cruzar el puente de Brooklyn con el automóvil. Caliente como está, con más ganas de sexo que nunca en su vida, le da un codazo a su captor y se tira del coche en marcha. Termina diciendo: «Me podrá dar por saco todo lo que quiera, podrá correrse dentro de mí, podrá preñarme de un pequeño devoto de Cristo, pero lo que no voy a permitirle de ninguna manera es que me haga pasar por encima de un puente».

Cuando concluye su lectura no se escucha más que un tímido aplauso en la recóndita zona del plato donde se reúnen sus familiares. Las caras del jurado reflejan perplejidad más que ninguna otra cosa. El juez de la pajarita blanca le dice que él sufre de vértigo. El escritor de autoayuda le dice que una violación no es motivo de broma. La reportera de los hoyuelos le dice que no le ha gustado nada, como ninguno de los otros que ha escrito. Esta vez ya ni siquiera tiene ganas de abrazarla. El presentador le dice que, vaya, con una recepción tan fría, para que pueda ganar necesita escribir el mejor relato del

mundo en la última prueba, la definitiva, que se celebrará mañana y tendrá un tema común: vocación o muerte. Aplauso atronador en el estudio.

Está delante del mazo de folios cuando escucha el chasquido eléctrico que bloquea su puerta. Tiene una noche para escribir el mejor relato del mundo o no volver a escribir nunca más y no sabe ni por dónde empezar. El único sonido que se oye esa madrugada es el de su llanto.

A la mañana siguiente cuando la puerta se desbloquea, *clac*, el guardia corre a llamar a los productores, al presentador, al jurado, a los otros dos participantes, al equipo técnico, a los primeros espectadores que ya han llegado al plato. Todos se agolpan en la habitación, se arrebuja, se ponen de puntillas para ver su cuerpo desnudo colgado imponente de la corbata color coral. Sobre un folio en blanco han caído dos gotas de esperma impelidas por su cerebelo al asfixiarse.

Las caras del jurado reflejan entusiasmo más que ninguna otra cosa. El escritor de autoayuda es quien lo dice primero: «Es el mejor relato que he visto nunca. Es poesía viva, es la vida misma, es la vocación y la muerte, es la sutil destreza de conjugar ficción y realidad». El juez de la pajarita blanca dice: «Es el relato de Schrödinger, vivo pero muerto, vivo y muerto al mismo tiempo». La de los hoyuelos dice: «A mí no me gusta demasiado, pero creo que ya tenemos ganador». Los otros dos concursantes permanecen callados y se miran como si en su mutismo se dijeran el uno al otro que, por lo menos, no están en Japón.

35

Cuando volví de Cuba

Karl regresó de Cuba un sábado caluroso de julio, arrastrando una maleta a la que una rueda se le había vuelto loca, con el temor de que un líquido viscoso se escabulliese por la pernera de sus *shorts* beis y resbalase hasta las sandalias, como una copiosa regla sin tener la regla. Cuando llegó, Hans estaba en la habitación del fondo, subido al taburete de tres patas en que ella se sentaba de niña a ver la televisión y había salvado del cubo de la basura al morir su abuela. Armado con un aerosol y un trapo blanco ennegrecido, fregaba las salpicaduras redondas que la condensación dibujaba en la pared. Con su baja estatura y la escasa ayuda del diminuto taburete las pasaba canutas para alcanzar los ángulos del cuarto, que olía a un batiburrillo de lejía y humedad. A pesar de los hongos, la casa era más grande y acogedora que el antiguo piso de estudiantes con olor a mendigo, una de las ventajas del reciente contrato que Karl había firmado en la televisión. Hans limpiaba con el torso desnudo para no mancharse con el aerosol; por encima del pantalón del pijama asomaba una tripa pequeña y esférica, trabajada a base de refrescos y estreñimiento, que oscilaba asombrosamente de un día para otro. Lo hacía de esa guisa porque aquel *spray* ya le había estropeado varias camisetas. Era increíble la capacidad que tenía para comerse el color de los tejidos en contraste con el escaso efecto que producía sobre las huellas de la humedad. Aunque frotasen sin descanso, siempre quedaba un surco que pronto volvía a rellenarse. Era una guerra absurda, perdida de antemano.

Mirando el perfil de su novio, a Karl se le ocurrió que si le pedía allí mismo, entre efluvios de lejía y humedad (una batalla de hongos contra hongos), que se colocase uno de sus sacrosantos condones y la penetrara, ocurriría lo mismo que al masturbarse con resaca, que, al menos durante unos cuantos minutos, todas las molestias y preocupaciones se desvanecerían. Solo correrse la devolvería a la realidad. «El orgasmo», solía decir Moritz, «no es más que la violenta colisión contra la realidad».

El muro de la realidad se empeñaba en decirle a Karl que llevaba meses acostándose con Moritz. Desde una noche en que se encontraron por casualidad en un bar. Unas copas de más los empujaron a un baile, a un abrazo; empujaron a una mano a acariciarla sin disimulo mientras ella y sus amigas jugaban a esas máquinas de pantalla táctil que entonces estaban de moda; los empujaron a una felación flácida y alcohólica entre los arbustos de la Alameda... Y ahora el castillo de naipes se desmoronaba por culpa de una pringosa aventura en Cuba.

Karl siempre se había preguntado hasta qué punto se podía prolongar una infidelidad sin causar estragos a su alrededor. En el Viena había sostenido con vehemencia que exigir exclusividad sexual era posesivo y fundamentalista. «¿No os parece el celibato algo absurdo?», decía, «pues la fidelidad es algo similar: renunciar al deseo por algún tipo de razón divina que no alcanzo a comprender». De vuelta de Cuba, comenzaba a adivinar por qué la infidelidad es algo más complicado que la satisfacción del deseo, más complejo que el episodio aislado con el que te engañas a ti mismo más que a tu pareja, ni siquiera una sucesión de episodios aislados; la infidelidad es un virus adictivo y aniquilador que lo infecta todo. En su caso, teniendo en cuenta que salía con la persona más inteligente que ha conocido, a Karl le cuesta pensar que Hans no estuviera enterado desde el principio. Quizás incluso desde antes de que ocurriese. La famosa profilaxis del ajedrecista.

El viaje a La Habana se encargó de hacerlo evidente en forma de rojece, flujos, prurito, olor, dolor y vergüenza. ¿Cómo olvidar el vuelo de regreso removiéndose sin parar sobre el asiento con los hongos acomodados en su aparato reproductor? Había pasado un yogur por el control de equipajes para aplicárselo en la vulva y así se aliviaba en el baño del avión.

Acostarse con el recepcionista nocturno del hotel era todo menos discreto. No es eximente que aquel cubano fuera el opuesto al embaucador de guayabera blanca. Era tímido, callado, enclenque hasta el punto de que su desnudez resultaba embarazosa, un saco de huesos cosido a una polla; el atento empleado que te acerca una almohada extra a las doce de la noche, que te mira con ojos tristes recién salida de la ducha, con la toalla enroscada en el pecho. Karl estaba infectada por el virus de la infidelidad; pronto lo estaría de otro tipo de elementos microscópicos. Cuando engañas a tu pareja con su mejor amigo, es fácil que llegues a engañar a tu amante con un recepcionista cubano. Eres una devoradora de experiencias, actúas por instinto, para llenar algún tipo de vacío en tu cabeza y en tu coño.

Por las mañanas, al grabar los reportajes, Karl se preguntaba qué estaba haciendo pero, como en la historia de las resacas y la masturbación, por las noches se quitaba los remordimientos a base de orgasmos. Él la lamía durante horas, no sabía si lo hacía porque las mujeres de su país se resistían al sexo oral o era solo su forma de agradecerle que lo sacara del aburrimiento del despachito a la entrada del hotel, leyendo el *Granma* de madrugada, dormitando sobre un puño cerrado mientras los mosquitos trataban de devorarlo. La lamía hasta dejarla seca, hasta hacerle cosquillas. A Karl la sacaba de quicio que eso le recordara tanto a Hans y su frenillo quejumbroso. Cada vez era menos exigente, a cada nuevo amante le pedía menos, en ese punto de su vida le llegaba con sentirse deseada, bastaba que la desearas y sería tuya. Por las noches se esfumaban los problemas que veía por las mañanas. Por las noches resultaba imposible imaginar que aquel enclenque adicto a su sabor alojase un nido de hongos en el pene.

Cuando empezaron los picores y su hermana le aconsejó que se untase yogur, le pidió al recepcionista que se lo consiguiera. Él le dijo que no podía abandonar el hotel y le proporcionó un listado de los colmados cercanos. Fue la última vez que hablaron. Karl ni siquiera se despidió de él antes del vuelo de regreso. Ya solo pensaba en cómo contarle a Hans que el único regalo que le había traído de Cuba eran unos inquietos viajeros instalados en su vagina.

Ahora, sentada sobre la cama, mirándole la tripa, afronta el momento que la ha torturado durante siete mil quinientos kilómetros, convencida de que un accidente de avión habría sido increíblemente oportuno. «Tengo algo en el coño que me contagió un tío en el viaje. Creo que debes saberlo y eres libre de actuar en consecuencia». Es una confesión, sí, pero es la confesión más cínica de la historia de las confesiones, porque, ya que estamos, quizá debería decirle algo también de los meses que lleva tirándose a Moritz. Pero eso prefiere callárselo.

Él se encoge de hombros y le pregunta si quiere que la acompañe al médico. Eso es lo que le dice y la encoleriza, la hace polvo, le duele más que los arañazos de rascarse. «¡No, no, no! Quiero que te enfurezcas, que me insultes, que me llames zorra, que me dejes, que te pongas uno de tus asquerosos condones, que me folies hasta que se mezclen la sangre y el pus». Él se sube al taburete y reanuda su tarea con el trapo y la humedad. Le dice que no tiene la menor intención de hacer ninguna de esas cosas. Karl resopla, está agotada, incómoda, necesita una ducha cuanto antes, pero primero le pide a Hans que se vista y se vaya. Él no protesta, guarda unas pocas cosas en la

mochila y se marcha. Deja allí su ropa y sus libros y le dice que volverá a buscarlos. Ella le pide que vuelva en seis meses, entonces hablarán.

Tarda tres semanas en curar su vagina, pero hay heridas que no se cierran nunca. Durante medio año por su piso pasa alguien distinto casi cada noche. Solo se pone una norma: no repetir. Nada de Hans, nada de Moritz, nada de Rudolph. Le sirven compañeros de trabajo, aunque prometió que nunca lo haría. Hombres extremadamente guapos que conoce en los bares y la invitan a una copa. Hombres extremadamente feos que conoce en locales de última hora y la invitan a una raya. Señores mayores, de cincuenta o sesenta para arriba, que no son capaces de excitarse y a veces duermen abrazados a ella. Adolescentes que empiezan la universidad y nunca han estado con una mujer y eyaculan en su mano al tocarlos. Un negro que vende elefantes y pulseras de madera y deja su hatillo en el suelo de la habitación y cuando ella va al baño por la noche se hace una herida en el pie al clavarse la trompa de un absurdo paquidermo. Un músico callejero irlandés que está haciendo el Camino de Santiago y prefiere tocar la guitarra en la cama antes que el sexo. Un kurdo que trabaja en un kebab y al que las manos le huelen a salsa de yogur. Una lesbiana con la que no pasa de tiernas caricias. Cada experiencia es una historia, una página de su vida, y ella, no sabe muy bien por qué, quiere consumirlas todas juntas, que la escritura se superponga y no llegue a entenderse. Quiere hartarse de sexo, quiere engullir experiencias y vomitarlas en el váter, quiere curarse del mordisco de la infidelidad, quiere querer a Hans, realmente quiere quererlo, pero lo cierto es que pocas veces se acuerda de que todo esto lo está haciendo por él.

Ahora que su coño está limpio, es la habitación la que concentra los hongos, las circunferencias se han cargado de color negro y se ramifican como un diagrama. Apenas ventila el cuarto; el sexo rancio y concentrado respira por sí mismo apropiándose del aire; la habitación es como un coche en mitad de un descampado en el que dos jóvenes practican un coito perpetuo; el vaho pinta un cuadro abstracto en la pared. Recuerda la primera vez que lo hizo con Rudolph, con los ojos fijos en una lámina de Robert Rauschenberg; ahora son los círculos de Kandinsky los que se dibujan en su habitación. Se encarama al taburete para limpiarlos, aunque apenas llega al techo salvo de puntillas, se quita el camisón y el sujetador para no mancharlos con el aerosol.

Cuando llaman a la puerta y ve a Hans por la mirilla solo lleva puestas las bragas. Él carga la mochila al hombro. Ese día se cumplen seis meses desde que se fue. Lo abraza, la cabeza de Hans cae entre sus pechos, el aliento reverbera en sus pezones. Por un momento eso la hace sentir bien.

Noviembre: Michel Fourniret

Te escribo desde Bruselas.

Sentado sobre el colchón mullido del hotel, veo el Parque del Cincuentenario y su Arco del Triunfo, tan aburrido como todos los arcos triunfales, vanidoso y belicoso en el país que, según he leído, ha albergado más batallas que ningún otro en Europa. Recuerdo que el primer día que puse el pie en Bruselas, hace casi una década, me pareció una ciudad vibrante y hermosa, cuando las cosas solían parecerme vibrantes y hermosas. Fue el día en que Materazzi, defensor de la *azzurra*, agarró de la camiseta al mejor futbolista del mundo, Zinedine Zidane, desencadenando una serie de consecuencias. En esencia: un comentario de Zidane sobre la posibilidad de regalarle a Materazzi la camiseta al final del partido si es que tanto la deseaba; una respuesta poco elegante del italiano acerca de que, en caso de recibir un regalo por parte de Zidane, casi prefería a *la puta de su hermana*; un cabezazo en el pecho de Materazzi; una tarjeta roja; una tanda de penaltis perdida; el cuarto Mundial para Italia; el disgusto de los argelinos de Bruselas que vestían camisetas de Zidane y se habían pintado la cara con los colores de la bandera francesa; la alegría de los flamencos que celebraban la derrota gala gorjeando en su idioma imposible; y los valones, bueno, no sé muy bien a quién apoyaban los valones.

Aquella ciudad bulliciosa, llena de banderines, televisores y mejillones con patatas fritas, me parece hoy sucia, melancólica, reprimida como la tormenta que se acumula en el cielo mientras deambulo por las proximidades de la Gare du Nord. Entro en el recinto para consultar si es allí donde mañana debo coger el tren a las Ardenas. Al salir, me hago un lío y acabo en la parte trasera de la estación. Una callejuela llena de cajas de basura y fruta podrida, edificios de ladrillo corroídos por la humedad, un grafiti en el que alguien jura que no ama a las furcias que se cepilla, una sórdida taberna y cuatro o cinco

escaparates llenos de vaho, sucios de polvo, que alojan a mujeres ligeras de ropa en taburetes. Un lóbrego Barrio Rojo donde solo permanecen las prostitutas que han rechazado en Ámsterdam. Unos borrachos se pelean a empellones mientras las chicas hacen gestos con el dedo y me dedican poses obscenas; el más alto está a punto de caerme encima, vocea, bracea, escupe un hueso de aceituna. Aligero el paso con la vista en el suelo y no me detengo hasta llegar a la esquina en que una avenida se abre como una bocanada de aire. Me apoyo en una cristalera con el corazón en un puño maldiciendo Bruselas, La Revista y mis estúpidos reportajes. Pero no es una simple cristalera, sino otro escaparate. Me separa de una chica desgarbada, cubierta de lunares, distraída, poco preocupada por encontrar clientela. Del interior del establecimiento asoma un hombre con corte de pelo militar y una camiseta de la selección francesa que evidencia su barriga. Señala a la chica y me habla en francés con acento extranjero y los tiempos verbales en presente. «La mejor mujer de toda Bruselas. ¿Te gusta?». «Muchas gracias, pero no me interesa». «No lo lamentas. De verdad. De verdad. Un rato. La mejor mujer». «En serio, se lo agradezco, pero tengo prisa». El tipo me agarra del brazo, yo trato de soltarme sin ofenderle. «Otra no se mueve como ella. Amigo, escuchas, sé lo que digo. Es mi esposa». Agita en su anular una alianza dorada que ha perdido el brillo y me guiña el ojo. «Primer cuarto de hora se lo regalo». En el dorso de su camiseta leo el nombre de Zidane en serigrafía barata. Una frase recorre mi cabeza. Si me das a elegir, prefiero a la puta de tu hermana.

¿SUFRES POR LA VACA CUANDO COMES ENTRECOT?

Las indicaciones que ha anotado por teléfono la conducen ante una construcción tradicional: muros de piedra vista, tejado de pizarra a dos aguas, jardín en la parte trasera. La chica piensa que no le importaría vivir en una casa como esa, pero las clases de inglés a domicilio le reportan los francos justos para un refresco con sus amigas. Ha gastado todos sus ahorros en un anuncio en el periódico. Y parece que funciona porque el hombre llamó esa misma mañana. Antes de pulsar el timbre se mira instintivamente en la ventana. No es bonita, nunca lo ha sido. Tiene los dientes demasiados salidos y odia sus cejas, que nacen en la raíz de la nariz como el casco de un hoplita. En cambio, está orgullosa de su cuerpo, menudo y bien formado, aunque sus pechos son pequeños. Ahora lleva el pelo cortito como un chico. El reflejo en el cristal le dice que se ha equivocado al cortárselo. Pasa los dedos por los diminutos mechones hasta que se da cuenta de que al otro lado de la ventana la vigila un rostro afilado y turbador. El rostro dibuja de pronto una sonrisa. Ella saluda tímida con la mano y coloca sobre la frente el más largo de sus rizos. «El pelo crece, ya crecerá, chica. ¡Ojalá todos tus problemas fueran esos!». Michel, pues así se llama el hombre, la invita a cenar al finalizar la clase de inglés. Se sientan cerca de la chimenea en la que crepita un leño geométrico. La esposa, Monique, le sirve un entrecot de ternera con mostaza y guisantes, y permanece de pie fregando los cacharros. Michel habla con templanza. Hasta que, sin dejar de masticar, le pregunta a la chica si sufre por la

vaca al comerse un entrecot. Entonces su rostro vuelve a ser afilado y temible, como lo era tras la ventana. Un trozo de carne se atasca en la glotis de la chica antes de que el hombre se abalance sobre ella. La violación dura apenas unos segundos, Michel es eyaculador precoz. ¡Si solo fuera eso...! También es el psicópata más frío que han visto las Ardenas desde que los aliados barrieron a los nazis. Aún no se ha secado el pene cuando la estrangula con el cinturón. Al sentir el frío de la hebilla en el cuello, la chica piensa tontamente en sus rizos, en cómo se equivocó al cortarse *à la garçonne*. «El pelo crece, ya crecerá. ¡Ojalá todos tus problemas fueran esos!». Monique friega los platos mientras fuma un cigarrillo. No mira el cadáver de la chica, pero tampoco sufre por la vaca al comer entrecot.

La madre de Hans también siguió fregando los platos cuando sucedió el episodio de la escalera, que hasta ahora has tenido la delicadeza de soslayar en tus relatos. Hans nunca quiso profundizar en el tema contigo porque nuestro silencioso amigo se había percatado de tu incontinencia mucho antes de que empezases a derramarla sobre el papel. Tal vez te sorprenda saber que a mí Hans sí me lo contó, a mí sí me habló de la niña de acento argentino, me habló de la niña de ojos azules y melena rubia recogida en una trenza que acababa de llegar a Coruña desde Buenos Aires. Siendo plana como una tabla tenía la desgracia de llamarse Lisa. Era Lisa cuando sus amigas empezaron a desarrollar los pechos; era Lisa cuando la popularidad iba unida a las glándulas mamarias; era Lisa combatiendo con rebeldía los juegos de palabras, demasiado fáciles para que un adolescente los dejase escapar. Acaba castigada la clase de gimnasia, dando vueltas al pabellón durante el recreo, y le entran unas ganas incontrolables de hacer pis. Se encierra en el retrete, se baja de golpe el pantalón de chándal y las bragas y se sienta en el inodoro. Al levantarse enrolla en la mano un trozo de papel higiénico y se limpia mirando hacia el váter. La pared frente a sus ojos es excesivamente alta, como si al arquitecto le sobrara espacio o le faltasen ideas, y está llena de pintadas y palabras raspadas con llave o navaja. La mayor parte son insultos a otras chicas, «Noséquién es una puta», «Nosécuánto es una golfa», «Noséquemás la chupa». Nombres de alumnas que acabaron el instituto hace años, que ahora serán esposas y madres —puede que una sea la profesora de gimnasia que la ha castigado— y, tal vez, si es que alguna vez lo fueron, han dejado de ser putas y golfas, aunque probablemente la sigan chupando. Lisa continúa leyendo tranquila la pared de abajo arriba hasta que su vista se detiene en el respiradero a dos metros y medio del váter, unas estrechas rendijas por las que entra luz suficiente para ahorrarse una bombilla y corre el aire llevándose los malos efluvios. Entre las ranuras Lisa, con las bragas por las rodillas, distingue unos ojos que la observan, unos ojos que se clavan en la incipiente mata de pelo crespo y claro sobre su raja. Lisa sale corriendo del baño, casi

sin tiempo a subirse las bragas, y llama a gritos a la profesora de gimnasia que la mira con cara de qué coño le pasa a esta ahora. «Un hombre... Un hombre mirándome. Allí...». A Lisa le entran ganas de llorar y se abraza a la maestra como si fuera una niña pequeña. Pero al entrar en el váter no hay nada salvo las partículas odoríferas de los meados de Lisa, que no ha tirado de la cisterna. «Estaba ahí. Lo juro. Tienes que creerme...». Está llorando a lágrima viva. La profesora decide revisar con ella el otro lado de la pared; rodean medio instituto hasta llegar al patio en que desemboca el indiscreto respiradero. Allí descansa, apoyada contra el muro, una escalera de metal; de ella parte un reguero de salpicones que desaparece en la puerta de aluminio que conduce a las entrañas del edificio, señal inequívoca de que alguien ha huido cargando un cubo de agua. Una parte del muro aún está mojada. Lisa no ha engañado a la profesora, alguien ha visto más de lo que debería. Alguien ha visto su ranura entre las ranuras. Y ya hay un candidato a culpable. El bedel encargado de la limpieza exterior. El hombre lo niega al recibir el dedo acusador; luego sostiene que fue casualidad, que no quería mirar, que estaba limpiando, que nunca antes había hecho algo así en veinte años de bedel. Pero en el pequeño despacho de la portería el Jefe de Estudios encuentra revistas pornográficas camufladas entre tebeos de *Hazañas Bélicas*. El instituto llega a un acuerdo con él para que solicite una excedencia hasta el momento de su prejubilación —para la que no faltan más de tres años—, y así no tener que ir a juicio, lo cual sería bochornoso para todas las partes. Acepta el acuerdo, pero deja allí a su hijo, que estudia segundo de BUP. El chaval, bastante retraído de por sí, sufrirá un cambio de apodo. Ya no es John Piorrea, el hombre del aliento imposible; ahora es Pedo, el alias que iguala la culpa del padre con la inocencia del hijo. Lisa es la primera en azuzar al alumnado contra Pedo. La rubia argentina no es tonta y ha encontrado en ese rápido vistazo a su coño el instrumento necesario para conseguir la popularidad que le han negado sus pechos. Quién quiere tetas siendo víctima de un Pedo. Los tres años de instituto que le quedan a Pedo son un infierno: guantazos, insultos, pintadas, escupitajos. El viejo bedel monta en casa *stukas* en miniatura; entre sus dedos regordetes se escurren las pequeñas piezas, minúsculas como el sueldo con el que subsiste su familia. La madre friega, fuma y calla.

Rudolph.

37

Rape Me

NIRVANA

Es una cerradura magnética.

De esas que encienden una lucecita verde al acercarles una tarjeta. De esas que no ayudan en absoluto si tu mayor terror reside en el allanamiento. Marga tiene que pasar la tarjeta siete veces por el dispositivo. Tal vez por efecto de algún tipo de magnetismo en sus venas, siempre se enciende la luz roja. ¿Cuál es la principal característica de la cerradura? Es silenciosa. Malo. Malo para la *apodysofobia*, la enfermedad que Marga se ha autodiagnosticado y cuyos síntomas vienen a ser los opuestos del exhibicionismo.

Fue Rudolph quien propuso pasar, un fin de semana en un hotel del norte de Portugal durante una prematura ola de calor. Doscientos kilómetros sudando a chorros en un Toyota negro de alquiler sin aire acondicionado. Llevaban un mes viéndose con asiduidad. Y aquí viéndose es un eufemismo sustituible por un amplio léxico de índole sexual. Marga observaba el brillo de sus pechos en el parabrisas, sentía las gotas escurrirse por su espalda y solidificarse. En cuestión de segundos, sus secreciones se volvían grumos pegajosos como los que quedan al arrancar el precio de un libro.

Cuando pensaba que estaban perdidos, que morirían deshidratados en mitad de la nada, surgió una escalinata de piedra, y al final del último escalón, apareció un edificio como el palacio veraniego de una zarina. Apareció también un mozo para hacerse con la llave del Toyota y conducirlo al aparcamiento mientras otro se plantaba junto al maletero para subir el equipaje. Marga salió del coche y agarró con fuerza su maleta cuando el botones alargó la mano.

«*Com licença, senhora. ¡Por favor!*».

Marga no estaba dispuesta a permitir que nadie llevara su carga. Se había habituado a valerse por sí misma. Con seis años, cuando la dejaban a cargo de su hermano —que entonces tenía cuatro— vaciaban en un contenedor la cena que había preparado su madre, cogían las monedas de cien pesetas que ella tenía ahorradas y devoraban helados de vainilla y bollería industrial mirando al mar. Con ocho la mandaban a hacer la compra al ultramarinos y regresaba transportando dos bolsas más grandes que ella mientras pellizcaba la barra de pan. Camino abajo, parecía hecha de plástico azul y rizos negros. Si había acarreado aquellas bolsas cuando ni soñaba con usar sujetador, por qué, ahora que va a tener silicona en las tetas, no habría de cargar con su maleta, en la que solo transportaba una muda, dos bikinis, un neceser, un cargador de móvil y un ejemplar gastado de *Alta Fidelidad*.

La verdadera razón, lo reconoce, era que no quería dejar propina. No por tacañería, sino porque ignoraba la cantidad apropiada. No quería pasarse ni quedarse corta. Por encima de todo, no quería dejar ver su incomodidad en aquel ambiente de pijos.

Si ansiaba pasar desapercibida arrastrando la maleta por la escalinata, no podía estar más equivocada. Los mozos la perseguían tratando de arrebatársela, repetían «*com licença senhora, por favor*», y brincaban a su alrededor como monos en un templo hindú. Los huéspedes que tomaban un refresco en el pórtico del hotel se asomaban a la barandilla. Los que estaban en recepción salían a la puerta a contemplar el espectáculo. Las cortinas de las ventanas se descorrían para verla saltar de dos en dos los peldaños escapando de los botones. Rudolph la miraba divertido con las manos en los bolsillos mientras un tercer mozo cargaba su equipaje.

Se veía a la legua que todo lo que hacía era para impresionarla: menuda pérdida de tiempo. Era poco impresionable, la verdad. Lo único que necesitaba era seguir humedeciéndola. Ese era el motivo por el que Marga había aceptado recorrer la autopista de la exudación y la carretera de la sudoración.

Rudolph no parecía percibir su indiferencia mientras caminaban por el sendero terroso que atravesaba los hoyos del campo de golf y presumía del dinero de su padre. De vez en cuando tenían que saltar a un lado si se cruzaban con los carritos, que circulaban a toda velocidad. Los *caddies* conducían con temeridad levantando una nube de polvo. Señales en varios idiomas anunciaban el peligro de ser golpeado por una pelota de golf y recomendaban una ruta de paseo alternativa.

Tranquila, dijo Rudolph, aquí no juegan más que viejos que no son capaces de levantar las pelotas del suelo.

La ambigüedad de la afirmación le provocó a Marga un ataque de risa. Él respondió con un gesto con la mano que bien podía significar un reproche por su puerilidad o que estaba espantando un mosquito.

Los mismos mosquitos que los comen esa tarde en la piscina. A él sentado en el borde con las piernas en remojo. A ella dormitando en una tumbona cubierta por una sombrilla.

Hasta que la despiertan los gritos de una niña.

«Oliiiiiiiii, Oliiiiiiiii. ¡Que no haces pieeeeeee!».

Con su voz chillona turba la maravillosa sinfonía de los nadadores que se sumergen en el agua y hacen música a cada brazada.

Chooof. Chooof. Chooof.

«Oliiiiiiiii. Ofiiiiiiii».

Oli es una niña rubita con pañal, de unos dos años, que chapotea junto a su madre. Su prima, más feúcha, la dobla en edad y es quien está fastidiando la siesta a todo el complejo hotelero. Al parecer, tiene miedo de que Olivia se ahogue aun cuando su tía la está agarrando.

En las tumbonas se oye protestar y la palabra *maleducada* en varios idiomas, pero Rudolph permanece inmóvil. Está absorto en una chica portuguesa que se llama Caterina o Catarina. Tiene poco más de veinte años y su cuerpo es armonioso como solo puede serlo a los veinte. No es que sea guapa —lo mejor que se puede decir de ella es que su cara no deslucе al cuerpo—, pero parece simpática. Caterina o Catarina habla con su madre caminando a pasitos en el centro geométrico de la piscina. El agua la cubre hasta el pecho. Un efecto involuntario que realza sus magníficas tetas-notumorosas. Rudolph persigue el paseo dominical madre-hija con el disimulo del depredador. Luego se vuelve hacia Marga y le sonríe disculpándose. «Mira lo que quieras, amigo, no pienso casarme contigo».

Una hora más tarde estarán en la habitación y lo tendrá dentro de ella. Ahí le importará poco Caterina o Catarina. Ni siquiera se enfadará lo más mínimo si él se confunde y la llama Caterina. O Catarina. No le van los celos, ni la posesión, ni ser poseída, salvo en la cama. Ahora que vuelve a sentir esa sensación tan agradable de un miembro deslizándose —no arrastrándose— en su interior, no hay sitio en su cabeza para Caterina. Ni Catarina...

Pero es una cerradura magnética.

La primera camarera, por suerte, llama a la puerta, *toc toc*, antes de utilizar su tarjeta para abrirla. Marga se cubre con la sábana, Rudolph se ata

un albornoz a la cintura. La mujer, ataviada con una cofia, les entrega el parte meteorológico de los próximos días.

La siguiente camarera no tiene tanto tacto. Se planta delante de ellos cuando está a punto de correrse. Esta vez no ha llamado, simplemente ha abierto con la tarjeta. Silenciosa. Malo. Malísimo. Al menos Marga no ha oído los golpes en la puerta, aunque es difícil con la cabeza enterrada en la almohada. Sea como sea, cuando ve a la vieja con su ridículo uniforme y su cofia, pega un grito que se oye en el hoyo dieciocho.

La camarera deja caer un par de bolsitas de plástico con tres galletas cada una y sale disparada de la habitación corriendo por el pasillo.

Que tengo *apodysofobia*, joder.

La mueca de disgusto de Rudolph es menos natural que la que se dibujó en su cara cuando en mitad de la piscina un portugués besó en la boca a Caterina. O Catarina.

La cantante de las Fat Bottomed Girls intenta una versión de Nirvana y chilla pidiendo que la violen.

«*Rape meeeee, rape meeeeeeeee*».

Su grito, demasiado agudo, no recuerda a Kurt Cobain sino a la niña feúcha de la piscina cuando Marga se quitó la peluca y se dio un chapuzón al lado de Oli con la cabeza monda y lironda.

«¡Oliiiiiiiii, no llores! Que es solo una chica sin pelo».

«No es la única», dice la cantante, «no es la única».

Octava parte del testimonio de un asesor

Minutos antes de que me llegase el mensaje que me instaba a una conversación no deseada, estaba leyendo un reportaje sobre la diferencia entre lágrimas. Leía que las lágrimas emocionales liberan mayor cantidad de leu-enkefalina que las basales o las reflejas y, siendo la leu-enkefalina un analgésico natural, el llanto es un extraordinario calmante autogenerado por nuestro organismo. Por eso llorar es magnífico y no entiendo por qué hasta ahora he ocultado mi condición de llorón empedernido. ¿Por qué no le conté que lloré cuando le diagnosticaron el cáncer? ¿Acaso eso es malo? ¿Por qué no contarle que salí llorando del restaurante de comida rápida después de su whatsapp? Un *tenemos que hablar* es la muerte en diferido. Una sentencia capital. Y más cuando llega tras una cita con su amigo Armando. Nunca le he dicho lo mucho que lo detesto, que hay días en los que me gustaría que estuviese muerto. Veintiséis días después de empezar a salir es uno de esos días. Han quedado a comer juntos y me han excluido porque les apetecía hablar de sus cosas. Odio la expresión: *nuestras cosas*. Odio que se embadurne en base de maquillaje antes de quedar con Armando, que extienda por su cara un compuesto de talco, magnesio, almidón y zinc que guarda en una cajita de rapé, que delimite una raya en el borde de los párpados para ver a un cojo al que le falta un dedo. Ahora están hablando de mí, no me cabe duda: de qué otras cosas pueden estar hablando que sean *suyas* y me excluyan a mí. ¿Y qué le estará diciendo ese viejo verde de Armando? ¿Qué dirá de mí con esa retórica de baratillo que ella tanto admira? ¿Qué verdad estará instalando en su cabeza? Ella, en su juventud —digamos también inmadurez—, aún concibe la existencia de las verdades irrefutables. Armando es el principal enunciador de esas verdades y es consciente de su poder. Puede plantar ideas en su cabeza como quien planta petunias y se sienta a verlas crecer. Armando

es su filósofo particular, su Sócrates trasnochado con patillas, arete dorado en la oreja y pulseras de cuero en la muñeca. Es miembro de esa generación que disfruta presumiendo de la falta de estudios y erudición. «Mira lo que sé de la vida y nunca he leído un libro». Como si eso fuese una virtud, un punto a su favor: «Eh, mírame, no he leído un libro, admírame, deséame». En ese sentido, es semejante a los políticos para los que he escrito discursos en los últimos años, a cual peor, comenzando por la actual Consejera, profetas de la mediocridad, de la simplificación, de la repetición, del maniqueísmo, de la mistificación. La comparación me parece adecuada, Armando es un político, aunque su electorado se reduce a una sola persona: la chica del cáncer, que, a su vez, es su directora de campaña. «Armando el ecologista, el activista, el pacifista, el héroe de Greenpeace...». Pues ¿sabéis qué? Tenemos un problema con el profeta de patillas grises. Alguien se ha tomado la molestia de comprobar los archivos de Greenpeace y no aparece ni una sola vez mencionado ni existe una fotografía de nadie que se parezca a él. Ella asegura haber visto esas fotos pero, en mi opinión, no son más que petunias en su cabeza. La gran baza del mentiroso es la pereza de los demás. Nadie se molesta en comprobar las mentiras, aunque no crean ni la primera palabra. El modo en que la gente compite con un mentiroso es inventando una mentira aún mayor, como en esas conversaciones en el colegio en las que un niño decía que su padre era el mejor porque tenía un tanque y otro decía que el suyo era mejor porque tenía un avión, y tú sabías que nada de eso era verdad, pero decías que el tuyo era el mejor porque tenía un ovni, aunque te creyeras más lo del ovni que lo de que aquel señor panzón, salido y medio tartamudo fuera el mejor. Ella creería a Armando, aunque le dijera que había sido telegrafista en el ovni de su padre. Es más, si Armando le dijera que me dejase, probablemente me dejaría. Pero entonces aún pienso que no lo va a hacer. Por una razón evidente, porque Armando, el falso ecologista, está perdidamente enamorado de ella. Sabe que no puede tenerla, que su admiración se desvanecería si intentara propasarse, si descubriera que estos once años de amistad son su mayor mentira, la fachada del deseo, de las erecciones, las poluciones y los dictados de su venosa polla de viejo. El cortejo de los feos más largo de la historia. A Armando le interesa que ella esté con alguien como yo, un poca cosa, alguien a quien mirar por encima del hombro. Prefiere eso a que cada noche que salga se acueste con alguien distinto y le escriba un mensaje para contárselo: «menudo polvazo». O: «iba tan borracho que se quedó dormido a la mitad». O quizá no le cuente nada, pero lo suponga y le duela mucho más. Yo le hago un gran servicio, soy el

hombre de paja, el testafarro de las gónadas de Armando. Sé de lo que hablo porque es algo que me ha sucedido en otras ocasiones, incluso con mis mejores amigos. Ningún feo puede engañarme porque, lo que a él le pase, a mí ya me ha ocurrido con creces. Imaginaba a Armando ridiculizándome, riéndose de mis condones, de mis rápidas eyaculaciones, de mis manías en la cama y fuera de ella, y me rompía el corazón. De eso no te salva que ya te lo hayan roto en el pasado, el corazón tiene una extraordinaria capacidad para regenerarse y volver a romperse. Si pensaba que ya no me quedaban vísceras que machacar, estaba completamente equivocado. Esta vez la estaba queriendo más con las entrañas que con el corazón. La estaba queriendo con los intestinos, con mi colon defectuoso lleno de mierda atascada, aferrándome a ella con mi metro y medio de masa rosácea, pegajosa y arrugada, pero ella era perfectamente capaz de destrozarme otra vez sin darse cuenta siquiera de que me estaba destrozando. Pensaría, como todas, que me daba igual que me patearan. Nadie alcanza a ver mis sentimientos debajo del *prosopon* trágico que me cubre el rostro, y que debiera constar como prueba principal de mi defensa: esta maldita cara. Me hubiera encantado que ella me trepanara —como tanto le gustaba decir— el cráneo y entrara en mi cerebro y lo leyera como quien lee un libro. Seguro que no era el libro que ella imaginaba, pero al menos sería un libro real, no la sarta de mentiras de Armando. Lo admito, y si eso es un agravante, que pese sobre mí, odio, odio, odio, odio, odio a Armando. Porque la conoce desde antes que yo, sabe cómo era cuando tenía dieciséis años, sabe cómo se reía con su risa infantil, sabe cómo terminaron de formarse sus maravillosas tetas cancerosas, probablemente le contase cómo perdió la virginidad, probablemente lo llamase cada semana cuando estudiaba en Madrid. Frente a eso yo no puedo competir. A mí me conoce solo desde hace cuatro años y no empezamos a hablarnos regularmente hasta hace dos y medio. Tendrían que pasar siete años más y aun así sería inútil porque Armando seguiría llevándome muchos años de ventaja. Otra vez la jodida tortuga de Aquiles, solo que esta vez la paradoja tiene una solución perfectamente plausible: que Armando se muera. Es la paradoja más sencilla de la historia. Aquiles le revienta el caparazón a la tortuga de un mandoble y luego hace sopa con sus restos. Cuando hablo así de la muerte en realidad no albergo deseos de dolor o de tristeza para los demás, solo el deseo de la desaparición, como en una vieja película en la que Zeus mueve a su antojo a los humanos usando unas figuritas de barro, y cuando se enfada no tiene más que deshacerlas en su mano hasta convertirlas en polvo de arcilla. ¿La habéis visto? Para mí, el resto del mundo no son más que molestas figuras de arcilla

que alguien ha puesto en mi camino; desear que desaparezca un pedazo de arcilla no puede ser catalogado de maldad o delito. Igual que no puede ser catalogado de delito que saliendo del restaurante de comida rápida me imagine a Armando desplomado sobre un plato de pasta con tomate, el mantel salpicado y los rizos llenos de carne picada. Y, qué coño, eso me hace sentir bien, sin importarme que ella sufra por él, lo que me lleva a preguntarme si, cuando le diagnosticaron el cáncer y me metí a llorar en el *office* que tenemos en el gabinete para calentar comida precocinada en un sucio microondas, en realidad lloraba por ella o por mí. ¿Alguna vez lloramos por los demás o solo lo hacemos por la tristeza que la tristeza de los demás provoca en nosotros? El llanto, eso pienso ahora, es la máxima representación del egoísmo humano, el ser humano que llora es solo un adicto a la leu-enkefalina, el ser humano que llora solo llora por sí mismo. Y yo lloro y lloro y lloro, pero nunca delante de la gente, igual que tampoco suelo reír a carcajadas en público, aunque ella me hace gracia, lo reconozco, es graciosa, la persona más graciosa que he conocido, hasta con cáncer. Pero a veces olvida que las personas descendemos de una máscara de teatro y me dice: «Óscar, eres tan poco tú cuando te ríes». ¿Pero tú tienes la más remota idea de quién soy yo?

Marzo: Krystian Bala

Te escribo desde Wrocław.

Un tisanuro plateado recorre la moqueta verde del hotel antes de que lo aplaste con un libro llamado *Amok*. En el piso con olor a mendigo al que Hans y Karl se mudaron solíamos perseguir con libros en la mano a los ciempiés que emergían de los desagües y corrían por las paredes. Elegíamos los ejemplares que menos nos gustaban de la colección de Karl y les asestábamos el golpe mortal. «Pobres ciempiés», decías, «morir aplastado por un volumen gigante de Susanna Tamaro debe ser terrible», y luego añadías: «En realidad el libro tiene más culpa que el ciempiés». A veces te detenías frente a alguno de los miriápodos y le preguntabas si tenía una última voluntad antes de ser ejecutado. Un día te pregunté cuál sería tu última voluntad. «¿Si fuera un ciempiés?». «No, si fueras Moritz Schlick». Dijiste: «Un mondadientes».

Las ventanas viejas de mi habitación encierran el fragor de los turistas. Los edificios de la Plaza del Mercado de Wrocław acaban en ángulos imposibles y están pintados de colores pastel que contrastan con el cielo gris y plomizo que se descuelga sobre la ciudad; es el mismo desde que aterricé en Polonia, un gris triste, un gris irreal, semejante al color de la prisión en la que ayer me cité con Krystian Bala. De todas las entrevistas que he realizado en mi vida, ninguna me ha afectado como esta. Krystian tiene 42 años y lleva ocho encarcelado. Cuando cumpla su condena tendrá 59. En persona es mucho más delgado de lo que había imaginado, su rostro es anguloso como los edificios de la Plaza del Mercado; su cabello ha perdido la negrura por áreas y grisea sobre todo en las sienes; bajo ellas sobresalen sus grandes orejas, que sostienen unas gafas de montura redonda que estaban de moda cuando entró en prisión. Vislumbro en sus ojos un brillo de locura, aunque es probable que no sea más que un prejuicio. Por un momento, llego a dudar si

es Krystian quien responde a mis preguntas o es en realidad Chris quien lo hace.

LA NOVELA PERFECTA

Amok apenas vende unos cientos de ejemplares cuando se publica. La protagoniza Chris, un hombre de enorme inteligencia, alcoholizado y afecto a las prácticas sexuales más perversas; un asesino que, sin razón aparente, mata a su exnovia y queda impune. La novela no le gusta a nadie. Cuatro años después ocupa un espacio destacado en todas las librerías de Polonia. Lo sorprendente es lo que ha ocurrido entremedias. En 2005 Krystian Bala vive en Micronesia. Ha dejado Polonia empujado por el fracaso de su empresa de limpieza, de su carrera literaria, de su matrimonio con Stasia. En septiembre embarca en un vuelo a Chojnow para visitar a sus padres. Entonces no sabe que no subirá al avión de regreso. El 5 de septiembre lo detienen a la salida de una farmacia acusado del asesinato de Dariusz Janiszewski. El cadáver de Dariusz había aparecido cinco años antes en el río Oder, con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda y marcas de tortura por todo el cuerpo. Durante unos años parece el crimen perfecto. Salvo por un detalle: el asesino ha dejado pruebas decisivas en una novela. La policía llega hasta *Amok* por casualidad. Descubren que el móvil de Dariusz fue vendido en Internet por un individuo llamado Krystian Bala. Lo poco que saben de él es que vive en el extranjero y ha escrito una novela. Uno de los detectives compra *Amok* por simple curiosidad. No imagina que el libro va a resolver uno de los casos más difíciles de su carrera. Los paralelismos que encuentra entre Chris y Krystian son asombrosos. Chris es alcohólico, violento, pervertido. Ata una soga al cuello de su exnovia. La apuñala y vende los cuchillos Suntaku por Internet. Incluso el robo de una estatua de San Antonio una noche de borrachera coinciden en el libro y la realidad. En la última línea de *Amok*, Chris dice que el de Sonya ha sido «el asesinato de unos celos ciegos». Stasia, la exmujer de Krystian, confiesa que mantuvo un pequeño romance con Dariusz cuando su matrimonio se iba al traste. Más que suficiente para condenar a Krystian Bala, quien, desde el banquillo de los acusados, atiende incrédulo a su juicio. Lo están condenando por escribir un libro. «Estáis condenando a un personaje», dice. «Estáis condenando a Chris». Pero será Krystian quien pase el próximo cuarto de siglo entre rejas.

Lo primero que me preguntó Krystian Bala en la prisión, nada más sentarse frente a mí, fue si me había gustado su libro. Reconozco que me cogió tan de sorpresa como si me hubiese preguntado si le había llevado un mondadientes. Me incomodó su cara de decepción cuando le dije que no soy capaz de leer en polaco. Estoy seguro de que me habría mandado a paseo de buena gana si no fuera por la ausencia de conversaciones con personas del exterior. Ahora sobre la cama dura del hotel descansa el ejemplar de su novela con una cabra en la portada que me mira de reojo. A su lado, un pescado me observa de perfil desde la tapa de otro libro. *Por la boca muere el pez*. El mensajero de la empresa de transporte me lo entregó, junto a tu carta, cuando salía hacia el aeropuerto.

Me pides que te diga qué me parece, me pides comprensión y generosidad. Te diré, Moritz, que no sé qué ganas escribiendo esas historias tuyas. Me preguntas si me veo retratado: ¡claro que me veo retratado! ¿Me molesta? Eso no es lo importante, ¿te has preguntado si les molesta a otras personas con las que ya no te hablas? Estoy pensando en dos personas a las que ya maltratamos lo suficiente. A veces no hace falta asesinar para destruir a alguien. Una vez que se ha iniciado, el proceso de descomposición es imparable. Me preocupa que tú seas el siguiente. Me preocupa que acabes destruyéndote a ti mismo. Reconozco que tal vez el libro no tenga la culpa de eso —no creo que sea peor que los otros—, sino la patética visión de Krystian Bala, obsesionado con *Amok* a pesar de los siete años de cárcel. ¡Pero si hasta tenéis los mismos rizos! Por un momento he dudado si quien respondía a mis preguntas era Krystian o Chris... o tú.

Estás tan obsesionado con ser escritor que vas a acabar matando a alguien: vas a acabar matándote a ti. La última vez que me invitaste a tu apartamento me pareció que todo ese desorden tuyo se había convertido en miseria. Entonces no te lo dije, pero me afectó verte así, moviéndote ilusionado como un mendigo en su lugar preferido del vertedero. Ahora me envías este libro y quieres que te diga lo que pienso. Pienso que la vida tiene que ser algo más que comer los congelados que compras por un euro en el supermercado, algo más que fumar la colilla que has dejado en el cenicero el día anterior, algo más que ponerte un abrigo sucio para acudir al Registro de la Propiedad Intelectual. Tiene que serlo, Moritz, de verdad quiero creerlo. Vivir tiene que ser algo más que ir tirando. Siempre me dices lo mismo: voy tirando, pero se supone que cuando alguien tira lo hace hacia algún sitio y tú solo tiras para tirar un poquito más. Es curioso, pero últimamente me ha dado por pensar que la vida se parece más a lo que teníamos en el Viena que a lo que nos ha ocurrido después. La vida se parece más a los amigos que se fueron, a la mujer que nos abandonó. ¿Aún te preguntas por qué se marchó? ¿Te lo has preguntado alguna vez ante el espejo, contemplando tu reflejo, los pantalones desgastados en la entrepierna, los jerséis tiznados de quemaduras, la suela despegada de los zapatos, el apartamento mugriento, la cama deshecha, las sábanas sucias? ¿Crees que es posible vivir así sin perder el juicio? Sabes que seguiré dando la cara por ti las veces que haga falta aunque luego me la partas como la última vez, cuando te conseguí esos reportajes para La Revista y tuve que escribirlos yo a última hora porque tu libro te absorbía *como el filtro de una piscina*. Cuando vuelva a Coruña y nos veamos de nuevo, intentaré conseguirte una entrevista para un trabajo serio, pero tienes que prometerme

que te afeitarás y te vestirás como una persona. Si hace falta iré a comprar la ropa contigo y saldremos de esta. Olvida la literatura, Moritz, la otra opción es convertirte en Krystian Bala. La otra opción es que te devore tu propio personaje. Es el peligro al que nos enfrentamos, acabar devorados por nuestro personaje. Por nuestra novela perfecta.

Rudolph.

40

Hey

PIXIES

¿Quieres verlas?

El sol de mayo ardía como en agosto la tarde de sábado que Armando invitó a Marga a su casa. La oncóloga la había reprendido al enterarse de su episodio en la piscina con Caterina; había prohibido a Marga mantener cualquier tipo de contacto con los rayos solares. Su piel, blanquísima ya por naturaleza debido al efecto de algún gen recesivo de Richard Parker, era aquella primavera tan translúcida que podías dibujar sobre ella el atlas de sus venas.

La casa de Armando era vieja, casi decrepita. El techo alto estaba lleno de arañas y humedades y para alcanzarlo hacía falta una escoba o una escalera. Un pasillo largo dividía las estancias, ahora los dos se encontraban en el salón, el mayor de los espacios. Albergaba siempre un ligero tufo a marihuana aunque Armando jurase que no fumaba en casa. Si no tenías cuidado podías tropezarte con un guerrero negroide tallado en madera, un tótem indio o una máscara africana. En la librería polvorienta y semivacía descansaban muertos de aburrimiento la colección de la Guía Médica —los fascículos que componen los tomos *Res-Tet* y *Tic-Tum* aún sin encuadernar—, un volumen ilustrado del hundimiento del Titanic, y la *Historia General de las Drogas* de Escohotado. En una esquina dos niños rubios sonreían en una fotografía. Dan, de doce años, pasaba el fin de semana con los *scouts*. Lara, de diez, había ido al dentista con su madre. Cuando a Marga se le ocurrió la pregunta estaban bebiendo de la botella una cerveza sin alcohol.

—¿Quieres verlas?

Fue lo primero que le vino a la cabeza mientras mordisqueaba el cuello de cristal. Armando era el único hombre importante en su vida que no le había visto las tetas y, ya que se las iban a quitar —o al menos ella contaba con que

eso decidiera el Comité Genético—, se le ocurrió que era una lástima que se quedara sin verlas.

—¿Quieres?

Armando guardaba silencio observando su escote. Marga se hacía la tonta pero sabía que miraba sus tetas cuanto podía. A fin de cuentas, ahí radicaba el sentido de la proposición. Poseía algo que él deseaba con todas sus fuerzas y a ella le encantaba jugar con ventaja.

—No sé si ser el único hombre que no te las ha visto me convierte en un héroe o en un primo —dijo Armando sonriendo debajo de su nariz torcida.

Con un hábil movimiento, Marga se bajó la camiseta y las tiras del sujetador. En un abrir y cerrar de ojos liberó ambos pechos, el tumoroso y el sano, que, a pesar de la disparidad celular, reaccionaban a la ola de calor sudando por igual.

Armando los examinó como si no hubiese visto otros en su vida. Grababa en su memoria pulgada a pulgada aquellas dos colinas perfectas —perfectas por fuera— para llevar la imagen consigo en sus momentos de vejez, quizás en su lecho de muerte. A Marga le habría encantado poder conservar esa grabación cerebral como recuerdo de las tetas originales para, cuando se las extirpen y las sustituyan por otras de mentira —un fraude de silicona que nunca se moverá con la misma naturalidad—, poder enseñársela a las visitas en un televisor de plasma como quien pone el vídeo de la boda.

Armando permanecía con los ojos clavados en los senos; Marga se sentía cómoda siendo observada. Solo un reloj de pared que marcaba los segundos con un lento tictac y un mosquito que desdeñaba su desnudez volando distraído demostraban que el tiempo no se había detenido. Rascándose el lóbulo del que colgaba el arete dorado, Armando se atrevió a preguntarle si podía tocarlas.

Ella dijo: «Están sudadas, con este jodido calor y esta jodida menopausia...».

Él dijo: «No importa».

Al menos tuvo el detalle de tocarle el pecho sano. Como le faltaba el índice utilizó el meñique, del mismo modo que hacía con las regletas en la emisora. Comenzó pasando el dedo por los lunares salteados en el inicio de la turgente ascensión. Fue siguiendo la suave ruta que marcaba una venita azul hasta llegar a las areolas. Allí sintió la rugosidad de los gránulos que flanqueaban el pezón, que se puso tieso y duro de inmediato.

La cerradura era de las que llaman de llave de pezón.

¿Es posible un nombre más apropiado?

Define a un tipo antiquísimo de cerraduras que accionan llaves con mástil de hierro macizo del tamaño del índice del que carece Armando. El mástil recorre el camino desde la base hasta el diente, tan grueso que parece muela y no diente. El ojo de la cerradura tiene la forma que el cerebro asocia con la palabra *llave*, aunque en realidad se corresponda solo con llaves en desuso. Como la de la casa de Armando, que hace tanto ruido al abrir como el calabozo de una prisión medieval.

Apodysofobia.

Si antes el tiempo se había detenido, ahora parecía avanzar hacia atrás. No se oía el *tic* del reloj de pared, tampoco el *tac*. El mosquito colgaba suspendido en el aire. Todo se reducía a una llave accionando una cerradura antediluviana.

A Marga la *apodysofobia* le genera parálisis, pero ¿y él? ¿Por qué coño no reacciona? ¿Por qué sigue sobando su pezón marrón oscuro con el meñique mientras Lotte se guarda la oxidada llave de pezón en el bolso y recorre de la mano de Lara el infinito pasillo hasta el salón?

Lo primero que ve son las trenzas rubias de la niña. Lara los mira con los ojos abiertos como dos canicas a punto de caer. El mosquito reanuda entonces el vuelo. En lo que tarda en cruzar el salón los presentes tratan de recomponer el rompecabezas. Algunos cuentan con más pistas que otros. La pobre Lara es quien está más perdida. Su madre le complica la operación cubriéndole los ojos con la mano, haciendo pantalla con los dedos para que no entrevea ni un atisbo de pecho. Marga suda más de lo normal, le cuesta respirar, tiembla, el corazón se le acelera. Por los síntomas, define su dolencia como ataque agudo de *apodysofobia*. Y acierta básicamente porque es la única víctima de esa enfermedad. Y los síntomas vienen a ser los que a ella le da la gana.

Empieza a estar más que harta de esa banda de ninjas entrenados en el movimiento de llaves que se plantan ante ella cuando está ligera de ropa. Y eso en el mejor de los casos. Están consiguiendo que se le quiten las ganas de cualquier tipo de práctica sexual. Qué jodida maldición. Y, qué demonios, tampoco estaba haciendo nada malo. Simplemente estaba sacando a pasear unas tetas moribundas, despidiéndolas del mundo.

Morituri te salutant.

Nada más que eso.

Con acento marcado que no pierde con los años, Lotte demuestra templanza danesa y explica, antes de nada, el motivo de su prematura llegada que les ha sorprendido haciendo lo que quiera que sea que estaban haciendo.

«Le han cambiado la hoga a la niña en el dentista, porque han tenido una complicación con una muela del huiño».

Armando asiente dando el plázet oficial a su explicación. Lotte aprieta los ojos de la niña. Lara corre el riesgo de acabar como Edipo para no tener que seguir viviendo con lo que ha visto hacer a su padre.

¿Y qué ha visto, eh? ¿Qué ha visto? ¡Nada! ¡Nada! ¡El adiós a dos condenadas a muerte!

Lotte dice: «¿Y vosotgos...?».

Armando dice: «No es lo que parece».

La frase de los culpables.

Pero antes de que añada otra cosa, Marga se levanta del sillón y echa a correr. Necesita aire, oxígeno, respiración asistida. Con las últimas fuerzas que le quedan le dice algo. Algo como «que tengo *apodysofobia*, joder».

Cuando vuelve a reencontrarse consigo misma está en la calle. Ha recorrido a la carrera —supone— las escaleras desde el tercer piso deslizándose la mano por el pasamanos y saltando por los descansillos. Ha agarrado con fuerza —imagina— el viejo portón de madera con un llamador en forma de puño de bronce hasta salir a la brisa fresca, aunque no corra una puta brizna de aire.

Ahora —eso sí lo sabe fehacientemente— está ahí fuera. Los hombres de la calle observan fijamente sus pechos desnudos que no ha tenido tiempo de guardar. Las mujeres la miran con cara de susto. Se santiguan y dicen «habrase visto. Qué juventud, Dios mío, qué juventud».

Marga replica «*morituri te salutant*» agarrándose las tetas de un modo ciertamente ordinario.

La cantante de las Fat Bottomed Girls entona una famosa canción de los Pixies añadiendo puertas y putas al batiburrillo que Marga carga sobre los hombros. Añade también michelines, los de la cantante y los de Frank Black. El vocalista de los Pixies lucía su sobrepeso en un concierto reciente que vio en la MTV antes de que retirasen el canal de la parrilla. Le duele reconocer que sintió una pizca de envidia porque Frank Black tiene tantas tetas como ella y encima a él no se las van a extirpar.

41

Inmaculada (Tríptico flamenco)

Amara se está peleando con alguna aplicación del móvil mientras Karl conduce con la mirada distraída por una interminable recta de autopista. Su hija, le gusta pensar, es testaruda y decidida desde que era el espermatozoide de uno de los hombres que no la engendraron.

La concepción de su hija sigue siendo un episodio místico para Karl que, en su imaginación, en vez de amainar, se agranda con el paso de los años. En su cabeza es un tríptico flamenco de la Inmaculada Concepción, solo que no está protagonizado por la Virgen llena de Gracia sino por la Gran Furcia. La puedes ver en el panel izquierdo con un pijama corto por el que asoman las piernas torneadas, recién depiladas con una cuchilla barata que le ha hecho un pequeño corte. Está en su casa, en la que desde hace cuatro meses vuelve a vivir con Hans, pero la sutileza del pintor nos transmite que el experimento no está funcionando, sin necesidad de palabras ni gestos grandilocuentes. Quizá sea la luz que asciende desde el suelo y les ilumina los rostros lo que les confiere cierto aire de tragedia en ciernes. Una maleta a medio hacer separa a los dos protagonistas del lienzo: mañana se van a Berlín y, como hacen las parejas en crisis, han invitado a sus amigos a unirse a ellos en el viaje porque ya no se soportan. Y sin embargo Hans la mira con ojos lascivos. Si prestas atención puedes observar incluso un trazo de más en su entrepierna, un pegote de pintura que representa su polla de frenillo frágil. Su mano alarga algo hacia la Gran Furcia que no es fácil de distinguir porque los maestros flamencos no están acostumbrados a dibujar ese tipo de objetos: un pedazo de caucho transparente, grueso como el neumático de un camión, que sufrirá esa noche un segundo pinchazo. Karl mira su mano extendida con una cara que algunos críticos llamarán de sorpresa y otros de aceptación, pero ninguno de apetencia. El detalle más excelso del pintor es una pequeña mota de tinta roja

en el pantalón del pijama de ella, una pincelada delicada, casi invisible, pero necesaria para comprender el tríptico al completo, porque explica por qué al retirar el látex y darse cuenta de la rotura, entre restos del último óvulo muerto anterior a Amara, ella le dice que no es necesaria la píldora del día después. «Aún estoy en el cuarto día de regla». Esa es la leyenda que figura debajo del panel con caligrafía monástica: «En el cuarto día de regla».

En la maleta deshecha en el suelo se pueden distinguir con trazo preciso varias prendas de ropa interior, incluidas unas bragas blancas de encaje muy trabajadas por el maestro. En el panel central del tríptico las mismas bragas blancas concentran la mayor parte de la luz porque la escena es, en esencia, oscura. Al fondo, quien conozca Berlín, no tendrá problema para distinguir los muros de Tacheles, con grafitis, ventanas rotas y aspecto de panificadora abandonada. A sus pies, unas mesas y bancos de madera ennegrecida por la humedad, idénticos a los de los merenderos a donde los padres de Karl la llevaban cuando era niña; donde le daban de comer filetes fríos de ternera empanada que sabían a plástico porque se habían recocado de camino en el *tupperware*, y ni se les pasaba por la cabeza la grandísima furcia en la que se iba a convertir su hija. En uno de esos bancos están ellos sentados de manera poco natural. No es la imagen más lograda del pintor, que yerra al tratar de representar a Karl descabalgando a Moritz, demasiado rígida en un momento de extraordinaria laxitud. Además de las bragas, bien distinguibles sobre el banco, hay otra imagen luminosa, aunque menos brillante: la que representa el semen en la pierna derecha de ella. Un reguero cálido y excitante que palpita y humea sobre su piel. Moritz contrae el rostro en una mueca de placer. En el de la Gran Furcia, en cambio, en penumbra parcial, no se aprecia tanto la pasión como el ansia de ser descubierta. El semen es abundante, excesivo, pornográfico. Tiene que serlo para evocar la frase que siempre le decía Asun: «Antes de llover chispea». Un refrán de viejas que aparece escrito bajo el panel central del tríptico de su cabeza.

El resto perfectamente lo puede imaginar el espectador: Hans y Rudolph se han ido a dormir porque quieren madrugar al día siguiente para visitar el campo de concentración de Sachsenhausen. Ellos dos regresan borrachos, dando tumbos y riéndose a carcajadas a la habitación del albergue que comparten con unas canadienses y ya ha sido motivo de fricciones por su cochambre. Rudolph duerme a pierna suelta y las canadienses nunca llegan antes de las tres de la mañana. Hans espera despierto y les pregunta de dónde vienen. Ella le contesta que de follar y se echa a reír con risa ebria. Hans, con sus ojos tristes, les dice que no hagan ruido, que quieren madrugar. Karl lo

odia más que nunca. «Preferiría que lo hicieras, Bartleby, preferiría que lo hicieras».

Los seis días de viaje restantes son un infierno; Hans y ella apenas se dirigen la palabra, aunque él, curiosamente, habla con Moritz con normalidad. Karl se esfuerza por hacerle la vida imposible a Hans: quiere ir a los lugares que más le molestan, a los restaurantes orientales que él detesta, a la piscina pese a que él no sabe nadar, a andar en bicicleta, a los centros comerciales de Kurfürstendamm. Rudolph mira a Moritz como preguntándole si no podía haberse estado quieto...

Y eso nos lleva al panel de la derecha que remata en Tegel mientras esperan el avión de regreso. Según se ve al fondo del lienzo, el vuelo tiene tres horas de retraso. En primer plano aparecen Rudolph y la Gran Furcia en una de esas cabinas de fumadores de los aeropuertos en las que flotan en el ambiente por igual los ácaros y la nicotina. Normalmente esas jaulas transparentes están atestadas, pero en esta se encuentran los dos solos (licencia pictórica) chupando con ahínco el filtro de un marlboro como si fuera el último cigarrillo de la tierra, el último deseo del condenado. Más allá del cristal caen gruesas gotas de lluvia que hasta en la pintura huelen a humedad estival. Él exhibe un tranquilo gesto inquisitivo; ella, apesadumbrada, le explica algo sin apartar el pitillo de la boca. Cualquiera que sepa leer un cuadro escuchará de sus labios: «O le doy un giro a mi vida o me muero», y distinguirá una burbuja que no sabrá decir si es lluvia tras el cristal o una lágrima caída de sus ojos. Quien esté familiarizado con el contexto y el pintor flamenco conocerá las consecuencias de contarle este tipo de cosas a un tipo como Rudolph, cuya idea de consolar a una mujer siempre va ligada a la polla. Querida Gran Furcia, cuando le cuentas algo así a alguien que no sabe comunicarse con el sexo femenino sin usar su jodida polla sabes que vas a terminar penetrada en el baño de minusválidos del aeropuerto de Tegel y, si no le dices que se separe, se correrá dentro de ti sin darle importancia ni valor, cerrando ya no solo tu tríptico, sino una etapa entera de tu vida que empezó precisamente con su polla rasgando tu himen. La leyenda del tercer panel solo puede ser una: «Amara es testaruda». Lo es desde que era el espermatozoide de uno de los hombres que no la engendraron.

Cuando se le retrasó el período, Karl opinó que con toda seguridad el semen de Rudolph sería el culpable, pero siempre se había reído de ese tipo de idioteces: «una mujer sabe de quién es su hijo». ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo saben? ¿Tienen algún tipo de lector de ADN en la matriz del que ella carece? Los miembros del Círculo le habían enseñado a creer ciegamente en la

ciencia, por eso no debió haberles extrañado tanto que mes y medio después de acostarse con ellos los reuniera en el Viena (Hans ya se había ido de su casa, como siempre sin protestar), les dijera que estaba embarazada de uno de los tres y les pidiera que se arrancaran un pelo para introducirlos en otros tantos cilindros de plástico como los que guardaban los carretes de veinticuatro fotografías. Les dijo que el ganador recibiría una llamada y se fue.

De todos los juegos del Círculo ese, el último, fue el más macabro, pero a Karl entonces le pareció de lo más normal. En cuanto al resultado de la prueba... Digamos que antes de llover, chispea.

Novena parte del testimonio de un asesor

Estamos acercándonos ya al final, y yo lo hago con un profundo agujero en el estómago cuando la acompaño a casa, un poco por mis problemas de flora intestinal y mucho por su *tenemos que hablar*. Ella parlotea de naderías mientras atravesamos un interminable viacrucis de semáforos en rojo. Cada cambio de disco ensombrece un poco más la espera hasta que se ilumina el monigote verde. La incertidumbre siempre me pone nervioso, ergo, me ataca al estómago. Podría pedirle una explicación, pero lo último que me apetece es discutir en público. He visto a otras parejas peleándose por la calle y pocas cosas hay que me generen mayor vergüenza ajena. Además, es evidente que ella está dando rodeos y prefiere esperar a que estemos en su casa para decirme lo que sea que me tiene que decir, así que con ser paciente durante un puñado de minutos nos ahorraremos la discusión callejera. A cambio, tendré que pasar por otra situación incómoda porque si, como temo, lo que ocurre es que va a dejarme o a pedirme tiempo —fase previa a dejarme—, su casa no es el mejor lugar para recibir la información. Quiero decir que puede dejarme, de acuerdo, pero ¿cuándo tengo que irme? ¿Es preferible esperar unos minutos o marcharme ya? ¿Debo recoger mis cosas inmediatamente: el pijama, el cepillo de dientes, los libros, los condones —sobre todo los condones, porque no pienso dejarlos allí para que otro embuta su polla en ellos— o volver a por ellos en otro momento? ¿Tal vez deba meter todo en una caja y que sea ella quien me lleve la caja al trabajo? Mientras habla y habla, en todo lo que puedo pensar es en el cepillo de dientes que está casi nuevo y en el ejemplar de *La conjura de los necios* de pasta dura que me regaló mi primera novia cuando empezamos a salir, no tanto en las consecuencias de la ruptura que se avecina, aunque el estómago me lance punzantes advertencias. Del cepillo de dientes, sin entender muy bien por qué, paso a las células cancerosas. Me digo

que puede que lo que suceda es que haya empeorado del cáncer y sea de eso de lo que vamos a hablar, pero no veo cómo se ha podido enterar hoy de esa noticia. No creo que la llamaran al móvil para anunciar una metástasis o que le enviaran un SMS o un whatsapp diciendo «quimioterapia fallida, le recomendamos ir contratando un servicio funerario y dejar sus asuntos en regla», ni que se haya encontrado a la oncóloga por la calle y se lo haya dejado caer tomando un café. Pero ahora mismo casi preferiría que la conversación fuera por esos derroteros. Es obvio que me estoy convirtiendo en una persona de mierda, pero tampoco es que el resto del mundo se haya preocupado demasiado por mí. No quiero que esto sirva de atenuante y, con todo, debo decirlo: nadie se ha preocupado por mí. Ni siquiera la chica del cáncer. Y de ella no me lo esperaba, a pesar de que siempre ha sido un poco despegada, afectiva y a la vez distante, como en el sexo cuando me abrazaba al mismo tiempo que estaba a un millón de kilómetros. Esa es la distancia a la que me habla ahora, a pesar de que puedo ver sus pecas bajo el maquillaje e incluso la encantadora separación entre sus dientes. Enlaza una conversación vacía con otra como si estuviera en órbita llamando a la Tierra, siempre expresiva pero funesta en el fondo, como mi propio reverso. Sus manos tiemblan ligeramente al abrir el gran portón de madera que da paso al jardín, cuyo césped están replantando ahora que se acerca el verano. De momento es irregular, con franjas altas y sombras marrones en las que por las tardes, cuando se ausenta un rato el jardinero, pájaros zancudos y pequeños gorriones se dedican a picotear semillas. Viendo a los pájaros tragar a dos carrillos dudo que la hierba vaya a estar presentable cuando llegue la temporada de piscina y se retire la lona azul que ahora la cubre, pero es absurdo malgastar un solo segundo en esos pensamientos porque está claro que este verano, después de que ella me mande a paseo, no voy a tener acceso a la piscina. A veces no saber nadar es un alivio. Si albergaba algún tipo de duda sobre lo que va a acontecer, se despeja cuando piso el felpudo. —*Lo que pasa en esta casa se queda en esta casa*—, y exhalo un suspiro que involuntariamente se convierte en sollozo. Ella lo percibe, aunque aparente lo contrario y siga emitiendo su cháchara como una caja de música con manivela. A pesar de las apariencias, se le ha quebrado la voz. Hay quien dice que dejar es más difícil que ser dejado. Lo dicen personas hermosas como ella a las que no han dejado nunca. Cuando vimos juntos *El verdugo*, ella sentía compasión por el personaje de Niño Manfredi, el ejecutor, y tuve que recordarle que había un tipo al que le iban a estrujar el gaznate. Qué sentimiento tan humano ese de compadecer a quien menos compasión necesita. Nos sentamos en la cocina sobre unos

taburetes blancos oxidados frente a una mesa de madera de Ikea, alta y áspera, que le ha dado pereza pintar. Clavo los ojos en el frutero amarillo en el que se pudren dos nectarinas, y recuerdo que fue en esa cocina donde hace veintiséis días desayunamos unas tostadas con mantequilla y nos besamos. Ella toma aire, tiene los ojos llenos de lágrimas, pero seguro que es un efecto del tratamiento. Espero jugueteando con una nectarina tan blanda que rezuma agua con solo rozarla. Desearía más que nunca que me dijera que le han encontrado una metástasis, pero sus primeras palabras destierran la posibilidad de una propagación de las células cancerosas. «Creo que es mejor que lo dejemos». Silencio. Miro sus ojos oscuros y extraños y me da la impresión de que brillan de alegría. Puede que sea porque se está quitando un peso de encima o puede que sea otra vez el reverso de mí mismo, el *prosopon* cómico, incapaz de poner cara de tristeza ni cuando está triste. El silencio se mantiene varios segundos; no hay mejor arma que el mutismo para impulsar una confesión. «Los dos sabíamos desde el principio que esto no iba a funcionar, me caes bien, me has ayudado mucho, en el trabajo y en lo personal, durante este mes tu apoyo era lo que necesitaba, pero ahora creo que lo mejor es que mantengamos una distancia...». O sea que no es tiempo sino distancia lo que necesita. Continúo en silencio asimilando una información que en el fondo conozco desde que empezamos a salir juntos hace veintiséis días, mientras comía tostadas y su coño. «Siento que puedas pensar que te he utilizado, hasta yo misma he llegado a pensarlo, pero simplemente creo que los dos hemos hecho lo que nos apetecía durante este tiempo y creo que...». Por fin la interrumpo: «¿Ha sido Armando quien te ha dicho que me dejaras?». «¿Armando? ¿Qué tiene que ver Armando en esto?». Parece descolocada. «Bueno», dice, «puede que Armando me haya recomendado que te deje, pero en realidad lo ha hecho por protegerte... porque desde hace unos días estoy viendo a otra persona». Conque era eso, conque Armando ha decidido cambiar de testafierro de sus gónadas. Conque hay otro hombre que la está haciendo suya, que besa sus pechos tumorosos, que huele el afrutado licor de su sexo, que deshace en sus manos su culo de mantequilla. El agujero en el estómago se convierte entonces en verdadero dolor, un pinchazo que me taladra las tripas y me genera la imperiosa necesidad de evacuar. Pero no quiero que lo último que haga en su casa sea atascarle el retrete con un cagarro —aunque sería un final glorioso para una relación que empezó con una paja en ese mismísimo váter—, así que me levanto apresuradamente y le digo que me tengo que marchar. Mi reacción la desconcierta, pero me acompaña a la puerta. Antes de despedirme, de nuevo sobre el felpudo

omnipresente, se me ocurre preguntarle si conozco a mi sustituto. La pregunta la irrita un poco: «¿Y eso qué importa?». Cuando ya me voy a ir sin respuesta, añade: «Si lo que me preguntas es si es alguien de nuestro círculo, no, no lo es, Óscar, es pura casualidad que esté con él, no creo que lo conozcas de nada». «¿Nuestro círculo? ¿Tú y yo tenemos un círculo juntos?», le digo. Y ya está. Porque ella puede estar irritada pero nunca tanto como mi colon, así que me despido con un gesto de la mano y, después de que la chica del cáncer le dé dos vueltas a la cerradura, me escabullo por el jardín donde las aves zancudas siguen pegándose un festín con las semillas, me cuelo en el servicio común que hay al lado de la piscina y me desquito cagando con profusión.

Febrero: Mary Bell

Te escribo desde Londres:

A la luz de las farolas, distingo una hilera interminable de casas estilo Regencia desde el cuarto del hotel; las fachadas blancas decoradas con estuco, los capiteles jónicos en las columnas, los balcones de hierro forjado. Al fondo, la estación de Sloane Square; en realidad no la veo, pero sé que está ahí, que sigue ahí, como estaba esta tarde cuando decidí coger el metro y no el taxi acostumbrado: la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Nada lo presagiaba cuando me subí al vagón de la *District Line* en dirección a St. James's Park. El trayecto comprendía solo dos paradas, así que ni siquiera me detuve a comprobar si había sitios libres. Me agarré a una de las barras de metal que flanquean las puertas junto a una chica paquistaní con hiyab que leía de pie una novela de McEwan y dos chinos que hablaban en mandarín y gesticulaban cómicamente. En Victoria abordó el metro una riada de seres humanos: sijs con turbante, judíos con kipá, ejecutivos con alfiler en la corbata, gordos con camisetas del Arsenal, universitarias con prisa, un solitario hare krishna. Empujaban maletas, bicicletas, perros, carros de bebé, o simplemente empujaban a otras personas. El aluvión me arrastró hacia el final del vagón alejándome de las puertas a una sola parada de mi destino. Pero estos días en Londres mi humor es mejor de lo habitual y me dejé llevar por la corriente pensando que, si no podía apearme en St. James's Park, podría hacerlo en Westminster y caminar un rato; pensando que a menudo nos empeñamos en luchar en vano contra la corriente de la vida en vez de asumir sus azares. Quizás en esta ocasión el azar tuviera forma de lectora de McEwan del Indostán arrastrada junto a mí por la corriente. Una voz de mujer insólita y familiar, la más inesperada de las voces, me sacó de mi error llamándome por mi nombre.

«Esta es Amara», me dijo Karl pasando la mano con suavidad entre los cabellos de la niña. Amara me observaba con sus penetrantes ojos azules, impávida, erguida en el asiento, cargando a su espalda un pequeño bolso sobre un abrigo grueso, demasiado grueso hasta para un febrero londinense.

DEJA DESCANSAR MI CABECITA

Los profundos ojos azules de Mary Bell miran al juez. Está erguida en su asiento, atenta, fría, como durante todo el proceso. Solo cuando sus pupilas se cruzan con las de Norma y las dos se echan a reír demuestra tener once años. Se ríen como si todo fuese un juego. Siete meses antes, el 25 de mayo de 1968, la fina cortina de agua que caía sobre el barrio minero de Scotswood, en Newcastle, no desanimaba a los niños a jugar ruidosos en la calle. Ahora los niños ya no juegan en Scotswood. La tarde del 25 de mayo encuentran el cadáver de Martín Brown en una casa abandonada sin signos aparentes de violencia. Martín tiene cuatro años. La policía la considera una muerte accidental. Ni siquiera las notas manuscritas con letra infantil que descubren en un edificio cercano les generan dudas. «Nosotras asesinamos a Martin Brown», dice una de ellas. «He asesinado y puedo volver a hacerlo», se lee en otra. Lo atribuyen a la broma macabra de algún gamberro. Pocas semanas más tarde aparece el cuerpo de otro niño que jugaba en Scotswood. Brian tiene tres años. Lo han mutilado, sus genitales han sido parcialmente cortados, han arrancado tirabuzones rubios de su cabeza, han tatuado una *M* con tijeras en su piel. Mary Bell sigue de cerca todas las pesquisas. De hecho, a los inspectores les llama la atención esa niña avispada con sus grandes ojos azules siempre abiertos. Como si anhelase ser descubierta. Como si todo fuese un juego. Pero cuando relacionan con ella las tijeras, cuando identifican su caligrafía, cuando los testimonios de otros niños la inculpan, ella lo niega todo. Lo niega con frialdad durante el juicio aunque Norma, su mejor amiga, le acabe dando la espalda y la delate. Continúa erguida, fría, impasible, inhumana. Solo se derrumbará cuando el juez lea la condena a prisión perpetua. Entonces sí, los ojos azules de Mary llorarán como llorarían los ojos de una niña de once años.

NOTA AL PIE:

Desde el centro de internamiento Mary le escribe una carta a su madre prostituta: «Por favor, mamá, deja descansar mi cabecita. Díselo de rodillas al juez y al jurado. Ellos te escucharán cuando grites “por favor”. La culpable eres tú, no yo».

Karl aceptó mi propuesta para cenar juntos tras explicarme que están de vacaciones en Londres; me aclaró que la niña también vendría a la cena, yo le dije que por supuesto. Durante toda la velada estuve exageradamente nervioso, hasta me temblaba la voz al hablar. Ella lo notaba y me sonreía. ¿Cómo no iba a estar nervioso si la última vez que la había visto en persona —no por televisión, claro— aún estaba embarazada? Tenía una barriga increíblemente grande y recuerdo que pensé que el gen de los gemelos, que suele saltarse una generación, iba a ahorrarse el brinco en esa ocasión. Pero de allí solo salió la niña minúscula y preciosa que comía una hamburguesa con

semillas de sésamo frente a mí. Los comentarios de Amara fueron escasos, pero inteligentes, como si sopesase lo que quería decir y descartase las trivialidades de las que suelen hablar los niños. Te parecerá absurdo que te lo diga precisamente a ti, pero se me ocurrió que no me hubiese importado haber sido un padre para ella. Al fin y al cabo, Amara nunca ha tenido culpa de lo que hiciéramos su madre y nosotros. Imaginé que al terminar el *brownie* se levantaba y decía: «Los culpables sois vosotros, no yo», pero en vez de eso dijo que al día siguiente prefería ir al British Museum y no a la National Gallery. Su madre le dio un golpecito de complicidad en el hombro y le dijo: «Tranquila, iremos a los dos».

Cuando nos sirvieron el café, dejé caer que deberíamos vernos más a menudo. Las palabras se atascaban en mi boca; yo que siempre he tenido palabras para las mujeres con las que quería acostarme, farfullaba al pedirle a nuestra amiga, a nuestra única amiga, que recompusiese lo que habíamos roto. Karl se limpió los labios con la servilleta como si deseara ganar tiempo para la respuesta, luego me contestó que lo mejor era recordarnos así. «No me importaría volver a encontrarme contigo en Londres o donde sea», dijo, «seguro que la vida hace que nos volvamos a ver antes de lo que piensas». Mis ojos se enrojecieron y dije: «Está el ambiente muy cargado aquí, ¿no?».

Era cerca de medianoche cuando las acompañé a su hotel en la zona de Covent Garden, un edificio viejo y desportillado muy del estilo de Karl. Amara bostezaba cerrando los ojos azules que no me había cansado de mirar. Su madre le dio la llave de la habitación y le dijo que fuera subiendo porque quería hablar conmigo; la niña obedeció sin rechistar, pero antes se acercó a mí y me dio un pequeño beso, nada más que una burbuja de aire en la mejilla: sencillamente el mejor beso que me han dado nunca. Al irse Amara, Karl me abrazó durante uno o dos minutos y me dijo al oído que los amigos de verdad no pueden serlo toda la vida, porque cuando existen amor y amistad, existen celos, envidia y dolor. No quiere que nunca seamos tan indiferentes para ella como un amigo de toda la vida. Me dijo que siempre nos tiene presentes, que nos ve todos los días en los ojos de su hija. Luego me besó en la boca, como aquella vez tan lejana en que olvidó la cartera en mi casa. Mis lágrimas se deslizaron por los hoyuelos de sus mejillas y se mezclaron en nuestros labios. «Rudolph», me dijo, «¿no has sido siempre el insensible?». Secó primero mi cara con el dorso de la mano, luego la suya. «No lo hagas más difícil», me dijo.

Cuando me quedé solo, fumé un cigarrillo tras otro con la vista clavada en el zaguán de su hotel, preguntándome si alguna vez vosotros os habéis

detenido a mirarme como hoy me ha mirado Amara, y allí seguiría aún si no fuera porque el recepcionista salió a la puerta y le dio un puntapié malhumorado a una de mis colillas.

Rudolph.

Aftershave y carmín MORITZ SCHLICK

Supón que tu compañero de trabajo es sospechoso de tres asesinatos. El compañero que viaja contigo por el mundo, el que se duerme a tu lado en los aviones, con quien compartes hotel. No la misma habitación, porque lo impide el convenio de la empresa. No es que en el convenio se mencione a los presuntos asesinos, es que él es un hombre y tú una mujer. Un hombre sospechoso de haber matado a tres mujeres: esa es la persona con la que convives más horas en tu vida.

Supón que tú te encuentras entre los treinta y los cuarenta, que no te consideras fea, que aún te gusta gustar, que esporádicamente te acuestas con alguien en los hoteles a los que viajas junto a él, que sabes que él duerme en la habitación contigua, tal vez el cabecero de su cama sea contiguo al tuyo, tal vez esté escuchando el repiqueteo rítmico de la madera. Estás segura de que de madrugada oirá salir al pasillo al hombre con el que acabas de pasar un rato agradable. Lo supones con sus ojos como platos, acechante, rapaz. Pero está todo en tu cabeza porque él nunca hace nada. Nunca dice nada. Es más, si no fuera porque su caso ha sido portada de periódicos locales, nunca pensarías que ese compañero tranquilo, callado y correcto ha matado a tres mujeres. Si es que las mató, porque eso tampoco lo sabes y no te atreves a preguntárselo.

Supón que a él no le falta atractivo, que aunque ya pasa largamente de los cuarenta, sigue conservando el porte que tenía cuando lo conociste de joven, cuando tú no eras más que una becaria, y él, un adulto alto y fornido, siempre bien vestido, los cuellos y puños de las camisas relucientes, planchados esplendorosamente. El único hombre en el mundo que aún utiliza las tablas de planchar que hay en algunos hoteles. Lleva el pelo muy corto, tiene la mirada profunda y huele a *aftershave* de marca. Es uno de esos hombres que invita a las mujeres en la barra del bar del hotel y apenas habla, deja que sean ellas

quienes se confiesen, que se lo cuenten todo mientras él acaricia la copa con sus dedos firmes.

Supón que tú sigues el proceso con la mirada, no todas las noches, pero sí a menudo. Un par de veces al mes lo ves de perfil hablando con una mujer, la ves reír, los ves subir a la habitación. En ocasiones el cabecero de la cama es contiguo al tuyo y oyes el tableteo, eres capaz hasta de oír los suaves pasos de ella sobre el parqué, un grifo que se abre, una discreta carcajada. Cerca de las cuatro de la mañana escuchas también la cerradura que gira, tus ojos abiertos de par en par, el cenicero cargado de colillas manchadas del carmín que has olvidado borrar de tus labios. Ella se va caminando con pasos gráciles, o tropieza doblando el tacón y de su boca sale un exabrupto. Solo entonces respiras tranquila y te echas a dormir, aún con el carmín en los labios y el rímel en los ojos. A la mañana siguiente te avergüenza cómo has dejado la almohada, pero estás contenta porque la amante ha sobrevivido a tu compañero.

Supón que de vez en cuando, y no pocas veces, ya sea por la disponibilidad del hotel, ya por simple casualidad, ya porque los empleados consideran que no es agradable pasar la noche cabecero contra cabecero, su habitación se encuentra en el otro lado del pasillo o, peor, en una planta distinta. Esas noches, cuando avista a una mujer sola en la barra del bar, maduras ejecutivas, cuarentonas aburridas, jóvenes solitarias, te pide que le disculpes y te deja sorbiendo una copa de ron con Coca-Cola adornada con una diminuta sombrilla de papel azul. No puedes quitarte de la cabeza el horrible hilo musical y al separar tus labios del cristal vuelve a aparecer la marca de carmín que en la penumbra del bar no es difícil confundir con sangre.

Supón cómo te sientes esos días que eres incapaz de controlar sus movimientos. Cuando decidan subir a la habitación ya no tendrás nada que hacer: la pobre chica estará perdida. Quizá puedas aprovechar que le llaman por el móvil para acercarte a ella y susurrarle al oído que está a punto de acostarse con un asesino. O quizá puedas provocar un encontronazo en el baño de mujeres. O decírselo a través de la puerta de madera verde del retrete que no llega al suelo y deja ver su pantalón vaquero y sus bragas negras arrebujaadas. Otra opción es entrometerte, decirle a tu compañero que han llamado los jefes, que hay un problema con la cinta, que tenéis que salir a grabar a primera hora de la mañana, o reuniros ahora mismo, aunque sea más de medianoche. O, qué sé yo, mil cosas que se te pasarán por la cabeza para salvarle la vida a esa pobre chica.

Supón que no haces nada de eso porque estás paralizada, porque no sabes qué es lo correcto, porque no es sencillo comportarse con un hombre que pudo haber matado a tres mujeres pero que también pudo no haber matado a ninguna, y quién eres tú para decidir que ese hombre no puede acostarse con más mujeres, quién eres tú para impartir justicia. Dejas el ron con Coca-Cola a medio terminar y te vas a la habitación antes que ellos porque prefieres no verlos salir juntos. Pero el tiempo en que te engañas a ti misma no dura siquiera el trayecto desde el *lobby* a la cuarta planta en un ascensor parsimonioso. Te sientas sobre la cama sin descalzarte y pasas media noche en vela pensando por qué no has avisado a la pobre chica, que a ti te gustaría que lo hubiesen hecho contigo, que si quisieras acostarte con él de todas maneras ya sería elección tuya, pero al menos sabrías a qué atenerte. El despertador digital va consumiendo las horas e incluso haces ademán de salir al pasillo, pero no pretenderás ponerte a escuchar a través de la puerta de su habitación. No puedes. Solo puedes comerte las uñas hasta que sangran, y al final te quedas dormida.

Supón que sueñas el sueño más terrible que hayas soñado, que distingues a la pobre chica con su cara exacta, su sonrisa boba, sus ojos brillantes, los tres lunares sobre el puente de la nariz, y ves cómo él, tu compañero de viaje, la abre en canal, introduciéndole un cuchillo por el recto y girándolo hacia la vagina y el ombligo, y ella chilla lo indecible y tú también, tú te despiertas chillando y sudando. Al día siguiente vas a buscarlo a la habitación más temprano de lo acordado, como si no quisieras darle tiempo a borrar las huellas del crimen, pero allí no hay huella de nada. No parece que allí haya dormido ninguna chica. Ni siquiera parece que él haya dormido allí. Todo huele a *aftershave* y al vapor de la plancha. Y eso te resulta extremadamente sospechoso, y su cara de tranquilidad es más sospechosa aún, y deambulas por la habitación levantando absurdamente las cortinas, entras en el baño a lavarte la cara y él te pregunta si te pasa algo y tú le contestas que a ti nada, ¿y a él?

Supón que los días siguientes no paras de buscar por Internet si han encontrado un cadáver, si alguien ha desaparecido, si ha habido alguna denuncia a la policía. Intentas buscar el perfil de Facebook o Instagram de la pobre chica para ver si lo ha actualizado, pero no sabes ni por dónde empezar, y pasan los días y no encuentras nada y te vas tranquilizando. Pero cuando ya te has calmado por completo coincidís en otro hotel con las habitaciones separadas, él conoce a otra mujer, vuelves a soñar con el cuchillo y el chillido,

vuelves a gritar, vuelves a buscar en Internet. Supón que esto sucede continuamente durante los últimos dos años.

Supón que tomas una determinación, que no puedes seguir viviendo así, que no puedes hablar con tus jefes porque te gusta tu puesto de trabajo, está bien pagado y te ha costado mucho conseguirlo, que no puedes pedir que lo aparten a él de su empleo hasta que un juez lo acuse de algo, hasta que haya alguna prueba real. No te queda alternativa para evitar que cada quince o veinte días se acueste con una chica diferente a la que tú no vas a poder salvar. No te queda más alternativa que ser tú quien cada noche, en cada hotel, se acueste con él. Ya no sueñas con un cuchillo en el recto, aunque cuando te despiertas a su lado y lo encuentras planchando los puños de la camisa en una de las tablas de planchar que hay en algunos hoteles, te tocas para demostrarte a ti misma que todo sigue en su sitio.

Supón que suspiras aliviada, que huele a *aftershave*, que la almohada está manchada de carmín, que podrías acostumbrarte a esto, que sienta bien sacrificarse por esas chicas ingenuas, por esas cuarentonas aburridas, por esas pobres maduras busconas.

El matrimonio Arnolfini

De entre las muchas cosas que Karl le agradece a Amara, una no poco importante es que, con el simple hecho de su concepción, borrarse de golpe el miedo a enfrentarse a sus padres. No diría de ellos que fueran personas horribles, sencillamente no los soportaba. Era superior a ella: no aguantaba su beatería, su obsesión por el qué dirán, su desidia para adaptarse a los nuevos tiempos, su incapacidad para comprender que el siglo veintiuno no son los años setenta. Lo que calificaría como una infancia feliz y despreocupada se convirtió en tensión y discrepancia cuando llegó a la adolescencia y menstuo y se acercó al sexo, el gran tabú familiar. Quizá si hubiesen tenido hijos varones, sus padres hubieran vivido menos amargados, pero les tocaron en suerte dos gemelas de cara dulce y silueta voluptuosa. Desde que sus hijas cumplieron los catorce se encerraron en el temor de que perdieran la virginidad antes del matrimonio, que se ganaran en el pueblo fama de ligeras de cascos, o (*cruces, cruces, Dios no lo quiera*) que volviesen a casa embarazadas. Después de todo, Karl no puede ocultar una sonrisa cuando piensa que, si esas tres eran sus preocupaciones, ella fue cumpliéndolas una a una. Llegar embarazada a casa era el peor de los castigos terrenales que sus padres podían imaginar. Eran dos meapilas de misa del gallo y eso la sacaba de quicio. Si Karl hubiese estudiado Psicología se pasaría cada Nochebuena por la misa del gallo y repartiría su tarjeta entre las hijas de los meapilas. Se forraría quitándoles traumas de la cabeza y convenciéndolas de que las pollas no son el instrumento de Satán para captar jovencitas como creían sus padres.

Moritz los llamaba *los Arnolfini* y lo cierto es que tenían sus semejanzas con los protagonistas del cuadro de Van Eyck. La madre de Karl solía vestir colores vivos, llevaba la melena rubia recogida y a su cara, muy pálida, nunca la tocaba el sol. Siempre estaba disgustada: era una de esas madres que advierten de todos los males del mundo y disfrutan cuando se cumplen sus continuas premoniciones; la clásica madre del «¿ves?, ya te lo decía yo». Su

padre, con traje oscuro de cuando llegó la democracia («de cuando llegó la democracia a Atenas», puntualizaba Moritz), tenía el rostro ceñudo, alargado y autoritario, y solo abría la boca para protestar por lo fácil que lo tenía la juventud, obviando que él regentaba la empresa de suministros navales que antes había regentado su padre y antes de él su abuelo. Para rematar el cuadro, su madre, cerca de los cincuenta, se compró un perro, un insoportable grifón de Bruselas que olía a rayos y al que llamó Moisés. De niña, a Karl no le molestaba reconocerlo, le parecían los padres perfectos y los quería más que a nada en el mundo, pero el transcurso de los años hizo imparable su distanciamiento. Llegó un momento en que realmente tuvo la impresión de estar ante un matrimonio de comerciantes del siglo xv que hablaba flamenco; de ellos la separaban la caída de Constantinopla, el descubrimiento de América, la Ilustración, la Revolución francesa, las dos Guerras Mundiales y la liberación de la mujer.

Curiosamente, a Hans le tenían verdadero aprecio, lo cual, si uno se detiene a pensarlo, no resulta tan sorprendente porque Hans se movía como pez en el agua entre los libros de Historia y era capaz de introducirse en su anacrónica onda *arnolfiniana*. A veces él mismo parecía un hombre de otro siglo, cuando no el protagonista de un cuento de Melville o simplemente un marciano. Hans agarraba a la madre de Karl del brazo cuando los acompañaba a misa los domingos en la iglesia de San Bieito de Cambados, comentaba con ella episodios del Antiguo Testamento y la conquistaba con su silenciosa y educada aquiescencia. Con Moritz sucedía lo contrario: su ironía, su boca, las ocurrencias ligeramente obscenas que a Karl le hacían tanta gracia, a sus padres les repugnaban. Nunca lo decían con claridad, pero sobraban las palabras. El ceño fruncido de su padre con cada visita de Moritz decía más que cualquier sonido; cada vez que Moritz cruzaba la puerta de su casa se añadía una nueva arruga al rostro de su madre.

De modo que el golpe resultó tremendo.

Cenaban en el oscuro comedor que casi nunca utilizaban, tan atestado de figuras de santos que parecía una pequeña capilla. Karl se sentaba bajo una efigie de Juan XXIII y un crucifijo apolillado. Los acompañaban a la mesa su hermana Gloria y su marido. Su sobrino Rubén, que no contaba diez meses, dormía en su sillita con Moisés enroscado a sus pies. Karl recuerda lo duro que estaba el bistec porque en aquel momento pensó en la posibilidad de que su confesión provocara un atragantamiento mortal. La situación era bastante fácil de explicar: «Lo he dejado con Hans. Ahora estoy con Moritz, que me ha preñado». Tres sencillas ideas y apenas trece palabras —por algún motivo que

tenía que ver con la televisión se había acostumbrado a contar las palabras—; solo trece palabras pero en su cabeza sonaban a arameo.

Cuando las pronunció, sintió que estaba emitiendo el conjuro que la liberaría para siempre del miedo a sus padres o directamente la consumiría entre las llamas del infierno. Karl pasó los ojos por el auditorio para calibrar el efecto: su cuñado lucía media sonrisa sardónica; Gloria, ausente, se atusaba el pelo; su padre agarraba la copa de vino con las venas de la mano tan encrespadas que parecía que iba a partir el cristal, cortarse y desangrarse; su madre tenía la boca abierta y cara de bobalicona, como no tragaba saliva, un aluvión se juntaba cerca de la comisura y amenazaba con precipitarse; Rubén, el pobre, plácidamente dormido, no sabía que con su mera existencia aniquilaba el único atenuante que podría tener la noticia, la emoción del primer nieto que escondiera el drama de la hija descarriada. «¿Entonces estás embarazada?». «Sí, mamá». «¿Y quién dices que es el padre?». Tres ideas y trece putas palabras y ni así era capaz de comunicarse con aquel matrimonio de cartón piedra.

Y cuando por fin su madre lo entendió, llegó la previsible llorera que despertó a Rubén, que se puso a berrear en compañía de su abuela; Moisés también lloraba creando una absurda sinfonía de llantos. Luego vino la letanía: «Pero qué hemos hecho mal contigo, si te lo dimos todo, no podías salir como tu hermana, con un marido decente...». La hermana de Karl, la insigne dermatóloga que después de ser abandonada por su novio se casó con un gay, algo que veían todos menos sus padres; la cobarde Gloria, que le daba la espalda acunando a Rubén, cuyos sollozos se iban apagando; su gemela, la desconocida, que le había descubierto el significado de la muerte, pero poca ayuda le había prestado en la vida.

Karl estaba convencida de que el disgusto sería pasajero, calculaba que en unas semanas, unos meses a lo sumo, la situación se normalizaría. No contaba con la intervención de su cuñado, el ser más odioso sobre la faz de la tierra. Los Arnolfini, que consideraban llegar preñada una afrenta insuperable, celebraban por todo lo alto la boda de su otra hija con aquel marica con voz de ocarina que usaba una ridícula cantinela para entonar cada frase. El día que Karl le anunció que iba a ser tía, Moritz había dado un respingo en la cama (por aquel entonces ya era su amante regular). «Eso es imposible», había dicho, «como no le goteara cuando se la sacó del culo...». «¡Eh! No te olvides de que estás hablando del culo de mi hermana». «¡Ya! ¡Qué desperdicio!». El homosexual que se las había arreglado para engendrar a Rubén se encargó también de complicarles la vida. Moritz pasó aquella

Navidad en casa de los Arnolfini, con Karl embarazada de cuatro meses, en un intento de limar asperezas, pero resultó una pésima decisión: deberían haber tenido en cuenta que Moritz no sabía estar callado. El cuñado, decorador en una cadena de cosméticos, había preparado los adornos navideños. De la pared del salón colgaba la cabeza de un reno hecha de tela y relleno de cojín, con la nariz colorada como Rudolph (el reno, no el miembro del Círculo) y una bufanda roja al cuello. A Moritz le dio un ataque de risa nada más verla, pero contuvo su ofensiva hasta que el vino le soltó la lengua esa noche. «Me pregunto», dijo entonces, «por qué razón tendrá aquí nuestro amigo Rudolph esa nariz tan colorada. ¿Nunca lo habéis pensado?». Karl manoseó nerviosa el envoltorio de papel de un polvorón. «Dime, cuñado», insistió Moritz recalcando el inexistente parentesco, «¿tú sabes qué habrá hecho Rudolph con la nariz? ¿Dónde la habrá metido?». Nadie abría la boca; Karl agarró a Moritz del brazo, pero ya era demasiado tarde. «Oye, cuñado», dijo, «¿no te lo habrás encontrado en un bar de ambiente?». Estuvieron a punto de llegar a las manos. Los Arnolfini se pusieron de parte del legítimo padre de su nieto. «Deberíais ser más humildes después de lo que le habéis hecho a la familia», dijo la madre de Karl. «Tal vez sea mejor que os vayáis y volváis en otro momento», dijo su padre.

A las once de la noche del día de Nochebuena, poco antes de la misa del gallo, se quedaron en la calle. Puede que los Arnolfini calculasen mal lo obstinada que se había vuelto su hija. Es probable que no imaginasen que la estaban perdiendo para siempre, y a su nieta con ella. Aún hoy Karl no ha vuelto a ver a sus padres (con Gloria mantiene un contacto esporádico cuando coinciden en Madrid). Los Arnolfini no conocen a Amara, ni siquiera en fotografía porque le ha prohibido a su hermana que la retrate. La condena es firme y a perpetuidad: no va a revisarla bajo ningún concepto. Se ha enterado de que su madre tiene cáncer y ni siquiera eso le ha ablandado el corazón. Amara se lo pone fácil, nunca pregunta por sus abuelos. Está acostumbrada a que su vida sean ellas dos solas.

El día que visitaron juntas la National Gallery y se pararon frente al diminuto lienzo del Matrimonio Arnolfini, Karl agarró a Amara de sus hombros huesudos y le dijo: «Mira, ahí tienes a tus abuelos». La niña la miró poniendo los ojos en blanco como si le dijera a ver si te crees que soy tonta.

Décima parte del testimonio de un asesor

Cuando suena el despertador a la mañana siguiente, me siento incapaz de levantarme, como si al cagar en el inodoro de su jardín hubiese descargado la voluntad junto a las heces. Lo cierto es que salí mareado de su urbanización y después de atravesar el portón de madera necesité agarrarme a un canalón que goteaba sobre la acera y me salpicaba las botas, aunque eso era lo de menos, casi no podía sentir mi cuerpo, imaginad las botas. Últimamente me ocurre demasiado a menudo, desde que adelgacé, más por causa de las diarreas que siguen al estreñimiento que por cualquier ejercicio o dieta que haya llevado a cabo. A veces me siento tan ligero que temo que una ráfaga de viento me lleve. Sin embargo, al levantarme de la cama me sucede lo contrario. Es curioso, me faltan fuerzas para mover un cuerpo mucho más flaco. Me pregunto si esa sensación señala el inicio del declive físico definitivo o será algo parecido a una depresión, interrumpida por veintiséis días de sexo. Pero no habrá más interrupciones, os lo aseguro. Me comprometo ante vosotros a renunciar al sexo de por vida porque he demostrado ser incapaz de disfrutarlo, ya como simple placer animal, ya como expresión de ternura desapasionada. Las cosas están así de claras cuando llego a trabajar media hora más tarde de lo habitual y veo allí sentada a la chica del cáncer con un pantalón blanco ceñido que le acaricia los muslos y siento un abismo abrirse bajo mis pies, un nuevo mareo, una especie de inconsciencia o suspensión de la voluntad. Podría quedarse en eso, un pequeño desmayo, un vahído, un desvanecimiento, una reacción teatral que la cargase de culpa. Eso me habría dejado fuera de combate en el momento culminante de esta historia. Pero mi cuerpo no quiere ofrecermé esa salida fácil, mi cuerpo se empeña en conspirar con mis enemigos. Me repongo, y entonces es cuando Americanas abre la veda. «Menudas horas, la próxima vez ya vienes para la sesión vermú». En los

últimos quince años jamás he faltado un día al trabajo, me he presentado con gastroenteritis, gripe, otitis, dolor de muelas, dolor de estómago permanente, cuando me rajé el brazo con una estantería de metal y me dieron quince puntos de sutura, el día que ingresaron a mi padre a rastras en una clínica para enfermos de alzhéimer. Lúpulo, en cambio, acaba de faltar una semana por el sarampión; una anoréxica que lleva las redes sociales se queda en casa cada lunes o viernes que le baja la regla; el Prestidigitador se cogió dos días por unas placas en la garganta; la jefa de gabinete, en estado de ansiedad permanente, se largó al Machu Picchu en mitad de la campaña electoral; Americanas se ausentó quince días para participar en esa misma campaña como primer suplente en la Esta del Partido; y ella nunca aparece cuando tiene quimio, aunque eso no se lo echo en cara. Después de soportar en silencio esas ausencias, sin una protesta, tengo que aguantar ahora las burlas porque carecía de voluntad para levantarme de la cama y me he retrasado media hora. Farfullo algo crispado y la chica del cáncer disimula una caricia en mi mano para que me relaje, pero mi cólera no decrece. La miro con la mayor frialdad de la que soy capaz y, debéis creerme, cuando un *prosopon* trágico como yo te mira con frialdad sientes que te observa la mismísima parca. A pesar de todo, ella mantiene su mano sobre la mía y puedo percibir el remordimiento a través de su dermis. Es una sensación extraña; en los últimos tiempos he tenido sensaciones tan insólitas como este *remordimiento dérmico*. Su arrepentimiento no es por estar tirándose a otro, sino por haberlo hecho conmigo. Con una caricia me está diciendo *siento haberte follado*, cuando lo que yo quiero que le diga a mis poros es *siento haberme follado al otro*. Y, claro, la comunicación táctil, en vez de aliviarme, aumenta mi dolor: no puedo dejar pasar que es la misma mano que agarré hace un par de días mientras dormíamos, la mano que me masturbó en el último mes con una destreza tan extraordinaria como contraproducente, porque imaginaba la práctica que habría necesitado para llegar a esa maestría y eso me sacaba de la situación y alargaba el tiempo hasta el orgasmo. *La jodida paja de Aquiles*. Curiosamente, si fuera más torpe, incluso si me hiciera daño en el frenillo, hubiese sido mucho más placentero. Decido poner fin al roce y cojo el artículo de opinión que un diario de tirada nacional le ha solicitado a la Consejera y tengo que entregar esa misma tarde. El setenta por ciento de lo que he escrito está cubierto de tachones y signos de interrogación; delante de uno de cada dos párrafos, con precisión matemática, hay un NO bien grande con la inconfundible caligrafía de la Consejera —a no ser que hayan dejado que lo corrija uno de los parálíticos cerebrales de aquel centro que

visitamos—, debajo ha garabateado los párrafos con los que desea sustituir los anteriores. Echo una ojeada aquí y allá. Leo: *extraordinarlo, esquibar, hetéreo...* Me digo, por qué no, voy a reproducir exactamente lo que ha escrito y voy a darle a enviar, sin olvidarme de poner en el cuerpo del mensaje que es expreso deseo de la Consejera que no se cambie una coma del artículo. Después de hacerlo me siento puerilmente satisfecho, hasta que reparo de nuevo en la chica del cáncer, que teclea en silencio. ¿Habrá pasado la noche con su amante? Probablemente sí, porque huele a leguas a gel de ducha y ella se ducha por las noches a no ser que haya follado. En eso es pulcra y cuidadosa, jamás se huele el sexo en su cuerpo, en cambio el agrio aroma persiste en mí durante días por mucho que me perfume. En el último mes he tenido la impresión de oler a sexo todo el tiempo. Lúpulo viene entonces a encargarme un discurso urgente porque la Consejera ha decidido que no quiere ir al acto programado —que me ha llevado un considerable esfuerzo preparar— y le apetece ir a otro de una asociación de mayores. Me pide que haga algo *bonito* porque son *unos viejitos muy amables*; luego suelta un eructo con olor a cerveza. Le respondo que procuro que todos mis discursos sean *bonitos* remarcando la palabra con retintín. «Óscar, todos sabemos que tienes días mejores que otros». Sí, borracho asqueroso y hoy precisamente es un mal día para poner a prueba mi paciencia. El Prestidigitador hace un chiste, el Poeta apunta mi reacción en su libreta, la jefa de gabinete me dice que me apresure con el discurso porque la Consejera va a comer fuera y quiere llevarse ya la carpeta. «¡Si no hace ni quince minutos que habéis cambiado el acto!». «¡Deprisa, deprisa!». Suena un móvil junto a mí y en la pantalla leo extraño y sé que es el amante quien la llama porque ella se azora y se encierra a hablar en el *office*. El mismo *office* en el que lloré por ella. O por mí. O Dios sabe por quién. Aparece la Consejera, su cara centellea por las inyecciones de bótox, sus piernas desprenden color de rayos UVA. «Necesito las palabras de la tarde. No estás muy fino últimamente», dice. El Prestidigitador hace otro chiste, el Poeta apunta mi reacción, Lúpulo eructa cerveza, ella vuelve del *office* con el móvil en la mano, la jefa de Gabinete me grita «deprisa, deprisa», la chica del cáncer pasa por mi lado y me invade ese aroma a gel tan familiar. Me digo «preferiría no hacerlo, preferiría no hacerlo». Aunque, al final, señorita, ¿por qué no habría de hacerlo?

Abril: Jack Unterweger

Te escribo desde Viena:

Desde mi cuarto veo una larga avenida poblada de embajadas y, más allá, los jardines geométricos del palacio Belvedere, que me recuerdan a la película de Alain Resnais que vimos los cuatro en el cineclub. Una fina llovizna humedece las calles. Tras comprobar la distancia sobre un plano que se rompe en las dobleces, alzo el cuello de mi anorak y apresuro el paso hacia el Prater.

Es la primera vez que estoy en Viena, ¿te lo puedes creer? Al margen de la belleza de la ciudad, aunque fuera solo como símbolo de nuestras vidas, debería haberla visitado antes. A la entrada del parque de atracciones del Prater me recibe la noria de *El tercer hombre*. Me subo a uno de sus vagones rojos como Orson Welles y Joseph Cotten en la película, pero, a diferencia de ellos, yo estoy solo, sin siquiera un amigo al que el tiempo haya puesto contra mí.

La noria comienza su giro. Aunque no coge mucha altura, es suficiente para imaginar que los puntos que se mueven a mis pies son hormiguitas; cuento cuántas sería capaz de detener desde arriba con un solo dedo. Hago un esfuerzo para eliminarlas, pero continúan en marcha. El mundo marcha. Como un reloj de sol entre las ruinas de un templo: dos mil años marcando la hora sin que nadie la consulte. Ahora el vagón restaurante de la noria se sitúa frente a mis ojos; la mesa está puesta para cinco comensales, pero allí no hay nadie. Con su mantel blanco, servilletas dobladas como origami, sillas tapizadas de flores, platos soperos y candelabros plateados, parece la mesa de unos fantasmas. La imagen me llena de melancolía. Antes de que me dé cuenta, la noria ya ha recorrido los trescientos sesenta grados.

Paseo por el parque; las atracciones de feria nunca han llamado mi atención, ni siquiera cuando era niño; en cambio siempre me ha gustado beber. La primera cerveza la tomé con doce años, mucho antes de subirme a

una noria. Veo la barra de un bar con cientos de jarras de cervezas boca abajo. Un camarero se afana en lavarlas a toda velocidad, tarda apenas cinco segundos en enjuagar cada una. De la cocina salen platos de codillo a un ritmo vertiginoso. Las hormigas que fui incapaz de detener están dando cuenta de todos los cerdos del mundo. No me apetece comer, pero de buena gana me tomaría una de esas cervezas. Me siento en una mesa corrida y le hago un gesto de incompreensión con los hombros a un vienés medio borracho que quiere darle a la lengua. La primera cerveza es casi toda espuma en mi boca, la segunda no tanto, la tercera y la cuarta apenas duran un minuto llenas, el resto las he olvidado.

Mi siguiente recuerdo es que llego al hotel acompañado de una mujer alta que huele a vainilla. O eso creo, porque a la mañana siguiente ya no está allí, solo el olor a vainilla permanece. Va a ser la reseña más breve del *Registro de Personas*. Si ahora esa mujer apareciese muerta o nunca regresase a su domicilio, me encontraría en un grave apuro. Pienso por un momento que mi vida huele a vainilla; el pasado se desvanece, pero su olor no se despegas de mí. Me desperezo y deshago la maleta, que lleva veinticuatro horas en una esquina de la habitación. Lo primero que saco es el traje blanco que compré antes del viaje. Lo cuelgo con esmero en una percha del armario porque no quiero tener que plancharlo. Luego rebusco hasta hallar un número antiguo de La Revista; tiene más de seis años, el papel está amarillo, una de las grapas se ha soltado, las páginas se doblan en las esquinas y desprenden el olor a viejo del papel gastado, con toques de vainilla como la mujer.

La abro por la página exacta y leo en voz alta las primeras líneas, como si quisiera disipar la resaca contándole un cuento: «La conocí en la noria de Harry Lime mientras contaba las hormigas que podría detener. Cenamos como dos fantasmas en el vagón restaurante. Como un fantasma desapareció esa noche de mi cama. Estaba tan borracho que ni yo mismo sé si la maté...». Tenías tirado aquel relato en una esquina de tu apartamento. Te pregunté si podía leerlo. Me dijiste: «puedes quedártelo, es pura mierda». Le puse mi nombre y lo envié a La Revista. De no ser por ti hoy no estaría en Viena; no te descubro nada. De no ser por ti no tendría que acudir con resaca a una fiesta de periodistas en el Hotel Sacher. De camino compraré en el Nachsmarkt una rosa roja para el ojal.

UN PSICÓPATA EDUCADO

1990. Jack viste un traje blanco de lino y se ha colocado una flor roja en el ojal como si no quisiera defraudar a sus admiradores. Aunque no es muy alto, a sus 39 años conserva una buena mata de pelo gris. En las últimas semanas es imposible acudir a

una fiesta en Viena sin encontrarse con él. No hay debate cultural ni club de lectura a los que no asista. En los pasillos de los platos de televisión firma autógrafos; las mujeres entornan los ojos al verlo. Su mayor éxito literario, la novela *Purgatorio*, tiene ya ocho años, pero sigue siendo fácil de adquirir en las librerías austríacas. Ahí está hoy sonriendo, saludando con la mirada, hablando con todo el mundo, sobre todo con mujeres. Más que un escritor parece un miembro de Spandau Ballet. Algunas de esas mujeres llegarán a irse con él a una habitación del hotel o a su apartamento o lo invitarán a su casa. Si le quitan la camisa blanca se encontrarán de bruces con un pecho fieramente tatuado. Encontrarán los tatuajes del exconvicto.

1974. Cuando condenan a Jack a cadena perpetua por violación y asesinato, es un veinteañero casi analfabeto. Dedicó los quince años siguientes a instruirse, a leer, a escribir. Comienza escribiendo poesía, pasa luego al teatro, los relatos cortos y por fin la novela, *Purgatorio*. Pronto atrae la atención de la Prensa y de la sociedad austríaca más progresista. En pocos meses, la campaña para su liberación se convierte en un clamor. ¡Queremos libre a Jack! Puede que matase y violase a una mujer, pero fue solo un error, fue hace mucho tiempo, queremos leer lo que escribe, queremos publicarlo, queremos admirarlo, queremos acostarnos con él... Hay voces disonantes, claro. Alguien dice: «Dale educación a un psicópata y tendrás a un psicópata educado».

1994. Hoy el semblante de Jack no es el de hace cuatro años. Está haciendo un nudo con los cordones y el cinturón. El salón de fiestas se ha convertido de nuevo en celda y él ha jurado que no regresaría a prisión. Han vuelto a condenarlo a cadena perpetua por el asesinato de nueve mujeres en los cuatro años transcurridos desde que safió de la cárcel. El nudo con el que se ahorca es idéntico al que utilizó para estrangular a sus víctimas.

El vuelo Viena-Barcelona despegará con más de tres horas de retraso. Nos vamos enterando con cuentagotas por las informaciones que nos ofrece una azafata con una verruga entre las pestañas que resopla por la comisura de los labios. Al parecer, la causa es una grave avería en Roma que está provocando un efecto dominó: los retrasos se acumulan por toda Europa. «La globalización», dice un gordo a mi lado; ocupa dos asientos en la sala de espera, aporrea con sus dedos rechonchos un Macintosh sobre las rodillas, del bolsillo de su camisa de flores asoma una bolsa de regalices que masca con la boca abierta, y yo solo pienso en lo mucho que me gustaría abofetearle los mofletes.

La mayoría de los pasajeros consume los minutos entre el tedio, resolviendo sudokus, sentados sobre maletas rígidas, agotando la batería del móvil. Otros continúan irritados y vuelven al mostrador cada cuarto de hora, maldicen en voz alta para compartir su malestar, comprueban una y otra vez los monitores como si eso fuera a disminuir el retraso. De todo el pasaje solo una chica parece triste; lleva un corte de tazón como Karl y un fular que oculta buena parte de su rostro; se frota los ojos como si quisiera contener las lágrimas y lanza largos suspiros. La tengo a mi espalda, escucho cada uno de

sus suspiros y cuento el intervalo decreciente entre ellos. Me pregunto qué puede provocar tanta tristeza. Invento que viaja a ver a su padre moribundo y teme que el retraso vaya a impedir una última despedida. Quizá por culpa de la incompetencia de un técnico italiano del aeropuerto de Fiumicino que esa noche regresará tranquilo a casa a cepillarse a su mujer, el padre de esa chica pierda la oportunidad de decirle algo importante. El gordo del Macintosh me mira y bufa complacido como un jabalí.

Cuando embarcamos, deseo con todas mis fuerzas que me toque de compañera de asiento la chica del corte de tazón, pero mi éxito es tan escaso como al detener hormigas. Por suerte, tampoco tengo que soportar al gordo, sino a un japonés que me hace una reverencia cada vez que me golpea con el codo, cosa que sucede con demasiada frecuencia. Por fin estamos en el aire, sobrevolando Suiza. De una mochila saco la novela de un joven y prestigioso escritor norteamericano. Vuelo con una aerolínea de bajo coste, todo son luces, ruidos, apretujones y ofertas. Ofertas de *snacks*, bebidas alcohólicas, perfumes, relojes de marca, joyería, estilográficas y encendedores, cupones regalo, rasca y gana. Y codazos del japonés. Y reverencias. Es imposible concentrarse. Leo las mismas dos líneas una y otra vez. Llevo veinte minutos atascado en un solo párrafo, desde Ginebra hasta Niza.

Finalmente saco tu libro y paseo la vista por los relatos que ya casi me sé de memoria. Me incorporo en el asiento, me apoyo deliberadamente en el japonés, que en vez de quejarse me hace una reverencia, y busco entre el pasaje a la chica del corte de tazón. La encuentro cinco filas más atrás, con la cabeza apoyada en el cristal. Está llorando. Es posible que su padre no haya aguantado más. Es posible que se acabe de marchar sin decirle lo que quería decirle. Nunca sabré si es verdad. Ella llora y espera a que el avión llegue a su destino: ¿qué otra cosa puede hacer? ¿Qué le queda más que esperar? La vida es solo eso. La espera por algo que está por llegar. La sensación de haber dejado escapar algo infinito. Solemos ver los años vividos como un prólogo, convencidos de que la enjundia acabará revelándose, que aquello por lo que esperamos llegará. Pero yo ahora sé que no lo hará, que la vida es solo prólogo, que el primer capítulo nunca se va a presentar. Me hundo en el asiento y cierro los ojos. Creo que ya sé quién será el undécimo asesino de mi serie.

Rudolph.

The Stranger Song

LEONARD COHEN

A veces los fantasmas compran cortezas en el supermercado.

La cantante de las Fat Bottomed Girls se recoge el pelo grasiento en una coleta. Gotas de sudor resbalan por su frente. Se acerca al micrófono y arranca con voz grave una última canción. El ambiente en la sala está cargado, millones de ácaros navegan por el techo sucio alrededor de los halógenos. Pese al calor, un escalofrío recorre el cuerpo de Marga de pies a cabeza.

The Stranger Song es una de sus canciones favoritas de Leonard Cohen, pero no es eso lo que provoca su desasosiego. En su mente la canción está dedicada a Rudolph, el vocalista de los Stranglers, el guitarrista que llegó a su vida en un concierto y ha ocupado espacio en su cama; poco más que eso. Las conversaciones de los primeros días ahora escasean. Los silencios son casi tan prolongados como con Óscar. ¿En qué momento una repetición puede dejar de considerarse casualidad?

Si Marga escribiese una lista de las parejas que ha tenido en los últimos cinco o seis años, desde que volvió de Madrid, podría clasificarlos a todos más fácilmente por el tamaño, el tiempo que aguantaban hasta que se corrían o el número de veces que habían insistido con el sexo anal, que por la amenidad de la charla, su afición al cine o las ocasiones en que la habían invitado a cenar. Sus relaciones son de puertas adentro. A poder ser, en casa. La *apodysofobia* le dicta una norma básica: «Siempre en casa, siempre cerraduras conocidas».

Su vida sentimental se ha convertido en una sucesión de tristezas postcoito, de noches durmiendo de espaldas a alguien. El día que duerma abrazada a alguien, el día que soporte el olor de su aliento, tal vez ese alguien

merezca algo más. Pero ese día no tiene pinta de llegar. De momento, al terminar de follar lo que menos le apetece es abrazar el cuerpo sudoroso que ha tenido encima —y dentro— de ella. Prefiere dormir con su madre como aquella semana en la residencia de monjas.

El contacto físico con Rudolph se reduce al durante. El antes y sobre todo el después tienen que superar cierta barrera de repelencia. Quizá sea verdad que son imanes del mismo polo. Quizá Rudolph sea lo más parecido a ella a nivel sentimental, incapaz de involucrarse en una verdadera relación, incapaz de ir un paso más allá de la eyaculación. Alegre eyaculador al principio, sombrío en los últimos tiempos.

Sucedió algo que lo cambió todo. Fue una de las raras tardes en las que salieron juntos a pasear. Estaba anocheciendo, pero la claridad se resistía a desaparecer. Entraron en un centro comercial porque ella necesitaba crema hidratante para combatir la sequedad que la quimio provoca en su piel. Fue allí donde vieron a Óscar.

Empujaba un carrito de supermercado por los pasillos del centro comercial con la vehemencia de un demente. El carro rebosaba de bolsas de cortezas de cerdo, latas de menta poleo de tamaño familiar, libretas de anillas, bolígrafos de punta gruesa, marcos para fotografías de 15×20. Conducía tan apresurado que la gente se echaba a un lado para que no los atropellase. Como uno de los carros de golf de aquel hotel de Portugal.

En circunstancias normales se habría llevado un empujón o un golpe de los padres de familia que deambulaban por el centro comercial, pero pensaban que estaba loco. Le protegía el salvoconducto que ampara a los perturbados. Solo alguno se quejaba en voz alta. «Mira por donde andas. Menudo gilipollas». «Déjalo, ¿no ves que está loco?, pobre hombre». «Creo que te van a faltar cortezas, amigo». «¿Hay jornadas de puertas abiertas en el manicomio?». Y frases por el estilo.

Óscar ni siquiera miraba la cara de las personas que se dirigían a él y continuaba empujando el carrito. De vez en cuando se detenía ante un producto, el que fuera, desodorantes, calcetines, cojines, vasos, macetas, figuras de porcelana. Cogía un objeto, sopesaba la posibilidad de comprarlo, consultaba el precio, alejaba el brazo del cuerpo y observaba con perspectiva. Miraba un par de calcetines como si fuesen la Mona Lisa. Luego los devolvía a su sitio o los compraba. Cuando adquiría algo, como en efecto sucedió con el desodorante, metía diez o doce botes en el carro, pagaba en efectivo, y seguía adelante.

Parecía estar preparándose para una guerra nuclear en la que por algún motivo desconocido iban a escasear las cortezas de cerdo. O los cerdos en general. Y solo sobrevivirían aquellos a quienes les oliera mejor el sobaco.

Estaba más feo que nunca. La barba desgredada, el pelo largo que le hacía parecer más calvo que cuando se lo afeitaba, los pantalones caídos que acentuaban la cortedad de sus piernas. Daba la sensación de que había adelgazado unos kilos. Tal vez quisiera recuperarlos alimentándose a base de cortezas...

«¿Se va a llevar la crema?», la interrumpió la dependienta.

«Despierta», dijo Rudolph dándole a Marga un ligero toque en el brazo.

Fue raro sentir el tacto de su piel en público.

«Sí, sí, me la llevo».

La compró sin tener conciencia de lo que estaba adquiriendo. Introdujo la tarjeta en la ranura y le dieron un recibo. Lo firmó con su nombre como podía haber puesto cualquier otra cosa. Tanto podía ser una veinteañera cancerosa comprando una crema hidratante a 19,99 euros como Peter Minuit comprando a los indios algonquinos la isla de Manhattan.

Daba lo mismo, solo tenía ojos para el hombre del carrito. El loco asesino de orquídeas. El único que había tenido agallas para cantarles las cuarenta a sus compañeros. Ahora era habitual que en el trabajo se burlaran de él. Doblaban sombreritos de papel y simulaban que tocaban la trompeta, se hacían pasar por Napoleón con la mano en la abertura de la camisa cuando se sentaban en su antigua silla, que ha pasado a ocupar una chica del Partido, bastante tonta, por otra parte. Han cambiado también la orquídea blanca por una de flores amarillas. Todo es intercambiable.

En las últimas semanas Marga había echado de menos a Óscar. Había algo en él que la atraía; pese a la calvicie y el mal aliento y la misantropía, pese a que su manera de mirar a las mujeres, nunca a los ojos, salvo a los de Marga, revelase cierta misoginia; tenía el encanto de los desvalidos, la promesa de redención, el atractivo del desafío. Ahora, en cambio, al verlo con el carro, no podía ocultar que se avergonzaba de él. De haber salido con ese chiflado. De haber contribuido a que alcanzase tal nivel de chifladura.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó Rudolph—, parece que hayas visto a un fantasma.

—Ves aquel tipo allí al fondo empujando un carrito —dijo ella—, el que tiene pinta de loco, salimos un tiempo juntos, no lo había visto desde que lo echaron.

El loco giró las ruedas como si hubiese olvidado algo y enfiló hacia ellos. El momento duró un segundo, una décima, suficiente para que la sonrisa de Rudolph se congelase, para que su cicatriz se abriese en dos como una cremallera y su alma escapase por la abertura. Una centésima para que su semblante se fundiera como una escultura de hielo al sol.

La agarró del brazo, notó los dedos presionando con fuerza su piel, no la estaba agarrando, estaba agarrándose a ella. El loco dio media vuelta con el carrito y se dirigió al ascensor al final del pasillo. Cuando las gruesas láminas de acero se cerraban tuvo la impresión de que los ojos de Óscar se cruzaban con los suyos. Entonces las dos planchas del ascensor se encontraron y desapareció de sus vidas.

Marga cogió la bolsa con la crema hidratante y el recibo que la hacía poseedora de la isla de Manhattan y se encaminó a la salida. De vuelta a casa no se dirigieron la palabra.

Ante el portón de la urbanización le dijo a Rudolph: «¿Qué te pasa hoy? Parece que hayas visto un fantasma».

La cantante de las Fat Bottomed Girls se enjuga el sudor con su brazo rollizo y remata la canción con un dulce susurro.

Le recuerda a Marga que, después de todo, Rudolph, al llegar a su vida, ya la advirtió de que era un extraño.

Oskar y Bebra

MORITZ SCHLICK

A los doce años dejó de crecer. Sucedió cuando a su padre lo aquejaron los primeros síntomas de una enfermedad mental hereditaria. No quiero aventurar que la decisión de detener el crecimiento tuviera algo que ver con ese diagnóstico. Que conocer el fin que le esperaba le llevara a pensar que el proceso no valía la pena. Puede que sus huesos sencillamente decidiesen que no les apetecía seguir expandiéndose en el mundo. Le gustaba pasar desapercibido y un menor tamaño aseguraba una mayor discreción. Su cuerpo no fue ordenado durante el proceso y su torso se desarrolló algo más que sus piernas, como si cada semana su cintura estuviera un par de centímetros más abajo, de forma que parecía aún más pequeño de lo que era.

Yo lo conocí con ocho o nueve años cuando me admitieron en aquel colegio. Entonces, irónicamente, él era el más alto de la clase; con doce se podría decir que estaba en la media; con quince ya era el más bajo de entre los chicos y más de la mitad de las niñas lo sobrepasaban. Fui el último en alcanzarlo, aunque nunca conseguí sacarle más de tres o cuatro centímetros. Ignoro también la razón de mi corta estatura. Desde luego, lo mío no fue porque quisiera dejar de crecer. Mis dos hermanos superan el metro ochenta y mis padres no son pequeños para su generación. En términos generales, mi madre tendía a echarle la culpa de mi baja estatura a que me pasaba la vida pelándomela. A falta de una razón científica de más peso, he decidido asumir como cierta la hipótesis materna.

A nadie le extrañará que en aquella época, con el objetivo de recopilar material visual para mi afición favorita, les hiciera más caso a las niñas que a los niños y que, de entre todos ellos, a él, anodino, feo y silencioso, le hiciera menos caso que a ninguno. Apostaría que hasta el otoño en que superé su tamaño apenas había cruzado diez o doce palabras con él. Quizá le pedí que

me pasara el balón en Gimnasia, o que me prestara las tijeras en Plástica, seguramente le sugería que se apartase un poco en clase para poder ver la goma de las bragas de la niña morena de trenzas a la que le tocaba sentarse a su lado por orden alfabético. En ningún caso fui consciente de estar hablando con aquel chaval del torso abultado, sino con alguien indeterminado que se había cruzado en mi camino.

Fue, como digo, el año en el que sobrepasé su estatura cuando me di cuenta de su existencia. Me sorprendieron su capacidad para resolver problemas matemáticos, su talento en el ajedrez, sus conocimientos de Historia, su habilidad para distinguir todo tipo de complementos en los análisis sintácticos. Entonces empezaba a valorar la inteligencia y la cultura tanto como las tetas de mis compañeras. Bueno, en realidad no tanto. Pero admito que disfrutaba viéndolo rellenar a toda prisa los exámenes con su mano izquierda y entregarlos media hora antes que cualquier otro compañero. Me percaté de que él también se había fijado en mí, de que me hablaba algo más que al resto, no mucho, no grandes conversaciones, pero sí más constantes. Al principio lo achaqué a que quería relacionarse conmigo para acrecentar su popularidad. No es que yo fuera la persona más admirada del colegio, pero tenía cierta fama de payaso, a las chicas solía hacerles gracia, y mis respuestas irónicas e irrespetuosas a algún que otro profesor me habían granjeado la simpatía de mis compañeros. Es decir, no era tan gracioso u ocurrente como descarado. Desde entonces, me he caracterizado por tener la lengua demasiado larga, lo cual me ha valido enemistades y disgustos, pero cuando uno es bajito como yo, en algo tiene que destacar.

La primera vez que estuve en su casa fue cuando decidí estudiar con él para el examen final de Física y Química, que se me había atragantado. Su madre me recibió extrañada; más extraño se me hizo a mí que un hombrecillo tan brillante hubiese salido de la vagina de aquella señora gris. Me dio por pensar que su padre sería un ajedrecista famoso o un matemático que dibujaba fórmulas en las lunas de los autobuses de línea. Cuando me enteré de que no era nada de eso, sino el lunático de los *stukas* que sentaba su culo gordo en la portería del instituto, mi perplejidad se multiplicó.

No solo me ayudó a aprobar Física y Química, sino que fui la segunda mejor nota de la clase por detrás de la suya. Pagué a cambio un precio elevado. En aquel momento aún no me había dado cuenta de que mi compañía no lo hacía más popular a él, sino que alejaba de mí al resto de los compañeros. Fue un proceso tan paulatino que cuando lo percibí ya era demasiado tarde. Mis antiguos amigos se dedicaban a magrearse en los

recreos con las chicas más audaces y menos pudorosas, y nunca contaban conmigo para hacerlo. Palpar una teta por debajo del sujetador era el mayor logro social alcanzable, fumar porros en el baño y emborracharse los sábados también sumaba. En cambio, sacar las calificaciones más altas no daba prestigio, sino todo lo contrario. Las cosas ya no eran como cuando teníamos doce años y a mí me estaba costando adaptarme.

Empezó a molestarme la compañía de aquel chaval de torso abultado. En un movimiento desesperado, intenté recuperar parte de la notoriedad perdida enfrentándome a un profesor, pero derivó en un castigo colectivo a toda la clase que me hundió en lo más profundo de la estima de mis compañeros. Uno me dio un puñetazo a la salida y me dejó dos semanas con un ojo morado; la chica a la que más veces le habían tocado las tetas me escupió mientras me recomponía en el suelo. Él se mantuvo imperturbable a mi lado, me ayudó a levantarme y me pasó la mano por el pelo en silencio para limpiar el salivazo.

El último año antes de la universidad no fue nada fácil. Me había vuelto el bicho raro que acompaña al bicho raro. Todos habían crecido tanto y nosotros nos habíamos quedado tan pequeños que me avergonzaba y andaba encogido para pasar desapercibido. Sin darme cuenta me había convertido en él. O en algo peor. En la fiesta de fin de curso de COU estaba tan feliz por poder dejar atrás esa etapa de mi vida que me emborraché como nunca lo había hecho. Toda la clase andaba dando tumbos y, por un día, parecían olvidar que yo les repugnaba. El único que permanecía sobrio y vigilante era él. No me preguntéis cómo, fui capaz de darle esquinazo y terminé besándome en la playa con aquella chica morena, ahora ya sin trenzas, a la que le miraba la goma de las bragas cuando teníamos trece años. Aquella goma había sido mi fantasía más vigorosa y ahora era una realidad flexible que palpaba entre vapores alcohólicos.

Cerré los ojos cuando mi mano venció al elástico. Estaba borracho, pero lo recuerdo con claridad. Fue el último momento de felicidad en toda mi vida. Cuando volví a abrirlos vi que él me sonreía sentado en una roca en la orilla, apenas a cinco metros de donde nosotros nos besábamos; sus pies no alcanzaban a apoyarse del todo en el suelo. Di un respingo y ella se volvió. Primero pegó un grito y luego me dio un empujón mientras nos llamaba locos, bichos, cerdos, anormales. La goma de sus bragas se alejó de mí para siempre mientras él se aproximaba con pasos firmes. Yo aún estaba tirado en la arena. Sentía náuseas. Nunca olvidaré lo que me dijo entonces. «Nosotros

los pequeños», me dijo, «incluso entre la mayor de las multitudes, estamos condenados a encontrarnos».

Luego vomité.

He pasado el resto de mi vida huyendo de él. Temo volver a verlo en los ojos de una niña, en los ojos de mi hija, que no sabe que soy su padre. He asumido que siempre estaré en las manos de Oskar, el niño que dejó de crecer. Nosotros los pequeños estamos condenados a destrozarnos.

Undécima y última parte del testimonio de un asesor

Termino ya mi testimonio y lo hago reconociendo todas las acusaciones que pesan en mi contra y lamentando mi comportamiento, que considero del todo inexcusable. Lamento haber cogido la maceta con la orquídea y haberla lanzado al suelo con rabia, porque eso es lo que hice, lanzarla al suelo. Que nadie intente convenceros de lo contrario. De ninguna manera se la arrojé a ningún compañero: ni al Poeta, ni a Lúpulo, ni al Prestidigitador, ni a la Consejera, ni a nadie. La reventé contra las baldosas que separaban nuestro cubículo del despacho de prensa mientras profería una obscenidad que no me apetece repetir, con la que, en esencia, invitaba al conjunto de mis compañeros a que me practicasen sexo oral. Quién iba a pensar que la maceta era de cristal; yo siempre creí que era de plástico. Lo siento especialmente por la orquídea, porque yo quería mucho a esa planta que me señalaba el camino de la libertad que se abría detrás del ventanal. Que me señalaba que la vida seguía fuera, y ahora no me refiero solo a fuera del gabinete sino fuera de mi propia existencia. Que me señalaba el agujero por el que me podía escabullir como un cartel luminoso de SALIDA DE EMERGENCIA. Luminoso porque refulgía con fuerza en las horas centrales del día: quince flores de pétalos tan brillantes que más que blancos parecían plateados; los pistilos rosas abiertos de par en par, incitantes como una vulva; las varas verdes y oscuras surgidas de la nada, imperceptibles, cuando se secaban las viejas. Esa era la característica más querida para mí de la orquídea, su capacidad de regenerarse y volver a crecer una y otra vez, de ganarle la partida a la muerte y brotar siempre con más fuerza y orgullo, y no pedir nada a cambio. Los cuidados que le dedicamos fueron los mínimos; apenas las sobras de un botellín de agua mineral de vez en cuando. Pero allí resistía nuestra orquídea temporada tras temporada, los asesores iban y venían, la planta permanecía. A veces se

usa la expresión *voluntad de hierro* y, teniendo en cuenta que el hierro carece de voluntad, me parecería más acertado popularizar la expresión *voluntad de orquídea*. Por eso mi pesadumbre fue total cuando esperaba sentado a que llegaran los de Seguridad para acompañarme hasta la calle, y la señora de la limpieza, de mala gana, empujó con una escoba los restos de la orquídea, sus largas raíces en forma de espárragos trigueros que siempre rebosaban de la maceta, la tierra oscura como si saliera del centro del planeta, las flores que se resistían a ponerse mustias incluso heridas de muerte. Toda aquella mezcolanza viajaba a escobazos hasta el recogedor de la malhumorada limpiadora y, de ahí, directamente al cubo de la basura. Siento profundamente haber acabado así con ella: haberla asesinado. Porque ahí me di cuenta de que aquella monocotiledónea era el ser vivo que más quería no solo de aquel gabinete, sino del mundo entero. Lamento también, pero menos, haberle causado al Poeta una herida en el bíceps. Insisto: quién iba a imaginar que la maceta era de cristal, y quién que el cristal saltaría tan alto y uno de sus pedazos astillados se clavaría en el brazo hipermusculado que sostiene la estilográfica con la que escribe versos. Y aún diría más: quién iba a imaginar que aquel hombretón gimotearía como una niña pequeña por recibir unos puntos en el brazo. ¿Que está desfigurado, dice? ¿Por una pequeña cicatriz? Qué insulto para los verdaderos desfigurados, para la gente que ha tenido un accidente y se ha estallado la cara contra el parabrisas, o le falta un globo ocular porque se ha atravesado el ojo con una barra de metal en una fundición, o ha perdido la mandíbula por el cáncer, o le han cortado la nariz y las orejas en Afganistán. Desfigurar es afear el semblante o las facciones, no un brazo, por Dios. Las palabras son importantes, ¿por qué la gente se niega a escucharlas? *Desfigurar*. Una cicatriz en el brazo es como un tatuaje. Yo tenía un amigo con una cicatriz más grande en la cara y las mujeres se morían por acariciársela, pero esa es una historia que no viene a cuento. Y si él está desfigurado, ¿entonces qué decir de mí? Miradme a mí, este cuerpo raquítico, estos dientes que se están pudriendo. ¡Por Dios, desfigurado! En cuanto a los insultos, lamento haberlos proferido en el contexto en el que lo hice, completamente inadecuado, fuera de mí, sin raciocinio. Los más soeces los retiraré las veces que hagan falta. Ahora bien, que conste en acta que mantengo el *ignorante*, *hortera*, *botulínica*, que llamé a la Consejera, porque me he comprometido al principio de este alegato a decir la verdad. De igual forma que mantengo los *inútil*, *falso* y *borracho* a Lúpulo; y al Prestidigitador, *pelota*, *patético* y *bocazas*. El resto los retiro todos, incluidos los del Poeta que, aunque sean ciertos, ya tiene bastante con su rasguño. Me

enorgullece, y me gustaría que constara, que ni una sola de las injurias fuese pronunciada contra ella, nuestra chica del cáncer; entonces aún concentraba mi ira, ahora no le guardo rencor. Por último, por lo que se refiere a la condena, Dios me libre de atribuirme la labor de juez, pero desearía que se tuviera en cuenta que ya he perdido el trabajo al que me he dedicado los últimos quince años. No es que disfrutara haciéndolo precisamente, pero es una puerta que se ha cerrado para mí, igual que muchas otras. A partir de ahora mi vida va a ser una sucesión de portazos y ese es, a mi entender, suficiente castigo para una ofensa no tan grande como podría parecer. Si se me permite, diré que el año de cárcel que pide la acusación me parece excesivo, aunque no digo que sea injusto, pero, a fin de cuentas, el castigo lo que persigue es una reinserción y yo ya estoy reinsertado. La persona que ahora habla es un nuevo yo. Y sería injusto que este nuevo yo cargase con la condena y los antecedentes del antiguo. Fijaos si soy un nuevo yo que mañana mismo voy a ir al médico para mirarme el problemilla que arrastro en el aparato digestivo, porque hace un momento he vuelto a defecar sangre y estos mareos y la falta de fuerzas no pueden ser normales. No creáis que es mi intención dar pena porque no pienso morirme. Me he dado cuenta de que tengo toda la vida por delante, una verdaderamente nueva. Quizá debí lanzar la maceta contra el ventanal y escapar corriendo como en esa vieja película del manicomio, pero el resultado sería el mismo, o peor, la orquídea seguiría muerta en el cubo de la basura y el cristal de la ventana podría haber caído sobre Americanas, causándole una verdadera desfiguración y, para más inri, ese hombre a mí no me ha hecho nada. Asumo como probable que la mía será una nueva vida con una colostomía y que a partir de ahora cagaré en una bolsa, pero ni eso me asusta porque cagar a gusto, lo que se dice cagar realmente a gusto, lo he hecho pocas veces en los últimos años, en su urbanización y pocos lugares más. De hecho, el otro día tuve un sueño en el que me quitaban el intestino grueso casi en su totalidad y en su sitio me ponían la bolsa del centro comercial que he llevado durante años al trabajo con un libro para leer a la hora de la comida. Una bolsa de plástico que fue verde en su día pero que ya ha perdido el dibujo por completo a causa del desgaste. Y el sueño no me disgustó del todo, la verdad. Le tengo más cariño a esa bolsa que a mi propio recto. Le tengo más cariño a una bolsa de plástico y a una planta que a los seres humanos. Una orquídea. Una orquídea blanca encerrada en mi apartamento, eso quiero ser, escribiendo solo para mí, sin más compañía que el recuerdo amargo del Círculo de personas que me

vapulearon como una limpiadora a una planta muerta con una escoba y un recogedor.

Epitaph for my heart

MAGNETIC FIELDS

Un ruido atronador sale del interior de su casa.

Golpea rítmicamente las paredes y la puerta. *Bum, bum, bum, bum, bum*. El muy cabrón está escuchando música a todo volumen. Marga reconoce la canción a pesar de que el sonido es tan fuerte que reverbera y se distorsiona. Su vivienda exhala el cántico admonitorio acerca de los peligros de la electricidad con el que comienza el *Epitaph for my heart* de los Magnetic Fields.

Lo primero que se le ocurre es que va a tener follón en la urbanización. Allí nadie hace ruido, ni a las cinco de la tarde, qué decir de la 1:07 de la mañana, la hora que marca su Casio negro. ¡Pero si ella tiene la teoría de que no folian, no vaya a ser que les dé por jaderar o a los muelles por chirriar y eso moleste a los vecinos!

Y el otro gilipollas con la música a tope. Este me va a oír. Ahora mismo Marga está sobre el felpudo con la llave en la mano. LO QUE PASA EN ESTA CASA SE QUEDA EN ESTA CASA. Todo menos la música de los putos Magnetic Fields, que a esas alturas deben de estar escuchando en el otro extremo de la ciudad.

Eso es lo primero que se le ocurre. Pero lo primero pronto deja su sitio a una segunda impresión. Que dice que algo va mal. Es una simple punzada. Es volver a encontrarse ante una cerradura. Allí se mantiene paralizada, tres o cuatro minutos, hasta que la punzada se convierte en realidad cuando la canción termina e, inmediatamente, vuelve a empezar. Ni siquiera lo ha notado, pero se ha puesto a temblar.

Las llaves de las cerraduras de seguridad no parecen nada seguras a simple vista. Se han hecho frecuentes en cualquier llavero. Parecen una T

mayúscula, con la cabeza más gruesa que el cuerpo. En lugar de dientes tienen mordiscos redondos en el metal, como si estuvieran picadas de viruela o acné. Marga no niega que sean más seguras, pero a ella no le ofrecen ninguna tranquilidad. Su fobia es a que entren personas que ya tienen la llave. Que entren mientras ella hace algo que no quiere que vean. Cosas impúdicas. Cualquier acción relacionada con su sexo. Cosas tan bobas como hurgarse en la nariz. Sacarse cera de los oídos. Rascarse los sobacos. Cosas que todos hacemos con placer en el santuario del hogar. Pero como ha dejado de estar segura, ha dejado de obtener placer y por tanto también de hacer esas cosas.

Apodysofobia.

Al final Óscar, el loco del carrito de supermercado, tenía razón. Cuando le das un nombre a una cosa le estás dando permiso para que te devore.

Ahora es todo tan absurdo que está suspendida en el aire con la llave en la mano y los Magnetic Fields atronando, devorada por el pavor a descubrir a alguien haciendo algo que no debería estar haciendo. ¿Ya se ha extendido su miedo al otro lado de la cerradura?

Más te vale que solo estés escuchando música, gilipollas, le grita a la puerta.

Y acordándose de los vecinos añade en un susurro: «Que tengo *apodysofobia*, joder».

La única respuesta que recibe es el cedé dando otra vuelta sobre sí mismo.

Marga traga saliva, envuelve un rizo invisible entre los dedos, toma aire y mete la llave con viruela en la cerradura. La gira con tanta fuerza que la puerta se abre ante ella sin necesidad de empujarla. Devuelve solo oscuridad y una canción inacabable.

A tientas, guiada por el instinto que nos indica dónde se ocultan los interruptores del hogar, acciona el botón de encendido. Pero la luz no se enciende.

¿Dónde coño estás?

Sigue sin haber respuesta. Su corazón palpita acelerado.

Da dos pasos a la derecha y entra en la cocina. Aprieta un nuevo interruptor. Tampoco se enciende. No hay luz. Abre la nevera, indolente, ociosa, no muge con el pequeño mugido de los frigoríficos. Ese *brrruuum*, ese sonido que no es molesto, sino acogedor, porque indica que todo funciona en casa. Cuando el ruido desaparece es porque algo va mal. Abre el congelador. Saca un pequeño recipiente de plástico azul con agujeros triangulares donde se forman cubitos de hielo. Pirámides de hielo, para ser exactos. El agua fresca se derrama sobre su camisa. La enfurece el contacto con lo que fueron

orgullosos poliedros y ahora no es más que agua. Le señala que la luz no se acaba de ir.

Y, sin embargo, la música sigue sonando.

Rudolph le dijo que no le apetecía ir al concierto. Que esperaría en casa por ella. Es posible que se haya largado. Que no vuelva más. De acuerdo. No sería ningún drama. Es posible que después de eso se fuera la luz. No sería la coincidencia más extraña del mundo. Pero ¿y la puta música? ¿Por qué sigue sonando? ¿Por qué habría dejado puesta en bucle esa canción? *Epitaph for my heart*. Un epitafio para mi corazón. ¿El corazón de quién? Y lo más importante: si no hay luz, ¿de dónde mierda sale la música?

A pesar de lo rápido que le bombea la sangre —o quizá por ese motivo—, Marga razona con lucidez. Revuelve en su bolso, caen la cartera y el neceser. Unos sobres de Espidifén se esparcen por el suelo. Ruedan dos botes de maquillaje. Se precipita el tampón solitario que guarda como amuleto. Los distingue todos al pisarlos a ciegas.

Alcanza el móvil y avanza con torpeza, iluminada por el exiguo destello de la pantalla. El pasillo de su casa, a la luz del iPhone, le parece un lugar de lo más exótico. Las figuritas que su abuelo le trajo de sus viajes la asustan como si estuviesen animadas.

Sobre el aparador encuentra el origen de la canción. El pequeño reproductor de cedés que utiliza para escuchar música en la bañera. Está en función *repeat* en el corte número 19 del disco, la rueda del volumen girada hasta el tope. En vez de apagarlo, lo que hace es devolver la rueda a un volumen razonable.

Luego grita con rabia: «Pedazo de cabrón, si estás ahí, dímelo ya».

Esta vez Marga ya no espera respuesta. Está enfrascada en sus propios pensamientos. Al bajar la música por fin los oye con claridad. Sus pensamientos le preguntan cómo coño puede sonar el reproductor si no hay electricidad. Vuelve sobre sus pasos y mira en la caja de circuitos que se esconde discretamente tras la puerta de entrada. Con dos dedos cambia de posición la pequeña clavija del automático. No hay manera. Se han fundido los fusibles.

Palpando por encima del aparador encuentra una pista importante junto al reproductor de música. Un paquete de ocho pilas al que le faltan cuatro. Es el segundo peor descubrimiento de la noche. Revela que el escenario ha sido preparado. Sádicamente preparado. Casualidades y coincidencias no tienen cabida después de encontrar las pilas. Tiene la impresión de haber empezado

a sangrar por la nariz. Se pasa la mano por ella hasta irritársela, pero no hay rastro de sangre.

A partir de entonces, la escena se acelera. Corre por la casa tropezando con todo.

De un manotazo cercena de su lugar en la cómoda la cabeza de poliestireno, que rueda por el suelo como en una decapitación.

Entra en el salón, tira al suelo una silla y la biografía de Jim Morrison que Rudolph estaba leyendo.

Entra en la habitación pequeña, que utiliza como despacho y vestidor, le da una patada involuntaria a unos zapatos de tacón que se estampan contra la persiana. Se da cuenta de que las persianas —todas eléctricas— están bajadas hasta el suelo. La oscuridad es tan negra como Richard Parker.

Entra en su habitación, tantea con la mano la cama medio deshecha, como si Rudolph fuera a estar escondido entre las sábanas como se escondía ella de pequeña cuando su madre iba a levantarla.

Pero sabe que no está allí. Lo sabe. Rompe a llorar. Ya está segura de dónde está. Ya no hay duda.

En el fondo, lo ha sabido desde el principio.

Por eso ha dejado el baño para el final.

Su cuarto de baño tiene un tragaluz, la única ventana de la casa sin persiana, un foco del zaguán del edificio proyecta en él un rayo de claridad. Abre la puerta con lágrimas en los ojos. Finalmente, la nariz ha empezado a sangrar.

Todo en ella es líquido como las pirámides de hielo. Él es carne. Carne pálida. Creía que lo encontraría achicharrado, echando humo, pero solo está pálido, absurdamente blanco.

Su cicatriz, antes oscura, está rosada como si fuera fresca, como si se hubiese cortado en la bañera. Sus ojos la miran fijamente, pero no la miran a ella, sino a través de ella. Su polla, que solo había visto enarbolada parece ahora un pececillo envuelto en pellejos. Sus huevos son dos bolas arrugadas.

Sobre el pecho descansa la Rickenbacker color madera, cuyo mástil sí está renegrido como una tajada de carne que se cae en la parrilla.

De su ombligo sale el cable, un macabro cordón umbilical enchufado a un aparatoso amplificador, y este, a su vez, al único enchufe del baño, un enchufe torcido y mal atornillado que Rudolph se había ofrecido a cambiar.

Marga se aovilla en la esquina entre el retrete y el bidé, se limpia la sangre de la nariz con la mano y cierra los ojos.

Sobre la cómoda el reproductor de cedés sigue sonando:
«Que este sea el epitafio para mi corazón...».

La mujer que llora

Si, como en uno de los juegos del Círculo, le hubiesen concedido a Karl diez oportunidades para adivinar en qué lugar conocería Amara a su padre biológico, jamás habría escogido la opción *cementerio*. A decir verdad, no había pensado que Amara fuera a conocer en ninguna circunstancia a su padre biológico.

Puede que le pasara por la cabeza cuando se encontró con Rudolph en Londres, aunque en aquel momento su cerebro estaba demasiado ocupado procesando lo cambiado que lo encontraba: no físicamente —de aspecto seguía siendo el guapo guitarrista de la cicatriz con el que *pasó a mayores*—, sino su mirada, su tono de su voz, sus ademanes, blandos, nostálgicos, derrotados, como si quisiera volver a la época del Círculo en la que la única preocupación era el siguiente juego estúpido que inventarían.

Ahora que Rudolph ha muerto es fácil adecuar los recuerdos a la explicación racional que se quiera dar a los acontecimientos: que Rudolph estaba deprimido, que atravesaba un bache... Pero Karl está convencida de que su recuerdo no es ninguna construcción, de hecho quiso compartirlo pero no halló con quién hacerlo. ¿Con Amara? No. Con Amara, nunca.

Cuando aceptó el trabajo que le ofrecían en Madrid y se marchó de casa embarazada de siete meses, Karl decidió que comenzar de cero era la única opción posible; no quería que su hija creciera bajo el influjo de aquel grupo de seres humanos tan extraños y pagados de sí mismos, que disertaban de todo porque de casi todo sabían... menos de la vida, de las personas. Amara no podía crecer en el desdén de Rudolph y sus líos de faldas; no podía crecer en la abulia de Hans, en su muda aceptación de las desgracias; no podía crecer, desde luego, en el desorden físico de Moritz, entre envases vacíos de yogur y folios garabateados y libros y más libros abiertos por la mitad hasta que los lomos ceden y se descosen las hojas, ni tampoco en su desorden

mental, en sus arranques de mal humor y sus decisiones impulsivas y absurdas.

La gota que colmó el vaso fue un relato firmado por Moritz Schlick con el que se topó por casualidad en una revista: llevaba por título *Le llamaban Trinidad* y contaba la noche en que concibieron a Amara con todo lujo de detalles. Karl imaginaba al marica de su cuñado leyéndosela complacido a los Arnolfini, que estarían borrándola del testamento, que negarían haber tenido gemelas. Veía a su madre en la frutería diciéndole al tendero lo orgullosa que está de Gloria, mientras comprueba con dos dedos que los melocotones no están demasiado maduros: «Siempre tuve miedo de que nos echara en cara haber sido hija única, pero mira al final qué bien salió».

Aquella oferta de trabajo en Madrid no solo la había salvado, también había cumplido la profecía de Hans: Karl llegaría más lejos que nadie en el Círculo. Ella, precisamente, de entre todos esos supuestos genios.

Viendo acercarse a Moritz enfundado en un jersey de ochos descosido, una quemadura visible a la altura del ombligo, los dedos amarillentos apestando a nicotina, Karl decidió que debía replantearse su concepto de genialidad. Estaba más gordo de lo que recordaba y eso le hacía parecer más bajo —incluso más bajo que Hans—; en su frente bailaba un mechón rizado y grasiento, sus ojos chispeaban inyectados en sangre; avanzaba hacia ella balbuciendo, como si mantuviera una conversación consigo mismo. Lo había visto en la solapa de su último libro y le había parecido que no se conservaba mal del todo, pero aquella foto debía de tener ya unos cuantos años. Karl agarró de la mano a Amara, que protestó tratando de zafarse del apretón de su madre mientras el aire se impregnaba de un aroma a tabaco rancio. Por la cabeza de Karl circulaban palabras como genética, locura, disfunción.

Al recibir el abrazo de Moritz, Karl tensó el cuerpo como si hubiese aprendido de su hija a repeler las muestras de afecto. Él intentó doblegar su resistencia estrujándola más fuerte; notó su aliento en la nuca, el esternón contra los pechos; lo que la recorrió no fue nostalgia, sino un punto de repugnancia. Cuando por fin se separaron, Moritz miró a la niña, a quien ella no había soltado a pesar de sus esfuerzos por liberarse. «Hola, Amara», le dijo. «Hola», contestó ella. «¿Qué tal te va?». «Bien». Él encendió un cigarrillo y le dio una calada que se prolongó el tiempo suficiente para que Amara se deshiciese de la mano de su madre y comenzase a deambular por el cementerio acercándose a las lápidas, leyendo lo que en ellas ponía, palpando con sus deditos el relieve de aquellos nombres que eran lo único que quedaba de las personas muertas. «Lo que no tiene nombre no existe», decía Hans.

Para la niña su padre no tenía nombre —Karl se había encargado de que así fuera—, por tanto no existía. Ocho palabras se cruzaron la primera vez que se vieron: las contó una por una. Moritz pareció aliviado cuando la niña los dejó solos. «Gracias por venir», dijo simplemente. No comentó nada de Amara. Ella se dio cuenta de que a él la niña no le importaba en absoluto y aunque había sido ella la responsable de esa situación, aunque fuese su expreso deseo, le dolió como nunca nada le había dolido.

Irónicamente, Karl prefería el pensamiento que había albergado cuando le dijo a Moritz que iba a aceptar la oferta de trabajo en Madrid. «¿Ahora? ¿Embarazada de siete meses?». «Sí, me han dicho que esperarán medio año por mí». «Pero yo no puedo irme ahora». «No lo entiendes, tú no vienes». Moritz se sentó en el sillón y abrió una lata de Coca-Cola. «No sé si podré visitar a la niña en Madrid», dijo dando dos grandes tragos. «Sigues sin entenderlo, no quiero que veas a la niña, no quiero que tengas nada que ver con la niña, ninguno de vosotros, no quiero que le arruinéis la vida». Moritz aplastó la lata entre los dedos; por un momento Karl creyó que le iba a seccionar la yugular con la hoja.

Ahora, en el cementerio, con el sol en lo alto reflejándose en el mármol de los panteones más suntuosos, comprendía que el grueso contenedor de nicotina que tenía ante ella sería incapaz de cortarle el cuello a nadie. No era más que un despojo, una lata rota.

Karl le robó el cigarrillo de las manos y aspiró mientras le caía una lágrima por la mejilla como aquella tarde en el aeropuerto de Tegel. «¿Dónde está Hans?», preguntó. «La verdad es que no tuve el valor para llamarle», respondió Moritz. El valor, pensó Karl, exactamente, eso es lo que les faltaba a todos. Eran un hatajo de cobardes. Moritz en especial, que se había pasado la vida hablando con sarcasmos y guardando las verdades para sus relatos de mierda. Y ella. Ella era otra cobarde porque no quería reconocer que se moría de ganas de ver a Hans, porque en su fuero interno, aunque la ciencia hubiese dicho otra cosa, no podía dejar de pensar en los espermatozoides escapistas, en la mirada del auriga de Delfos. El Moritz antiguo, el hombre que le gustaba, hubiese dicho que el semen de Hans tenía *bluetooth*, que Amara, de espermatozoide, era Harry Houdini, y una sarta de tonterías que la harían reír. Una gélida sonrisa se petrificó en su cara, dio una última calada al cigarrillo y lo pisó con violencia con uno de sus tacones negros. «Voy a darle el pésame a los padres de Rudolph».

Y ya está.

Por la tarde Karl regresa con Amara al cementerio. Oscurece; solo una chica menuda de melena negra permanece allí; llora desconsolada ante el nicho de Rudolph. La mujer que llora las mira extrañada, como en una película en la que, a última hora, la esposa y la hija de otra ciudad acuden a hacer reproches al muerto. Y en cierto modo eso es lo que sucede. El móvil de Karl vuelve a sonar, el cámara no ha parado de llamarla, no le apetece hablar, ahora no, no es el momento.

Amara, que apenas ha abierto la boca en todo el día, señala la sepultura y pregunta con voz tranquila, apagada como la voz de los documentales de la televisión pública: «¿Mamá, quién es mi padre, el señor que olía a tabaco o el muerto?».

«Los dos, cariño, los dos. Son dos de tus tres padres».

Mayo: Rudolph Carnap

Te escribo desde Santiago, la ciudad en la que os conocí:

Desde la ventana de un bajo con jardín veo la calzada mal asfaltada de una carretera secundaria y detrás de ella un aparcamiento de tierra donde se agolpan los coches, de tal forma que el último no deja salir al anterior y este tampoco al primero, y a cada rato montan un estruendo de cláxones y motores en marcha. Más atrás hay una finca en la que crecen las malas hierbas por la que corretea en círculos un podenco canario como si persiguiera a una presa invisible. Al fondo hay tejados de uralita, paredes con la pintura resquebrajada, garajes mal contruidos, la parte trasera de una calle principal que nadie se ha preocupado de adecentar. Estoy en la casa de la última persona de mi *Registro de Personas*. La mujer que he elegido para cerrar el *Registro*. Es una chica de ojos profundos, alegres-pero-tristes, negros como su pelo, solo que no es su pelo, sino una peluca: ha perdido su cabello natural por efecto de la quimioterapia, pero pronto le volverá a crecer. No tienes que preocuparte por ella, sobrevivirá. En esta historia me presta el escenario. La conocí en un concierto del grupo; esa noche me trajo a esta casa: el lugar me gustó tanto como ella; fumando un cigarrillo, vestido con su albornoz blanco, me pareció el escenario ideal para un reportaje de la serie, salvo que entonces aún faltaba un cadáver. Es una casa insípida, con muebles de Ikea, libros canónicos en las estanterías —Auster, Irving, Salinger, Franzen...—, láminas compradas en museos que valen menos que el marco que las rodea, una ventana con vistas a un aparcamiento de tierra... Es una casa real. Nada de lo que he escrito es tan real como esta casa. El último de mis reportajes, un reportaje real, no se merece un escenario distinto. Este será el texto por el que me recordaréis: de él no podrá decirse que no es el original.

Durante once meses me he dedicado a recorrer ciudades, a beber y buscar mujeres, a malgastar el dinero de mi familia, pero eso se ha acabado.

Hacienda está investigando a mi padre y los fondos no llegan a mi cuenta con la misma facilidad. Es probable que el viejo, después de todo, termine en la cárcel. Marga, mi amiga de melena postiza, me ha dejado solo esta noche y se ha marchado a un concierto. Puede que acabe en la cama con el cantante del otro grupo, no creas que se lo echaré en cara. Se ve que la pobre no ha tenido suerte con sus elecciones. Si te dijera quién ha sido su anterior pareja, no me creerías. Al principio cuando me señaló a Hans en un centro comercial me quedé atónito, luego incluso me ha parecido irónico, hasta cómico. Al final las piezas del puzle encajan. Es un puzle siniestro, lo admito, pero no he sido el único que lo ha construido, ni siquiera me considero el responsable; todos lo somos.

Me gusta imaginar que finalmente yo consiga volver a reunirnos, juntar las piezas. Espero que *físicamente* estemos todos allí, ya sabes a qué me refiero. El Círculo al completo. El Círculo, que nos impide estar juntos y a la vez nos obliga; nos atormenta y a la vez nos alivia; nos aprisiona por lejos que vayamos; el Círculo que nos contiene. Solo hay un modo de romper su arco, de flanquear su circunferencia. Moritz, tú lo sabes como yo: solo hay un modo.

UN EPITAFIO PARA MI CORAZÓN

Rudolph Carnap detiene la vista en el reloj despertador de la mesilla y ve el dígito cambiar cada vez más lento. Antes le parecía que el tiempo se escurría como en un reloj de arena, que los granos asignados no le bastarían para tanto como tenía por hacer. Eso fue en otra vida, cuando los amigos le rodeaban. Él creyó que sería así siempre. Pensó que pensar exclusivamente en uno era lo natural. Se convenció de que había nacido para caminar solo sobre la superficie. Se acostumbró a avanzar sobre una fina capa de hielo sin importarle los cadáveres que quedaban atrás. Y cuando se dio cuenta de su error, estaba tan inmerso en el charco de sangre que retroceder era tan difícil como seguir avanzando. Ahora que el suelo se resquebraja bajo sus pies, ¿qué le queda a Rudolph Carnap? Le quedan los días, las horas, los minutos, los interminables segundos, las gotas eternas de la clepsidra. Le queda el recuerdo de sus amantes en un *Registro de Personas*. Le queda la página triste con su nombre en el libro de Amara, en el de Karl, en el de Hans, una reseña desvaída con aroma a vainilla. Le queda el amigo escritor tan preocupado por sí mismo que no se ha detenido un momento a pensar que a Rudolph ya no le queda nada. Le quedan una casa anodina, cuatro pilas, un reproductor de cedés, una canción en bucle, una salida teatral, un epitafio para su corazón.

Y ahora, si no te importa, te tengo que dejar. La bañera está a punto de rebosar.

Rudolph.



JAVIER PEÑA (A Coruña, España, 1979). Javier Peña nació en A Coruña en 1979, aunque desde hace más de veinte años vive en Santiago de Compostela, adonde se mudó para estudiar periodismo. Licenciado en Ciencias de la Información por la USC en 2001, ejerció la profesión durante nueve años en la, ahora ya extinta, delegación del *Diario AS* en Galicia. En 2010 se unió al gabinete de la Consellería de Cultura de la Xunta. Durante los siete años siguientes redactó más de mil discursos para conselleiros del gobierno gallego. En 2015, aún en la Xunta, comenzó la escritura de *Infelices*, una obra sobre el fracaso y la tiranía de las expectativas que Blackie Books publicó en 2019. Fue seleccionada entre las mejores novelas del año por medios como la Cadena Ser, *Zenda* o *La Voz de Galicia*. Además de novelista, es profesor de escritura creativa. Creó y coordinó el Obradoiro de Novela Cidade da Cultura, imparte los talleres *online* de Casa Blackie, y recientemente ha puesto en marcha la Residencia literaria Cidade da Cultura, en la que participan algunos de los jóvenes escritores gallegos más prometedores. *Agnes* es su segunda novela, un proyecto que inició en 2017 y en el que ha trabajado durante los últimos cuatro años.